



# ANTOLOGÍA

HISTORIAS, CUENTOS Y POESÍA DEL MUNDO RURAL

**CHILE**  
CULTURA E IDENTIDAD

GOBIERNO DE CHILE  
MINISTERIO DE AGRICULTURA  
FUFOA

GOBIERNO DE CHILE  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN

GOBIERNO DE CHILE  
MINISTERIO DE PLANIFICACION  
ONADI-PROGRAMA ORIGENES

16° CONCURSO DE HISTORIAS, CUENTOS Y POESÍA DEL MUNDO RURAL 2008



Edición, Diseño y Producción:  
Fundación de Comunicaciones, Capacitación  
y Cultura del Agro, FUCOA,  
del Ministerio de Agricultura.

Diseño Gráfico y Diagramación:  
Unidad de Diseño FUCOA.

Corrección de textos:  
Prensa y contenidos de FUCOA.

Derechos Reservados:  
Inscripción N° 176843 del Registro de Propiedad Intelectual.  
ISBN: 978 - 956 - 7215 - 38 - 6

Santiago de Chile /2008/ FUCOA  
Impresión: MAVAL.

# ÍNDICE


<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>9</b>
<b>PRÓLOGO</b>	<b>11</b>
<b>JURADO 2008</b>	<b>13</b>
<b>PRIMERA PARTE / HISTORIAS CAMPESINAS</b> (Categoría adultos)	<b>15</b>
PRIMER LUGAR NACIONAL	17
El fin de la historia, Luis Carlos Herrera Vásquez, Región del Maule	
SEGUNDO LUGAR NACIONAL	20
Ajuste de cuentas, Margarita Baigorrría Cruces, Región de Aysén	
TERCER LUGAR NACIONAL	22
Tío Carmelo, Cirilo y yo, Elizabeth de Lourdes Heraldo Figueroa, Región de Arica y Parinacota	
PREMIO ESPECIAL MUJER RURAL	25
La ladraera e perros, Ximena Carvajal Quiñones, Región de Valparaíso	
PREMIO ESPECIAL PUEBLOS ORIGINARIOS	28
Mister Kalfuén en la gran urbe, Gloria Lepilaf Ñonque, Región de La Araucanía	
<b>PREMIOS REGIONALES</b>	
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Primer lugar / El inspector de vicuñas, Alfredo Turra Corrales	33
Segundo lugar / El arco y la piedra que me dejó mi abuelo Juan Marco Antonio Vilca Quiñones	36
Tercer lugar / El pedestal de plata, Carlos Eduardo Carvajal Olivares	39
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Primer lugar / El Guayabero, Juan José Flores Cárcamo	46
Segundo lugar / La carta del nieto, Carolina González Velásquez	49
Tercer lugar / Mi abuela, Roberto Pacha Landaeta	52
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Primer lugar / La mujer condenada, Ascencio Anza Anza	55
Segundo lugar / Recuerdo de democracia, Miguel Rodrigo Pizarro Flores	60
Tercer lugar / Una operación complicada, Dian Marion Muñoz Videla	62

REGIÓN DE ATACAMA	
Primer lugar / A fuego lento, Leticia Elizabeth Álvarez Matus	65
Segundo lugar / Decisión, Elba Sofía Gutiérrez Roco	68
Tercer lugar / Un ángel dorado, Mauricio Leiva Muñoz	70
REGIÓN DE COQUIMBO	
Primer lugar / Las enaguas del cura, Jorge Torres Galleguillos	72
Segundo lugar / Las raíces del árbol moderno, Luis Gabriel Alegre Alcota	75
Tercer lugar / Hacerse grande, Jaime Enrique Lastra Freire	79
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Primer lugar / La sexta moneda, José Luis Carrasco Balmaceda	82
Segundo lugar / Pequeña historia de cacería, Ismael Walter Campos Páez	89
Tercer lugar / La pluma dorada, Cinthya Ximena Payacán Valencia	91
REGIÓN METROPOLITANA	
Primer lugar / Cabos de cuerda, María Haydee Sandoval Salinas	94
Segundo lugar / Mapuche valiente, Ricardo Loncón Antileo	97
Tercer lugar / Compositor de huesos, Ana Soledad Aguilera Rubino	100
REGIÓN DE O'HIGGINS	
Primer lugar / Poto'e perro, Pedro Abelardo Acuña Rojas	102
Segundo lugar / El Pulpúo, Marcelo Christian Reyes Lagos	104
Tercer lugar / Mientras ordeñábamos una vaca, Rosa Estelvina Duarte Vargas	107
REGIÓN DEL MAULE	
Primer lugar / Doña Etelvina, Carmen Elena García Salamanca	115
Segundo lugar / Pancracio, el choclo fugitivo, Eglantina Flores Maldonado	117
Tercer lugar / La muerte de chancho, Catalina del Carmen Morales Márquez	119
REGIÓN DEL BÍO BÍO	
Primer lugar / Golondrinas en Navidad, Mirta Oriana Faúndez Núñez	121
Segundo lugar / La esperanza, Octavio Andrés Abello Segura	124
Tercer lugar / La cosecha de las machas, Alicia del Carmen Obrequé López	125
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
Primer lugar / Doña Elvira, Sonia del Carmen Huentemil Quezada	127
Segundo lugar / El Metro Ruma, Mario Larrachea Castillo	130
Tercer lugar / Historia verdadera, Luis Huenupi Railén	133

REGIÓN DE LOS RÍOS	
Primer lugar / La manta, Daniel Antonio Carrillo Monsálvez	135
Segundo lugar / Trilla a yeguas, Iván Osvaldo Espinoza Riesco	138
Tercer lugar / Un par de zapatos, Marcos Eugenio González Antillana	140
REGIÓN DE LOS LAGOS	
Primer lugar / Bitácora de la travesía de un pequeño golfo, Nelson Antonio Torres Muñoz	142
Segundo lugar / La parva de paja, Juan Carlos Herrera Solís	144
Tercer lugar / Trampa para zorros, Nancy Beatriz Cárdenas Godoy	148
REGIÓN DE AYSÉN	
Primer lugar / Historia de empleados fiscales, Julián Patricio Vásquez Villarroel	154
Segundo lugar / El servicio militar, Juan Carlos Bahamonde Gómez	159
Tercer lugar / Keipún: alma curiosa y silenciosa de los bosques de lenga, Carlos Nicolás Castillo Levicoy	163
REGIÓN DE MAGALLANES	
Primer lugar / Las tierras que no fueron mías, Julia Ester Roehrs Mata	168
Segundo lugar / A buscar un mejor futuro en Tierra del Fuego, José Rubén Loncón Pérez	172
Tercer lugar / La bicicleta, Iván Rojel Figueroa	175
<hr/>	
<b>SEGUNDA PARTE / ME LO CONTÓ MI ABUELITO</b> (Categoría jóvenes)	<b>179</b>
PRIMER LUGAR NACIONAL	181
La triste vida de mi tía Rosa Telebra Tito Cruz, Maribel Virginia Tito Terán, Región de Antofagasta	
PREMIO PUEBLOS ORIGINARIOS	182
No hay caballo ni montura, Katherine Marilyn Chincolef Toledo, Región de Los Ríos	
<b>PREMIOS REGIONALES</b>	
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
El zorro y la alpaca, Mauricio Bravo	185
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Pumas y zorros atacan al ganado, Denis Nelly Esteban Challapa	187
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Carbón y nieve, Mackarena Elizabeth Maizares Sobarzo	189

REGIÓN DE ATACAMA El fantasma, Luis Antonio Escobar Cortés	193
REGIÓN DE COQUIMBO La lucecilla de plata, Isadora Venturini Blu	196
REGIÓN DE VALPARAÍSO La burra milagrosa, Sebastián Santibáñez C.	199
REGIÓN METROPOLITANA El huaso Pancho, Alejandra Guiselle Silva Troncoso	201
REGIÓN DE O'HIGGINS La noche de San Juan, Mariana Soledad Becerra Castro	203
REGIÓN DEL MAULE Las escobas de mi abuelo, Nicol Catalina Ávila Bobadilla	204
REGIÓN DEL BÍO BÍO Un encuentro poco común, Scarlett Ferrada Godoy	205
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA El triste recuerdo de mi abuelita, José Pablo González Llancapán	207
REGIÓN DE LOS RÍOS La sombra inexplicable, Sergio Emir Huala Barría	208
REGIÓN DE LOS LAGOS El entierro, Paola Johanna Godoy Nahuelquín	210
REGIÓN DE AYSÉN El ternero de dos cabezas, Nicolás Gabriel Ruiz Ruiz	212
REGIÓN DE MAGALLANES La vida de un gato, Lucía Andrea Daniela Demangel Velásquez	214

<b>TERCERA PARTE / POESÍA DEL MUNDO RURAL</b>	<b>219</b>
PRIMER LUGAR NACIONAL	
Décimas a la Ciudad de los Césares, Nelson Antonio Torres Muñoz, Región de Los Lagos	221
SEGUNDO LUGAR NACIONAL	
Décimas del trabajador rural, Aliro Caupolicán Flores, Región de Coquimbo	225
TERCER LUGAR NACIONAL	
Hijos de mi pueblo, Tránsito Salvador Quimen Pichunman, Región de Coquimbo	228
PRIMERA MENCIÓN HONROSA NACIONAL	
Genko Zugun /La palabra del dueño del agua, Sergio Rubén Treuquil Catalán, Región de Los Lagos	230
SEGUNDA MENCIÓN HONROSA NACIONAL	
Hojas para el otoño, Rubén Jorge Gacitúa Chú-Hán, Región de Metropolitana	233
TERCERA MENCIÓN HONROSA NACIONAL	
Desde la espalda de mamita, Paulina Henríquez Mostacero, Región de Tarapacá	237



*Dicen que en la cordillera  
se oculta esta maravilla,  
luz de una ciudad que brilla  
de misteriosa manera.*

*Lo cuentan nuestros mayores,  
lo narlaban los Muñones,  
que entre los vientos feroces  
como truenos y tambores,  
donde nacen los fulgores  
- aunque parezca sembrera -  
una urbe reverbera,  
llena de luz y misterio;  
se encuentra un dago en serio,  
dicen que en la cordillera.*

*Dice mi tatarabuelo  
que en los montes del Piuchén  
está el Bahamonde Quinchén,  
un lugar pasado y sin recelo,  
que se oculta bajo un velo  
de guilíneja y lamilla,  
y al salir ya a media milla,  
le bajaran al Bahamonde  
de la mente el sitio en donde  
se oculta esta maravilla.*

*Los que también volvieron,  
los que también se fueron*

# PRESENTACIÓN

Por décimo sexto año consecutivo, es un placer para la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (Fucoa) presentar los trabajos ganadores del Concurso de Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural.

Con el transcurso del tiempo, este Concurso no es solo de nuestra Fundación. Fucoa lo organiza con el patrocinio del Ministerio de Educación y del Programa Orígenes de la Conadi, pero ya es parte de toda aquella gente que vive en el campo, en especial, de quienes viven en regiones. Cada versión, además de sumar más seguidores, es esperada tanto por niños y jóvenes de escuelas rurales como por personas mayores de 18 años que consultan en las oficinas regionales del Ministerio de Agricultura y de sus Servicios o en las oficinas centrales de Fucoa.

Sin duda, las obras participantes son la expresión de tradiciones, creencias, mitos y, sobre todo, de experiencias de vida, las que vistas como un todo, representan la historia de nuestro país rural que se entremezcla con la historia del país en general.

Cada año, nuestros participantes nos dan la posibilidad de incrementar el patrimonio colectivo que se alberga en la Biblioteca Nacional con el nombre de Fondo Fucoa, pero es solo un nombre, porque este Fondo, que reúne los trabajos que han llegado a nuestras oficinas desde la primera versión de este certamen, nos pertenece a todos. Estudiantes universitarios, sociólogos, antropólogos, entre otros, recurren a este Fondo para conocer un poco más del Chile rural.

La importancia y la envergadura de este Concurso, reflejadas en su alta convocatoria y su cobertura nacional, y sobre todo, en el cariño que le tiene la gente, nos confirman la necesidad de organizarlo año tras año y de entregar como muestra de una meta cumplida este libro "Antología de Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural".

No se pueden publicar todos los trabajos recibidos, así como tampoco se pueden premiar todos; sin embargo, los que aquí se presentan son una buena muestra de los mejores y un claro ejemplo de que la agricultura y su gente, más que ser un sector productivo y un importante motor de la economía del país, son el reflejo de nuestra identidad, de nuestras raíces y de la cultura de un Chile común.

**Paz Hernández Manríquez**  
Vicepresidenta Ejecutiva  
FUCOA



# PRÓLOGO

---

## **ESCRITOS DEL MUNDO RURAL: TRADICIÓN QUE MIRA AL FUTURO**

**L**as escrituras del mundo rural, en sus diversas formas que llamamos Historias, Cuentos, Poemas, han encontrado en este concurso un canal cristalino por donde recorrer todo el territorio. Ya es una tradición reconocida y, con más de tres lustros de existencia, el registro de esta palabra es fuente consultable para el estudio y el conocimiento de la cultura de nuestro mundo rural, especialmente de su literatura. En la construcción de esa tradición las expresiones individuales juegan un rol fundamental como signo de participación. La suma de ellas, de todas las subjetividades, enriquece el torrente interminable de la palabra que se comparte por generaciones en el mundo rural.

En cada categoría, el jurado, de solvencia intelectual y artística, evaluó con rigor y cariño los trabajos participantes. Por ejemplo, le llamó especialmente la atención el cuento que obtuvo el premio especial “Mujer Rural”: “La ladraera e perros”. En él, hay dos cosas que raramente se tocan en la temática femenina: la vejez y la sexualidad. En este caso, opinó el jurado, “la vejez está puesta como un espacio real de desolación en todos los sentidos. Es conmovedora la relación de vida y cómo se va apagando, pero pervive aún más allá de su deceso, en los espacios vividos”.

A su vez, el premio especial “Pueblos Originarios”, obtenido por el trabajo “Mister Kalfuen en la gran urbe” utiliza vocabulario en mapudungún entremezclado con palabras chilenas, para narrar la historia de un viejo de ascendencia mapuche que llega a Santiago. “Queda en evidencia –opinó el jurado– el choque cultural sufrido por el personaje, la forma en que la ciudad puede mostrarse agresiva y la templanza humana para enfrentar los cambios”.

Las niñas y niños, por su lado, muestran en lo que les contó su abuelito, sensibilidad por la vidas sacrificadas, admiración por la machi sanadora, respeto por la naturaleza y valoración de la amistad, sentimientos que los comparten hermosamente en estos escritos que muchas veces son de creación colectiva y acompañados de dibujos.

En el caso del premio a la poesía, se distinguió unánimemente las “Décimas a la Ciudad de los Césares”, que acude a una forma tradicional con gran competencia técnica.

Por último, y justamente el cuento premiado nacionalmente, “El fin de la Historia”, retrata al campesinado en relación con el patronazgo, es un cuento “de excelente narración y final sorpresivo” que nos recuerda situaciones que, a pesar de todo no cambian tanto.

Parte del cambio positivo, que dignifica a las personas y sus obras, son estas muestras de creatividad y defensa de la propia cultura. Un nuevo motivo de satisfacción de un concurso tradicional que rescata las historias, mirando siempre hacia el futuro.

**Jorge Montealegre**  
Presidente del Jurado



# JURADO

---

16° CONCURSO DE HISTORIAS, CUENTOS Y DE POESÍA DEL MUNDO RURAL

## **CATEGORÍA HISTORIAS CAMPESINAS**

Gabriela Aguilera / Antropóloga, escritora, editora.

Pía Barros / Escritora, directora de talleres literarios, editora

Alejandra Basualto / Escritora, poeta y cuentista.

## **CATEGORÍA ME LO CONTÓ MI ABUELITO**

Marcia López Profesora / Promotora de la lectura y la creación literaria de la Región de O'Higgins.

Josefina Muñoz / Ministerio de Educación.

Carolina Rivas / Ministerio de Educación.

Gustavo Becerra / INIA.

## **POESÍA DEL MUNDO RURAL**

Gustavo Becerra / INIA.

Floridor Pérez / Profesor, poeta, recopilador.

Jorge Montealegre / Presidente del jurado en todas las categorías



... años en el pueblo de Río Grande, que a las 14 horas fue electrocutada por un rayo la joven Rosa Tito Cruz de 15 años.

Después de la noticia, el pueblo de Río Grande se puso a llorar y en un momento, dirigiéndose rápidamente al lugar del accidente, que eran los hermanos de Rosa y sus amigos, acompañados de su cuñado llamado Juan Carlos Tito Cruz. Llegaron al lugar a las 16 horas y se llevaron el cuerpo sin vida de Rosa Tito Cruz y se lo llevaron a las cuatro de la mañana.

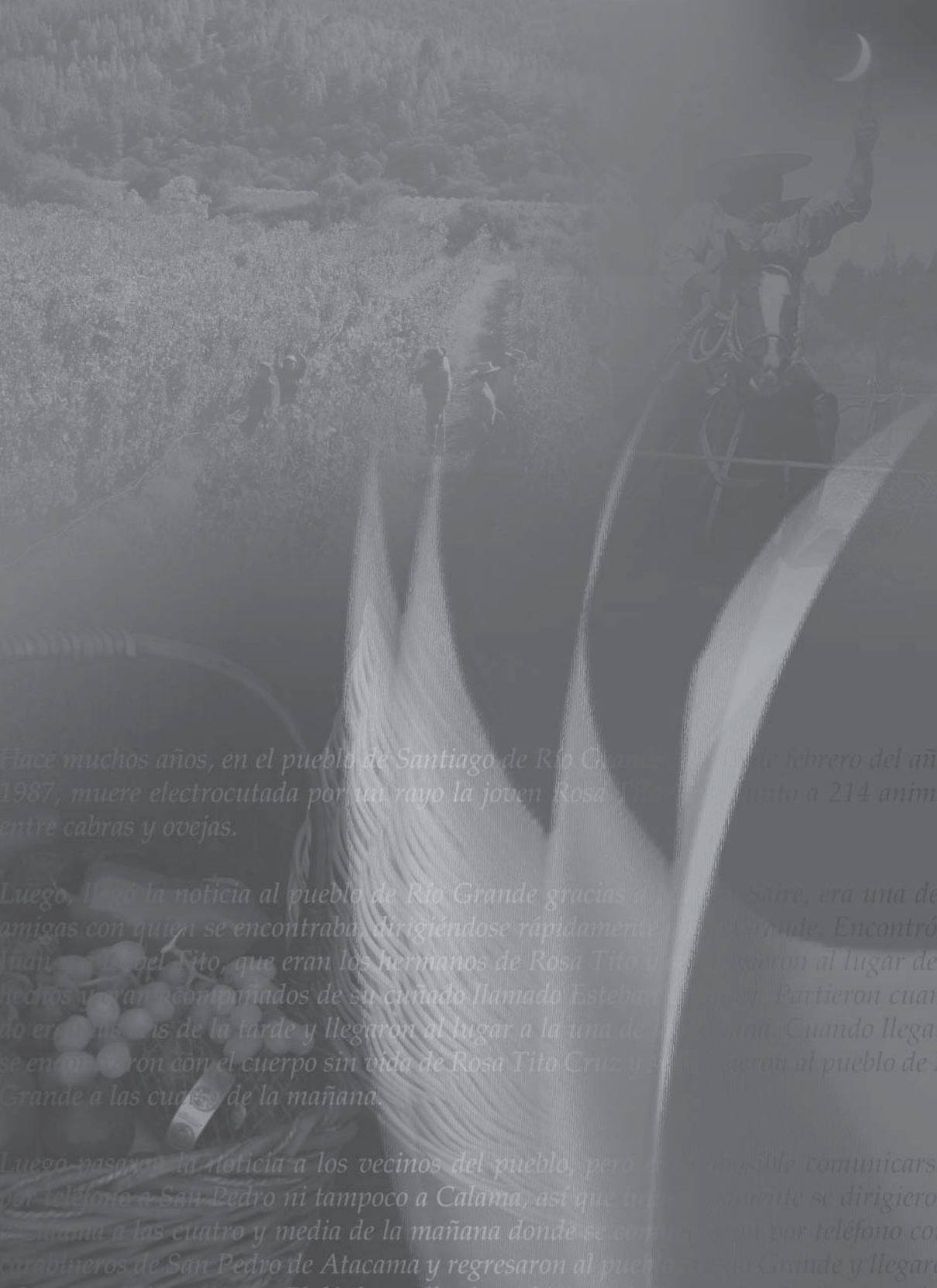
Después pasaron la noticia a los vecinos del pueblo, pero era imposible por teléfono a San Pedro ni tampoco a Calama, así que inmediatamente se fueron a Calama a las cuatro y media de la mañana donde se comunicaron con los carabineros de San Pedro de Atacama y regresaron al pueblo a las once de la mañana. El día siguiente los carabineros de San Pedro regresaron al lugar acompañado de los carabineros a levantar el cuerpo fue Abel Tito Cruz que es su hermano, y también fue la ayuda de los bomberos en bajar la cierta parte donde cayó el vehículo. Allí acompañaron los vecinos del pueblo y después lo llevó a San Pedro y llegaron a las 10 de la tarde y dejaron el cuerpo en la morgue.

El día miércoles a las 10 de la mañana fue sepultada en el cementerio de San Pedro de Atacama de 15 años.

de febrero de  
a 214  
Marisa Saire, era una  
Río Grande. Encoun  
e dirigieron al lugar  
Condori Partlerou  
mañana. Cuando l  
dirigieron al pueblo  
imposible comunica  
diatamente se dirigie  
nicaron por teléfono  
de Río Grande y lleg  
n Pedro de Atacama  
tar el cadáver y, adem  
aiga Marisa Saire y l  
o de carabineros. El  
in camión hacia Cal  
a morgue.  
de Río Grande la pa

PRIMERA PARTE  
HISTORIAS CAMPESINAS  
(CATEGORIA ADULTOS)





*Hace muchos años, en el pueblo de Santiago de Río Grande, el día 12 de febrero del año 1987, muere electrocutada por un rayo la joven Rosa Tito Cruz, quien estaba cuidando un rancho con tanto a 214 animales entre cabras y ovejas.*

*Luego, llegó la noticia al pueblo de Río Grande gracias a los señores Juan y Esteban, que eran los hermanos de Rosa Tito y sus amigos con quien se encontraba, dirigiéndose rápidamente al rancho de la familia. Encontraron al cuerpo sin vida de Rosa Tito Cruz y se encontraron con el cuerpo sin vida de Rosa Tito Cruz y lo llevaron al pueblo de Río Grande a las cuatro de la mañana.*

*Luego pasaron la noticia a los vecinos del pueblo, pero como no había teléfono en Río Grande, así que tuvieron que ir a San Pedro de Atacama a las cuatro y media de la mañana donde se comunicaron por teléfono con los señores de San Pedro de Atacama y regresaron al pueblo de Río Grande y llegaron*

## PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS



### PRIMER LUGAR

Luis Carlos Herrera Vásquez

27 años

Profesor de Lenguaje  
Talca, Región del Maule



---

## EL FIN DE LA HISTORIA

Todos decían que al Emilio lo iban a matar. De cabro fue bueno para las maldades, especialmente de esas que terminan por arruinar el trabajo de una temporada. Era el hijo del patrón, pero eso no lo detenía a la hora de quemar los trigales del fundo o echar abajo las tablas de las pesebreras. Se transformaba en todo un espectáculo cuando don Carlos, su padre, le desnudaba las espaldas y le daba latigazos hasta que el Emilio pedía clemencia. En tanto se recuperaba, digamos en un par de semanas, se cobraba venganza de los mirones a tiro de postonazos. Era cruel el jovenzuelo y eso que no pasaba los 20 años.

Algunos decían que no era hijo del patrón, sino que fruto de una aventura de la señora con un antiguo capataz y que el Emilio, a sabiendas de su sangre ajena, se desquitaba con la herencia que recibiría algún día y con los hombres del fundo. El secreto se lo llevó doña Matilde a la tumba.

Don Carlos no era un ejemplo de justicia tampoco. Sus hombres trabajábamos de sol a sol y nos pagaba más a escupitajos que en pesos. El primer día que llegué a la hacienda recibí medio pan con aceite y una bofetada que me dejó la mejilla casi a carne viva. Es que don Carlos no era de esos que se andaba con advertencias. El que sabe del campo, agacha el moño y trabaja como esclavo, eso decía el patrón. Pero comparado con el cabro, su papá era bondadoso.

La primera vez que el capataz me amarró al aroma, se me había escapado un ternero pa'l río y se había ahogado entremedio de las rocas. Por poco yo me voy pa'l otro lado con él. Lo hubiera preferido. Me dejaron todo el día colgando de las muñecas, a pleno sol, a la hora que sólo las lagartijas son capaces de aguantar. Y cuando atardecía y a lo lejos veía a los hombres regresando a sus chozas que ni se atrevían a mirarme, si no fuera para retarme por pajarón, cultivé la esperanza que me dejarían libre. Pero ni sombra del capataz hasta como las 10 de la noche, cuando llegó acompañado del Emilio. Lo que demoraron en tomarse una garrafa fue el tiempo que duró el patroncito en azotarme amarrado al aroma. De ahí en adelante, no me volví a equivocar. De ahí en adelante no volví a soltar una gota de llanto.

Para los funerales de don Carlos se cerró la hacienda. Curiosamente, con el paso de los años bajo el yugo opresor de un patrón, los hombres se acostumbran a bajar el moño, trabajar como esclavos y adorar a sus jefes. Vi llorar a don Claudio, al viejo Segundo y al flaco Ruperto. La señora María, la cocinera de la casa, no se separaba del ataúd. Las hijas de doña María no paraban de cocinar con su velo negro. Todo el séquito de humillados lamentaba la partida del patrón y temía los nuevos tiempos que se venían bajo las órdenes de don Emilio. Sí, ahora era don Emilio y hacía sólo unos meses que se había casado con una prima de Talca. También lloraba Pedrito, el niño de los mandados. El capataz estaba inconsolable. El único que no cambió en nada su rictus de severidad y maldad fue el cabro. Recuerdo que mientras le daban las últimas paladas al nicho de don Carlos, alguien murmuró por atrás que el Emilio las tenía que pagar. Pero no creía que alguien fuera capaz.

Ocurrió algunos años después. El patrón había comprado las dos haciendas contiguas y se había puesto a vender pa'l extranjero. Pero de esas cosas yo no entiendo mucho. Por aquel entonces, yo había ascendido a chofer del fundo. Había abandonado las labores del campo y hasta la piel de las manos se me anduvo suavizando un poco. Don Emilio se pasaba el día empinando el codo, cuando no estaba azotando a uno de sus hombres o cuando no estaba maltratando a su señora, su prima, doña Ana. La culpaba por no darle un hijo y maldecía la hora que decidió casarse con ella. Perra de mierda, esto pasa por andar calentando a los primos, le decía enajenado. Doña Ana se quedaba callada. Hay que reconocer que la señora era dura como buey, nunca soltó una lágrima en la cara del cabro. Cuando se tranquilizaban las aguas y don Emilio dormía la mona, me pedía que prendiera la camioneta, que quería dar un paseo. En un principio yo la llevaba a recorrer la hacienda y le respondía respetuosamente cada una de sus consultas que no iban más lejos que saber el nombre de los que estaban cosechando o alguna pregunta acerca de lo que yo hacía antes de aprender a manejar. Es extraño cómo el destino les tiene preparada una vida de sufrimientos a las damas más virtuosas.

Una vez que las palizas se hicieron más frecuentes, doña Ana me rogaba que la llevara lejos, que la sacara del fundo, que le daba náuseas, y que la llevara a la orilla del río donde lloraba desconsoladamente. A veces, yo tenía tiempo de fumarme una cajetilla entera. Cuando atardecía doña Ana me preguntaba si se veía linda, si tenía el cabello peinado, si no se le había corrido el maquillaje. Yo no me atrevía a responderle nada, solo echaba a andar la camioneta.

Al regresar de uno de esos paseos, don Emilio había matado al Ruperto a palos, porque éste lo había despertado para decirle que uno de sus caballos se había quebrado la pata. Pero eso lo supimos meses después, cuando el capataz en una borrachera en el pueblo, se había ido de lengua reconociendo que el flaco Ruperto nunca se había caído en una noria y que el patrón lo había mandado pa'l otro lado.

Días después, doña Ana quedó embarazada. En un principio don Emilio se había puesto violento como un toro y le había venido por dar azotes al azar. Esa fue la última vez que me descubrió la espalda con el hijo'e puta del capataz. Me habían agarrao un lunes tempranito cuando me disponía a lavar la camioneta y con la misma manguera me amarraron de los pies. Hasta me mearon los desgraciaos. Ahí decidí escapar de ese infierno y marcharme a otro pueblo. Prefería morirme de hambre que morir por culpa de esos monstruos. Después de un tiempo, me contaron que el patrón se había calmao y que hasta celebraba que su señora por fin le diera un heredero.

No obstante, tuve que regresar. Alguien tenía que ponerle punto final a este flujo de azotes arbitrarios, a este bajar el moño y trabajar como esclavos.

Ingresé a la hacienda durante la madrugada. Ni los perros ladraron al reconocermé arrastrándome por debajo de la alambrada. Dormí unos minutos apeado junto a la camioneta. Era domingo y, salvo las cocineras, no estaban más que los patrones en la casa. Como a eso de las nueve, la señora Ana invitó a la vieja María y sus hijas a rezarle a la virgencita que habían construido más allá de los parrones. Ahí aproveché de entrar a la casa por una ventana. Aún a esas horas de la mañana, se oían los ronquidos del infame don Emilio. Lo observé unos segundos desde la puerta de la habitación y, por un instante, se me pasó por la mente atravesarle por la garganta el corvo que yo traía en el cinto. Pero eso no rompía el círculo eterno donde se escribe la vida de esos hombres. Junto a la ventana el recién nacido rezongaba con un chupete en la boca en su cuna de madera. Tenía el mismo lunar en la frente por el cual me decían el Manchao Bernal. Tras meditarlo, decidí que la almohada sería el arma perfecta para extinguir ese pequeño rostro idéntico al de su asesino.

## PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS



### SEGUNDO LUGAR

Margarita Baigorriá Cruces

64 años

Artesana

Cochrane, Región de Aysén



---

## AJUSTE DE CUENTAS

En los años 1930, en la región de Aysén, había muchas actividades campesinas como campeonatos de truco, brisca, rayuela, carreras cuadreras (carreras de caballo). Se hacían marcaciones, se celebraban las fiestas patrias y tradiciones. Esto se vivía en distintos pueblos y ciudades de la región.

En Balmaceda, en una fiesta con carreras cuadreras, se juntan dos jóvenes. Sus nombres eran Rosario González y Antolín Silva. Ambos jóvenes chilenos. Antolín, hijo de un poblador de Balmaceda, y Rosario, un peón rural. Hicieron una carrera en Balmaceda, por bastante dinero, lo cual creó un grave problema.

Por algunos años, estos dos jóvenes no volvieron a verse, hasta que un día se encontraron en Pueblo Nuevo, en esos años en donde ahora se encuentran la defensoría local de la ciudad de Cochrane, calle Río Maitén, esquina San Valentín.

En los años 1940, había en esa ciudad un boliche, restaurante y almacén de abarrotes administrado por un tal Sclaricevic, quien, a la vez, era administrador de la Estancia de la compañía del Valle Chacabuco.

Se viene de Balmaceda el joven Rosario González a trabajar a la Estancia. Un buen día, va a tomar y comer al local del señor Sclaricevic de nacionalidad yugoslava. En eso llega Antolín Silva de Balmaceda, el joven que había hecho la carrera en fecha anterior. Se juntan y piden comida, después de haberse sentenciado en Balmaceda, comparten amigablemente, piden bistec con huevos y, luego, siguen tomándose varias botellas de vino. Había mucha gente, nadie conocía a estos jóvenes ni tampoco sabían que tenían problemas. Conversaron como grandes amigos, comieron y siguieron en el local, como si nada, en la calle estaban sus caballos ensillados en un barón, donde se quedan amarrados por varias horas.

La justicia en esos años la hacían las personas, actuaban por sus propios instintos, los testigos avalaban sus actos sin muchas explicaciones.

En un momento se miran y salen del local sin palabras, se acercan a sus caballos. La gente se asusta y salen todos del local. Se preguntan ¿quién sabe lo que estaba pasando?, sin ninguna explicación.

Ambos sacan de sus cinturones sendos revólveres y se disparan al mismo tiempo, nadie pudo hacer nada, solamente se quedaron sin palabras.

Sus cuerpos fueron sepultados en Cochrane, porque no se podía hacer nada, no había caminos, ni como trasladar a nadie, ni nada, por lo tanto, la historia fue inexplicable.

Esta historia tiene nombre, porque fue una de las tantas tragedias de aquellos años como Pueblo Nuevo.

## PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS



### TERCER LUGAR



Elizabeth de Lourdes Heraldo Figueroa

39 años

Contador Auditor

Arica, Región de Arica y Parinacota

---

## TÍO CARMELO, CIRILO Y YO

Era verano, hacía mucho calor en Chaca un pueblo distante de la ciudad de Arica, valle casi desértico, donde el sol inclemente exigía gotas de sudor.

Debía llegar en el bus de las 5 de la tarde. Mi madre me mandó a mis cortos siete años, lejos de casa, donde su hermano. Encargado por el auxiliar del bus, que me cuidara y dejara en aquel lugar, ya que me esperaban en la posada.

No conocía al tío Carmelo; él que cuidaba la tierra desde hace muchos años, me esperaba ansioso, me enseñó a querer y amar cada rincón de esta “Chaca indomable”, como le decía.

El agua era escasa, debíamos buscar con lupa las napas por los surcos escondidos, pequeñas acequias de agua. El riego demandaba el vital elemento. Siempre rodeado de guayabos, pepinos frutales, frutillas e higueras que fueron mis compañeras.

Los chivos, mis incansables amigos. Recuerdo a mi fiel Cirilo, mi chivo; me lo dio mi tío Carmelo ya que no le hacía caso y sólo me obedecía a mí.

Mi amigo, que me hizo rabiarse, se escondía en los lugares menos apropiados, lo buscaba, lo llamaba, porfiado como él solo.

Cierto día descubrimos un pozo profundo, oscuro, y algo inadvertido. No sabía si tenía agua o estaba seco; jugué con piedras para ver si se escuchaba el sonido del agua o el eco de las paredes secas. Para mí sorpresa, estaba seco, muy seco. Ignoraba su profundidad.

Hasta que cierto día, llegó el lado oscuro de la vida. Apareció una camioneta, bajaron personas bien vestidas, pero con prepotencia preguntaban y preguntaban, no sabía qué. Me acerqué a hurtadillas y escuché una conversación: buscamos a Carmelo García, tenemos que encontrarlo, ¿dónde está? Tienen que hablar o si no los llevaremos presos a todos.

Me asusté, corrí lo que más pude, tío...tío, ¿dónde estás? Mi Tío ya no estaba. Con Cirilo lo buscamos tanto, tanto... Recordé el lugar inadvertido. Con nerviosismo, traté de ir al lugar sin que nadie me divisara, incluso, traté de dejar a un lado a Cirilo, pero éste me seguía incansablemente. ¿Se notaría o no?, pero debía corroborar si era así. Bueno, al fin al cabo, un niño pastando con sus chivos no debía despertar sospechas.

¡Tío! ¡tío!, ¿estás ahí?, pregunté. Responde, soy yo. Te están buscando. Te traeré abrigo y comida, por favor no salgas. Cirilo era mi cómplice, balaba más de lo acostumbrado, quería que estuviera tranquilo. Regresamos a la casona. Ellos seguían ahí, descubrí que eran de la Comisión Civil. Buscaban a los sindicalistas, confundían a mi tío. Él acertó que debía esconderse; aunque explicara su condición, él sabía que regreso no habría.

Dicha Comisión no se iba, estaban preguntando, golpeaban a los vecinos, inquilinos y todo aquel que se le cruzara. Decían que no se irían, hasta no llevarse a Carmelo García.....

Abrigo, pan, charqui y maíz tostado alcancé a dejar en una manga de chaleco. Agua, agua, cómo la llevaba sin notar su preparación... Se me ocurrió llevarla en una jarra de barro con una gran oreja.

La tarde llegaba, con su furia de viento, calaba fuertemente mis sienes que con los nervios hervía y con el viento se me congelaba hasta mi interior.

Mi tío, cuánto sufriría allí, no me respondía. Pero yo sabía que allí me esperaba, tiré el chaleco con víveres y con alegría quedé, al saber que pudo recibir mi jarrón de agua que devolvió vacío. El cordón de mis zapatillas y raffia sirvieron de puente para asir el jarrón.

Pasaban las horas, días, hasta una semana concluirían con su presencia en Chaca.

Al comer, no podía comer, al saber que mi tío Carmelo me esperaba. Les contaba lo que podía; mis excusas eran las cabras con los chivos. A pastar se ha dicho.

Sospechaban al parecer. Cirilo era siempre el primero en correr al pozo, a balar en aquel lugar inadvertido; se quedaba ahí estupefacto. Grita y grita, lo llamaba, iracundo solo balaba y balaba. Me observaban. Dejé los víveres, casi los tiré.... me llamaron ¡hey tú!, que haces ahí. Como aprendiz de mentiras, me fue mal, me puse colorado. ¿Dónde está tu tío? Solo atiné a llorar. No sé, no sé, grité... y una vez más Cirilo se fue al pozo. ¡¡No!! , dije, ven aquí -me puse nervioso-, Cirilo, ven. ¿Qué hay ahí?, preguntaron.... Nada señor, titubeaba, no salían las palabras, los nervios me habían traicionado. ¿Dime qué escondes? Lloré, el pozo fue descubierto.

Sentí que había traicionado a mi tío. En aquel momento, la culpa me invadía. Se llevarían a mi tío por mi causa, porque yo lo entregué... Comenzaron a gritar, tirar piedras al interior y hasta un disparo se les escapó. Dijeron: te encontramos maldito. Lloré tanto. Querían llevarse el cuerpo pero dijeron: es inútil, cómo bajaremos, nos llevaremos a un muerto. "Para qué" expresaron. Otro respondió será una prueba de nuestro trabajo. Pero pudo más la comodidad y se fueron.

Mis lágrimas no cesaban de caer, formaban un surco en el polvo de Chaca. Y Cirilo me balaba en la cara ... Lo miraba culpándolo; que por su culpa nos habían descubierto.

Tío, tío, perdóname, decía. Caía la noche y yo no me movía del lugar, los chivos se habían recogido solitos, menos uno, uno que no me dejaba ni a sol ni sombra, a mi lado esperaba que yo me levantara para que lo acostara, según él. Aquel momento no había ánimo para nada.

Al término del verano, debía despedirme de todos los que me habían acogido. Nunca se habló del tema, nunca nadie discutió lo acontecido, al menos de eso me pude percatar a mis cortos años.

Mi tío descansaba en paz.

Cuál no sería mi sorpresa, cuando vi saltar a Cirilo como una exhalación, como alma que lleva el viento al encuentro de un fantasma, que se hizo carne y realidad.

Lo vi caminando hacia mí, me temblaban las piernas, las lágrimas afloraron en mis ojos y ya no pude más, un grito incontenible en mi garganta se escapó como un cañón. ¡¡¡Tío Carmelo!!!, ¿cómo es posible?, ¿cómo estás aquí? La emoción pudo más y un abrazo profundo y eterno nos fundió en uno solo.

Mi tío llegó a despedirme aquel último día de febrero. Me contó que tuvo que huir del pozo, que era muy obvio que yo desapareciera justo a la hora de la comida. Herido tuvo que salir, rasgando las entrañas de la tierra, a veces casi seco, a veces casi húmedo; aquella noche anterior, los chivos inquietos balaban, casi lo delatan una vez más.

El golpe de Estado buscaba a todo aquel que tuviese relación con los terroristas, incluso a los cristianos que hablábamos de la libertad religiosa. Hijo, me dijo, me salvaste la vida, no podía verte partir sin antes agradecerte por todo lo que hiciste por mí, por el maíz tostado y el rico charque que me tirabas. He estado escondido, pronto pasará todo esto y sólo será un mal recuerdo.

Lo abracé y lloré, ahora sí de alegría.

## PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS



### PREMIO ESPECIAL MUJER RURAL

Ximena Carvajal Quiñones  
Olmué, Región de Valparaíso



---

## LA LADRAERA'E PERROS

La ladraera'e perros de nuevo me desveló, jodieron toita la noche detrás diuna vaca porfiá, que disfruta mordisqueándome los paltos a medianoche, parece que collereara a los perros, que amanecen lacios de tanta carrera detrás de la condená.

Si serán las seis es mucho, pero ya me desvelé. A lo mejor hoy día me vienen a ver los chiquillos. Mejor me levanto y pico un poco'e leña, soñando que parto en dos los cogotes desos condenaos perros.

Entre ellos y el gallo que se niega a cantar en otro lao que no sea afuera de mi pieza...

Teniendo re'tanta penca en el gallinero, pa' cantarles a destajo, pero no. Es conmigo la cosa, me canta a mí, a lo mejor pa' tapar la ladraera o pa' avisarme de las andanzas de la Fresia a medianoche...

Un día destes me va a dar por hacer cazuela e'gallito quiriquire, es carne magra dicen los entendíos (a mí se me quitaría el desvelo, dormiría como bendita)

Pero ¿qué hago con la Fresia? No hay vaca más golosasa que esa.

Teniendo toilito un cerro y un potrero largo a la orilla del río... ella es de paladar fino, "Hass" de preferencia, parece que en día los elije, agasapá a lo lejos, fondiá entre las chircas.

A la oración dentra mansita al corral y me mira e'reojo. Parece que se riera, pensando en los que elijió pa' cuando sea bien dentro la noche.

¿Cómo arranca? No sé, las demás bestias nunca han podido salirse solas. Yo misma dejé bien tupías las trancas, pero la Fresia es pilla, se sabe la maña y se debe reir a mujido suelto de las otras vacas que pastan por ahí lo que pillan sus trompitas eternamente habrientas.

Pero la Fresia es la que mejor leche da pa' los quesos que tanto le gustan a los jutres que pasan por estas tierras de caminos retiraos.

Hoy no me siento bien, serán achaques e'vieja. La verdad, toy recansa', ya no estoy pa' estos trotes.

¿Por qué Dios me quitó a mi viejo tan rejoyen? Me dejó la soledad destas tierras, un arao, una vaca paría, cuatro bichos y seis chiquillos que criar...

A juerza 'e ñeque los saqué adelante, no tengo naíta que envidiarle a los hombres más fortachos destos laos: maneje el arao, cuidé la tierra, crié a los chiquillos, crecieron a parejitas paltos, bichos y chiquillos.

Daba gusto verlos corriendo a pelo en los caballos por el potrero o en verano, tirándose de las varas de sauce al río...

Coloraos y gorditos, ni supe cómo se hicieron hombres y partieron a hacer sus vidas. Sí, la vida pasó en un Jesús.

¡No han venido a verme estos ingratos!

Ta' bien, trabajan, tienen críos. No es llegar y pegarse un pique a los quintos infiernos donde estoy metía. Y aquí estoy viviendo de recuerdos, en ochentitantos años, hay harto pa' recordar.

Eran mejores tiempos. Del alba a la oración no paraba, entre la ordeña pa' hacer los quesos, los chiquillos y los animales, ni me quedaba tiempo pa' na'.

Se jueron pasando los años, me juí haciendo vieja y me juí quedando sola. Se acallaron las bullas, las risas, el fondo lleno pa' que alcanza bien pa' toos; se acabó el trajín.

Ahora, too e' reposo y es silencioso; y lo aprovecho, porque no sé hasta cuándo Dios me presta vida. Mientras tanto seguiré haciendo queso con la leche e'la Fresia, tortillas e' rescoldo, cuidando mis paltos y los quiltros'e moleera. Y aunque alegue por los cantos del gallo a medianoche, me alegran el espíritu, me acompañan, su canto me dice que no'toy sola, la Fresia, pese a las rabias que me da, la quiero, porque su leche crió a mis críos y con los quesos los mantuve a flote...le debo eso...

Así que unas ramas menos en los paltos es un pelo e'la cola.

Total, ta' igual de vieja que yo, igual de mañera y porfia'. No puede hacerse callar un chanco a palos, ni quitarle la maña a la Fresia, es esfuerzo perdió y si un día no ama-

nece en el patio, sería tan raro. Ya es parte del diario vivir, corretearla. Aunque me da pena animarle los perros, ya ni arranca y los quiltros ladran por inercia, saben que no los pesca.

Me voy a entrar temprano, toy bien rara.

Cuando vengan los chiquillos, les voy a pedir que me lleven al pueblo unos pocos días. Tanto me lo han ofreció, pero si me voy, qué va a ser de mi casa. Bueno, unos pocos días no má pa' fundir los nietos.

Parece que va a llover, voy a prender fuego.

La abuela se recuesta a dormitar un rato. En su sueño, ve a su viejo que la llama, le extiende su mano y la invita a caminar, conversan y ríen. Se siente bien, tanto que no siente achaques, ni cansancio...

Mientras, para la lluvia, el gallito quiriquí cantó, la Fresia deambula, esperando la ordeña y los quiltros se inquietan por su comida.

Ella sigue con su viejito, no se ha dado cuenta del tiempo que pasa, le está contando sobre sus chiquillos y todo lo que lo extrañó.

En estos días quedaron en venir a verla. Mañana, tal vez, o en unos días más. Qué más da. El tiempo se detuvo, justo a su hora. Para ella, el sueño siguió su curso. Todavía sueña. De vez en cuando, se da su vuelta por la casa; todo está bien. Los chiquillos no han venido; deben estar trabajando.

Ya vendrán, mañana, tal vez, o en unos días tal vez...

## PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS



### PREMIO ESPECIAL PUEBLOS ORIGINARIOS



Gloria Lepilaf Ñonque

39 años

Dueña de casa

Lautaro, Región de La Araucanía

---

### MISTER KALFUÉN EN LA GRAN URBE

- “Corfata cuello, güen afrío, antiojo-lente, lindo zapato, impático, lindo muchacho. Lo lulo colgar, máquina lo failar. Failan, failan no má’ peñi”

Al pobre viejo ya se le salían los ojos y su cabeza giraba en 180 grados, observando boquiabierto la imponente ciudad. Lo que tenía frente a sus ojos era demasiado maravillosos para un hombre como él.

- “Marri-marri peñi, marri-marri papay” – Saludaba a cada transeúnte que pasaba por su lado y las personas ni siquiera notaban su existencia.

- Aquí no se saluda a la gente, tío. – Le dijo Guillermo, mientras caminaban por una extensa calle de piedra, aglomerada de peatones y ruidosos vehículos.

- Vaya, hombre, en el campo yo salu’o a to’o lo güeñi. Expresó con cierto aire de nostalgia, pero se repuso al instante y con una leve sonrisa pareció aceptar la extraña forma de vida de los santiaguinos.

Estaba en los sesenta y tantos años, aunque su edad no la sabía con certeza, de lo único que estaba seguro era que había nacido en la época veraniega, un día de hermoso cielo añil, por esos sus padres lo llamaron Kalfuén, cuyo nombre significa “Ser Azul”.

Antes que el sol entregara sus últimos rayos, él se introducía en la montaña, silbando alguna canción de antaño, en busca de ramas para encender el fuego. En medio del tupido bosque, recordaba su etapa de niño, cuando se arrastraba como una alimaña entre los quilantos para llevar los mejores coligües secos para usarlos de ringe-cho-maso, que él mismo debía mantener encendido en alto mientras durara el trabajo de su ñuke en el telar o el de la chucho papay en la confección de cántaros. Pero estaba convertido en hombre y en su ruka habían prescindido de esa precaria luz y en su lugar usaban un sofisticado tarro con parafina (ese tarro de pituco Nescafé que reemplazaba de vez en cuando el café de trigo), entonces miró sus pies y ya no andaba descalzo, unas cómodas chalas de neumáticos usados le acompañaban y sintió con cierta angustia el peso de los años sobre sus hombros.

Desde su humeante ruka, enclavada a media falda en la sencilla comunidad, una vez terminadas sus agotadoras faenas, Kalfuén podía observar las sosegadas estrellas en el firmamento, comparando su belleza con el crepitar de los leños encendidos que se erguían a ras del suelo y que soltaban su inconfundible y encantador aroma en medio de las cenizas.

Nunca había estado en la ciudad y muy de vez en cuando visitaba el pueblo (Galvarino), que distaba de su casa unos 20 kms, pero conocía cada centímetro de su tierra, aquella tierra burda y salvaje que le vio nacer y que generosamente le dio la tonalidad a su rústica piel.

La implacable manquera delataba su inclemencia en las manos de don Kalfuén y todas las estaciones descansaban en su rugoso rostro. Había trabajado toda su vida y bien merecía ese paseo, por eso no dudó en aceptar la invitación que le ofreció su sobrino.

En medio de las interminables calles santiaguinas, notó que sus chalas no dejaban huellas, todas habían quedado plasmadas en cada espacio del caprichoso relieve de su suelo sureño. Pero se encontraba lejos de su hogar, con un ligero equipaje, humildemente vestido y cargando un canasto con huevos duros, tortillas y carne-chancho para la parentela capitalina.

Sus parientes lo acogieron cariñosamente y enseguida le enseñaron lo más llamativo de la ciudad en pleno apogeo de los 50, al mismo tiempo que don Kalfuén los llenaba de preguntas, tratando de adaptarse en esa hostil jungla de cemento.

Lo primero fue llevarlo a una tienda para vestirlo adecuadamente. Así poco a poco fue despojándose de su simple ropaje para cubrirse con otro nuevo y esplendoroso.

Una pintoresca corbata le daba el lujo a una camisa blanca y abotonada. Se despidió de sus ojotas y se calzó unos elegantes zapatos, un buen abrigo le daba la figura de un gran gentleman. Su apariencia cambió notablemente, casi no podía reconocerse a sí mismo y unos cuántos años se le fueron del rostro.

En seguida, lo llevaron a disfrutar con la música que estaba de moda en aquel tiempo, pero don Kalfuén sólo conocía el ruido de trutrukas y kultrunes, que se elevaban por el más puro kurrüf de su comunidad y no podía entender cómo una máquina metálica obedeciera cantar con una mísera moneda, al mismo tiempo que un buen número de personas se deleitaba bailando sin cansancio un ritmo tan distante y desconocido que sonaba y sonaba en el salón.

Preguntaba y guardaba las respuestas en su cabeza como si ésta fuera un gran libro que pudiera abrir cuando quisiera, pero no sabía leer, ni "escribir", ni pronunciar ese difícil "idomía" que introdujo el winka, sin embargo, nadie le iba a quitar su ancestral dialecto que manejaba a la perfección.

Miraba con cara de interrogante, las fascinantes luces que colgaban parpadeante mostrando sus diversos colores y la gente seguía bailando como poseída por un extraño pillán, mientras él continuaba alucinado, como si todo hubiera sido un mágico sueño.

Luego de unos días de caminar por insólitas calles, decidió retornar a su tierra para retomar las labores que quedaron pendientes.

De nuevo en casa, con su familia, amigos y conocidos (los de siempre), nada había cambiado, parecía que todos le hubieran estado esperando dispuestos a responder a su saludo.

- ¡Marri-marri peñi!

- ¡Marri-marri peñi!, respondían sus amigos cuando se topaban por esos ondulantes y polvorientos senderos que abrían paso por zonas casi impenetrables. Entonces, don Kalfuén abría su boca relatando su extraordinario viaje.

- Desde que subí al chren, peñi, hasta que llegué a la estación central, como llaman lo' winka, pasaban lo autro al la'ito mío peñi.

- ¡Uehhhh! Respondían pasmados los aldeanos.

- Un autro, ochro auto y ochro auto, peñi. Santia'ó no e como Alfarrino peñi.

- ¿E' grande, peñi?

- May, ¡grande, muy grande, peñi! Hay "lo lulo colgar" que alumbrá toitito peñi.

- Mirebe no. ¿Qué má' hay, peñi?

- Máquina lo failar. Failan, failan, no má peñi.

- Awenkay

- "Corbata cuello, güen afrío, antiojo-lente, lindo zapato, impático, ¡lindo muchacho, yo peñi! Failando failando. Contaba don Kalfuén a cada vecino que se le cruzara, describiendo aún extasiado y con lujo de detalles su extraordinaria aventura, cautivando la atención de los alucinados oyentes,

- Pensa'amo que se iba a que'ar por allá, peñi, Le dijo su vecino Huetewento.

- Noooo, na'a como'tar en casa, peñi, con el pa'ito de harina y el güen picante, Iller-mo se portó muy bien conmigo, pero yo echaba de meno a mi gente, peñi. Dijo don Kalfuén al mismo tiempo que exhalaba una bocanada de aire matutino y se prestaba

a realizar su labrado en la blanca madera de laurel, para conseguir una perfecta artesa. En seguida, asió el maichigüe y se dispuso a trabajar en el trozo de madera. Sus manos aún seguían escaldadas y el machete aportaría unos cuantos callos más a esa palmas que tuvieron un breve descanso lejos de casa, para que no olvidaran su asiduo trabajo.

El tiempo transcurría veloz como un ave en las alturas y el viejo Kalfuén al igual que todos los habitantes de la comunidad estaba siempre ocupado en cualquier quehacer y no había tiempo par el ocio detrás del arado o de las escurridizas ovejas, pese a que sus años le habían restado ligereza a sus pies. Sin embargo, cierto día don Kalfuén sintió un ligero dolor de cabeza, el cual se fue agudizando a medida que transcurrían los días y aunque quiso ocultarlo, la dolencia no le dejó callar.

- Nutran longo koñi. Se quejó una tarde, apesadumbrado.

Al día siguiente, tardó un poco más en levantarse y cada vez fue perdiendo vigor. Los machitones de las curanderas no pudieron vencer el dolor de “celeuro” que iba empeorando hasta que don Kalfuén dejó esta vida en medio de llantos y festín funerario.

Algunas décadas después, tras varias gestiones de los cabecillas del lugar, llegó la tan anhelada luz eléctrica a iluminar el vasto sector campesino y todas las casas despidieron el tarro con parafina para quedarse con la famosa “lo lulo colgar”, que tanto impresionó al viejo Kalfuén, junto con esto, la gente adquirió todo tipo de objetos tecnológicos, haciendo morir casi todo aparato manual, dejando incluso bueyes y carretas cesantes.

Algunos nietos de don Kalfuén migraron a la capital en busca de mejores oportunidades, se educaron y aprendieron hablar correctamente el idioma español, olvidando tal vez para siempre el arcaico lenguaje que hacía música en la garganta del abuelo Kalfuén. Sin saber que el viejo trazó de antemano sus invisibles huellas por esas largas avenidas, asombrado y perplejo ante lo desconocido, luciendo por primera vez un traje que lo hacía parecer como un mister en la gran urbe.

## TRADUCCION DE PALABRAS EN MAPUDUNGUN Y OTROS MODISMOS

Marri-marri: saludo

Peñi: hermano

Papay: hermana

Güeñi: amigo

Ringe-chomaso: antorcha de coligüe que usaban para alumbrarse

Ñuke: mamá

Chucho papay: abuela

Trutruka y kultrunes: instrumentos musicales

Kurrüf: viento  
Escrebir: por escribir  
Idomia: por idioma  
Winka: extranjero, que no es mapuche  
Pillán: espíritu (demonio)  
Chren: por decir tren  
Ueehhhh: palabra de admiración  
Ochro: por decir otro  
May. Sí (afirmación)  
Santia'ó: por decir Santiago  
Alfarrino: Galvarino  
"Lo lulo colgar": luz que cuelga. Frase textual del Sr. Kalfuén para referirse a la ampollita  
"Máquina lo failar": máquina para bailar. "Failan, failan..." Bailan, bailan... (ambas frases textuales de don Kalfuén)  
Awenkay: frase de admiración  
"Corfata cuello": corbata  
"Güen afrío": buen abrigo  
"Antiojo-lente": gafas  
"Impático": por decir simpático  
Illermo: Guillermo  
Maichigüe: Machete, herramienta para labrar madera  
Nutran longo koñi: me duele la cabeza hijo  
Machitunes: ceremonia efectuada por la machi para curar al enfermo  
"Celeuro": por decir cerebro  
(Nota: la frase entre comillas y con letra cursiva, al comienzo fueron palabras textuales de don Kalfuén)

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA



PRIMER LUGAR  
Alfredín Turra Corrales  
48 años  
Médico Veterinario  
Arica



---

### EL INSPECTOR DE VICUÑAS

Era el atardecer de un día de abril. Mis pensamientos volaban, mientras regresaba a Arica, por el angosto y polvoriento camino, reflexionando sobre la capacidad del ser humano para amar. Ese sentimiento universal, que no tiene una disposición particular para presentarse o dirigirse a alguien o algo en especial.

Este viaje lo había realizado en muchas oportunidades, desde Putre hasta Visviri, pasando por la hermosa localidad de Caquena, con todo su verdor y sus imponentes volcanes, los Payachatas, amantes de toda una vida, bañados por el maravilloso lago Chungará. También Chujlluta, Cosapilla, entre otras localidades, que aparecen repentinamente en un recodo del camino, dentro de la gran soledad y el silencio del agreste altiplano, como si fueran grises suris, espantados por el ruido del vehículo y que desaparecen rápidamente por la velocidad de sus ágiles patas, entre la paja brava.

Todavía no podía olvidar la conversación que había sostenido con un ganadero aymara y los acontecimientos ligados a ésta. Fue algo que me ocurrió, sorpresivo, algo definitivamente emocionante. Desde ese momento, algunas cosas cambiaron en mi interior, afectando mi proceder y actitud.

Corría el mes de marzo de 2002, cuando don Florindo Mamani, personaje del relato, tomó contacto conmigo en Arica, en la Oficina del Programa Ganadero de la Corporación.

Don Florindo, hombre maduro, ya entrado en años, quizás unos ochenta, difícil de calcular; ojos vivaces, negros, profundos, manos grandes y fuertes, pero con el cuerpo algo encorvado y de aspecto cansado.

Durante ese encuentro me pude percatar que había pasado toda su vida entre los cerros, trabajando desde pequeño en la puna altiplánica, en contacto directo con la naturaleza, como lo hacían normalmente los aymaras.

Su predilección era observar la fauna de su entorno, en especial la vicuña. Desde su

infancia pensó que su destino era cuidar de esos hermosos animales, puestos en la tierra por el Dios Wiracocha para sus hijos: los hombres.

Ahora a sus años, líneas expresivas surcaban su rostro, provocado por el paso del tiempo y su ansiedad manifiesta. Su tez morena, denotaba las inclemencias del altiplano, curtida por el sol, el viento y el frío, durante décadas.

Se presentó humilde y amablemente: mi nombre es Florindo Mamani Inquiltupa, soy de la localidad de Ancolacane y soy inspector designado para cuidar las vicuñas de la zona e informar al subdelegado respecto al cumplimiento de la Ley, que prohíbe la caza de las vicuñas.

Durante muchos años, he tenido que lidiar con los cazadores, quienes toman como un deporte el disparar a los animales. Las cacerías de vicuñas, hace tiempo, eran comunes, especial afición de los señores con plata y uniformados.

La cosa no ha cambiado mucho, musitó don Florindo, siempre existen personas con mentalidad destructiva, que disfrutan haciendo sufrir a los animales. Por eso, quiero manifestarle Sr. Veterinario, que deseo dejar de seguir cuidando las vicuñas, ya que estoy muy viejo para esta labor.

Sé, continuó, que se me ha encomendado, por la Subdelegación de General Lagos, la misión de proteger y cuidar a la hermosa Wari, y es mi deber informar al Gobernador de Arica los últimos acontecimientos.

Lo miré extrañado, yo no era la persona adecuada para responder sus inquietudes, además sentía que me hablaba de algo muy remoto y actual a la vez. Curioso le pregunté: ¿cuando recibió usted esas instrucciones?

Bueno, respondió lentamente –acomodándose en el asiento– mientras me extendía un añejo documento; el Sr. Subdelegado José Quinteros, me envió una copia del Decreto firmado por el Sr. Presidente, donde se prohíbe la caza de la vicuña en todo Chile.

Mi asombro fue enorme, al leer el vetusto documento. Era una copia del Decreto N° 330 del 23 de marzo de ¡1949!, firmado por don Gabriel González Videla, Presidente de la República de la época que efectivamente prohibía la caza de la vicuña durante cinco años en todo el territorio nacional. Decreto que hoy y desde hace mucho tiempo no se encuentra vigente.

El tiempo parecía no haber transcurrido para don Florindo; durante cincuenta y tres años seguía ejerciendo su labor, voluntariamente y sin pausa, sin percatarse aparentemente, que muchas cosas habían cambiado con el paso de los años.

La lejanía de su zona de residencia, la vida solitaria en los bofedales, entre sus anima-

les a los cuales tanto quería, lo habían alejado y aislado de la “modernidad”, lo que lo mantuvo, de algún modo, puro, ingenuo y no contaminado con los vicios frecuentes de la actualidad.

Le conté que desde 1979 la vicuña se encontraba protegida por convenios internacionales, dado que la especie estaba en vías de extinción, por su apreciada fibra.

La vicuña, Sr. Mamani –mencioné- ha tenido una recuperación exitosa, dado el cuidado de los propios ganaderos aymaras, quienes tomaron conciencia de la importancia de su protección. Ahora, es susceptible de ser manejada en forma sustentable, me expresé en términos académicos, inconscientemente.

La curiosidad, innata en mí, empezó a aflorar naturalmente. Pregunté: ¿don Florindo, cómo fue que lo nombraron inspector? Él se manifestó emocionado y dando realce a sus palabras, me dijo:

Un grupo de awatiris (ganaderos) - con las mismas inquietudes, reclamamos en forma reiterada al Gobernador de Arica, a través del Subdelegado, que la cacería de las vicuñas se había transformado en algo habitual. Nuestros continuos reclamos y solicitudes dieron resultado. Al cabo de algunos años, el Presidente prohibió la caza de la vicuña.

En ese entonces, el Subdelegado me nombró como Inspector –sus ojos se nublaron, hizo una pausa y continuó- : honor que asumí con mucha responsabilidad. Sin ceremonia, pero muy seriamente, el Sr. Subdelegado me encomendó esta labor.

Enarcando las cejas y entornando los ojos, como para buscar en algún lugar de su mente el recuerdo de aquel momento, prosiguió: Don José, se reclinó en su sillón, apoyó la mano en la barbilla, me miró a los ojos, tomó aire y sentenció: “...obtuvieron lo que querían, Sr. Mamani, ahora deben hacer respetar la Ley, ya que así lo ordena la autoridad. Estoy muy orgulloso de Ud., ya que nuestra pequeña subdelegación se hace conocida en el centro del país, en Santiago pues hombre; lugar que queda muy lejos y que usted no imagina”.

Suspiré profundo, al encontrarme de golpe con parte de la historia de este hermoso norte, con su gente, humilde y esforzada. Un nudo en mi garganta, dejó salir dificultosamente un... gracias Sr. Mamani, por su preocupación. Lo acompañé hasta la puerta principal, le indiqué donde quedaba el Servicio Agrícola y Ganadero y le deseé suerte en su cometido.

Deseaba estar tranquilo para poder meditar sobre lo que me había acontecido. Al menos para mí, era una situación inusual, que se da de tarde en tarde, o nunca. Actos de nobleza e ingenuidad, mezclados con un sentido de la responsabilidad a toda prueba, inquebrantable en el tiempo.

Volví a la realidad, aceleré el vehículo, atardecía y el frío de la zona se sentía hasta los huesos. Faltaba mucho aún para llegar a Arica.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA



SEGUNDO LUGAR  
Juan Marco Antonio Vilca Quiñones



46 años

Pastor Evangélico  
Arica

---

### EL ARCO Y LA PIEDRA QUE ME DEJÓ MI ABUELO

Era un amanecer de un día soleado del año 1973 y Simón era un niño de 9 años de edad que vivía en la localidad de Alcérreca con sus padres y abuelos. Su país estaba pasando por momentos muy críticos, las cosas no estaban bien. Todo el mundo comentaba de la violencia que se había desatado al interior de su país. Sin duda, estos hechos marcarían la vida de muchos y la de Simón no era la excepción.

Ese día, su padre se apresuraba a destruir un arco de aproximadamente un metro veinte, cuando de pronto Simón grita desesperado diciéndole que no lo hiciera, porque ese arco se lo había regalado su abuelo. Su padre conmovido obedeció a su ruego y se acercó a él, lo abrazó tratando de entender el por qué de su actitud. Entonces caminó con él y se detuvieron frente a una piedra sobre la cual se sentaron. Allí, Simón le contó que con ese arco su abuelo había cazado animales para alimentar a su familia y que algunas veces le había servido para defenderse de los pumas que venían a atacar a los animales y aves que en ese sector habitaban: la chinchilla, el cóndor, las avestruces, las alpacas, las llamas, los burros monteses y otros.

El pueblito donde vivió el abuelo estaba muy lejos, se llamaba Chislluma y allí vivía con sus padres y dos hermanas. Su casita era de adobe y el techo de cañas y barro. Él le contó que muchas veces tenía que bajar a Alcérreca donde pasaba el tren. En ese lugar hacía negocios con otros comerciantes que iban en dirección a Bolivia; éstos compraban la lana de alpaca y la lana de oveja. Pero había que tener cuidado porque los soldados estaban revisándolo todo y muchas veces ellos se quedaban con las carnes u otros alimentos. Su abuelo decía que podían acusarlos de ser contrarios a su doctrina, como sucedía en algunos casos; que a los acusados se los llevaban lejos sin que sus familiares supieran más de ellos. Todos tenían temor, aparte de que existía toque de queda; no se podía transitar en altas horas de la noche, por lo tanto era imposible trasladarse con cierta facilidad de un lugar a otro.

El abuelo le contó que muchas veces tuvo que esconder el arco que le regaló para que los militares no se lo quitaran. Ese arco lo había comprado en el tiempo del puerto libre, en la ciudad de Arica y estaba confeccionado con caña de bambú; ni siquiera tenía una terminación acabada, sino más bien era como un juguete, pero que a él le había servido mucho. Lo había conservado para regalárselo un día a su primer nieto y ese nieto fue Simón.

Habían pasado muchos años desde cuando compró el arco; pero a pesar del tiempo todavía se conservaba en buen estado y con éste le enseñó a Simón a cazar. Le contó que cuando era un niño jugaba con su arco a la puntería con los tarros o para pegarle algún pajarito que en alguna rama se posaba.

También le relató que un día salió a recorrer con su padre los pueblos y los cerros y según los antepasados, contaban que debajo de algunos de ellos había oro. Ese oro que no pudieron llevarse los invasores hispanos, porque les faltaban manos para completar su ambición y que quedó enterrado en esas tierras, debajo de los cerros que precisamente estaban recorriendo. Allí, el abuelo le mostró a Simón una piedra en donde tenía grabadas las coordenadas de un lugar específico, donde había oro. Él había guardado la piedra pensando que algún día se acabaría la etapa dictatorial que empezaba a vivir su país y así podría reclamar esa tierra, para explotar la veta de oro que supuestamente allí habría. Mientras tanto, la situación política se hacía más complicada y el abuelo tuvo que irse a la ciudad para ingresar a un programa de empleo mínimo, ya que no había mejor oportunidad para alguien que sólo se había dedicado en su vida al pastoreo de animales.

En la ciudad, su abuelo no pudo acostumbrarse al bullicio mundanal y cuando era de edad avanzada, decidió regresar a su pueblo para terminar allí sus días. Simón y su familia iban periódicamente a verlo, hasta que un día los lugareños que visitaban a sus familias en Arica, le contaron que su abuelo estaba muy enfermo. Entonces decidieron visitarlo, pero cuando llegaron ya el abuelo había fallecido. Simón se entristeció y corrió y corrió hasta llegar a la piedra donde ahora estaba sentado con su padre y allí se encontraba el arco y la piedra que le dejó su abuelo.

Pasada la pena tomaron rumbo a la ciudad. Pero esos días algunas de las casas estaban siendo allanadas por los militares, los que buscaban armas, según ellos para mantener la paz, pero la realidad era otra. Aquellas personas a las que se le encontraba algún vestigio de éstas eran detenidas y de muchos de ellos no se sabía nada; desaparecían de la faz de la tierra.

El padre asustado tomó el arco y lo sacó al patio. Simón lloraba y le decía: ¡no!, es lo único que me dejó mi abuelo; pero no entendía que el padre podía ser acusado de marxista. Simón ya no podía hacer nada, el arco ardía en llamas, él veía cómo sus ilusio-

nes se desvanecían con ese humo. Después, el padre tomó la piedra y empezó a machacarla porque en ella estaban las coordenadas que el abuelo de Simón había dejado de la mina. Simón no entendía, su padre trataba de explicarle que por esa piedra ellos podrían morir en manos de los soldados, corrió a su pieza y lloró hasta que oscureció.

Simón en su pieza pensaba: mis sueños se han hecho humo como ese arco, mis ilusiones están rotas como esa piedra, ya no podré ser un hombre rico, ya no seré un ingeniero. Pensó, pensó, hasta que se durmió.

Los años pasaron y Simón llegó a entender que el arco y la piedra que le había dejado su abuelo, no se comparaban a la preciada sabiduría que le había traspasado, que con ella había prosperado. Si ahora era un ingeniero gracias al esfuerzo y el empeño que había aprendido de su abuelo; no era rico pero con esfuerzo y trabajo podría lograrlo.....

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA



TERCER LUGAR

Carlos Eduardo Carvajal Olivares

52 años

Jubilado

Arica



---

### EL PEDESTAL DE PLATA

Los jóvenes en gira de estudio miraban el paisaje montañoso, embobados. Habían bajado desde Putre caminando hasta la quebrada de Ancolacalla o San Lorenzo, lugar en el cual acamparían. Cuando estaban todos instalados y las fogatas calentaban el ambiente, el viejo guía se sentó en el centro del semicírculo y dijo: hace muchos años, a fines de 1700 de nuestra era, ocurrió una historia muy hermosa en la zona que hoy están conociendo. Casi trescientos años antes habían llegado al Alto Perú, guerreros venidos desde el otro lado del mar, con sus vestiduras metálicas. Avanzaron por la cordillera hacia el sur, aprovechando un camino que se adentraba en el actual territorio boliviano y luego buscaba el centro de lo que hoy es Chile, llamado el Camino del Inca. Fundaron pueblos y construyeron iglesias y le enseñaron a la gente de las tierras altas que aparte del Tata Inti o Padre Sol y de la Pachamama o Madre Tierra existía un Dios único y todopoderoso. Tomaron a sus mujeres y crearon familias que se debatían entre dos formas de vidas diferentes, que con el paso del tiempo fueron amoldándose y fundiéndose en una cultura única y muy especial...

Fulgencio pertenecía a esta clase de mestizaje, su alma y espíritu estaban unidos a la tierra y al sol, tanto como a las cosas divinas. Su pelo de tono cobrizo contrastaba con lo moreno y curtido de su rostro, que dejaba entrever su actitud de valentía y firmeza ante cualquier situación que se le presentara, características que había heredado de su padre Pascual, descendiente de españoles y su madre Epifanía, una hermosa mujer morena, abundante y generosa como esas tierras altas que la vieron nacer. Todos vivían felices junto a su hermano Francisco en un pueblo que ellos habían llamado "Calauma" (Casa de Piedra).

Francisco, por su parte, era físicamente típico de la altiplanicie, moreno y de pómulos pronunciados; ambos hermanos tenían un rasgo que los hacía parecerse a su padre: sus ojos intensamente azules, pero para ellos no existían diferencias, habían llegado a complementarse tanto en sus actividades de juego y trabajo, que no concebían la vida lejos el uno del otro. Por las mañanas corrían detrás del rebaño hacia las quebradas verdes, saltaban entre las contras o terrazas de cultivo y cuando el Tata Inti llegaba a

su punto más alto en el cielo, extendían el aguayo multicolor sobre la alfalfa y comían el fiambre, consistente casi siempre en ch'oque, aycha y tonqo, (papa, carne y maíz), y por las tardes, cuando las sombras comenzaban a adueñarse del valle, reunían a los animales y emprendían el regreso al caserío.

Fueron años de felicidad y prosperidad para los habitantes de Calauma, pero un día cualquiera, el caserío se convirtió en el paso obligado de diferentes caravanas que venían desde el norte huyendo de una enfermedad hasta entonces desconocida en esas latitudes. Contaban los peregrinos que las personas morían rápidamente una vez que la calentura y el espasmo se adentraban en sus cuerpos. El poblado de Calauma también sufrió los embates de esta extraña enfermedad; seguramente alguno de los que huían dejó el maligno germen en el valle, propagándose a todos los hogares; ni yatiris, ni medicinas, ni hierbas, fueron capaces de derrotar el mal.

Cuando Pascual vio que su pueblo sucumbía ante la fiebre, reunió a mujeres y hombres del poblado y decidieron que a la mañana siguiente, todos los que aún no habían caído en la inconciencia de la enfermedad abandonarían Calauma para ir en busca de nuevas tierras en dirección al mar, lejos de ese valle de muerte. Prepararon alimentos, animales y herramientas y se encomendaron a la Virgen que era la guía del pueblo.

Esa noche, Fulgencio y su hermano Francisco prepararon su equipaje para el viaje y sus padres les entregaron una caja de madera finamente labrada en cuyo interior iba el tesoro más preciado de la familia y de Calauma, una imagen de la Virgen de la Asunción o Asunta como la llamaban cariñosamente.

-Tú serás el encargado de la protección de la imagen de la Virgen, Fulgencio. Y tú querido Francisco, tendrás una misión muy hermosa; construirás el pedestal de plata que le falta a la imagen de nuestra Señora de la Asunción, para que sea venerada cada 15 de agosto. Ella les concederá lo que necesiten- dijo el padre ahogado por la fiebre; dicho esto besó a sus hijos y con ademán cansado se dejó caer sobre el camastro de adobes cubierto de vellones de cordero. Por su parte, los dos hermanos, con lágrimas en los ojos, se comprometieron a cumplir con el mandato de sus padres.

Esa noche, un nuevo dolor cayó sobre ese hogar. La fiebre atacó a Francisco y no pudo acompañar a su hermano y a los demás en ese éxodo obligado. En la madrugada todos llegaron en silencio y el joven Fulgencio, los recibió con dolor en su corazón y les dijo: jilaxax wali usutawa (mi hermano está muy enfermo), el que desee quedarse aún está a tiempo; todos los que le rodeaban contestaron a coro jumampi sarañani (iremos contigo). Fulgencio emocionado respondió jila wali kuisitau chumajja (hermanos mi corazón está alegre) y emprendieron la marcha hacia lo desconocido...

Al pasar los años...

Sentado sobre una piedra al pié de una gigantesca torre rocosa, el viejo restregó sus manos encallecidas; sus largos dedos como ramas nudosas levantaron el cuello de su chomba de lana y se irguió con dificultad. Ya el sol se había hundido detrás de los roqueríos al frente; miró hacia el fondo de la quebrada y vio que en las chozas de barro y piedra comenzaban a humear las chimeneas, el olor de la llareta y la queñoa quemándose le indicaron que era el momento de recogerse a descansar; se quitó el sombrero y alisó sus cabellos ya blanqueados por el tiempo. Sus ojos claros y su bigote y barba entrecanos le daban un aspecto de patriarca bíblico; mucho más alto que el común de sus coterráneos y de mucha sabiduría era el viejo Fulgencio Luque, líder de ese pequeño caserío que crecía día a día. Aproximadamente ocho lustros antes había llegado a esos parajes de la precordillera andina desde Calauma en el norte de lo que hoy es Bolivia. Los más débiles y algunos de los más viejos habían quedado en el camino durante la travesía y un grupo no muy numeroso de personas llegaron a ese rincón en la montaña al que llamaron Ancolacalla o janq' o lacalla (tierras blancas). Allí construyeron canales de piedra, senderos empircados en zig zag que iban desde la planicie hasta el fondo de la quebrada y terrazas como gigantescos escalones para sembrar en los faldeos de esas elevadas cumbres. También construyeron corrales para sus animales y casas de piedra, barro y paja brava, que se diseminaban a lo largo del riachuelo; al centro del largo valle levantaron una capilla donde se reunían por las tardes a planificar el trabajo del siguiente día y a venerar a la virgencita de la Asunción. Siempre durante esas reuniones había un recuerdo y una oración por aquellos hermanos que se habían sacrificado para que ellos pudieran encontrar ese paraíso, hermanos que nunca volvieron a ver y que seguramente habían sucumbido ante la peste, ya que las informaciones que tenían de boca de maruchos y baqueanos que recorrían la zona, decían que Calauma ya no existía. Más de una lágrima surcaba los rostros tostados de los habitantes de Ancolacalla, ante el recuerdo de sus seres queridos desaparecidos.

Por las tardes, cuando el sol se marchaba a visitar a los hermanos del otro lado de las montañas, el calor quedaba aprisionado en esa especie de olla natural, manteniendo una temperatura agradable permanentemente, lo que permitía sembrar y producir diferentes tipos de verduras y frutas que no era posible encontrar en otros poblados del altiplano. Sandías y melones en la distancia semejabán esferas a punto de rodar; más arriba, en una loma aledaña, los parronales con sus racimos de uvas grandes y dulces no conocían de tiempo ni estaciones. El viento bajaba por las tardes haciendo olas verdes en los alfalfaes y refrescando la quebrada; era el momento en que el cóndor regresaba a su hábitat; antes se balanceaba suspendido en la inmensidad del espacio, proyectando en los pastizales una gran sombra en movimiento que empujaba prematuramente a corderos y otros animales a buscar la protección de los corrales de piedra. Luego, cuando todo se calmaba allá abajo, buscaba la cueva natural casi en la cresta del picacho más alto y descansaba en espera de un nuevo amanecer.

El viejo bajó lentamente hasta la capilla, ahí lo esperaban como cada día, pero esta reunión sería algo especial,. Los recorrió uno a uno con su mirada triste; Bertha, su

esposa; Sara, la hija menor, con su esposo y sus hijos; Epifanía Segunda, la mayor, llamada así en honor a su abuela; Hernando, el mayor de los varones en recuerdo de un antepasado que había llegado por el mar; Pascual el del centro, llamado como su abuelo y Francisco Benjamín, el menor, moreno, hermoso y fuerte, como su hermano perdido, todos con sus numerosas familias.

- Dios y la virgencita han sido generosos conmigo, partió diciendo. Me han permitido tener una compañera por más de cuarenta años; ella me ha levantado en los momentos de debilidad y me ha regalado hijos maravillosos como ustedes, de los cuales estoy orgulloso. Hizo un paréntesis para tomar un puñado de hojas de coca que esparció en forma semicircular sobre un aguayo descolorido por el sol, puesto a modo de mantel sobre la mesa. La pachamama, el sol, el viento, el agua, el fuego se han reunido para regalarnos este hermoso valle que es como un paraíso. Todos seguían sus palabras y movimientos en silencio; sabían que cuando Fulgencio preguntaba a las hojas, era por razones poderosas.

Todos debemos estar agradecidos. Ahora movía las hojas sobre la mesa como rozándolas con las yemas de los dedos, parecía estar buscando algo muy pequeño entre esas hojas, pero no era así, el abuelo en ese momento, escudriñaba en su futuro y en los destinos de su pueblo. El valle se hace pequeño para tanta gente, muy pronto tendremos que buscar nuevas tierras, pero antes es necesario que cumpla una promesa que hizo mi hermano Francisco y que no pudo cumplir como todos saben, dijo con voz suave. Iré en busca de un pedestal de plata para nuestra Señora, mi madre ha venido en un sueño y me pide que busque el pedestal, las hojas también me indican que es hora de hacerlo, por tanto, es mandato y así lo haré.

De nada sirvieron los argumentos dados por sus hijos para hacerlo desistir de la idea de salir del valle. Esa noche su partida quedó sellada.

Fulgencio sabía que muchas leguas hacia el sur, caminando por los faldeos y atravesando las grandes quebradas, existía una planicie donde convergían senderos y huellas en un solo gran camino. En esa pampa estaba ubicada la fundición de metales del gringo ciego. Él lo sabía porque se lo habían contado los Cáceres que vinieron desde Paucarpata cerca de Arequipa y que se habían asentado en la pampa Taracollo, que quiere decir "cerro de gallinas salvajes", al pie de la quebrada de Titine. Busca al gringo ciego, él te dará lo que necesitas, es el dueño de la fundición y los arrieros le traen plata desde Potosí.

Con toda esa información salió esa mañana el viejo Luque desde Ancolacalla. Salió solo, sólo con su amplia sonrisa de hombre bueno; no quiso que sus hijos lo acompañaran, tampoco llevó a su viejo caballo Calendario, sólo se proveyó de alimentos, ropa de abrigo y terciada a su espalda la caja labrada con la imagen de la Asunta.

El gringo Torrence era moreno como cualquiera de sus hermanos de raza. Le decían gringo por su apellido y por el acento al hablar, adquirido en años de estudios en el país del norte, donde lo había enviado su padre cuando era un joven.

William Torrence lo había recogido agónico en la cordillera cuando era un niño, cuando él se dedicaba al transporte de carga a lomo de animal oficiándola de arriero; le administró medicamentos que llevaba en sus alforjas y que lo fueron sacando del sopor, la debilidad y la inconciencia; le dio su apellido y lo crió como al hijo que nunca tuvo. Gran parte del dinero y bienes adquiridos en años de aventura y trabajo fue destinada a la crianza y educación del vástago que un día continuaría sus pasos.

Por eso, cuando el gringo Torrence terminó sus estudios de medicina y recibió su título en Estados Unidos no se dio tiempo para celebrar, tampoco para analizar las diferentes posibilidades de trabajo; solamente tomó su equipaje y viajó a este rincón del sur del mundo, entre las montañas que lo vieron nacer. Cuando llegó, la vida de su padre ya se extinguía, pero eso no fue impedimento para darle una gran alegría. Desde ese día, el gringo tomó las riendas de la pequeña fundición donde se fabricaban planchas de hierro para la ropa, braseros y lámparas de plata y bronce, alhajas y chafalonía para las iglesias. En poco tiempo, la fama de este gringo atípico que alternaba sus trabajos en metales con atenciones médicas gratuitas, recorrió todos los rincones del Camino del Inca y se hizo común ver la fundición llena de viajeros que venían a consultarlo.

La muerte de su padre, aunque esperada, fue para Torrence un golpe muy duro. En ese momento tomó conciencia de la soledad que lo rodeaba; tal parecía que estaba destinado a perder siempre a sus seres queridos. Durante muchos días, la fundición del gringo permaneció cerrada y los parroquianos hacían campamento en los alrededores; por las mañanas el gringo tomaba su bastón y caminaba lento hacia los cerros cercanos desde donde regresaba cuando ya era muy tarde; allí pacientemente lo esperaba la abuela Mercedes, que siempre había estado encargada de la cocina y no se retiraba a dormir hasta que Torrence se acostaba. Pero él no dormía, buscaba un motivo para vivir y no lo encontraba, tenía miedo de buscar en su pasado.

Una mañana, cuando se aprestaba a salir, la gente se agolpó en el portal de la fundición esperando su atención. De pronto una voz fuerte y clara se escuchó entre la multitud: "doctor, doctor, por favor escúcheme". Todos giraron para mirar a quien había hablado al gringo ciego; era una hermosa joven morena. Torrence giró hacia la voz, sus ojos azules parecieron buscar lo que no podían ver. Dime hija -sus palabras tuvieron la virtud de romper el hielo-. Señor, hace muchos días que te busco, la fiebre atacó el pueblo donde vivo, mi padre falleció y mi madre y mis hermanos me enviaron a ti en busca de medicina. No tengo dinero para pagarte, pero si me das lo que necesito, llevaré el remedio a mi familia y regresaré para que me tengas de servidumbre para siempre.

Ante estas palabras, el gringo recordó a su familia que había desaparecido debido a la fiebre y lloró desconsoladamente. También recordó una promesa que había hecho a su padre Pascual hace muchos años; eso era lo que había pedido a Dios durante esos días, un motivo para vivir y ahí estaba, en la voz de esa joven. – No es necesario que regreses a servirme, con tus palabras es suficiente; acompáñame, te daré la medicina y te enseñaré a prepararla. Dicho esto, el gringo tomó a la joven de la mano y juntos ingresaron a la fundición. Ese día el gringo le dio instrucciones a la buena Mercedes de preparar alimentos, fiambres, medicina y el mejor caballo con su hermosa silla de montar y salió a la puerta de la fundición a despedir a la linda doncella morena. - Doctorcito Francisco, me llevo tus regalos, pero en los cerros dejaré señal de tu bondad-, dijo la niña y partió al trote por el sendero que se perdía entre las montañas frente a la fundición. Al gringo Torrence le extrañó esta jovencita que lo había llamado por su nombre y que hablaba cosas tan extrañas, pero no se detuvo a pensar en eso, su formación científica le decía que todo tiene una explicación racional, por lo tanto reinició sus atenciones médicas hasta muy tarde.

Esa noche Torrence no descansó, trabajó incesante en la oscuridad fabricando el pedestal para cumplir su promesa, conservaba la forma y las medidas en su memoria. Al término de la tercera noche en esa actividad puso fin a su obra y cuando la claridad bañó la planicie desértica, el gringo dejó sobre la estantería el nuevo pedestal de plata y encaminó sus pasos hacia los cerros cercanos para ir a agradecer a la virgencita.

El viejo Fulgencio puso su mano sobre la frente a modo de visera y observó en la distancia el humo de la fundición. Hacía varios días que había salido de Ancolacalla y le quedaba muy poco fiambre para alimentarse, sonrió y apuró el tranco, cuando llegó a las puertas de la fundición lo atendió la vieja Mercedes: ¿qué se le ofrece don...?, preguntó solícita. Busco un pedestal de plata para la virgencita, contestó, parco, Fulgencio. Pase por acá, elija el que le guste y acomode, dijo la mujer, dejándolo solo ante el estante de los pedestales. Cuando ella regresó, Fulgencio tenía entre sus manos el pedestal adecuado a su imagen, pero Mercedes lo contuvo diciendo: lo siento mucho Señor, pero no puede llevarse ese pedestal, no está a la venta porque es del patroncito, si quiere uno de igual medida tendrá que dejarlo encargado y regresar a buscarlo más adelante. Está bien, quiero uno de las mismas medidas y con las mismas figuras; esos pastorcitos jugando me recuerdan mi infancia, expresó el viejo con tristeza al tiempo que sacaba de entre sus ropas una bolsita de cuero pirograbado llena con pepitas de oro y la depositaba en la mano de la mujer. Pero, señor, es mucho oro, contestó ella. No te preocupes en el río que cruza mi valle existe en abundancia y sólo lo empleamos en casos especiales, ahora, llena mi bolsa con alimento y dale saludos a tu señor porque partiré de inmediato. Hecho esto, Fulgencio inició su regreso a Ancolacalla. Cuando el gringo regresó del cerro, Mercedes salió a su encuentro y le contó lo acontecido. Si viera usted qué bonita se veía la virgencita sobre el pedestal, patroncito, parecía que hubiera sido hecho para ella.

Luego de haber escuchado aquel breve relato de Mercedes expresó. Iré en busca de ese afuerino, aún debe estar cerca, debo alcanzarlo. El gringo depositó el pedestal en una bolsa y partió raudamente con su bastón oscilando por el sendero empedrado, pero a cierta distancia sus movimientos se hicieron más lentos debido al desconocimiento del terreno y a lo accidentado del mismo; caminaba fuera del sendero y gritaba: Fulgencio, Fulgencio, hermano, regresa y agitaba el bastón haciendo círculos en el aire; en uno de esos movimientos perdió el equilibrio y se precipitó a una profunda quebrada.

El sol se escondía con rapidez en el tramo que antecede al horizonte. Fulgencio preparaba el lugar donde pasaría la noche cuando divisó a la distancia al hombre que agitaba sus brazos en alto, luego lo vio desaparecer como tragado por el abismo; de inmediato se dirigió a ese lugar y cuando llegó, el hombre yacía inerte. Al revisarlo se dio cuenta que había perdido mucha sangre, le vendó las heridas, lo abrigó y se propuso pasar la noche en esa quebrada para cuidar al herido. Poco tardó Fulgencio en descubrir el pedestal que sobresalía de la bolsa y grande fue su asombro al darse cuenta que era el mismo que él había visto en la fundición; con delicadeza lo posó sobre una roca plana y sacando la imagen de la caja de madera labrada la encajó en el pedestal de plata y pidió a la Virgen de la Asunción por la recuperación del herido. Después se recostó junto a Francisco y esperó vigilante.

Los rayos del sol apareciendo sobre la quebrada le hicieron despertar. Sus ojos tardaron en habituarse a la claridad, poco a poco fue distinguiendo las formas y colores, el cielo celeste y una hermosa Virgen; entonces recordó el accidente, seguramente había fallecido en la caída por eso podía ver, trató de moverse y un dolor agudo lo sacó de su equivocación. Pero ¿por qué estaba ahí la Virgen con su pedestal? Se sentó con dificultad y vio a su hermano Fulgencio que lo miraba emocionado, los ojos azules se encontraron en un sinfín de emociones, - la promesa está cumplida Francisco -, dijo Fulgencio y se abrazaron llorando por todos esos años sin verse.

Amigos y amigas, la historia sigue pero hoy les narraré hasta aquí. De todos modos les diré que estos hermanos y sus familias, fueron muy felices, como en los cuentos, porque, Francisco o el gringo Torrence como le decían, también tuvo hijos. La imagen de la Virgen fue entregada a la iglesia del pueblo de Putre de la cual es patrona y los descendientes de Fulgencio y Francisco aún viven en ese pueblo. También les mostraré Sillacollo que es un cerro con forma de silla de montar y que es la señal de agradecimiento que dejó la doncella morena en las montañas, pero eso es cuento para otro día.

Buenas noches.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE TARAPACÁ



PRIMER LUGAR  
Juan José Flores Cárcamo  
47 años  
Profesor  
Iquique



---

### EL GUAYABERO

Lentamente pasaban los días para el pequeño José Pastor; huérfano de padres, era criado por su abuelita María Luisa. Caían las hojas del calendario de uno de esos primeros años del Siglo XX, allá por 1909, cuando llegaron en un velero de carga desde Tal-tal. Sus pertenencias la conformaban tres grandes baúles, más llenos de cachivaches y utensilios de cocina que de ropa.

Desde el puerto de Iquique, en carreta se trasladaron hasta la estación del ferrocarril, para ir con destino a la pampa salitrera. Apretujados en un vagón de tercera emprendieron el largo y lento viaje en tren, con su tedioso y rutinario vaivén, que como una serpiente sedienta trata de avanzar por el intrincado sendero de rieles y durmientes que se eleva por los cerros hacia la inmensidad del desierto. Su destino fue Marucia, luego Tres Marías y Rosario de Huara; uno tras otro lugar deambulaban, ella como cocinera, dando alimento a los obreros particulares de la pampa calichera.

José siendo un niño de unos 5 años de edad salía todos los días con la esperanza de escuchar a lo lejos el chirrido de los rieles que anunciaban la llegada del tren que recorría esas oficinas salitreras. Se imaginaba que esos vagones llenos de salitre eran cerros nevados, como su lejana Laguna de Teno, donde había vivido cuando pequeño. Pero más allá de tener tiempo para ir a jugar con sus amigos -entre medio de las tortas de ripio-, con sus autitos de lata y seguir soñando a viajar y viajar a él le correspondía ayudar a preparar la comida junto a su abuela; así que sentado en un cajón manzanero y con una ruma de papas que parecían piedras comestibles, se dedicaba a pelarlas con religiosa paciencia, hasta que sus manos iban quedando impregnadas en el blanquecino almidón que emanaba de cada una de ellas. Así las papas iban a parar a una fría palangana llena de agua, como ahogándose de vergüenza por verse desnudas. Luego seguían las zanahorias, el zapallo, los pimentones, rabanitos y hojas de lechugas todo en una suerte de jugar a cocinar.

Los restos de cáscaras y vegetales ya tenían destino... el gallinero; allí gallinas, pollos, gallos cogote pelado y patos esperaban ansiosos algo que llevar a sus buches. El regalo preciado de sus animales domésticos eran esos huevos frescos y calentitos que

con mucho cuidado sacaba de los nidos. Su premio por ayudar a cocinar era disfrutar de unos deliciosos huevos duros con sal, que los guardaba en su morral cuando iba camino a sus juegos o en la espera del tren.

Hasta aquí todo bien en la rutina diaria, pero había un día, sí, un día especial, en que misteriosamente aparecía de la nada un tren diferente. Era “el Guayabero”, sí, así se llamaba el mentado armatoste de fierro, pero no traía ni llevaba salitre, ni pasajeros, ni carga, ni agua, sino que en sus vagones traía frutas de una multitud de colores, procedentes del oasis de Pica.

Los aromas perfumados de los frutos del desierto hacían suspirar profundamente a José y en su carrito de lata cargaba algunas naranjas, limones y guayabas que se les hacía agua en la boca. Con su abuelita llenaban las bolsas de frutas y verduras como valiosos tesoros que formaban su sustento en la cocinería. Por el camino arenoso y candente, su abuelita le comentaba que ese tren venía del lado sur de las salitreras, desde la estación “Sara” del ferrocarril, por allá a lo lejos donde él podía ver los espejismos de hermosos vergeles.

José soñaba que algún día podría irse por la línea del tren hasta esos vergeles borrosos que se aparecían, sobre todo los días más calurosos, pero que se veían inalcanzables. Pensaba que sería muy hermoso estar bajo todos esos árboles, acostarse a la sombra de uno de ellos o subir por su grueso tronco y mirar desde la copa, mientras saboreaba un fruto. Algún día lo haría...

Pasaron dos años, para que cumpliera su propósito; fue un día de los difuntos cuando “el Guayabero” llegó hasta Rosario de Huara, no sólo con frutas sino también con muchas flores. Al atardecer, cuando el tren retornaba ya vacío por su trocha hacia el sur pampino, José se escondió muy sigilosamente en uno de los vagones y por una ranura fue viendo el paisaje monótono de la pampa, sin poder percibir los vergeles; en alguna parte estaban esos espejismos, era cosa de ir a su encuentro. Ya anochecía cuando la máquina de fierro dejó de cimbrarse y un pitazo agudo despertó de su letargo al pequeño José. Había oscurecido, el frío y el ulular arremolinado del viento anunciaban la noche pampina; no quiso bajarse del vagón, tuvo miedo a la oscuridad profunda en la que se había convertido el desierto, se acurrucó y durmió con la esperanza de que al amanecer sus ojos verían en forma real el espejismo que siempre ansiaba tocar y recorrer; soñó que en el oasis corría entremedio de los mangos, guayabos, limoneros y naranjos.

Al amanecer, cuando el cálido sol se metió por una rendija y como rayo fulminante iluminó su rostro, se despertó dando un estirón de brazos, abrió el portón del vagón y... grande fue su sorpresa. El tren estaba arrinconado a un costado de la estación y solo había desierto y unos cuantos tamarugos a su alrededor, pero del maravilloso espejismo nada; del vergel de árboles frutales, nada; de los aromas deliciosos, nada.

En la estación, sentado en un escaño, un anciano ferroviario dormitaba aún. Se acercó y le preguntó si el tren ¿había llegado al oasis de Pica o no? Una carcajada salió del jefe de estación y tocando con su mano los cabellos negros del pequeño José, le mostró hacia el este y le dijo: “allá, en medio de esos arenales está Pica, el tren solo llega hasta acá, con su peso de fierro se hundiría en las arenas”.

¡Pero está muy lejos!, exclamó José, y ¿cómo me dijeron que el tren traía todo desde Pica?

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE TARAPACÁ



SEGUNDO LUGAR  
Carolina González Velásquez  
30 años  
Iquique



### LA CARTA DEL NIETO

Nunca es tarde para aprender, esa fue la frase que lo trajo a mi clase. Alguien se lo dijo por ahí y la recordó hace un par de meses; tiene 75 años y su nombre es Juan de Dios Challapa.

Juan vivió siempre en zona rural, un poco más a la cordillera de Huarasiña en un pueblo que ahora no puedo recordar su nombre. En la tierra de su familia cría alpacas y llamas, hace queso de cabra para vender y me trae de regalo, cada vez que sube (así se dice cuando la gente viaja al altiplano o a algún pueblo al interior), las mejores tunas que he comido y un charqui de llamo que todos quisieran.

Tiene unas manos ásperas, gruesas venas, me habla de sus matas y sus bestias, a las que llama con cariño “mis allphachu y qwara”.

Para él yo soy “imilla yatichiri” y dice que phaxsi y warawara se sentaron en mis nayra y que mi edad no concuerda con mi sabiduría y mi paciencia para enseñar a un achachila awki como él.

Antes de empezar las clases, mis tres alumnos y yo nos presentamos; quedamos de acuerdo en llamarnos por nuestros nombres, aunque ellos insisten en llamarme imilla, tal como lo hace Juan.

Cuando se sentó a la mesa, dejó junto a su cuaderno una carta de su allchhi, su nieto. La hija menor de Juan, vive en otro país desde que se casó con un extranjero, en España, y su hijo de 7 años le ha escrito una carta a Juan. Él solo le ha visto por fotos y oído por teléfono, pero ambos sienten un profundo amor.

Esta es la primera carta que Juan de Jesús Smith escribe; cursa primer año de primaria y ya sabe leer y escribir la mayoría de las letras; la presenta como trofeo, con un orgullo enorme, su nieto le ha escrito desde tan lejos...

- ¿Quiere que le lea la carta don Juan?- le pregunto.

- NO- me responde- quiero hacerlo yo mismo.

No sé si avergonzarme o pedir disculpas, pero el anciano me dice:

- Imilla, no se moleste, le agradezco, pero he venido a su clase para aprender a leer la carta de mi allchhi. Sin duda, ésta será un aliciente para aprender a leer y escribir; quiere responderle.

Juan alguna vez estuvo en la escuela. Cuando muy pequeño, unos curas le trataron de enseñar a leer y escribir, pero él prefería pastar a sus animales; algo aprendió, a escribir su nombre y nada más, pero era más de lo que sabían mis otros dos alumnos.

La letra A fue muy fácil de enseñar, toda redonda con su vestido de cola y la O, con todo y su sombrero. En dos horas reconocieron tres vocales y aprendieron a dibujar dos letras; mi primera clase podía llamarse un éxito.

Las clases avanzaron, la M, L, P y D, hicieron que Juan abriera la carta con letras grandes y redondas. Decían algo que Juan no nos dejaba ver pero, cada letra aprendida, él la buscaba en su preciado tesoro.

Estaba tan apurado por aprender, que lo llamé mi asistente, pero él se me adelantaba en lectura, así que por el bien de mis otros alumnos comencé a enseñarle a medida que avanzaba, peleando constantemente en que aprendiera a escribir tan rápido como aprendía a leer cada letra.

Juan cada día me sorprendía más; dejó de ir a las clases regulares y le comencé a dar clases especiales, la verdad es que avanzaba a pasos agigantados y ya mis otros dos alumnos comenzaban a desanimarse, no podían seguirle el paso.

Yo no sé bien la historia del creador del Silabario Hispanoamericano, pero estoy muy segura que ese genio merece un Nobel. Juan se me adelantaba sin que yo pudiera evitarlo; la carta de su allchhi, lo tenía muy entusiasmado. Pronto regresó a sus clases regulares, aprendió a leer, pero ahora sentía la necesidad de escribir, al fin comprendió que "pintar" las letras es tan importante como "cantarlas".

Cuando vio que sus compañeros se desalentaban al verlo tan resuelto con sus letras y sus pequeñas lecturas de los ejercicios de la pizarra, Juan se puso de pie, sacó de su bolsillo la preciada carta y la leyó en voz alta, con la dificultad que presentan todos los que recién aprenden a leer y con el orgullo brotándole de los poros.

"Tatita:

Aquí en España estamos muy felices, pero nos faltas tú. Mamá espera más nietos para ti, son dos y serán niñas.

Quiero que te vengas aquí conmigo, yo te amo mi tatita, pero yo quiero mostrarte mi escuela y mis amigos y los edificios grandes, quiero que me veas en mi bicicleta y darte el diente que no le dejé bajo la almohada al ratoncito.

En julio estoy de vacaciones, todavía hay tiempo, contéstame en secreto esta carta, si me dices que sí, yo le digo a papá que te traiga en un avión.

Recibe un beso grande grande de tu nieto que te ama mucho

*Juan como tú, pero de Jesús."*

Mi nieto no sabe que no sé escribir, tampoco sabía que no sé leer, así que se me van apurando. Contestaré esta carta y cuando viaje en julio a ver a mi allchhi, les voy a llevar una carta de ustedes también, porque le voy a contar cómo aprendí las letras para contestarle.

Juan se sigue esforzando en aprender, en mejorar, mucho más que nadie que yo hubiese visto en mi vida. Mis otros dos alumnos se incentivaron también; gracias al ejemplo de Juan comienzo a ver notorios avances. Juan irá a las vacaciones de su nieto, ya lo ha hablado con su hija, pero quiere responderle a su nieto como se lo merece y mañana enviará la carta que tanto trabajo le costó escribir. Ya ha preparado con quién va a dejar a sus allpacho y qwara; también sabe que no puede llevarle quesos o tunas al niño, pero lleva un abrazo que le tiene guardado desde que él nació.

Siento una gran alegría por Juan y una satisfacción que no creo merecer, pero sigo sintiendo en el alma que las palabras escritas son un instrumento que siempre suena afinado.

Allpacho: alpacas

Qwara: llamas

Imilla: niña

yatichiri : profesora

Phaxsi: luna

Warawara: estrellas

Nayra: ojo

Achachilaa. abuelo

Awki: viejo

Allchhi: nieto

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE TARAPACÁ



TERCER LUGAR  
Roberto Pacha Landaeta  
38 años  
Iquique



---

### MI ABUELA

Espero se me acorten los días ¡Padre Criador! Faltan muchos días – y mi abuela Bernardina contaba uno a uno los días de la semana con los dedos para acordarse en qué día se encontraba, ya que presentía su despedida.

- Recuerda hijito, en la vida hay dos cosas: “pensar en vivir y pensar en morir... hemos nacido para morir...”.

Mi bisabuelo, Carlos Bueno Cruz, y su esposa, Josefina Mamani, trajeron a este mundo a mi abuela Bernardina un 20 de mayo de 1898. Don Carlos era hombre fuerte y emprendedor, trabajaba duramente como muchos, de arriero con sus mulares, llevando pasto para los animales, maíz, carne, trigo, peras de pascua, toda clase de verduras, etc. Bajando desde las quebradas hasta la pampa. Las comunidades quechua aymaras de la actual Primera Región vivíamos en razón de abastecer de todo lo necesario para las empresas transnacionales salitreras y la vida de nuestros hermanos y hermanas andinos que habían bajado a trabajar a la pampa.

Nuestro pueblo de origen es Coscaya, un pequeño y angosto poblado aymara, distante sólo 5 kilómetros del actual pueblo de Porosa, ambos están ubicados en la precordillera de la quebrada de Tarapacá. Debido al progresivo aumento de población de Coscaya, mi bisabuelo asumió el liderazgo junto a otros jóvenes para buscar fundar un nuevo pueblo, un lugar más amplio, con mayor proyección de crecimiento y cerca del caserío de Cunina, al frente del cerro y las chacras nuevas, que llamaban Porosa. Ante la iniciativa, mi bisabuelo, debido a su carácter fuerte y decidido, se ganó muchos enemigos, esa es la razón porque aún hoy día los bisnietos de los dos pueblos aún continuamos con diferencias, cuando nos encontramos en fiestas religiosas. Finalmente, se fundó Porosa, se hicieron las casas de adobe con paja brava y nuestra familia fue una de las primeras del pueblo. Al cumplir los cuarenta años, mi bisabuelo sufrió de tersianas, temblaba y no podía trabajar, no podía controlar ya los mulares, incluso en uno de sus últimos viajes se le había caído la carga y había perdido una de sus mulas, por todo eso, cayó en una gran depresión. Uno de esos días, mandó a su esposa y sus hijos, lejos y estando solo tomó su pistola y se voló los sesos. Mi abuela Bernardina creció sin la imagen de padre, siempre conservó en la memoria esta tragedia y ya

adulta, siempre se le aparecía mi abuelo, él le decía que la única manera que él podría descansar en paz era hacer una iglesia, como la que él había soñado y cuyo proyecto no había podido concretar en vida, además debía hacersele un nuevo entierro y tenían que quitarle la bala que aún estaba alojada en su cráneo.

Mi abuela conversó con tíos y amigos de la comunidad, bajó a Iquique y con la ayuda de la Iglesia Católica, el obispado y una organización para la ayuda del campesinado, lograron colaborar para la construcción de la iglesia. Se hicieron varios camaqui o trabajos comunitarios y cuando, por fin, la obra estuvo terminada, se invitó a un cura para que hiciera misa. ¡Ya no nos podrían decir que éramos moros, que no teníamos iglesia! En privado, luego se hizo la ceremonia tradicional de desentierro, nuestro cementerio está en un cerro cercano, hacia donde cae el sol. Allí se hicieron todas las ofrendas en una “mesa” a la Pachamama, se descubrió el féretro y se extrajo la bala, de ahí en adelante mi bisabuelo quedó en paz y sólo se le aparecía en sueños, a veces, yo sentía hablar a mi abuela con su papá. La presencia de mi bisabuelo era como cuando tú tienes a alguien delante y cierras los ojos, no lo puedes ver, pero la persona está ahí, cuando bajamos a las ciudades en general, uno se hace insensible a esta percepción del mundo de los difuntos.

Los días y las semanas se acumularon como los viejos calendarios amarillos pegados en los muros de adobe y la lluvia de febrero había cesado, su caricia suave y húmeda se retiró lentamente, el manto blanco de nubes que cabalgaba sobre las desnudas crestas de los cerros parecieron deslizarse como dedos, agarrándose de las púas de los últimos cardones que se descuelgan de sus laderas rocosas. Mi abuelita decía que esta lluvia era como las de antes:

“Yo i sabido bajar de la quebrá de Ollancahua con los corderos mojaitos ya pariendo, los guardaba en una chozita, total la ropa se moja y uno no! Ojalá esta lluvia siga así por 3 ó 4 días pa’ que el pasto crezca más bonito y los animales coman mejor y agregó: “Mi papacito Carlos me ha visitao en sueños y me ha dicho que en tres días más me voy a morir”. Se quitó su sombrero y mirando al cielo abrió sus brazos en expresión suplicante: “¡Gracias a Dios!, gracias a nuestro Señor Padre Criador, perdón, perdón, perdón Padre Redentor”, entonces dejó de comer. Entre mis hermanos Víctor, Pablo y yo la convencimos para que por lo menos tomara una sopa, ahí nos contó cómo se veía en un sueño, a sí misma montada en su vieja mula, cabalgando hacia Huara. Me tocó en ese momento bajar a Iquique a una reunión en la Conadi y como siempre debí caminar varias horas hasta Pachica, en donde había más posibilidad de encontrar algún vehículo, justo encontré una camioneta y me fui atrás, entre el pasto y unos llaños, cubierto por una frazada ante el frío y el viento, llegué hasta Huara, de ahí en un bus a Iquique.

Ella, en su lucidez y calma, ya nos había avisado a todos los habitantes del pueblo de su partida, mi tía Celia y mi tía Úrsula debían vestirla y ayudar a guiar las oraciones, para ello había planchado su ropa y la había guardado en una vieja maleta, además había

hecho ella misma con papel sus flores, ya que acá en el norte no tenemos flores en el desierto, mi hermano Pablo tendría que correr a Lluta, a avisarle al tío Oscar, quien era muy bueno para los rezos y la oratoria, debíamos avisarle a mi tío Manuel Cáceres para que llevara su camioneta grande para transportar el féretro, mi tío Jacinto debía tocar toda la noche la campana para que rezáramos por su viaje, etc., en fin, todos sabíamos nuestro deber en caso de su partida.

El tercer día en Iquique, mi prima Verónica me llamó urgente avisándome que había fallecido la abuela. Su entierro fue muy especial, hubo mucha gente, ella era una de las personas más ancianas de la quebrada y era conocida por muchos vecinos de otros pueblos; se nos iba una parte del alma. A mi abuela le encantaba la música de los carnavales, así que en el cementerio le cantamos varios versos:

Ay, ay, ay pa'l año que viene. Ay, ay, ay, ¿cuántos faltaremos?  
Ay, ay, ay, cualquiera que faltare. Ay, ay, ay, lo echaremos de menos,  
Ay, ay, ay, yo seré el primero. Ay, ay, ay, que voy a faltar,  
Ay, ay, ay sólo las campanas. Ay, ay, ay, llorarán por mí.

Tres días después murió la vieja mula blanca y recordamos que la abuela se la llevaba para su viaje al más allá, hacia Huara, tal como nos lo había predicho, huara en nuestro idioma aymara significa estrella. Pasaron unos días y debimos hacer la paigasa, la ceremonia de quemar las ropas viejas de la abuela, presidieron la ceremonia mis tíos Manuel y Román, los nietos participamos desde atrás. El tío Manuel nos dijo que había visto a la abuela en el humo de la quema y que nos visitaría en la noche. A eso de las dos de la madrugada, la abuela se manifestó tocando fuertemente la puerta y mi tío Manuel, le abrió la puerta, yo rezaba por ella y entró como una ráfaga de viento helado, hasta la cocina y se perdió en el patio y supimos que todo estaba bien y había sido recibido en buena hora.

Con su muerte, decidí bajar del pueblo y todo el pueblo comenzó a dormirse poco a poco, murió luego mi tío Román y, luego, Manuel, después la tía Úrsula Pereira y varios otros, esos nombres se confunden ahora con el suelo, con las piedras, con las terrazas, con las chacras, con los viejos perales secos, allí quedaron, allí están, todos abrazados a su amado pueblo.

De mi abuelita aprendí el arte de recordar y por eso he escrito estas palabras: "Janiw jilir tatmamat armasiñati; no hay que olvidarse de los abuelos y las abuelas".

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ANTOFAGASTA



PRIMER LUGAR  
Ascencio Anza Anza  
Agricultor  
Caspana



---

### LA MUJER CONDENADA

Todo comenzó en una aldea rural, uno de los tantos pueblos existentes en la alta cordillera loína. La inmensidad del paisaje entre cordones “queñuas” y montañas, hombres de la tierra, habitantes, moradores en el valle pedregal, veteranos, solterones, viudos y también mucha juventud, matrimonios y madres solteras.

El área campesina se caracterizaba por ser una gran zona ganadera y de una escasa producción agrícola. Las labores del campo eran el pastaje de muchos rebaños. Allí, vivía una mujer con sus hijos que se habían constituido en una gran familia. Ella, era una madre soltera con cuatro hijos de padre desconocido. Ellos crecieron al lado de su madre, quien de muy pequeña fue trabajadora, cuidaba su rebaño de cabras y ovejas. Cultivaba la tierra sembrando el maíz, papas y hortalizas para el consumo de la familia. Allá en el rincón del pedregal vivían felices en su casita junto a su rebaño.

Transcurrieron los años, los hijos crecieron y ella se sentía muy sola. Adoraba sus hijos. Tres de ellos se fueron a trabajar lejos del pueblo y de vez en cuando le traían provisiones y ropa.

Por esas cosas de la vida ocurrió lo inesperado. Ellos vivían libres frente a la naturaleza. Ella, quizás perdida en el tiempo, cierto día se enamora de su hijo y mantienen relaciones amorosas. Después de tantas idas y venidas, ella quedó embarazada. Pasaron nueve meses y parió un hermoso bebé. En el pueblo, la noticia voló y se comentaba: parió la vieja ¿quién será el padre de la guagua?

- Dicen que la vecina del pedregal tuvo guagüita.
- ¿Quién?, ¿la Florentina?
- Sí, dicen que es un hombrecito.
- Vamos a verla, puede que necesite ayuda.
- El que vea primero a la guagüita será el padrino.
- Vamos carajo.
- Andáis puro jodiendo no más.
- Oye ¿Quién será el papá de la guagua?
- Si te llegan a brillar los ojos de puro gusto por ver al crío.
- Mejor apura el tranco te digo. Pareces burro viejo, no te cunde ná.

- Oye me dejaste pensando ¿quién será el papá del niño?
- Nunca en tan largo tiempo se ha visto hombre por este lugar.
- Güeno, el tiempo lo dirá.
- Güeno pué compadrito, nunca tanto digo yo. Nada es ajeno en esta vida, pero si los gavilanes vuelan alto y andan por todos lados y se comen las mejores pollitas.
- Buenos días señora Florentina... qué linda su guagüita.
- Venimos a verla, por si le faltaba alguna cosita.
- Yo y mi compadre le podemos ayudar.
- Sabemos que está sola con su hijo.
- Sí, pero ahora él está cuidando el ganado. Es que cuando una persona está enferma en cama, uno no se puede mover.
- Pero para eso estamos nosotros, para ayudarla.
- Gracias por venir a verme, pero ahora estoy bien. Si algo necesitara, yo se los haré saber.

Los compadres miraron todos los rincones de la casa por si veían algo extraño. Alguna pista que se relacionara con el padre del niño.

Se despidieron de la señora parturienta. De vuelta a sus casas se cargaron las manos a la espalda y caminaron comentando lo ocurrido.

La mujer muy astuta pensó en su maldad frente a los malos y buenos comentarios. Ella sabía el delito que había cometido y para que no hubiera sospecha ni malos entendidos ella habló con su hijo-amante. Oye Rosendo no puedo buscar padrino para nuestro hijo, ellos me van a preguntar ¿quién es el papá del niño? Tendría que confesarles quién es el papá. Y al parecer ese par de viejos anda sospechando de nuestra relación. Iremos donde el curita y le pediremos que bautice al niño y vos serás el padrino.

- Sí, mamá, es buena idea. Iremos de madrugada. Así nadie nos verá en el bautizo.

Los padrinos y las madrinas para tomar un niño como ahijado son concedores de la vida. Ellos se someten a breves conversaciones y así obtienen los antecedentes del caso, es decir, conocer bien a los padres del ahijado y si hubiera algún delito ellos guardan el secreto hasta momentos antes de morir.

Un día de madrugada madre e hijo se vistieron con las mejores pilchas de gala.

Ella se cargó la guagua y él llevó en brazos un par de cabritos en parte de pago. Caminaron junto al alba sigilosamente; pronto llegaron a la casa del sacerdote.

- Buenos días padrecito, venimos apuraditos de madrugada. Pronto tenemos que irnos a pastear el ganado. Le pedimos que por favor bautice al niño.

- Buen día hijos, yo también estoy de madrugada. Debo viajar a Corral quemado ¿Quién va a ser el padrino del niño?

- Yo voy a ser el padrino del niño, dijo el hijo. No tenemos mucho tiempo para andar buscando padrino.

- Bueno hijos, vamos al oratorio.

Frente a la pila bautismal, el padre rezó la ceremonia y dejó caer agua bendita y bautizó al recién nacido. Pagaron con los chivos y agradecieron los servicios al sacerdote. Salieron casi corriendo con rumbo a la casa. Aparentemente nadie se enteró del bautizo secreto. La vida siguió su rumbo. Doña Florentina muy contenta con su hijo compadre y padre de su propio hermano.

Todo marchaba bien en el pedregal.

La vecindad no conocía el delito ocurrido. El hecho real se había transformado en una leyenda. Mucho se comentaba, pero nadie se atrevía a decir nada. El cura guardaba silencio.

Como Dios siempre ayuda. El padrecito había recibido su regalito y con este aporte había hecho arreglos en el altar de su oratorio.

Pero, el día menos pensado la madre se enfermó y estuvo postrada en cama por largo tiempo. En una madrugada de luna murió doña Florentina. Al velorio concurren los vecinos del pueblo. Ahí estaba solo el hijo-compadre de la difunta; vestido de negro esperó a sus hermanos que no llegaron por razones obvias.

La ceremonia del velorio se desarrolló como es normal ante el fallecimiento de cualquier persona del pueblo. Al otro día realizaron el funeral. El sacerdote rezó por el descanso del alma de la difunta y la pusieron bajo tierra.

Transcurrió el tiempo y lo que había pasado se fue convirtiendo en una leyenda, especialmente en el cantar "mi cuerpo se queda en la tierra, pero mi alma se va al cielo". De acuerdo con la tradición, el alma de los muertos se va a la gloria donde está Dios Padre Todopoderoso.

Contaban los abuelos, hombres, mujeres y niños que se debía criar perros para que cuando se mueran sean enterrados junto a sus amos. Así en la otra vida se movilizarán y podrán cruzar el Río Grande del cielo. Así el alma de la señora difunta se fue al cielo, pero no pudo cruzar el río. Ella no tenía perro. Tuvo que esperar una oportunidad para que alguien le ayudara a pasar el río. Transcurrió mucho tiempo y finalmente llegó al reino y se presentó ante Dios. Le dijo:

- “Señor... Eterno Dios, vengo a que me conceda el honor de entrar a su reino”

- “Hija, agradezco que hayas llegado hasta aquí, pero no puedo concederte un espacio. Has cometido muchos pecados, que son delitos en la vida terrenal; por eso comerás a tu hijo, ese será tu castigo de madre pecadora y cuando hayas pagado tu castigo te recibiré libre de pecado”.

Dios condenó a la mujer. Tuvo que retornar a la Tierra y vivir en pena. Tenía que comerse a su hijo y así retornar al cielo.

La mujer condenada llegó a su casa. Se dirigió a un matrimonio y preguntó: ¿dónde está mi hijo? Yo soy su madre y lo busco, es urgente, debo encontrarlo lo antes posible. Se trata de vida o muerte.

Él no anda por aquí. Dicen que vendrá después de dos lunas. “Dios no me recibió por ser pecadora, debo matar a mi hijo y comérmelo. Es mi castigo para poder volver al cielo. Este castigo es porque tuve un hijo para mi propio hijo, era un secreto. Me voy en su búsqueda”. El matrimonio no entendió el mensaje.

Un día el hijo-compadre llegó con la guagua. El matrimonio le contó lo dicho por la mujer y él entendió todo. Fue a esconderse lejos para que no lo encontrara su madre. Lo ocurrido voló hacia los cuatro vientos y concluía la verdad de la vida de doña Florentina y que ahora andaba en pena. Los vecinos negaban cualquier pista sobre el hijo-compadre para que no lo matara su madre.

La mujer anduvo días tras días buscando al hijo, pero no lo encontraba. Andaba ya harapienta, era una mujer fantasma. Su cara estaba demacrada, sus pies emblanquecidos y despeinada.

En un pueblo trabajaba el hijo-compadre siempre con cautela, a pesar del tiempo transcurrido. Un amigo le dijo que cerca estaba su madre; sus compañeros de trabajo lo ayudaron a escapar y ellos cuidaron del niño.

En su camino encontró a un abuelo y le dijo que su madre era una mujer en pena que lo perseguía. Él le contestó que ya lo sabía. Ándate por el alto de esa ladera, por ese camino llegarás a un pueblo, habla con el cura y le dices que vas de parte mía. Llévate este fiambre.

Se fue Rosendo y pronto llegó a la casa de un matrimonio joven. Preguntó por el cura y le dijeron que se fue al pueblecito de Casa Blanca y vuelve mañana.

Se dio cuenta de que su madre lo seguía y el hombre del matrimonio le dijo:

- Nosotros te esconderemos en un cántaro de barro en el fondo de la casa.

La mujer dijo: Tenemos una petaca de cuero con siete candados. Dentro de la petaca te esconderemos, vamos rapidito. Ese es un lugar seguro. Allí tu madre no te encontrará.

Entraron al fondo de la sala y abrieron la caja. El muchacho se guardó dentro de la petaca. Se ajustaron los candados y las siete llaves las escondieron junto al paja de un zarzo. Junto a su compañera trataron de borrar toda la evidencia.

El joven matrimonio ayudó a Rosendo, haciendo el papel de inocentes y se quedaron a la espera.

Al rato apareció la mujer harapienta, allá en el horizonte de la cordillera. Llegó al patio y preguntó por su hijo: sé que llegó por aquí.

- No mi buena señora, no hemos visto llegar a nadie, puede que haya pasado de largo a Casa Blanca, allá están de fiesta.

- Gracias, son muy amables. Me han dado una pista segura. Me voy contenta. Hasta pronto.

Se quedaron extrañados por lo dicho por la mujer. Ella tomó el tranco. Caminando por las piedras con sus talones de hueso pelado su figura se perdió tras la montaña.

El joven matrimonio muy contento fue a liberar al muchacho. Buscaron las llaves y abrieron la caja de cuero. Levantaron la tapa para que Rosendo saliera. Grande fue su sorpresa al mirar el fondo de la petaca y solamente vieron un montón de huesos.

La madre condenada cumplió el castigo. La mamá comadre se comió a su hijo. La mujer se fue al pedregal, su tierra y desde ahí se marchó al cielo.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ANTOFAGASTA



SEGUNDO LUGAR  
Miguel Rodrigo Pizarro Flores



30 años

Administrativo

Antofagasta

---

### RECUERDO DE DEMOCRACIA

Hace ya muchos años en un pequeño pueblo, a la orilla de un río de vegetación frondosa, vivía yo, alejado de toda idea política. Mi intención entonces era jugar y jugar en ese lugar donde el tiempo no pasa, en que la tarde se hace interminablemente bella; solo pensaba en pegarle más fuerte a la pelota o hacer la mejor cachaña al mejor del barrio.

Quién pensaría que yo, un pequeño y alegre personaje, sería uno de los malhechores de un crimen político. Sí, así como lo oyen, en aquel tiempo tan difícil y sin ninguna conciencia de los terribles efectos que podría haber tenido para nosotros aquel heroico acto.

Corría 1989, año de elecciones presidenciales y las expectativas de los candidatos de izquierda no eran muy alentadoras en un pueblo en el cual primaba el régimen militar. Pero las circunstancias y hechos cambiarían en pocos días.

Frente al pueblo hay un cerro imponente llamado por los creyentes de la Cruz; en su costado derecho, para más remate, se imponían unas letras enormes, las cuales se podían ver con la vista mas lejana hasta por el último habitante, formando la palabra BÜCHI, nombre del candidato “preferido del pueblo”; el que regalaba globos a los pequeños y empanadas a los adultos; el que nos imponían en la escuela y en gran mayoría los patrones a sus empleados.

Pero siempre está la contraparte, escondida a la sombra esperando el momento justo para dar el golpe y... ¡qué golpe! ¿Quién pensaría que podría pasar algo así?, ¿un grupo de pequeños y juguetones niños?

Será preciso detallar el momento exacto del hecho, donde con ideas revolucionarias, un hombre mayor nos pidió a mí y mis amigos eliminar del cerro la Cruz esas letras que para él, eran del mismo dictador. Nosotros tendríamos un premio importante dijo; quinientos pesos, los cuales nos transformarían en los niños más ricos de la corrida y podríamos comprar la pelota, esa tan anhelada pelota de plástico, la que cada día nos

hacía juntarnos toda la tarde a emprender el viaje a nuestra felicidad. Fue así como nos decidimos y entonces cerramos el trato.

Justo al atardecer, cuando el cerro interrumpía el recorrido natural del sol, nos acercamos sigilosos al portal imponente de esas letras blancas hechas con cal, las cuales relucían frondosas en aquel lugar y, sin más preámbulo, empezamos la tarea para la cual nos habíamos concertado. Sin embargo, ésta tuvo que ser interrumpida, ya que nos pilló la noche y debíamos volver a casa después de una supuesta larga jornada en las canchas del barrio.

Al otro día nadie -eso creíamos nosotros- había notado las letras deterioradas del cerro, así es que como niños inocentes y sin saber lo que se venía, jugamos toda esa tarde esperando el momento exacto para terminar lo que considerábamos nuestra hazaña.

En ese momento solo queríamos jugar, pensado y haciendo planes, ya que, si cada uno ponía un poco más de plata podríamos comprar una pelota de mejor calidad, con la que podríamos jugar por mucho más tiempo.

Al llegar el atardecer emprendimos nuevamente el viaje y nos propusimos hacerlo con mayor agilidad, ya que al chico lo habían retado en su casa por llegar más tarde de lo común. En eso estábamos cuando, sin previo aviso, comenzaron a llover piedras desde la falda del cerro; parecía una verdadera guerra para la cual estábamos indefensos y sin posibilidad alguna. El más grande del grupo gritó con voz temblorosa la huida; es extraño correr sin saber adonde, con la vista nublada por el miedo y con la noche pronta a llegar, sin rumbo alguno. Recuerdo que fui el último en salir de ese tiroteo de piedras y corrí tanto y tan rápido que fui el primero en llegar a un refugio mas apropiado, con las piernas temblando y sin saber qué hacer; solo espere a mis queridos amigos, los cuales uno a uno fueron llegando, hasta que al fin llegó el chico con sus ojos llenos de lágrimas, pero contento a la vez de no haber sido atrapado.

Cuando estuvimos más tranquilos nos miramos y nos dimos cuenta de que estábamos llenos de chapines y raspaduras en las piernas, pero aquellas marcas eran solo un detalle, comparado con el miedo que sentíamos.

Al otro día, todo el pueblo comentaba de los presuntos hombres que en un hecho delictual habían borrado el nombre del candidato y de la lucha política que empezaría a dar un vuelco, ya que para la gente opositora en ese entonces, este acto era una forma heroica de empezar la lucha por la democracia.

Nosotros, ajenos a todo aquello y aún adoloridos por los chapines y raspaduras, cobramos felices nuestro premio y sin más pensarlo compramos esa tan soñada pelota, la cual nos duró muchos partidos más.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ANTOFAGASTA



TERCER LUGAR  
Dian Marion Muñoz Videla  
31 años  
Educatora de Párvulos  
Calama



---

### UNA OPERACIÓN COMPLICADA

En esto hay poco de literario esmero. Si se ha recurrido a él, es para mayor fluidez del relato o para llenar algunos vacíos de la tradición oral. Lo medular es verídico. Es la hazaña de un médico ad portas, que se sobrepuso a lo que se suponía iba a ser la muerte de dos seres a los que iba a matar la lejanía de una ciudad y la carencia de medios. Es el triunfo del valor y el talento ante la adversidad.

Todo había comenzado normalmente. Era un día más de los trabajos voluntarios en vacaciones, de los estudiantes de la Universidad de Concepción. Estío de 1973. Un año que los chilenos no olvidarán fácilmente. Pero eso es una historia que, por el momento, no tocaremos. Hay primaveras difíciles... vivamos el instante, a plenitud.

- Muchachos: llamen a Manos de Oro, que tiene trabajo. Y grande, me parece.

Lo era. La guagua venía en posición podálica. Y eso sobrepasaba el saber de las comadronas. Tras lavarse cuidadosamente las manos, palpó, observó, escuchó. Estaba seguro de que sería un brillante cirujano, pero no estaba en una clínica, ni en nada que se le pareciera; miró en derredor y sus labios se apretaron, confirmando la decisión que ya había tomado. La paciente lo miraba; con ansiedad, pero con plena confianza. El doctorcito era cosa seria. Lo había visto antes hacer cosas difíciles.

- ¿Estamos mal, doctor?

- No hija. Quiero hacerle una pregunta: ¿se atreve usted a dejarme que la opere, aquí, y ahora?

- Los chilenos tenemos muchos defectos, doctor, pero cobardes no hemos sido nunca. Salve a mi niño. Si yo me voy, será la voluntad de Dios. Échele; sin miedo.

- Los salvaré a los dos. Y me lo agradecerá en vida. ¿Qué tal es usted para el copete?

- Le pongo un poquito, de vez en cuando.

- Hoy, va a tener que ponerle más de algo. El niño se pegará la primera rasca de su vida, pero vivirá junto con su madre. A falta de anestésico...

Lo conversó, brevemente, con su estado mayor: otros estudiantes de medicina.

Había que cortar y coser, con el máximo de higiene. Echaron mano de cubiertos. Dobladitos y hervidos. Hilo esterilizado. Una aguja para coser sacos pequeños. Y no sigo, porque quiero informaros; no que os dé un infarto.

- Aquí está el coñac. Lo guardaba para mi cumpleaños, pero esto lo amerita. El vasito está "impeque".

- Gracias, compañero. Salud, señora, por el niño.

- ¿Y usted, doctor?

- Yo tengo que tener un pulso irreprochable. ¡Salud!

Formaban un grupo de comedia, pero de irreprochable blancura. De algún modo, devolverían las sábanas.

- ¿Cree que ahora estoy bien?

- Le pellizco las mejillas.

- ¿Las siente?

- No. Estoy medio dormida. No me tapen los ojos, por favor. Quiero ver.

- Es usted una mujer valiente. Es un honor operarla.

Lo hizo. Cuando el bebé emitió su primer llanto, los ojos de los más se humedecieron. La vida había derrotado a la muerte.

El padre -en la pieza contigua- hombre duro, también lagrimeó.

- Disculpen, disculpen, no acostumbro...

- ¿Con que usted cree que los hombres no lloran? ¿Quién se la contó?

Los hombres lloramos. Y no es para avergonzarse. ¡Oye! ¿Podemos dejar que papá vea a su niño?

- Con delantal y mascarilla, gracioso. Los tragos, te advierto, después.

En verdad, no más que un brindis "por la vida".

- Todo ha funcionado. Todo ha servido. Todos lo han hecho bien. El cuchillo de monte canadiense –del que tanto hablaba su dueño- realmente corta un pelo en el aire.

- ¿Y la motocicleta? El saco de ruido fue por una ambulancia; la manejan buenas manos.

- Debe haberse dado el gusto. Aquí, no había tiempo para paseos; para correr, menos...

- ¿De qué te ríes? ¿Contento?

- ¿Cómo no había de estarlo? Madre e hijo están bien. De lo que me reía es de la cara que pondrá el señor decano, cuando vea mi trabajito de joyería...

Refunfuñó un poco, el caballero, pero su mensaje fue: cuando tenga a mi alcance al futuro colega, lo voy a... felicitar. Ahora, sólo queda observar el comportamiento post operatorio, y si hay algún asunto menor, es perfectamente superable.

Manos de Oro no fue olvidado por los lugareños. Dicen que el niño llegado al mundo, gracias a su pericia, lleva su nombre. Merecido. Doquiera esté, brindemos, con él, por la vida.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

### REGIÓN DE ATACAMA



PRIMER LUGAR

Leticia Elizabeth Álvarez Mattus

43 años

Técnico en Alimentación

Vallenar



---

### A FUEGO LENTO

El Chosky estaba lleno de cariño, de amor y de una paz infinita. Así lo revelaba su mirada, así lo irradiaba desde sus ojos; la ternura estaba dibujada en su rostro. Era de baja estatura, algo rellenito, por no decir que estaba algo pasado de peso dada su estatura y sus ojos más redondos de lo común. Era querido y regaloneado por todos, más aun por sus parientes. Su padre y hermanos, orgullosos, no escatimaban a la hora de demostrarle al mundo su amor y cariño hacia él. Lejos de menoscabarse, era un regalo de Dios tener a un ser tan adorable junto a ellos. El Chosky era diferente a los otros niños, pero no menos que cualquier otro, sino muy por el contrario, porque estaba lejos de aquellos antivalores que marcan notorias diferencias en la sociedad.

El Chosky tempranamente había perdido a su madre; su padre y sus hermanos guiaron sus pasos protegiéndolo y haciendo juntos frente a la vida. Todo un caballero, si hasta de galán a veces solía dárselas, porque un ser como él podía hacerlo con gracia y con una simpatía notable.

El Chosky había llegado al mundo con una diferencia: Síndrome de Down. Su padre y sus hermanos lo adoraban y ahí sí había diferencia; esos sí saben ser padre y sí saben ser hermanos, porque pese a muchas dificultades lo pudieron criar y guiar por la vida sin una sola discriminación.

La familia se dedicaba al mar, como pescadores y mariscadores; ese era su trabajo. Pero el Chosky estaba en la ciudad, en el pueblo o a la orilla del mar, según lo deseara. En todas partes era bien recibido y acogido con cariño.

En aquella ocasión era pleno verano y decidió estar a la orilla del mar, acompañando a sus hermanos en el trabajo en una pequeña caleta, un paraje bellissimo, al lado sur de la caleta Chañaral y del pueblo de Carrizalillo. Desde allí se puede divisar a lo lejos hacia el sur, deslizándose la mirada por el mar, la Isla de Chañaral, que a lo lejos parece una roca gigantesca que sobresale del mar. Aquel lugar tenía una pequeña playa de arenas muy blancas; era lo único que tenía para disfrutar del verano en aquella caleta.

¡Después de todo, acá se viene a trabajar y no de turista! aunque cualquier turista estaría feliz de disfrutar esta belleza, decía el veterano sabio, seguro e imponente, a la hora de dar su opinión.

La suerte parecía echada. Aquella mañana el mar de baja completamente y en calma, una verdadera taza de agua, el sol como nunca. Sin lugar a dudas, un día ideal para hacerse a la mar y luchar por extraer los cada día más escasos recursos desde aquellas aguas. La pesca había estado escasa desde hacía ya tiempo, pero con empeño no se quedaban cortos. ¡Que el trabajo aburre, pero no cansa!, una y otra vez comentaba el veterano, certero y oportuno como siempre.

Muy de mañana le habían arrimado leña al fuego, había que asegurar que los porotos estuviesen bien cocidos a la hora del regreso, ya entrada la tarde. El Chosky sólo tenía que arrimarle más leña al fuego a medida que éste se fuera apagando; en realidad, pese a sus limitaciones, el Chosky era voluntarioso y servicial para sus cosas; otras veces se ha quedado a cargo de la casa y del almuerzo, dando plena garantía.

Quedaban dos tarros de leche condensada; había que aprovechar el fuego y el cocinero. Una olla con mucha agua para cocer las latas de leche y por la tarde acompañar el pan con manjar hecho a la antigua, a leña y con cariño, que solo el Chosky le puede dar. Una y otra vez se dieron las últimas instrucciones.: “Leña al fuego, leña al fuego, leña al fuego”.

Una y otra vez, se le dijo que para cuando el fuego se apagara y se acabara el agua de la olla: agua y más agua y leña una y otra vez. Y se hicieron a la mar.

El bote parecía como nunca: una cuna sobre las aguas. Pero había que navegar largo rato para llegar al punto deseado. Ansioso de sumergirse en el agua el Punta Arenas, un ágil buzo, seco para el arpón. Solo tenía que aparecer la presa, lo demás era cosa fácil; en aquella ocasión, como nunca, la pesca estuvo muy buena, aquella zona es muy buena para pescar congrios, viejas, pejeperros y corvinas.

Sin lugar a duda que aquellos hombres, cansados, agotados por la jornada, tenían en su mente la idea de llegar al rancho y comer aquellos ricos porotos que estaban esperando, para reposar y luego seguir saboreando aquel rico manjar por la tarde, con el sabor incomparable que resulta al cocer la leche herméticamente a fuego lento, algo inigualable en el paladar.

- Hacía tiempo que no andaba tan bien la cosa.
- Pura suerte, la pesca sigue escasa.
- Bueno, ahora pa' la casa, que los porotos nos están esperando.
- Y el manjar compadrito, de miedo. El más feliz va a ser El Chosky, las cosas dulces le

encantan; ese no va a comer porotos por comer manjar.

Los muchachos emprendieron el regreso con un buen resultado. A esa hora del medio día las aguas seguían calmas. Los muchachos se entusiasmaron. Cuando la cosa anda bien, uno no logra percatarse cómo pasan las horas y se va alejando; alejando hasta perder de vista por completo la casa, incluso la orilla. ¡Si hasta la isla va perdiendo su imponente tamaño!

El retorno fue más demoroso que de costumbre. En realidad se alejaron demasiado. Cuando se va a la deriva, para permitir una mejor pesca, el bote se torna ligero ante las corrientes y el remero diestro como ninguno va esquivando las olas y los bajos. En ningún momento tiene que descuidar la embarcación y menos dejarla a la deriva: el rumbo del bote queda en las manos del remero -auxiliar o tele como comúnmente se le llama también- la vida de todos los pescadores, incluso la vida de él mismo.

Sobre el bote, y mientras se avanzaba, se decidió esviscerar los pescados y avanzar en lo que fuera para ganar tiempo y así almorzar lo más luego posible y posteriormente descansar.

A medida que avanzaban, las miradas se pegaron en la orilla al observar cómo aquellas pequeñas olas al reventar en la costanera, iban acariciando el desierto de Atacama. Allí, en la orilla, andaba el Chosky que alzaba los brazos al cielo, levantaba las manos una y otra vez, como tratando de explicar algo.

La desesperanza y la curiosidad se apoderó de los muchachos; hubo que acelerar el fuera de borda, había que llegar cuanto antes a la orilla, para ver que sucedía. Cuando llegaron, a una distancia prudente se paró el motor, y sin acercarse el Chosky seguía tratando de decir algo. Se subió sobre una pequeña roca y desde allí les decía, una y otra vez: estaba rico el majaja, estaba rico el majaja, estaba rico el majaja...; la reacción fue simultánea y solo una expresión podía explicarlo todo.

- Este guevón se comió el manjar...

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DE ATACAMA



SEGUNDO LUGAR  
Elba Sofía Gutiérrez Roco  
34 años  
Profesora Ed. General Básica  
Vallenar



---

### DECISIÓN

Era el primer día de trabajo. En realidad sería la primera vez que vería un lugar que solo había mirado como una vieja postal olvidada por el tiempo y dejado a su antojo, quizá por el destino, en medio de la pampa norteña.

No sabía mucho de Domeyko; el tiempo haría las presentaciones correspondientes. El clima hostil me indicó que sería difícil adaptarme; aquí no existen términos medios: mucho frío o mucho calor.

El primer día de clases me serviría para enterarme de los más particulares detalles por quienes saben mejor contar historias: los niños.

Después de haber sido invadida por pequeños ojos, entrenados para inspeccionarme, se volvieron cara, cuerpos con nombre. Paulatinamente, fui conociendo su mundo, un mundo que parece que ni siquiera el “tiempo” se da el “tiempo” para decidir su futuro y simplemente existe, al margen de todo progreso vertiginoso que tienen los sectores urbanos.

El polvo dejaba su huella por doquier, inclusive en la tela de mis pantalones y mis zapatos, que eran lustrosos en la mañana.

Aquí el vocabulario es distinto, no hay Messenger, ni fotolog, ni facebook. Aquí se juega a la pelota, a la escondida, a la pillada. Sus bicicletas son transporte habitual y cada mañana quedan tiradas afuera del portón de la escuela sin cadena ni candado, pues implícitamente cada una de ellas tiene nombre y dueño.

Es un lugar, en medio de la pampa, que tiene olor a puerto porque su alta temperatura permite el secado del huiro y los cuerpos tienen olor a barro, humo y churrasca.

Mi comodidad susurraba a mi oído que no había sido la mejor idea aceptar alejarme de las facilidades de mi entorno.

Poco a poco fui entendiendo su hospitalidad, manitos descuidadas que me tocaban, mejillas partidas que me acogían.

Varios profesores habían pasado por este curso. Por un motivo u otro terminaban yéndose, dejando al cuarto básico de la escuela de Domeyko sin guía.

Recibí manzanas, dulces, hasta sopaipillas ese día, como signo de acogimiento.

Terminaba la jornada y de vuelta a mi casa, me fui en la única micro local que transita entre Cachiyuyo y Domeyko, con destino a Vallenar. Mientras hacía su recorrido por el pueblo, fui encantándome por las casonas añosas, dignas, que se niegan a una sepultura; algunas ya raídas por el tiempo, pero que siguen ahí como testimonio de una época de apogeo minero, como museo viviente en medio de la pampa.

Me deleitaba con esos cuadros, enmarcados por los cerros, mientras en mi mente aparecía la imagen de Pablito, diciéndome: profesora, usted no se va a ir ¿verdad?...No, Pablito, estarán conmigo todo el año.

Sería duro levantarme todos los días a las cinco de la mañana pero fui envuelta con la magia de esos ojitos suplicantes.

A través de la ventana de la micro pude ver que el pueblo ya no era un recuadro de geo-estatuas olvidadas, sino un mundo donde el tiempo pasa directo a La Serena y permite que esa gente viva a su propio ritmo.

Mañana temprano, nuevamente, formaría parte de la partitura de esa composición que llaman desierto. Había tomado una buena decisión.

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DE ATACAMA



TERCER LUGAR  
Mauricio Leiva Muñoz  
Empleado  
Copiapó



---

### UN ÁNGEL DORADO

Tierra Amarilla es una comuna que está ubicada al nor oriente de la ciudad de Copiapó. Sus cerros ricos en minerales y verdes viñales permanecen cautivos por la mano del hombre que mineros y sus antiguos habitantes la han señalado como una comuna llena de mitos y leyendas. Una mañana le pedí a mi papá que me llevara a tomar aquellos aires que circundan los cielos celestes y polvorientos de aquella ciudad para disfrutar de las tronaduras que hieren la tierra haciéndola parir el codiciado cobre que engrandece la patria y más arriba camino a la precordillera saborear los hermosos racimos de uvas que penden de las parras como adornos mecidos por el viento y bañados por el maravilloso padre sol. Voy guardando mientras viajamos aquellos cerros de colores que me atraen de manera extraña, entonces mi papá se detiene frente al Cristo Redentor que abraza a los lugareños con sus extendidos brazos y cruzamos el puente que nos lleva al cementerio municipal.

- ¡Ven! Me dice, que quiero mostrarte algo.

Camino tomado de su mano cierto de lo que a continuación voy a ver me llenará de curiosidad y temor a la vez, pero voy con mi padre, así es que nada malo me va a suceder. Entramos al camposanto y nos detenemos en una hermosa construcción en donde descansan los restos de un pequeño de seis años. El interior de la bóveda hay miles y miles de juguetes de todas las clases y tamaños, que en un primer momento pensé que era la bodega del viejito pascuero. Un tul blanco cubre la hermosa urna de orillas plateadas y terciopelo, entonces miro a mi padre con reverencia y le pregunto: ¿Quién descansa allí papá?

Mi papá me mira con tranquilidad, abraza mis hombros y me responde:

Te contaré una historia verdadera, una historia que con el tiempo será una leyenda. Hubo una vez un hombre muy poderoso y rico, que poseía todo cuanto quería. Este hombre vivía de la generosidad de sus minas y era muy respetado y temido por todos los habitantes de la ciudad. Llevaba una vida desordenada, complaciéndose entre las noches de bohemia y su trabajo, pero siempre se caracterizaba por ser un hombre muy humano y generoso con los pobres. Tenía un pequeño hijo, rubiecito como un

ángel, siempre andaba a su lado, descalzo, dándole a entender al mundo que él no vivía de las riquezas de la tierra, si no de lo que su corazón emanaba. Mucha dulzura, alegría y paz. Tenía seis años y la gente cariñosamente lo conocía como “El gitano”.

Sus padres lo amaban demasiado y permitían que el niño hiciera con su corta edad lo que quisiera, pero nunca pensaron que con tan pocos años de vida él les daría un ejemplo de valentía y les haría cambiar su vida totalmente. Su verdadero nombre era Francisco y lo apodaban “Caco”. Su singular y sencilla forma de vivir, lo convirtió en el niño dorado de aquella ciudad. Entre sus juegos de niño imaginaba grandes caballos corriendo a su lado, tremendas camionetas de color azul y por sobre todos quería volar. Una tarde de invierno, cuando “el gitano” jugaba, la mano del destino se ensañó con él y le arrebató la vida en una pequeña plaza aledaña a su casa. Jugaba con fuego aquella vez e irremediadamente cayó víctima de las quemaduras que le quitaron la vida. Su padre, desesperado por la pérdida de su hijo, acudió a los mejores médicos de Chile, porque no podía entender que su hijo se iba de este mundo, dejándolo solo y triste.

“El gitano” ya estaba en la otra vida, aunque su cuerpo se resistía a dejar la tierra, porque sabía que sus padres sufrían mucho, sin embargo, quince días después extendió sus alas y voló al lado de Dios. Desde aquel momento su padre cambió abruptamente su forma de vivir. Dejó las malas costumbres de hombre de pueblo y comenzó su larga recuperación para aprender a vivir con aquella pena que cada día le embargaba más. Pero un día, cuando su padre trabajaba en las minas que de por cierto, nada de ley le entregaba el cobre, sintió correr por los cerros aquel mismísimo trotar de su pequeño hijo. Lo siguió con la ansiedad de mirarlo, de poder tocarlo y saber que estaba con él, entonces un morrito de cerro se desgranó dentro de la mina y su padre entendió que allí era donde debía perforar, encontrando al instante una preciosa y larga beta de cobre que giraba en torno a todo el socavón.

Así, “El gitano” se fue convirtiendo en su guía para abrir la tierra, justo en el lugar adecuado. Cuentan por ahí que aquel pequeño niño dorado cubre con sus alas a quienes lo invocan y que esa misma generosidad que demostró en sus cortos años de vida, han revivido en su padre que se ha convertido en un humanitario hombre que ayuda a todo aquel que golpea su puerta.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE COQUIMBO



PRIMER LUGAR  
Jorge Torres Galleguillos  
Panadero, cuidador de paltos  
Vicuña, Provincia del Elqui



---

### LAS ENAGUAS DEL CURA

En este día he querido contarles una historia, es netamente verdad, de esa verdad verdadera, no vayan a pelarme después que soy mintiomano.

Es la historia de un curia 'e mi pueblo, que por culpa del estoy 'onde estoy.

Tampoco crean que voy hablar mal de un curita, solo voy a contarles las locuras de un padrecito de mi tierra que era traficante honrrao y tenía la venia del mandinga, pero él es un santo, todo lo hacía por Santa Trinidad.

Venía yo bajando por el Camino del Indio, allá en la cordillera, cuando de repente sentí una olía a azufre que me llegó a coser las narices. Entonces, eché cuerpo a tierra asustao, porque cuando llega ese olor es el Cola 'e Flecha que anda cerca. Más asustao que monja con atraso, miré de reojo por si lo veía y adivinen a quién vi: al curita, don Hermójenes Estanislao del Tránsito y al frente a un señor de paltó cola larga y unos cachos como'e toro de exposición.

Casi me llegué a miar con la impresión, pero seguí sapeando. En eso el curita le dio el manso abrazo al Cachuo y le pasó los cinco en señal de sellar un pacto. Despué' de eso, el Cachuo sacó 'e su paltó unos rosarios y unos santos y se los dio al curita, y el curita levantó sus enaguas y sacó de ellas las confesiones con los secretos de los hacendaos 'el pueblo y ahí me enteré de hartas cosas, como por ejemplo: que on Basilio Hurmeneta tenía romances con oña Cleo, esposa'e on Aparicio, presidente de la junta'e vecinos. Oña Cleo, por otro lao, era la directora del colegio 'e señoritas'e la frontera. On Floridor se le quemaba el arroz y el que hacía de hombre era on Santiago Pizarro, hombre muy apuesto, cotizao por todas las mujeres del pueblo, era rico y soltero.

No les cuento más confesiones pa' que no igan que soy copuchento.

Una vez que se fue el Cachuo, me juí pensando en lo que vi y escuché y estuve varios días encerrao en mi rancho; me daba más hueltas que trompo cucarro, lo vivió. Entonces, decidí ir pa' la iglesia a ver al cura, de manto al lomo y chupalla a las cejas, me juí a encararlo. Cuando llegué allá, hay estaba el curita, en el púlpito, recolectando

información pa'l Cachuo y yo me pregunté: ¿Cómo un hombre santo pue trabajar pa' los os bandos?

Y entré al púlpito con ganas e retar al cura, le ije cuantas verdaes, pero mi suerte jué otra, salí como perro apaleao con la cola entre las piernas y bien sermoneao; es que el on cura me dio un discurso como si hubiese sío el mismísimo Papa.

Me retó y me ijo que a la otra me escomulgaba por sapo. Tuve que rezarme tres Padres Nuestros, cinco Ave María y dos Rosarios completitos y entre tanto rezo y rezo se me prendió la vela y me dije a mí mismo: si el diablo puee ¿por qué yo no voy a poer? Así que me juí a convertirme en el cola'e flecha, agarré a tijeretazo un abrigo viejo que tenía pa' ser el paltó de cola, me amarré en la chupalla unos cacho'e un chivo que había hecho charque, me conseguí un poco de azufre pa'l olor, le corté los pelo de cola al perro y me hice la oña barba. Acto seguido, saqué una botella de pisco de la del burro y me mandé un pencazo crucifcao hasta verle la cara al Cristo pa' que no juera pecao y me juí pa'onde los hacendao, pensando que luego iba hacer muy rico. La primera pará la hice onde oña Cleo, que estaba recogiendo las enaguas e la sogá, salté e etrás ela higuera y la pobre eñora casi le dio un sponcio de la impresión y mientras gritaba: "No me lleve, no me lleve", aproveché de pedirle cuanto oro y plata ella tenía. Me hizo más cruces que las que habían en el cementerio, pero al ver que no me corría, me llenó un saco con cosas, me juí más contento que burro en primavera a'onde mi siguiente víctima.

Saltando pircas y cruzando cequias, me encontré a on Basilio y cuando iba cerrando la puerta de su casa, le planté un grito que llegó a cagase 'e susto. "Pídame lo quiera eñor", me decía, "pero no me mate, no me lleve pa'l infierno". Yo le ije que por mientras no me lo quería llevar, pero que podía decirle al pueblo un par de secretitos que sabía de él, entonces él me pasó varios meloncitos. La cosa estaba buena; al final, el cura no era tan malo, porque de no ser por él, yo seguiría siendo empelotao.

En una casita en la lomita de un cerro, vivía Floridor y adivinen con quién estaba tomando té con galletitas: con on Santiago. Una de poemas que le decía que on Floridor ya cortaba las huinchas, a too esto, ya se hacía la noche y cuando se jueron pa'la pieza a conversar, yo les tranqué la puerta y comencé mi arduo trabajo. Agarré la caena el perro y la hice sonar en el suelo. Vieran cómo gritaban esos dos, como dos niñas e quince. "Pídame lo que quiera, on mandinga", me decían, y yo que no syoy na'e tonto, aproveché y me hice e varios terrenitos. La cosa iba bien, pero podría ser mejor. Terminé 'e visitar a toos los confesao', me juí a dormir pa'l otro día ir a buscar más secretos; total, ya era un traajo y más honrao que el del cura.

En la mañana tempranito, apenas cantó el gallo, me leanté, pero parece que con la pata izquierda. Manto al lomo y chpalla a las cejas, me juí rapiito pa'l Camino del Indio, pa' escuchar la información. El curita ya se estaba arreglando las enaguas, quizás cuán-

tas confesiones traería entremedio. Yo me sobajeaba las manos igual que mosca en leche; en eso, el curita se sentó en una piedra y el Cachuo apareció. Un poco enojao venía el mandinga y penquiando al cura le decía que otro se le había adelantao en el traajo y que estaba muy cerca de aquí y apareciendo a mi espalda, como un relámpago, me miró fijamente a los ojos. Me cagué y me meé del susto. Me pescó del pellejo el culo y me llevó onde el cura.

¡Padrecito, padrecito, sálveme!, le imploraba yo al cura y el cura desgraciao me hizo la media tapa. Me ijo, “huaso bruto, yo te lo había advertío, así que ahora ta vai excomulgao”. “Es todo suyo, don Sata, este huaso quiso ser diablo y como diablo se va pa’l infierno. Entonces, el Cachuo me lleo pa’onde tenía guarda las cosas y me las quitó toititas. Me llevó al pigüelo y me ijo: “Hora te vay pa’l infierno como juiste diablo, te vay a encargar de servirme pa’ siempre y si no me hací caso, te quemo vivo. ¿estamos claro eñor? Y por ambiciao a punta’e pata po’l culo, me llevó pa’ su caldero.

Ahora la pago injustamente y el curita quetito, haciendo güenos negocios vive feliz, comiendo perdiz.

Y en su iglesia toos los santos que el diablo le trae quetitos y sonrientes y la gente no tiene idea que se los paga con sus confesiones.

¡Uta qué tengo mala pata por la cresta y ahora cómo salgo de ésta!

Esta historia que les conté e’ la peritita verdad. Traten ‘e no buscarne pa’ saber más de esto, porque onde yo estoy los inviernos se pasan calentito y no les sigo hablando porque tengo que ir a sacarle brillo a los cachos del mandinga y en cuanto al cura, no le deseo mal, pero ojalá que se enrede en las enaguas y se les caigan todas las confesiones en plena misa, por chueco.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE COQUIMBO



SEGUNDO LUGAR  
Luis Gabriel Alegre Alcota



33 años  
Psicólogo  
Salamanca

---

### LAS RAÍCES DEL ÁRBOL MODERNO

(o En los fundos del Choapa corrió sangre)

Las cinco de la mañana; Romualdo no alcanzó a pegar una pestañada y tuvo que ponerse de pie junto al canto de los gallos; era hora de trabajar. Romualdo conocido como “el Roma”, es un preadolescente de tez morena, de cuerpo enjuto y estatura pequeña; nunca aprendió a leer, pero tiene un memoria de elefante, un ojo de águila y una intuición que la quisiera cualquier adivino. Su principal característica física es la de usar un sombrero de paño ya desteñado, costumbre que le traspasó su padre.

La noche anterior llegaron a su casa unos familiares del sur, tíos de Romualdo. Don Onorindo es hermano de la madre del Roma, hombre de la zona, pero se fue a probar mejor suerte y lo primero que encontró fue a su mujer Carmen con la que tiene dos robustos hijos. “Esta gente viene una vez al año por estas tierras, así que hay que atenderlas como se merecen”, decía don Ramiro, padre del Roma. Junto a su esposa, hermanos y visitas no pararon la lengua toda la noche, hablaron hasta que las velas alcanzaron la mesa; es por esto que le costó tanto levantarse en esta ocasión para ir a la pega.

Es invierno y como de costumbre “el Roma” despierta y empieza a tocar lentamente la cama hasta llegar al final donde tiene su ropa. En penumbras, casi con los ojos cerrados, se viste completamente, acto que realiza de memoria día a día. Espera sentado en el borde de la cama hasta escuchar los pasos de su padre, quien le dice: “estai listo gañán... ¡Al trote taitita!, le contesta. Salen a paso firme, la neblina está baja, se nota en la brisa que roza sus caras. Todavía es de noche y a medida que avanzan se van encontrando con otros inquilinos que trabajan en el fundo; al llegar al portón ya son un centenar los que ingresan a laborar.

Los espera, como es costumbre, el capataz del fundo quien les va dando las instrucciones del día. Al salir el sol, la mayoría está en sus puestos de trabajo; don Ramiro con arado en mano comienza a abrir la tierra mientras que “el Roma” limpia un canal más allá. En el fundo los distribuían en distintas funciones; a lo lejos se divisaba don Ma-

nuel, hombre que se encargaba de llevar los animales a pastar, mientras que el Julito iba a la pieza donde se guardaban todas las herramientas; él era el llavero del fundo.

Junto a don Ramiro trabaja el negro Carlos. Un ropero de dos cuerpos y unos ojos como de huevo frito le daban un aspecto intimidante. Durante la jornada no había intervalos para pensar mucho, ya que el capataz montado en su caballo era la sombra de todos, más aún cuando hace unos días llegó el hijo del administrador del fundo, Benjamín, joven ilustrado que venía de la capital a pasar unos días con su padre. Este le contó que... “en el norte hubo una revuelta, los obreros de las salitreras se volvieron locos y desafiaron a sus patrones presentando petitorios sobre jornadas de trabajo y otras demandas. El enfrentamiento dejó muchos muertos. Como siempre, padre esta gente nunca está conforme, siempre piden más y más; hay que ponerlos en su lugar alguna vez”, terminó.

Por fin llegó la hora de almuerzo, el sonido de una campana lo indicaba. Por los surcos de los rostros de los de más avanzada edad corría un agua achocolatada, mezcla de sudor y tierra. Don Ramiro con mucho esfuerzo logró llegar al rancho en donde la señora Mercedes repartía y repartía los porotos con riendas a todos los comensales, quienes se repartían por las piedras buscando la más plana y grande para que el descanso fuese más reparador. Poco a poco se levantaron. Primero don Ramiro con “el Roma” de punto fijo, luego el negro Carlos, Manuel, el Grineldo y don Ruperto. Se fueron alejando del rancho, más lejos de lo normal; como no habían aguijones a la vista no se preocuparon mucho de que se viera como sospechosa tal conducta.

Este era un día especial, ya que don Grineldo tenía una noticia que podía cambiar los destinos de sus vidas. A través de su señora, don Grine recibió la noticia que el viernes iba a llegar don Elías Laferte, obrero de las salitreras, oriundo de Chalinga. Tenía que venir a contarles lo que estaba sucediendo en el norte. “Compañeritos, mi ñora dice que don Elías viene el viernes, clavado va a estar acá, dice que tenemos que tener un lugar donde reunirnos, del alojamiento no se preocupen porque la Laura le va a arreglar un catre que tenemos”. “Yo le coopero con unos pancitos amasaos pa’ que calme la tripa el hombre”, disparó don Ruperto. “En mi casa se hace la reunión y no se hable más del tema”, acotó el negro Carlos... Estaban en eso, cuando el rebenque azotó la espalda del negro Carlos y el caballo como un tren arrasó con cucharas y recipientes de los pocos porotos que quedaban. Era el capataz que sin previa palabra ordenaba reanudar las labores...a trastabillones y poniéndose los sombreros, el grupo se dispersaba, cada uno a sus labores...“el Roma” corría asustado hasta el canal...

El viernes no fue un día normal, las ansias de escuchar la novedad eran evidentes. Durante el almuerzo, don Grineldo fue el blanco de las preguntas, él asentía con la cabeza: “sí amigos míos, si don Elías no nos va a fallar”, repitió en más de una ocasión... Cuando se puso el sol, cada uno, herramienta en mano, acudió donde Julito para entregárselas ya que éste minuciosamente las ordenaría en la bodega.

A las ocho de la noche había unas veinte personas en la casa del negro Carlos; la mayoría de pie esperaba con impaciencia a la visita...ocho con cinco minutos y tres golpes en la puerta reavivaron los fuegos en algunos y la angustia de otros, que pensaban en que el patrón los podría descubrir. "Buenas noches", dijo don Elías, hombre de tez blanca, con una calva pronunciada; los pelos que le quedaban eran canos, alto y de voz profunda, venía con otra persona la que no se identificó. Las ansias de información ni siquiera dieron la oportunidad para preguntarle su nombre en un primer momento. "Camaradas, replicó, les traigo noticias de lo que está pasando en el norte. Nosotros los obreros de las salitreras decidimos reclamar por las condiciones en que estamos realizando nuestro trabajo, nos dimos cuenta que los patrones se llevan toda la plata y nuestras familias viven miserablemente, así que le presentamos un petitorio con las demandas que consideramos importantes. Estas son: una jornada de trabajo de ocho horas porque estamos trabajando prácticamente doce horas"... "Nosotros de sol a sol lo hacemos, son como doce horas también", interrumpió Manuel... "Además, exigimos que suban el salario y que éste se nos entregue a cada uno, ya que no vemos salario, todo se queda en la pulpería, y por último que nos asignen un terreno en donde podamos construir un rancho propio. "Pero eso es imposible hacerlo acá don Elías, aquí no nos escucharían, lo único que ganaríamos son unos latigazos", dijo don Ramiro que tenía a "el Roma" en la falda. "Si tenemos que andar como los caballos, porque cualquier señal de que estamos conversando acerca de alguna injusticia, el administrador don Bartolo manda a llamar a los pacos a darse una vuelta, y no vienen por las puras, más de uno sale apaleao", manifestó don Ruperto.

Elías escuchaba atentamente, como lo había hecho tantas veces. Se puso de pie y haciendo un recorrido con su mirada la clavó en "el Roma", quien prácticamente sin respiración lo contemplaba y dijo: "yo entiendo que las cosas están cuesta arriba, pero les pido que piensen en sus hijos. Aquí tenemos a uno, él representa a todos nuestros hijos. ¿Ustedes quieren que él viva las injusticias por las que hemos pasado nosotros, que pase por los castigos que hemos tenido que sufrir, por las miserias que hemos vivido? Es difícil, pero tenemos que organizarnos para darles un futuro mejor a nuestros hijos"... No volaba ni una mosca, el canto de la lechuga se oía nítidamente, hasta que el negro Carlos, tragando saliva y con sus ojos más grandes que nunca se paró, "... tiene razón don Elías, está bueno de abusos, si no somos nosotros quién va a cambiar las cosas, atrevámonos, hay que dar la pelea". "Sí yo apoyo lo que dijo el Carlos", replicó Manuel. Yo también asintió Ruperto, sí, manifestó Zacarías; fueron comprometiendo su palabra uno a uno, los abrazos eran más apretados que nunca, las sonrisas contrastaban con el miedo: la suerte estaba tirada, la mecha se había encendido....

Esa noche don Ramiro y la señora Jovita -su esposa- no pudieron dormir y "el Roma" soñaba que iba de la mano de don Elías por una avenida larguísima; caminaban y caminaban sin llegar a su final.

Las visitas a otros fundos bastaron para que la semilla germinara en la conciencia de los obreros. La idea de la necesidad de un petitorio se expandió por el valle, cada rincón se impregnaba de aires de justicia.

El sector de La Tranquilla era el punto de reunión, allí se concentrarían todos los inquilinos, peones y obreros de fundos aledaños para presentarle el petitorio a don Bartolomé Eyzaguirre, el patrón, el administrador. Esa mañana nadie trabajó. Por el suroeste medio centenar de hombres a caballo subían al punto de encuentro; a la cabeza don Ramiro con “el Roma” al anca y el negro Carlos. El ambiente en el grupo era más bien tenso, no había muchas conversaciones, el silencio se apoderaba de ellos. En el momento exacto en que llegaban a La Tranquilla aparecen por el noreste la gente del Tencadán, parte alta del Choapa -cabeza de la cuenca hidrográfica- con Rosauro adelante, un inquilino de cara rosácea, con algunos kilos de más. Para la oportunidad, se había enlazado un pañuelo al cuello y su chupalla amarrada a la barbilla, su temple era como una roca; cabalgando en su corcel variopinto, le seguían unos veinticinco.

Después que se saludaron se orientaron hacia el fundo; una tranca era el seguro del portón; todos querían pasar, tal ímpetu los llevó a echarla abajo e ingresar al fundo donde se encontraba la casa del administrador. Éste había sido informado en la noche por los capataces de dicha revuelta y de inmediato dio aviso a los pacos para que controlaran a los manifestantes.

Una vez adentro se adelantó don Ramiro y habló a un mozo que se encontraba fuera de la casona. Le dijo “nosotros estamos acá para hablar con don Bartolomé, y no nos vamos a ir de aquí sin cruzar palabra, dígame que lo estamos esperando”. El mozo asintió y entró, pasaron cinco minutos cuando irrumpen los pacos por detrás de la casona con sus armas apuntando a los manifestantes. “Nosotros sólo queremos hablar con don Bartolo, y mientras no salga no nos moveremos de aquí”, replicó don Ramiro. “Don Bartolomé no hablará con ustedes, así que pierden el tiempo, si no lo hacen por las buenas tendrán que salir por las malas”. “Es que tiene que escucharnos”, planteó desafiante Rosauro adelantándose, momento en que un paco se abalanzó sobre él y dándole un certero golpe en la cabeza con un fierro que traía, lo tira al suelo; el alboroto es mayor, los ánimos se enardecen, el negro Carlos, lazo en mano, lo agita al viento y lo lanza atrapando a un paco; con el rebenque toca a su caballo y lo comienza a arrastrar por unos metros... Es en este momento cuando se oye un disparo; Carlos cae y de su espalda brota la sangre, que marcó el final de la jornada.

Las manifestaciones crecieron a lo largo del tiempo, los fundos día a día mostraban mayor organización, hasta que el administrador Bartolomé Eyzaguirre aceptó el petitorio: ocho horas de trabajo, carne en las comidas y aumento en el salario. La semilla germinaba en los fundos del Choapa...

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS  
**REGIÓN DE COQUIMBO**



TERCER LUGAR  
Jaime Enrique Lastra Freire



55 años

Trabajos ocasionales de obrero y empleado  
Illapel

---

## HACERSE GRANDE

“Mira”, dijo el abuelo, esos son caminitos de conejos .Y el niño los miró y recorrió con su vista el campo, descubriendo innumerables caminitos

- ¿Y son todos de conejo?

- Bueno...

- Mire, allá hay un caminito de zorzal.

Y el abuelo sonrió al ver a un zorzal caminando a saltos sobre la tupida hierba del borde del sembrado.

- Aquí vamos a poner unos lazos... No es que los conejos sean malos en realidad, ellos solo quieren comer para vivir El problema es que se quieren comer lo que nosotros comemos .Si se comieran el pasto, la maleza ¡chis! ¿para qué íbamos a querer matarlos, pero se comen la matas del sembrado y ahí anda mal la cosa, no hay comida, no hay plata ¡nada, puh!

- ¿Y cuántos va a poner?

- Hartos. Tengo para todo el día. ¿Me querís ayudar?

- Ya. Y el niño aprendió a hacer lazos, a enterrar las largas estacas, a ubicarlos bien .Se les pasó volando la mañana.

- Ya tenemos como cincuenta...Y falta toda esa vuelta.

- ¡Puf!

- Vamos a almorzar y seguimos.

- Yo quería ir a nadar.

- Bueno.

Al día siguiente, el trinar de los pájaros, más bullicioso que armónico, despertó como siempre al familión, una veintena de personas que vivían en una casona y media docena de piezas independientes alrededor de ésta. No todos eran parientes, pero se sentían como si lo fueran. Los niños salieron a jugar a la pelota antes de desayunar y después volvieron enfurruñados a hacerlo, porque los habían interrumpido agritos en lo mejor del juego

- ¡Y no me dejan ni una miga, carambas! Miren, están creciendo y están todos flacos.

- Siempre hemos sido así. Murmuró uno y los demás asintieron.

- ¡El que termina último se pone al arco! Gritó otro y la rabia se transformó en alegría y unos segundos después, había una desenfrenada carrera por comer rápido y una chacota tan grande que la abuela se cansó de gritarles para que no lo hicieran tan rápido y al final los dejó y se fue al jardín para no echarse a perder el día. Y de pronto una tromba de niños cruzó el alero en dirección a la cancha y la casona pareció quedarse muda y lejana.

- ¡Cayeron re muchos!, gritó a la distancia el abuelo, levantando en sus poderosas manos un saco papero y grandes y chicos corrieron a ayudarlo y a ver a los conejos muertos, estrangulados por los lazos.

- ¡Aquí hay once! pero queda más de la mitad de lazos por revisar.

- ¡Vamos a revisarlos!

- ¡Yo sé dónde están! gritó el abuelo, mejor me siguen para que no hagan embarradas.

Pero Jaimito, el niño que había ayudado a su abuelo a colocar los primeros, recordaba su ubicación y calladito se dirigió a verlos. En varios, no había nada, estaban intactos, otro se veía roto, con la estaca quebrada por una poderosa y enigmática fuerza. Pero un ruido de forcejeo entre unos matorrales lo asustó y se quedó inmóvil, con sus sentidos alertas al máximo. Un jadeo extraño estuvo a punto de empujarlo a correr de miedo, sin embargo, en una voltereta para salvar su vida, el conejo atrapado quedó a la vista del niño y jadeaba y pataleaba y el niño entendió que se estaba muriendo, que el lazo apretaba brutalmente su cuello con cada forcejeo que hacía, paradójicamente, buscando salvarse y la angustia primero y la compasión después, agrietaron su pecho y gruesas lágrimas rodaron de sus inocentes ojos y se acercó a ayudarlo, pero el conejo dio nuevos y alocados saltos y tal cosa, dramáticamente, empeoró la situación. ¡Un

alicate!, pensó el niño y corrió a la casona en busca de uno y su carrera se aceleró al escuchar que se acercaba el bullicio del grupo que venía con su abuelo, revisando los lazos. Y con la respiración entrecortada por la emoción y el esfuerzo, regresó al lugar donde casi agonizaba el conejo, que tenía los ojos horriblemente salidos y enrojecidos, y de un golpe cortó el cable metálico trenzado que lo aprisionaba. El conejo estaba ya en tal mal estado que no se movió, entonces, el niño -en un acto de valor extremo- por el miedo y la tensión que le causaba la situación, acercó sus manos al animal y de un tirón soltó el lazo asesino y el conejo se inflo y el niño cayó sentado al suelo y con los ojos desorbitados ante tal inesperada escena y el animal se sacudió, hizo unos ruidos aterradores y dio saltos alocadamente antes de quedarse inmóvil de nuevo, a escasos centímetros de su asombrado y asustado salvador. Luego, se dio un feroz revolcón, que levantó una nube de polvo y desapareció...

Segundos después, apareció el grupo.

- ¿Y aquí qué pasó?, preguntó el abuelo.

- Eh ...eh eh ... respondió incoherentemente el niño, levantándose del suelo con gran dificultad y ocultando entre su ropa el alicate

Y agachándose, el abuelo observó el cable cortado y luego sonrió y dijo:

- Bueno, aquí no hay nada, porque parece que este conejo andaba con un alicate .Y un estallido de risas hizo volar bandadas de pájaros, pero nadie, excepto el abuelo supo entender lo que había pasado allí y cuando el grupo ya se dirigía a la casona, cargando dos bolsas llenas de conejos, éste pasó una mano cariñosita por la cabeza de Jaimito y, luego, en un gesto que lo hizo el niño más envidiado del lugar, el abuelo lo levantó en el aire y pasándolo por sobre su cabeza lo sentó en sus hombros .Y Jaimito no pudo evitar que dos lágrimas rodaran por su tierna carita y, acariciando la cabeza de su abuelo, lo amó más que nunca en su vida. Luego, respiró profundamente y miró hacia delante. Todo se veía más limpio, más luminoso que de costumbre. Se sintió bien. Había comenzado a hacerse grande

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE VALPARAÍSO



PRIMER LUGAR  
José Luis Carrasco Balmaceda  
58 años  
Funcionario municipal  
Valparaíso



---

### LA SEXTA MONEDA

En Vilcún, cerca de Temuco, vivía un rico hacendado llamado Diego Cancino. Tenía una esposa y cuatro hijos. Durante años, gozó de una excelente situación, pero después, continuas sequías y una fulminante epidemia entre su ganado lo condujeron directo a la ruina. Desesperado, después de agotar todos los recursos disponibles, decidió vender su alma al diablo. Para ello, fue hasta donde un anciano que tenía fama de curandero y que vivía recluido en una rústica choza y, luego de pedir perdón a Dios por lo que iba a hacer, se decidió y entró. El anciano parecía esperarlo. De pie, junto a un brasero humeante, lo miraba y sonreía.

-Vengo... dijo Diego Cancino. Y no alcanzó a continuar, porque el curandero lo interrumpió.

-Ya lo sé. Vienes por ayuda. Todos vienen por lo mismo. Remedios, sortilegios, conocimiento del futuro, etcétera.

-No. Yo vengo por otra cosa, continuó Diego Cancino. Y, de inmediato, sin más preámbulos, agregó: ¡Quiero venderle mi alma al diablo!

El anciano abrió desmesuradamente los ojos y perdió de inmediato la sonrisa.

- ¿Qué cosa?, dijo.

- ¡Que quiero venderle mi alma al diablo! -repitió Diego Cancino-. Estoy en la miseria, en la más absoluta miseria y tengo una familia. Si le vendo mi alma al diablo, podré ayudarla.

- No sabes lo que dices.

- Sí, lo sé.

- Y no sabes lo que te espera.

- También lo sé.

- No. No lo sabes. Escucha. Los pecadores, aun los más pecadores, pasan sólo cierto tiempo en el infierno, ya que luego, una vez que pagan sus culpas, salen de tan horrible sitio e ingresan al purgatorio. Los que entregan su alma, en cambio, están condenados a consumirse para siempre en las llamas del infierno.

- No me importa -porfíó Diego Cancino-. Con tal de conseguir bienestar para mi familia, estoy dispuesto a pagar el precio.

- Es difícil lo que me pides. Y además en este último tiempo, que yo sepa, nadie ha invocado al diablo. Es peligroso. No creo que deba. ¿Tan mal estás?

- ¡Sí!

El anciano fue y cogió algunos pequeños objetos de un rincón. Luego, volvió a su posición inicial y depositó los objetos frente a él, en el suelo. Después, preguntó:

- ¿Qué darás a cambio?

- Traje alimentos, algo de ropa y el último dinero que me quedaba.

- Está bien. ¿Cuál es tu nombre?

- Diego Cancino

- ¿Diego Cancino? ¿El dueño de la hacienda El Gran Cancino?

- Sí, el mismo. Aunque, así como están las cosas, ésta pronto dejará de pertenecerme. El banco me la quitará junto a todas mis demás pertenencias.

El anciano terminó de ordenar los objetos en el suelo y sobre la tierra quedó formada, aunque invertida, una perfecta cruz. Después, se frotó las manos y tocó uno a uno los objetos. Destacaban algunos dientes de animales, pelos y lagartijas secas. Entonces, con voz ronca, dijo:

- Haré esto, no tanto por el dinero que me traes, que es poco en consideración al riesgo que voy a correr, sino que más bien por saber si todavía conservo la facultad de atraer el mal...

Cerró los ojos y murmuró algo entre dientes. Luego, puso una de sus manos sobre la cruz y enseñuida, dijo:

- ¡Ven, diablo, aquí!

De inmediato, se sintió un fuerte estrépito y la vivienda entera se remeció. Diego Cancino vaciló, arrepintiéndose al instante de lo que pretendía, pero luego pensó en su familia y perseveró en su afán. Poco a poco en el lugar se materializó una extraña figura. Era de mediana estatura, cuerpo rojizo y tenía cuernos en la cabeza y pies con forma de pezuñas. El recién aparecido miró al anciano y con voz de trueno, furioso, le preguntó:

- ¿Para qué me llamaste?

El anciano tembló, asustado, pero luego se repuso y, tartamudeando, dijo:

- El caballero, aquí presente, desea hacer un trato contigo. No estaba seguro de que vinieras.

- En realidad no estaba en mis planes hacerlo.

- Yo quiero venderle a usted mi alma -intervino Diego Cancino-. Se la doy a cambio de dinero, salud y prosperidad para mi familia.

- ¿Qué? ¿Sabes lo que significa entregarme tu alma?

- Sí, y estoy dispuesto a sufrir las consecuencias.

- ¿No te arrepentirás luego? Veo que tienes un alma blanca. Me complacería mucho llevarte a mi territorio.

- No me arrepentiré. Mas usted tendrá que cumplirme también en buena forma. Mi esposa e hijos tendrán que gozar de un bienestar permanente.

- ¡Bah! Eso es fácil para mí. Hagamos un contrato en regla y te daré lo que pides.

El diablo sacó una de sus garras y se realizó un pequeño corte en un brazo. Luego, efectuó otro corte en uno de los brazos de Diego Cancino y juntó los dos brazos uniendo ambas sangres. Esperó algunos segundos y pronunció algo así como un juramento.

Después le entregó a Diego Cancino un diminuto cofre, que contenía cinco monedas, y le dijo:

- Una vez que gastes una de estas monedas tu suerte estará echada.

Y a continuación desapareció.

Diego Cancino le pagó al anciano lo acordado y se retiró con el cofre. Por el camino miró su contenido. Las cinco piezas eran de cobre y no diferían en nada de las que a diario circulaban por la región. ¿Cómo cambiarían su situación aquellas diminutas rodajas de metal?

Recordando que los miembros de su familia no habían probado alimentos desde el día anterior, ya que los últimos comestibles los había reunido para entregarlos al curandero, se presentó en la panadería de Vilcún para gastar el primero de los cobres. Obtuvo por él dos panes. Le extrañó que al gastar el dinero no hubiera ocurrido nada. Entonces, decidió comprarle un regalo a su hijo mayor, quien el día siguiente estaba de cumpleaños. Abrió el cofre y se dispuso a sacar el resto del metálico. Grande fue su sorpresa al comprobar que, en vez de cuatro, las monedas eran otra vez cinco. Las sacó todas a un mismo tiempo y de inmediato cinco nuevas monedas reemplazaron las anteriores.

Juntó así cientos de monedas.

Compró un costoso regalo, comestibles y enseres y regresó a su hogar. Nada dijo a su esposa del origen del dinero. Canceló las deudas y arregló el asunto de la hipoteca. Pagó los salarios de los inquilinos y adquirió nuevas semillas y maquinarias. La prosperidad volvió a la hacienda.

Y transcurrió el tiempo. Diego Cancino se recluyó en sus habitaciones desde donde salía sólo los domingo para ir a misa. Por una parte, se sentía feliz por el bienestar que experimentaba su familia, pero, por otra, le sobrevenían remordimientos por el terrible paso dado. Por las noches, antes de acostarse, sacaba el cofre (que mantenía bien oculto) y miraba su interior. En forma invariable veía las cinco monedas. Para realizar el pago de sus deudas y solventar el gasto ocasionado por la recuperación de sus bienes, había tenido que sacar una gran cantidad de ellas. Pero luego las cosas se le dieron de buena manera, y las ganancias, provenientes de la venta de animales y cosechas, superaron con creces sus más optimistas cálculos. Los ahorros bancarios crecieron hasta límites increíbles y el prestigio del apellido Cancino traspasó hasta las más lejanas fronteras.

Y el tiempo siguió su curso.

Diego Cancino envejeció y un día cualquiera enfermó. Su esposa llevaba dos años de fallecida y sus hijos, la totalidad de ellos, habían marchado lejos. Por lo tanto, se encontraba (a pesar de los trabajadores y la servidumbre) prácticamente solo. Hasta que una noche, cuando estaba próximo a su muerte, el diablo se presentó. Igual que la vez precedente llegó en medio de un fragor propio de tormenta y envuelto en una espesa nube de humo.

- Falta poco -dijo con su voz chillona-. La cuenta está por saldarse.
- Así es -aceptó Diego Cancino-. Hicimos un pacto y voy a cumplirlo, aunque me pese.
- ¿Qué? ¿Ya te arrepentiste? refunfuñó el diablo.
- No. No se trata de eso.
- ¿De qué se trata entonces?
- Es que me gustaría tener una oportunidad, aunque fuera sólo una, para no ir contigo. Si quieres te entrego toda mi fortuna.
- Tu fortuna no me sirve de nada. Creí que no tendría problemas contigo -señaló el diablo rojo de ira-. Eso es lo que me pasa por confiar en los humanos. A la hora de la verdad prefieren no haber hecho ningún trato.
- Dame una oportunidad, es lo único que te pido, aunque sea difícil de cumplir. Así sentiré menos remordimientos, si fracaso. Después, me iré contigo y podrás hacer conmigo lo que quieras.

El diablo meditó unos instantes. Había creído que no tendría problemas con Diego Cancino, pero éste se mostraba ahora reacio a entregar su alma. Además, a él no le gustaba conseguir las cosas por intermedio de la fuerza. Con astucia debería llevárselo. Aunque tuviera que darle la oportunidad que solicitaba. Se la daría, claro que sí; pero le pediría algo que él jamás podría cumplir. Con su voz de flauta, expresó:

- Está bien, te daré una oportunidad. Pero, aunque pareciera que lo que te voy a solicitar es fácil, verás que en la práctica no lo es. Deberás devolverme el cofre con seis monedas iguales de cobre en su interior. Contarás con una semana justa para hacerlo. Es lo que te resta de vida. En caso contrario, te llevaré para siempre conmigo.
- Estoy conforme, es justo. Gracias -dijo Diego Cancino-. Hallaré el modo de entregarte el cofre con las seis monedas. Éste es un nuevo y definitivo pacto. ¡Sellémoslo!

El diablo sacó una de sus garras y, por segunda vez, se infirió un corte en uno de sus brazos. Hizo otro tanto con un brazo del enfermo y luego unió sangre con sangre. Pronunció en voz alta el pacto y así quedó éste establecido. Y luego se esfumó.

Diego Cancino se levantó sin demora de su lecho de enfermo y se dispuso a solucionar el asunto del cofre. Le quedaba una semana exacta de vida y tenía que superar la prueba. Cogió el arca y miró su interior. Las cinco monedas brillaban, muy bien dispuestas.

Buscó otra moneda de cobre y la dejó caer dentro del cofre. Al tocar el fondo, como por encanto, ésta desapareció. Realizó nuevos intentos, con otras monedas; pero no hubo caso de mantener seis juntas.

Entonces, fue al pueblo y consiguió todas las monedas de cobre que encontró. Regresó con miles de ellas. Las fue metiendo una a una dentro del cofre; pero éstas, a medida que caían, desaparecían.

Asistió de nuevo al pueblo y sacó la totalidad de su dinero del banco. Con él comenzó a comprar el resto de las monedas que con anterioridad no pudo conseguir. Esta vez reunió miles de miles. Gastó en ellas la mayor parte de su fortuna. Las compró al doble y al triple de su valor real. Pensaba que, tarde o temprano, después de superar el poder de absorción de la diminuta caja, la sexta moneda por fin aparecería. Pero fue inútil. Se le acabaron los cobres y la tan esquiva sexta moneda no apareció.

Creyendo que tal vez con un truco solucionaría el problema, ideó varias artimañas, pero ninguna le dio resultado.

Así transcurrió la semana y Diego Cancino se vio cogido de lleno por la enfermedad. Pronto se halló en el umbral de la muerte. Sin que pudiera evitarlo, su alma se consumiría por los siglos de los siglos en las llamas del infierno. La sexta moneda había resultado para él un problema sin solución. Con amargura se dispuso a esperar su última hora.

Al conocer el cura del pueblo el peligro de muerte que acechaba a Diego Cancino, el más caritativo fiel de su iglesia, marchó con presteza a la hacienda de éste con la intención de efectuarle la unción con óleo sagrado y ayudarlo así a ingresar por las puertas del cielo. Llegó justo cuando aquél dejaba escapar sus últimos soplos de vida.

- ¡Alea jacta est! (está echada la suerte) -dijo el cura, santiguándose, y murmuró una oración. El moribundo no le respondió, pues no podía mover los labios. Justo entonces hizo su aparición el diablo. Se manifestó en forma silenciosa. Traía una sonrisa a flor de labios, pues sabía que Diego Cancino había fracasado en su intento. Dispondría de un alma pura como trofeo. El cura no pudo verlo, ya que para él resultaba invisible.

- Fiat voluntas tua (hágase tu voluntad) -continuó el religioso. Y concluyó el acto de la extremaunción.

El diablo se sentó en el borde de la cama y miró con alegría al yaciente. Éste entonces lo vio y su rostro se tornó blanco.

- Tengo algo que decirte, hijo mío -dijo el cura, asiendo una de las manos de Diego

Cancino-. No sé si me escuchas, pero tu esposa, antes de morir, me entregó esta moneda -sacó una pieza de cobre de entre sus ropajes y la puso ante los ojos del agonizante-. Me dijo -siguió- que era ésta la última moneda que le quedaba cuando ustedes estuvieron a punto de perder sus bienes. La mantenía para comprarle una vela al Cristo Atado a la Columna de nuestra iglesia, pero no alcanzó a cumplir su anhelo, pues luego la situación económica les cambió y tuvo dinero de sobra para comprar cientos de velas. No sé por qué razón me pidió que te la entregara cuando estuviera próxima tu muerte. Yo sólo cumplo su última voluntad.

Levantó la moneda con la punta de los dedos y la puso en una de las manos del enfermo. Éste realizó un gesto desesperado con la vista tratando de indicar al sacerdote que la depositara en el cofre que se hallaba junto a él, sobre el velador. Pero el sacerdote no se percató de ello y trató de cerrar la mano del moribundo en torno al pequeño disco metálico.

-Creo que será mejor dejar la moneda en el velador -dijo el cura entonces-. Y casualmente descubrió el cofre y lo abrió. En el interior los cinco cobres resplandecieron. La guardaré en el cofre junto a las otras -decidió-. Ahí estará segura.

Y dejó caer la moneda en el cofre.

El ingreso de la rodela en la cajuela coincidió justo con el último estertor de Diego Cancino. Sin causa natural, el cofre fue a dar al suelo y se rompió en varios pedazos. Las seis monedas rodaron por el piso y luego se detuvieron, formando una perfecta cruz, a los pies de la cama. El diablo se evaporó sin conseguir llevarse el alma de Diego Cancino. Lleno de rabia a causa de su fracaso, con prontitud se había marchado con el fin de refugiarse en su fétida morada.

Sin percatarse de nada anormal, el cura unió los párpados de Diego Cancino y puso arriba de su pecho un rosario. Luego recogió las monedas, las colocó sobre el velador y murmuró:

- Consumatum est... (consumado está...)

Y se admiró de la sonrisa de felicidad que irradiaba el rostro del difunto.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE VALPARAÍSO



SEGUNDO LUGAR  
Ismael Walter Campos Páez  
30 años  
Administrativo  
San Esteban Los Andes



---

### PEQUEÑA HISTORIA DE CACERIA

Contaba mi padre que varias décadas atrás, cuando aún se practicaba la cacería como tal, con arcos y flechas, y no como ahora que se hace mucho más fácil por el uso de la escopeta y otras armas de vanguardia, se utilizaban mucho flechas de varillas de membrillos y de durazno, que eran las más resistentes para este caso.

Mi padre Miguel, junto a sus dos hermanos, Juan y Pablo, como todos los años se fueron de caza a la temporada de la torcaza, ave que a la entrada de la primavera, cubría los faldeos cordillerano de la zona. Fue así que comenzaron su día desde muy temprano, intentando incesantemente con el ir y venir de las armas, pero al avanzar el día, como nunca, apenas llevaban un botín de una torcaza entre los tres hermanos, lo que los hacía poner de muy mal humor, ya que no era costumbre tal estadística entre los participantes.

Acabó el día con la suma de apenas tres torcazas, pero lo que más llamó la atención aquella tarde fue que, justo antes de marcharse merodeaba por el lado de mi padre una gran torcaza, de bonita envergadura, que si la cazaba, sería la diferencia, al menos para coronarse campeón aquella tarde y, por lo menos, reírse un rato, ya que habían estado toda la jornada de mal humor, debido a la mala puntería precisamente de los tres hermanos. Sigilosamente mi padre se acercó lo más que pudo para dar un golpe certero al ave y se lo dio sin vacilar. Cuando se irguió para acercarse al ave y tomarla como trofeo de guerra, ésta, haciendo uso de un valor sin igual, se levantó del suelo con una agilidad poco habitual, después de un acertado golpe de flecha, y se las emplumó con la flecha atravesada en su anatomía, lo que no hizo más que causar risas a los tres hermanos por el curioso episodio presenciado. Cabizbajos y cansados, observando a lontananza por si pudiese aparecer el ave malherida por mi padre, se fueron a casa a celebrar prácticamente la derrota.

Ya en casa, la cacería era solo cosa de anécdota, diversión y excusa de trago y más trago para festejar. Eso sí, la revancha estaba echada para el próximo año, ya que este partido lo había ganado el ave, dijeron los tres al unísono.

Pasado prácticamente un año o el tiempo preciso para que los tres hermanos se pusieran viento en popa, para la inminente revancha de las torcazas, fue que salieron nuevamente rumbo a la cacería de éstas. Esta vez iban más preparados y concentrados en todos los detalles que pudieran haber afectado la magra campaña pasada. Llevaban mejores flechas de mejor terminación y más secas, para alivianar su peso en el aire; así supuestamente tendrían mayor efectividad. Y la teoría así lo demostró. Ya a mediados de la mañana mi padre llevaba a su haber cinco torcazas y sus hermanos, cuatro y tres, respectivamente. Tan bien les estaba yendo que incluso se dieron el tiempo de tomarse unos mates al calor de un fogón improvisado.

A esas horas el que menos aves llevaba en su cartera era Juan, que alcanzaba la no despreciable suma de ocho presas. Fue tanta la algarabía de los tres hermanos que a media tarde, cuando el reloj marcaba las 16:00 horas, decidieron dar por terminada la jornada de caza a fin de darse un merecido esparcimiento a base de un buen componente etílico.

Cuando ya se acercaba el ocaso y en plena charla de amena convivencia, los tres hermanos divisaron volar un gran pájaro que se venía en dirección a ellos. Lo que llamaba la atención de los cazadores era su gran volumen; llegaron a pensar en un cóndor, que los celaba por el territorio, o en un águila, sedienta de comida. Al pensar de los tres solo concluyeron en que el olor a ave descompuesta les había despertado el instinto carnívoro; en fin, pero ni lo uno ni lo otro, la sorpresa fue extremadamente grande, ya que al acercarse cada vez más este extraño pájaro, se dieron cuenta que no era más -y creánlo bien- esa no era otra nueva especie de ave en la zona, sino que la torcaza que el año anterior mi padre había alcanzado con una flecha de membrillo. Pero lo más inusual era que la varilla de membrillo había florecido en el ave y esa gran mata venía cargada de preciosos membrillos a lo que los ojos de los tres hermanos no cabían de asombro. Sin embargo, eso no iba a ser todo; cuando no terminaban de asombrarse, observaron que esta peculiar ave no venía sola, sino que traía tres retoños y adivinen qué: también traían en sus lomitos pequeñas matitas de membrillos a lo que dijeron estos tres hombres: ¡Esto no puede ser! La única forma que nos crean esta historia sería matando la evidencia para contarla y mostrarla. Eso convinieron los tres hermanos y cuando se aprestaban a disparar sus flechas para la eliminación total de estos especiales pajaritos, la madre de la familia de las torcazas dio la orden de detener el vuelo y disparar a discreción.

Fue así que el disparo de los tres hermanos se truncó en una lluvia de membrillos sin más remedio, tuvieron que correr despavoridos a esconderse en el vehículo que los transportaba a cazar, esta vez con un considerable botín de aves, pero moreteados enteros, hasta más no poder.

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DE VALPARAÍSO



TERCER LUGAR  
Cinthya Ximena Payacán Valencia  
Estudiante  
San Vicente, Calle Larga



---

### LA PLUMA DORADA

Hace mucho tiempo, en un pequeño pueblo, llamado San Agustín, en la parte sur de la Cuarta Región, ocurría esta historia.

En las afueras de San Agustín vivía una familia compuesta por el padre, la madre y sus tres hijos. El mayor llamado Pedro; el segundo, Francisco y el menor, Juanito. Un día, el padre le dijo a sus tres hijos que su tío Pablo le iba a regalar un caballo a cada uno de ellos:

- Mañana tienen que irse muy temprano para poder escoger el más bello -les dijo, mientras se reencontraban en la casa, al término de la jornada.

Al otro día, Pedro, el mayor, se levantó como a las 5 de la mañana para poder ganarle a sus hermanos. Pensaba que así tendría más tiempo para elegir el más bello. Al llegar Pedro al río se encontró con un abuelito que quería cruzar las tormentosas aguas y que le dijo:

- Hijo mío, ¿Me puedes ayudar a cruzar el río?

- ¡Nooooo, abuelitooo; Voy muy apurado, para poder ganarles a mis hermanos.

Una hora más tarde, se levantó Francisco. Fue corriendo a mirar a Juanito si se había levantado. Lo vio profundamente dormido y aprovechó de acercarse para cambiarle la hora al despertador. Al cabo de un rato, se fue donde su tío. Le ocurrió la misma suerte que su hermano. Se encontró con el mismo abuelito que quería cruzar el río y tampoco quiso ayudarlo. El abuelito pensó que era una mala persona, al igual que su hermano.... Y dijo amenazante y fuerte:

- Le pasará lo peor a ustedes, por no haberme ayudado.

Juanito, el hermano menor, al despertar se dio cuenta que ya era muy tarde. Que sólo corriendo podría llegar a tiempo. Cuando Juanito llegó al río, el abuelito volvió a solicitarle, tal como lo hizo con sus hermanos, si podía ayudarlo a cruzar las aguas. Juanito respondió:

- Voy muy apurado, donde mi tío, pero igual lo ayudaré.

Con decisión, lo subió sobre sus hombros y se adentró en las aguas con el anciano. Al llegar al otro lado, el abuelo le dijo:

- Hijo, tú has sido una buena persona. Como recompensa te regalaré este “ponchito viejo”, cuando llegues adonde tu tío, colócalo tendido en el suelo y espera al caballo que se revuelque en él. Y el mismo caballo elegirá a su montura.

Al llegar adonde su tío, hizo lo que le pidió el viejecito del río. Observó con asombro cómo el caballo más feo y apestado se acercaba y se revolcaba en el poncho. Escogió la montura más rota que había en el establo. Se tuvo que conformar con eso. Sus hermanos se reían de su desgracia. Lo molestaban, pero él no los tomaba en cuenta. Pedro y Francisco estaban muy contentos por sus lindos caballos y sólo querían salir a celebrar.

Grande fue la sorpresa de Juanito, cuando camino al pueblo y cruzando el río, el viejo potrillo se transformó en un corcel brioso, resplandeciente y hermoso. De una belleza nunca antes vista en el pueblo, que atraía la mirada y asombro de todo el que lo viese. Los hermanos ya habían llegado a su casa y respondían a las interrogantes de los papás por el paradero de Juanito. Ambos respondieron al mismo tiempo:

- Viene atrás. Con un caballo muy feo ¡Jajajajajaajaja!

El padre dijo:

- Pobre chico, siempre tan desgraciado.

Al llegar a casa, Juanito, en su caballo, vio cómo sus hermanos se pusieron muy envidiosos de él. Estaban atónitos ante lo que veían: un caballo de belleza sin igual. Pero sin percatarse que, además, comenzaban a preparar un plan fatal para vengarse y castigarlo de alguna manera.

Juanito fue a dejar su caballo al establo y cuando procedía a sacar la montura a su caballo, con espanto y temor escuchó cómo el caballo le decía:

- Amo, vámonos. Tus hermanos planean matarte para quedarse conmigo.

Juanito, sorprendido y confundido, no daba crédito a lo que escuchaba y le pasaba. Sin embargo, ante la insistencia, obedeció; tomó algunas pertenencias y decidió abandonar la estancia. Nunca supo cuánto recorrió, pues sólo el agotamiento puso fin a una larga cabalgata, antes de un necesario y reponedor descanso. En esto estaba, cuando por el cielo cruzó un pájaro muy hermoso, al que se le cayó una pluma dorada, la que

de modo instintivo quiso Juanito tomar. Pero, una vez más, su caballo habló y le dijo que no lo hiciera, pues era una señal de mala suerte y de malos tiempos. Pese a ello, el joven jinete no le hizo caso y puso la pluma dorada en su sombrero. Así, cabalgando, llegó a la ciudad de Salamanca, donde visitaba con cierta regularidad a una dama que tenía sus afectos y amoríos.

Muchos veían a la pareja continuamente pasear por diferentes lugares de la región, con la fortuna de nunca encontrarse con sus malvados hermanos. Parecía que todo marchaba muy bien: había conseguido un trabajo, tenía el cariño de una hermosa mujer...definitivamente era un hombre feliz. Hasta que un día a ella se le ocurrió una prueba para confirmar su amor. Debía sacar un anillo desde el fondo de una laguna cercana, antes que se escondiera el sol. Juanito, algo confundido, aceptó el juego, sin entender por qué ella quería poner a prueba su relación.

Sin sospecharlo, antes que cumpliera con su tarea, su fiel caballo se le adelantó y se internó en las frías aguas de la laguna para rescatar el anillo, que confirmaría el amor de la pareja. Grande fue el asombro de Juanito, cuando vio a su caballo, portando en su hocico un pescado.

- ¡Ábrelo, -dijo la bestia- lo que en él hallarás, arrójalo lejos y escapa, si amas a tu mujer.

Con dudas, así lo hizo y descubrió en su interior el anillo que llevó donde la muchacha, desobedeciendo una vez más a su caballo. Ella algo confundida lo aceptó y en ese mismo momento experimentó una extraña sensación, sentía que se desvanecía y que su cuerpo mutaba, se transformaba en un pajarito de bellos colores y figura esplendorosa... alzaba el vuelo y se escapaba del lugar...

Juanito, sorprendido, sólo atinaba a gritar su espanto y a llorar su dolor; perdía a un ser querido por no haber escuchado a su fiel compañero.

Los habitantes del lugar aseguran verlo montado, hablándole a su caballo, enloquecido y fuera de sí. Su caballo nunca más volvió a decir palabra... y él nunca más volvió a ser feliz.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN METROPOLITANA



PRIMER LUGAR

María Haydee Sandoval Salinas

53 años

Poeta

Quilicura



---

### CABOS DE CUERDA

No hay nada que hacer. Si parece como de cuento... o película, de esas que no son de aquí, donde los niños juegan felices haciendo monos blancos y tirándose en trineo. Se ve lindo -no lo puedo negar- cuando recién me levanto y miro por la ventana.

Hace unos días no más, cuando nevó por primera vez, también me sentí como un niño. Algo. No es malo -me consolé- volver a sentir hinchado el pecho por el aire fresco y el cuerpo liviano. Luego, cuando esto se repitió incansablemente por varios días, ya no me gustó tanto. Tampoco le gustó a los cabritos ni al ternero de la única vaca que parió este año. Menos al sembrado que quedó sepultado bajo el medio metro de espuma blanca, fría, tan fría.

Yo, lo reconozco, nunca he sido un atarantado. Cuando pasan los percances, que en la vida tienen que pasar, me relajo primero; un cerebro en calma piensa más que dos. Total -pensé- la vida es así. Los dos cabos de una cuerda siempre van unidos. Así tal cual como esto que tengo frente a mis ojos: sí parece un milagro del cielo, y al mismo tiempo, una maldición. El de arriba -me repetí- tiene que ser un tipo chancero. Un verdadero bromista. Si no, no se explican sus jugadas ni menos, sus intenciones. ¡Mire que mandar tanto frío en el momento menos adecuado, con las crías tan chicas y el campo sin cosechar!

Bueno, como lo dije antes, yo por mí no me complico mucho. Por los demás, sí. Pensé en la Olga -lo reconozco-, y no es que se lo merezca, pero, mal que mal, veintisiete años de matrimonio no se olvidan así como así. Comencé a pensar en ella a medida que se doblaban las patas de los cabritos y quedaban así, como desarticulados, en el suelo blanco. El frío siempre ataca por los pies y la Olga lo sabía bien: no soportaba que la tocara con mis pies fríos. Me hacía esperar el rato que fuera, pero, nada de arrumacos con las patas heladas. ¡Es que era tan friolenta...! Al principio, eso me encantaba de ella, esa manera que tenía de arrimarse a mí buscando mi calorcito, enrolladita ella, caracolito ella, hecha un ovillo de leche y miel. Así era la bella en los años de bonanza. Luego, con el pasar del tiempo, las cosas cambiaron. Parece que se fue poniendo cada más caliente y yo más frío. Primero, fueron mis pies los que le molestaron; me los corría

a patada limpia. Después fueron las manos, que tan ásperas, que tan frías y que córrete para tu lado y qué tanto que te quejas y que bájate luego y que siempre es lo mismo, y que me canso, quieres ¿yaaaaa?

Como sea, yo quise mucho a la Olga, tanto, que hice cosas por ella que, ya estoy viendo, me van a complicar un poco. Si no digo yo... las cosas siempre tienen de lado y lado. Esta misma blancura de postal tiene su lado negro. Ya anunciaron del poblado que van a mandar ayuda, alimentos, forraje, techumbre, qué sé yo. Cuando sea, seguramente voy a tener que abrir el cuarto de guarda, entonces, los tres o cuatro cristianos que vengan no van a entender ninguna de las dos cosas. ¡Claro! Ellos nunca tuvieron que escuchar a la Olga año y medio atrás, cuando le dio por irse de un rato para otro sin que le importase nada: ni la lluvia torrencial que caía esa noche, ni el barrial que anegaba el camino lado a lado, ni menos, menos que nada, el blandengue que habla: yo.

Yo, como lo dije antes, soy un tipo calmado, pero, nada de atontado. Ya me había dado cuenta de las vueltas sin asunto que últimamente le hacía la camioneta del Payo Zenteno al deslinde del camino, justo al lado de mi quincha vieja. Por eso, me quedé callado un rato mientras ella gritaba como loca y esperé, pensando que era bueno que se desahogara. Después le hablé... suave, quedito; le dije que si no se acordaba que cuando nos bendijeron era para toda la vida... Ella se echó a reír, me dijo que de qué vida le hablaba y que a mi lado, ella estaba ya como muerta.

Justo allí, ¡lo que son las cosas!, me dio por pensar en los cabos de la cuerda y en que ¡claro!, en donde existe vida, al otro extremo, tiene que haber también muerte. Y entonces, tranquilo, caminé hasta la puerta del cuarto donde colgaba el lazo y con uno de sus extremos envolví el cuello largo y altivo de la Olga hasta que se quebró como gavilla bajo mis botas.

Era hermosa la Olga viva. También fue linda en la muerte. Por eso, no pude deshacerme de ella. Más bien, lo encontré inconsecuente, ya que hasta el último momento le pedí que no se fuera. Fue allí que decidí conservarla en el cuarto de guarda, detrás de los costales que ahora, con la crudeza de este invierno están vacíos. Sería inútil pensar que ellos -los que vengan- no la van a ver: tonteras mías, siempre atento con ella...

No quise que la hondura de la tierra le calara los huesos... Era tan friolenta que pensé en dejarla casi a ras de tierra. Lo que está abajo también debe estar arriba. Así quedó: una ligera forma casi insinuada y cubierta por una manta, su manta tejida de lana, necesaria para entibiar la larga noche que le aguarda.

A veces, pienso que hasta el tiempo debe de estar atado a una cuerda y que por eso, el pasado siempre va a ser parte del presente y de lo que vendrá. Si no hubiera sido por esta nieve intrusa y a destiempo, mi soledad se hubiera seguido consumiendo de

a poco, tranquilo, guardando el sueño de la Olga día a día, sin hacer ningún alarde. Ahora, con toda esta alharaca que se ha formado, no va a faltar el intruso que dé con ella y ¡qué va!, nunca lo van a entender. La van a arrancar de allí y la van a llevar no sé donde, pero lejos de mí, y entonces ¡pobre de ella!, ya no va a tener a nadie que le cubra los pies.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN METROPOLITANA



SEGUNDO LUGAR  
Ricardo Loncon Antileo



51 años

Operario de producción industrial  
San Joaquín

---

### MAPUCHE VALIENTE

En algunas tardes de domingo, cuando estábamos pichangueando, el viejo aparecía por la cancha con su biblia en la mano para reprendernos. Nos decía que tal vez porque le quedaba poca vida, se soñaba asistiendo a reuniones en Wenu Mapu –La Tierra de arriba- donde los grandes Toki manifestaban a él, su disgusto con nuestras actitudes de vida. –¡Ustedes no valorizan a sus abuelu, hombre! ¡Kuifique che ñi kimun! La tierra... miren cuánta tierra los han quitau y ustedes... jugando a la pelota se pasan el tiempo. Si no..., en la carrera, en la ramaá, pa'l dieciocho. ¡Noo, pu hombre... así no! ¡Los antigu están enojau, le llega dar rabia verlo a usted! ¡Yo, porque soy viejo no hago naá, pero antes hombre, yo anduve recuperando tierra allá por Lumaco, Curin, Norín, Raín, Antileo. ¡Eso eran mapuche! ¡Ustedes... caurito, mejor me voy!

Y sin despedirse, regresaba a su solitaria habitación, regañando consigo mismo. Nosotros nos quedábamos meditando un poco sus duras palabras. A veces, se aparecía por las reuniones de la Iglesia Católica en la comunidad para hablar de lo mismo. De todas las cosas que nos decía, comenzamos a preguntar a nuestros mayores cuánto había de verdad en ello y fuimos descubriendo sorpresas.

El peñi se había ido muy joven a Santiago. Pasó gran parte de su vida trabajando en fábricas textiles; cuando regresó, lo hizo volando en avión hasta Temuco, trayendo una gran cantidad de género que repartió a familiares para que se confeccionaran delantales y blusas. Se le agradeció mucho ese gesto. Tenía buen corazón. ¡Y no regresó más! Se quedó en el campo, trabajando esporádicamente. Como era solo, no necesitaba asumir con rigurosidad las pesadas faenas rurales. Además, que siempre mantuvo sus hábitos santiaguinos como la limpieza, la buena presentación; siempre bien peinado a la gomina, afeitado y pasado a crema “Lechuga”.

El peñi se cuidaba. No bebía demasiado, pero era tímido con las mujeres. No se atrevía hablarles por temor a rechazo. Quedó algo traumatado con una experiencia que tuvo en la capital. Se comentaba que estuvo muy enamorado de una chilena –una shiñurra- y no fue correspondido. Sufrió mucho por ese amor. Contó por ahí, que se sentaba en los bancos de alguna plaza a llorar su desventura y la gente que pasaba decía de él:

“Ese hombre llora por amor”. Parecía que eso lo llevó a elegir la soledad como su mayor compañía. Era algo chistosa su biografía. Quienes lo conocieron aseguraban que desde niño se destacó por una sobredimensionada ingenuidad. Alguna vez, cuando joven, se disfrazó de Kollón para aterrorizar a unos niños muy traviosos de una familia. Pero éstos, informados de antemano del día que serían asustados, se prepararon con palos y varillas en un rincón del monte por donde debía pasar; le dieron una golpiza que soportó sin reclamo alguno y debió huir de sus víctimas, el pobre Kollón.

Bueno, también se decía que estando en Santiago, alguna vez participó de “rompe-huelgas”. La fábrica donde trabajaba se fue a paro y los patrones pretendieron ingresar un camión cubierto con un toldaje de colchones en cuyo interior iban él y otros trabajadores para hacer funcionar las máquinas. Los huelguistas se abalanzaron sobre ellos con una andanada de piedrazas y debieron retroceder, porque la muchedumbre salió persiguiéndolos con toda la furia del momento... el susto de su vida pasó en aquella ocasión. Finalizado el conflicto, debió retirarse, porque quedó marcado como desleal con los compañeros y eso era peligroso. Más tarde, en los primeros años de la Reforma Agraria, la gente de varias comunidades se organizó para recuperar tierras en la zona de Lumaco. Allá por los años 1967-68 más o menos. Entonces, el peñi también participó en aquellos hechos.

En tal oportunidad, la intendencia de Malleco ordenó desalojar el fundo ocupado y llegaron carabineros reprimiendo. Fue un suceso que produjo conmoción nacional, toda la prensa informaba en grandes titulares los acontecimientos que más tarde dieron nacimiento a la “Cooperativa Lautaro”. En los detalles previos a esas horas, la gente sabía que llegaría la represión, por lo que muy temprano tomaron desayuno, prepararon los ánimos, diciendo que nadie debía arrancar... era el día de San Pedro y llovía torrencialmente, cuando más o menos a media tarde, aparecieron micros y camiones de carabineros. Se hablaba de trescientos efectivos para desalojar a sesenta mapuche, produciéndose un brutal enfrentamiento, donde las bombas lacrimógenas y los palos terminaron por reducir a los ocupantes con numerosos detenidos y heridos, entre los que se contaban algunas mujeres. Claro está, que ante tan poderoso contingente policial que llegó disparando, los más miedosos se dieron a la fuga. Concluido el desalojo, los carabineros quedaron ocupando ese lugar, mientras los detenidos fueron conducidos al cuarte de Lumaco y a la comisaría de Traiguén.

Este peñi fue uno de los que apenas divisó a los efectivos, se internó por una quebrada montañosa como conejo huyendo de los perros. Más encima, decían que ni siquiera alcanzó a comer algo esa mañana, porque pasó gran parte del tiempo afeitándose, encremándose la cara, peinándose frente a un espejo de bolsillo que siempre tenía. Entonces, algo entrada la noche, regresó al campamento donde habían estado esos dos días anteriores. Cuando llegó a una prudente distancia, escuchó voces... avanzando despacito, se subió a un árbol para observar y vio una fogata, creyendo que eran sus compañeros, les gritó con toda su fuerza:

- ¡Ya se van yaaa!

- ¡Nooo, todavía noooo! Respondieron los carabineros que estaban allí y se dijeron  
- ¡Mira, todavía anda un indio por ahí! ¡Altoooo! Gritó uno, alumbrando hacia el lugar con una poderosa linterna. El peñi, al sentirse enfocado, se lanzó del árbol, cayó sobre unos matorrales, se levantó y emprendió la huída por segunda vez quebrada abajo. Avanzando en medio de la oscuridad, cayó a un barranco, luego a un arroyo, pero seguía hasta donde le permitieran las fuerzas. Apareció por su comunidad a los dos días, con hambre, mojado, lleno de magulladuras. Esa vez prometió nunca más andar en recuperaciones y se hizo evangélico. Después, pasaba días enteros leyendo para hablar a otros de su nueva vida, tratando de “gentiles” a quienes no escuchaban su nuevo mensaje.

Pero todo fue hasta un poco tiempo no más, porque durante los años de la Unidad Popular, al intensificarse las recuperaciones en distintas zonas, anduvo con la idea de organizar algo al respecto en la comunidad y también se dejaba crecer el pelo, a la usanza de los jóvenes de la época. Al preguntársele por eso, decía: “Este pelo significa ser revolucionario”...

Cuando se acercaban las celebraciones del Quinto Centenario y en muchas comunidades discutían los alcances de aquella fecha, este peñi llegaba a toda reunión para denunciar nuestra casi indiferencia con su discurso de siempre: ¡Cómo pueden ser así, hombre. No hacen ni un rayado de protesta por ahí! ¡Qué dejau, qué cuarde son... el mapuche es valiente, hombre, por qué ustedes salieron así...! ¡Por Dios... son una lástima, tan cuardes los gallos!

Y no faltó un día que estábamos en la cancha, cuando llegó para reprendernos. Entonces, uno de nosotros, que sabía todas sus debilidades lo enrostró:

- ¡Qué viene a decirnos cobardes usted... cree que no sabemos sus caídas! ¡Usted es el más cobarde de todos los viejos de por aquí, oiga! ¿Se acuerda cuando le corrieron piegrazos en una huelga allá en Santiago... Se acuerda? ¿Y cuando arrancó de los pacos allá en Lumaco... cuando estaba arriba del árbol y se tiró abajo... se acuerda de eso o no? ¡Estuvo dos días perdió... aquí lo daban por muerto!

- ¡Jaaaa-ja-ja-ja-ja... venaiga estos diantre! Respondió, contagiándonos con su impo- nente risa. Nos reímos, pero a guata llena aquella tarde.

- ¡Miren, el mapuche valiente!, le decíamos ante nuevas carcajadas. Entonces, sin decir nada más, dio media vuelta y regresó a su domicilio. Nosotros seguíamos festejando aquel gracioso momento.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS  
**REGIÓN METROPOLITANA**



TERCER LUGAR  
Ana Soledad Aguilera Rubino  
40 años  
Dueña de Casa  
Puente Alto



---

## COMPOSITOR DE HUESOS

Algunos historiadores dicen que Pedegua (poblado de la Región de Valparaíso) significa “lugar de perdices”. En cambio mi abuelo siempre habló de la gallina y sus cien pollitos que salía por detrás de la piedra del diablo.

Don David, mi abuelo, era hombre conocido en la zona como arreglador de huesos. Típico de los días domingo que más de algún jugador de fútbol llegaba a la única casa de color celeste en el sector del puente, aquejado de un golpe o torcedura de pie o codo.

- ¡Alo, alo! ¿Está don David?

- ¿Qué pasó?

- Es que le traímos a este que en vez de pegarle a la pelota le pegó al suelo.

Con ese escaso diálogo, yo ya sabía que mi abuelo me mandaría a buscar a su velador la cajita de alcanfor. Recuerdo también su aroma y su color, porque no tan solo era la encargada de ir a buscarla, sino que también de sostener abierta la latita de alcanfor al lado derecho de la banquita de madera donde él se sentaba. El paciente, en cambio, casi siempre se sentaba todo lloroso por el dolor de hueso en el suelo, sobre un cuero de oveja. Claro que para las mujeres y los niños él les tenía una sillita de mimbre.

- Gueno, que no eres hombrecito acaso que llorai tanto.

- ¿Cómo quiere que me aguante? ¿No ve cómo se me salió el hueso pa' arriba?

- Mejor te cuento una historia, en una de esas te hací ' rico.

- Chis, si me hago rico me compro una pelota de oro.

- De oro y así te quebrai los dedos de las patas, mejor te digo donde vai a buscar el oro  
¿ Acaso no sabí donde se aparece la gallina con los cien pollitos?

- No po' don David no me la sé na' ¿acaso usted sabe?

Pone atención y en una de esas te hací ' rico y te dejai de andar tonteando todos los fines de semanas atrás de una pelota.

Durante esta conversación, mi abuelo ya había descubierto el problema y su diagnóstico siempre, siempre era certero, entonces sus dedos agrietados por el trabajo con la tierra se embetunaban con ese aroma y color inconfundible del alcanfor; yo sostenía fuerte el envase. Con un solo movimiento de su mano, sabía que necesitaba más crema milagrosa: sí, crema milagrosa, eso era lo que yo creía. Esparcía la crema verde sobre el hueso afectado y junto con el masaje venía la historia....

- "Allá arriba, donde está la piedra del diablo a la orilla del camino, sale justo a las doce de la noche con luna nueva, una gallina negra con cien pollitos amarillitos como el oro, que cruza la calle y si vo' te metí en la fila justo, pero justito, entremedio del pollito número 99 y 100, te va a llevar derecho al entierro de oro que está detrás del.....".

- ¡Ay, ay, mi huesito!

- ¡Qué tanto grito, si ya estai listo!

- Verdad don David, ya no me duele.

- Te dije hombre, que ya estai listo.

- ¿Cómo que listo? y el final de la historia ¿detrás de qué encuentro el entierro de oro?

- Como decía mi santa mamá, pasó la vieja, pa' otra vez será.

Así era, a todos les hacía lo mismo siempre. Justo cuando iba a colocar el hueso en su lugar se acababa el relato. Don David, mi abuelo, ya sabía que algunos venían quejándose de dolor y era solo para que contara la historia y así saber dónde se encontraba el entierro.

Pero, yo soy fiel testigo, con mi cajita de alcanfor -la crema milagrosa que tan milagrosa no era-, sino que era la sabiduría de un hombre que se entregó por entero a servir al prójimo siempre en nombre de Dios y la Virgen del Carmen, que nunca terminó la historia.

Porque don David, mi abuelo, ahora está en el cielo, componiendo los huesos a los ángeles traviesos que de tanto jugar se lastiman sus alas y también quieren escuchar la historia de la gallina y sus cien pollitos.

*(Dedicada al hombre que más he amado en la vida: don David Aguilera, mi abuelo)*

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DE O'HIGGINS



PRIMER LUGAR  
Pedro Abelardo Acuña Rojas  
35 años  
Empleado Bancario  
Requínoa



---

### POTO'E PERRO

Hacía años que el viejo Ño Peiro se sentaba en el corredor de tierra apisonada del rancho a tomar el sol en su roto sillón de mimbre, con la vista perdida en su perenne oscuridad, mirando sin ojos la huerta, las gallinas escarbando vigiladas por el gallo castellano y más lejos, en los potreros, los caballos trotando entre las vacas y terneros saltarines; los maizales espigando, las papas florecidas y los capis maduros de los potrales. Los veía con el oído, con el olfato, con el recuerdo. La radio a pilas, todo el día, dejaba oír noticias urgentes y él silbaba viejas melodías aprendidas en la vida o quizá cuando era un niño, como las que les cantaba a los nietos cuando los sentaba en sus piernas, meciéndoles para quitarles la pena:

“Sapo sarapo  
pierna de trapo  
espinazo al revés  
te lo cuento otra vez”

Los niños jugaban cerca con largas hojas de zapallo, haciendo trompetas que sonaban cuales trutruacas mapuches. Ño Peiro movía su pierna en un constante vaivén rítmico, silbando suave, mientras sus manos liaban un cigarro y más allá el “Copo” y el “Capitán” estaban echados quietos, bajo la sombra de las higueras con las orejas levantadas, siempre alertas. Ambos perros, guardianes de la familia, crecieron allí desde cachorros y eran parte de la casa, como el brasero o el aparador. Uno, alguna vez de pelaje blanco, hoy viejo y amarillento; el otro, pintó alguna vez para gran guardián del fundo, pero se quedó solo en eso.

Se fijaron entonces los niños cómo el “Copo” antes de ir a lamer la olla vieja donde comían, oliscó con detención la cola del “Capitán”, lo que causó las risotadas generales y entre carcajadas se acercaron al abuelo:

- Taita ¿por qué los perros se olorsan el poto? le dijeron entre murmullos risueños.

Ño Peiro pitó fuerte el cigarro, resoplando luego una cortina de humo espeso por en-

tre los bigotes canos manchados de nicotina, se puso serio y sacándose el sombrero de paño se pasó la mano por el pelo; luego con el sombrero otra vez en la cabeza, sacó la voz:

“En los años cuando era un fundo muy re’ grande acá el Fundo Las Rosas de los patrones Infante, estos jutres se jueron un día de viaje pa’l exterior, dejaron las casas cerradas y al cuidao a su perro, un perdiguero muy re’ bravazo, el mentao “Jack”. Este canalla animal era re’ sinvergüenza y se había acostumbrao a aprovecharse de toas las perras de los inquilinos, sin pedirle permiso a nadie y cuando alguno de los quiltros quería defender a su novia, este matón con los perros del ministro, le ajustaban pa’ que entendiera o lo callaban pa’ siempre”.

Los chiquillos miraban asombrados al anciano que, sin pestañear, seguía con la vista perdida hacia los campos, como mirando un punto lejano.

“Gueno, la cosa es que a este carajo se le ocurrió hacer una fiesta pues; la fiesta más grande que perro de jutre hubiera dado pa’ congraciarse con toos los quiltros, de toas las razas, colores, sin importar de aonde vinieran. Se llenó la casa entonces de luces y empezaron a llegar canes de re’ toos laos. Unos perros gringos que naide les entendía una palabra lo que ladraban; los perros pobres, rascándose alguna pulga que no pudieron sacarse; los perros vegueros cacharpeaos pa’ la ocasión con gruesos collares de oro y hasta los perros de los pacos, con sus insignias colgando del cogote. Claro que había una condición: no podía quedar sucio ni un mal olor en la casa. Así que cada animal debía dejar el poto colgado en la reja. Como los perros venían re’ entusiasmaos no pusieron reparo alguno y colgaron en los barrotes cada cual su trasero”.

“Estuvo regado el malón. Sin parar sonaron la vihuelas hasta altas horas de la madrugada. El zapateo de las cuecas y el chocar de las copas se oían hasta los ranchos al otro lao del fundo. Jue cuando aclaraba que el Jack sintió el ruido del coche del patrón. ¡Puchas, se volvieron los jutres, lairó, se acabó la fiesta, váyanse al tiro! Quedó la escoba no más poh. Salieron toos los quiltros arrancando y en el despelote nadie se acordó cuál era su poto y agarraron el que pillaron y se perdieron en los potreros y caminos. Por eso poh cauros, los perros se pasan oliendo, andan siempre buscando el poto que les corresponde”.

Se paró entonces el Peyuco con la mano en la cabeza y reflexionando en voz alta dijo: ¿entonces taita, cuando un perro se enoja y pelea porque otro lo huele es porque tiene el poto que le corresponde? El abuelo sonrió asintiendo, pitó su cigarro, escupió al suelo y volvió a silbar con la vista perdida en la nada.

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DE O'HIGGINS



SEGUNDO LUGAR  
Marcelo Christian Reyes Lagos  
37 años  
Pichidegua



---

### EL PULPÚO

Ya son las seis de la mañana, hace mucho frío y la neblina no permite ver que el furgón que nos llevará al fundo ya está aquí.

- Le pusieron la pierna encima vecino. Me mira con su sonrisa picaresca el "Pulpúo", un vecino de unos sesenta años que tiene la talla a flor de boca.

- Casi se va el furgón y usted no aparecía.

- Es que llegó más temprano que ayer, le contesto y subimos al vehiculo. Vamos a ver por qué llora esa mujer y comienza el diálogo en el trayecto del furgón.

Nos dirigimos a Alhué, un pequeño pueblo a unos 60 kilómetros de nuestro Pichidegua. Mientras varios intentamos dormir, el "Pulpúo" comienza sus historias llenas de tantos años recorridos, de tanto caminar por las hileras de la vida.

Su voz potente y chistosa no nos deja dormir, pero lejos de ser una molestia es una aventura que no tendrá fin. Solo se detendrá al llegar al fundo, así que nos disponemos a escuchar lo que el "Pulpúo" va a contarnos. Su chispa es tan abundante que no hay rostro que no esboce una sonrisa. ¡Hay que reírse gancho, mire que hoy día no vamos a ganar ni pa' la sal! Estos weones sinvergüenzas de los contratistas se llevan toa la plata y nosotros los pajarones les creímos todo lo que nos dicen. Yo gancho, fuera el que manda, juntaría a toos los contratistas y los pondría en la hilera a ver si son capaces de ganarse unas cinco lucas; le apuesto a que se cagan todos. Estos son los que han echao a perder las pegas. Por eso los eliminaría a todos sin misericordia.

- Quédate callao viejo, no escapís más -le grita don Lalo en el asiento de atrás-. Tení pura boca y en la casa la señora Rita te pega un puro grito y quedai callaito.

- Sabí que no poh Lalo, la Rita me quiere.

- Ja,ja,ja,ja, te quiere puro pa' mandarte. Si el domingo fui a buscar a este viejo pa' ir a la cancha y se oía clarito: "Manuel corta leña. Manuel prende la estufa. Manuel pone

la tetera". ¿Y ustedes creen que este viejo decía algo? agachaba el moño no más. Este viejo aquí habla, porque en la casa lo único que dice es: "Ya mijita...".

Una risa general inunda el furgón, total todavía falta como media hora pa' llegar al fundo.

- ¡Putá qué es lejos vecino, oh! Lo que hay que trabajar pa' que un gringo patón, rucio y de ojos verdes nos pellizque la uva. Bueno, qué le vamos a hacer, -termina reflexionando el "Pulpúo".

En su rostro se reflejan años de trabajos, años de podar y cosechar. No sabe cómo se le fue la vida. Yo un poco más joven, lo miro y le busco conversa, porque además de hacerme reír sabe mucho del campo y, sobre todo, de nuestro pueblo querido, pueblo chico, pobre, pero tan lindo y mágico a la vez.

- Yo me crié y nací en este pueblo, vecino, cuando no tenía luz ni agua. Eran otros tiempos, muy sufridos, hoy es más fácil para las familias tirar pa' arría pos vecino. Antes había que pelar el ajo pa' salir aelante. Calcule que hay hasta interné en este pueblo ¡Cuándo se había visto antes!

-Yo le confirmo con un gesto y le digo: ya llegamos vecino, se acabó el paseo.

Estamos cada uno en la hilera de la viña y nadie sabe cuánto nos van a pagar por el desbrote.

- Yo creo que unos siete pesos por mata, -más ni cagando vocifera el "Pulpúo" de lejos-. Además que la pega en este tiempo es poca así que uno no se puede regodear. Tire un currículo a la chanchera, vecino, ahí siempre reciben técnicos eléctricos y pagan súper bien. Esto no es pa' usted pos vecino. Si usted estudió algo, trabaje en eso, además usted tiene varios chiquillos, la tarea es bien pesá.

- Sí, vecino, le contesto, ya envié curriculum a todas las empresas de la zona así que hay que esperar con confianza que algo bueno vendrá.

Llega el ministro del fundo y dice a seis pesos se paga la mata.

Tenía razón el "Pulpúo" otra vez. "Pero si le ponemos güeno, vecino, podemos hacer unas ocho luquitas".

Comienzo con la bella labor del cuidado de la uva. Cuando llevaba cinco matas cae un aguacero feroz y quedamos mojados como diuca. Entonces llega la orden del fundo: ¡pa' la casa, con lluvia no se puede trabajar!

Con 18 pesos ganados subimos al furgón que nos regresará al pueblo . Yo le dije vecino que no nos daría ni pa' la sal, más encima ahora hay que llegar silbando. ¿Para qué? le contesto inocentemente.

-- Pa' que alcance a arrancar el patas negras pos vecino, ja, ja, ja.

Por lo menos nos reímos hartos con el gran y famoso "Pulpúo".

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS  
**REGIÓN DE O'HIGGINS**



TERCER LUGAR  
Rosa Estelvina Duarte Vargas  
21 años  
Estudiante  
Nancagua



---

## MIENTRAS ORDENÁBAMOS UNA VACA

- Creo que ya es hora de que vayamos aclarando este asuntito. Me llamo Rosa, todos mis amigos me conocen por Rosa y si uno que otro me llama de otra forma es por puro molestar. Así que de ahora en adelante no quiero que me volvai' a decir nunca más "Telvy". ¿Está claro?

- Bueno... Rosita...

- ¡No! ¡Rosita no! Rosa. Así no más, a secas, sin "ita".

- Bueno, Rosa. Eh... ¿y ahora te puedo acompañar?

- Bueno ya, pero te va a tocar irte corriendo, porque yo ando en bici y quiero llegar luego a la casa.

- Ya.

Y sin más que decir, me subí a mi bicicleta y pedaleé lo más rápido que pude camino a mi casa, mientras él trataba de alcanzarme corriendo a mi lado.

Recuerdo que yo tenía 9 años cuando llegé a vivir a Puquillay y comenzó a ir a la escuela. Él tenía 10 recién cumplidos. Yo iba en 3° y él entró a 4°, aunque ese año quedó repitiendo y nos encontramos el año siguiente en el mismo curso. Nunca supe realmente por qué repitió, si, después de todo, era uno de los mejores alumnos. En fin, pasó poco más de un año y yo no lograba sacármelo de encima. Me acompañaba a la casa, ofrecía ayudarme con las tareas y me daba regalos. ¡Me tenía aburrida!

- Ya, chao. Ándate no má'.

- Oye y... ¿no me podí' dar un vasito de agua? Es que me dio sed. El pobre estaba todo mojado y apenas respiraba.

- Yo no te pedí que vinierai' conmigo, así que ándate pa' tu casa.
- Bueno. ¿Te paso a buscar mañana?
- Mmmm... ¿en bici o voy a correr de nuevo?
- Mmmm... es que la bici la tengo mala y mi papá no me la ha arreglado todavía.
- Bueno, cosa tuya. Ya, chao.
- Chao... Rosita. Y diciendo esto partió corriendo antes de que yo pudiera alcanzarlo.
- Tu mami parece que va a llegar más temprano hoy día así que si querí' te podí' quedar con ella mientras yo voy con el tata y las chiquillas a ordeñar las vacas.
- Pero "Mama Telva", yo quiero ir con ustedes. No me quiero quedar encerrada aquí, aparte que no tengo tareas.
- Bueno, vamos.

Esa tarde efectivamente mi mamá llegó temprano del trabajo y yo fui con mi abuela "Mama Telva" -como le decíamos todos- y mis dos hermanas mayores al potrero en donde estaban las vacas. Allí nos estaba esperando el Tata, con su sombrero negro, su camisa a cuadros, sus pantalones arremangados y sus ojotas, las que usaba siempre.

- ¡Tata! ¡Ya llegamos!

- ¿Y qué hací' aquí chiquilla chica? ¡Si tú no sabí' ordeñar vacas!

- Yo le dije a la Mama Telva que no la trajera, pero se pegó igual con nosotras, dijo María, la mayor de mis hermanas. Tenía 17 años y, según ella, era toda una experta en el tema de las vacas. La verdad yo nunca la había visto ordeñando una, a mí me parecía que ni siquiera sabía lo que era una ubre.

- Ya chiquilla, ven que yo te voy a enseñar. La Mama Telva se sentó en un banquillo y puso un balde bajo la vaca. Con cuidado tomó la ubre de ésta, que ni siquiera se movió, y comenzó a tirar. Ya, ahora tú. Me acuerdo que me senté cerca de ella y, con mucho miedo, apreté la ubre de la vaca. No pasó nada, la vaca no se movió, ni mugió, pero tampoco la leche salió.

- Tení' que apretar hacia abajo poh Telva, me gritó Lucía, sentada en un banquillo y ordeñando una vaca ella sola. Igual hay que pensar que ya tenía 15 y que a esa edad no era la primera vaca que ordeñaba. No como yo.

- Trata de nuevo chiquilla -me dijo mi abuela sentada a mi lado-. Traté pero fue en vano. Otra vez y, de nuevo nada, con la diferencia que esta vez la vaca mugió. Yo creo que la apreté muy fuerte. Fue entonces cuando mi abuela me dijo que mejor otro día tratara de nuevo. Me dio rabia así que me paré y me fui a la casa. Por el camino me topé con una lagartija y de pura rabia le corté la cola con una piedra. Recordé lo que mi hermano Arturo decía: "si le cortai' la cola a una lagartija, la cola te va a seguir y va a aparecer debajo de tu almohada en la noche". ¡Tonterías! ninguna cola me había seguido hasta el momento, sólo lo decía para asustarme.

- ¿Qué sería de él? En ese tiempo recuerdo que estaba haciendo el servicio militar, le quedaba como un año todavía. Como yo no entendía mucho de esas cosas pensaba que mi hermano andaba escondido entre unos matorrales en la guerra y rezaba todos los días para que no lo encontraran. Cuando esa tarde llegué a mi casa mi papá había llegado recién del trabajo.

- ¿Y qué pasó? me dijo cuando me vio llegar antes que el resto. ¿Por qué te viniste?

- Me la ganó la vaca le dije "amurrada" y me fui directo a la cocina. Él sólo se rió. Yo, por mi parte, no quería saber de vacas ni de leche.

Al otro día me pasó a buscar el Ignacio. Como él no andaba en bici, me sugirió que nos fuéramos los dos caminando, pero yo saqué mi bicicleta y sin decirle nada me puse a pedalear camino al colegio. Él entonces empezó a correr a mi lado y yo a pedalear más fuerte, aunque nunca se quedó atrás.

Llegamos al colegio. Yo, súper bien, él, no sé. Estaba rojo de tanto correr pero, según él, no estaba tan cansado. En ese momento descubrí lo que me molestaba de él: que no fuese capaz de reconocer algo. Cuando se equivocaba en alguna tarea era igual, siempre salía con alguna excusa como "es que el profesor no explicó esta parte de la tarea". Nunca reconocía que realmente no entendía o que no sabía cómo hacer algo.

Ese día teníamos una tarea. Obviamente yo no la había hecho.

- ¿Trajiste la tarea? me dijo todavía colorado.

- No, se me olvidó.

- ¿Te la presto?

Dudé si decir que sí o no. Si le decía que sí no me lo iba a despegar durante todo el día, pero si le decía que no, la profesora me iba a dar un castigo por irresponsable, así que acepté.

La profesora nos revisó la tarea y nos felicitó por tener todo correcto. Me acuerdo que desde su asiento él me miró y me cerró un ojo, mientras yo esquivaba su mirada y me volvía hacia la ventana.

Ese día volvió a correr a mi lado. De verdad que no entendía qué ganaba acompañándome y terminé por pensar que le hacía falta amigos y, como decía mi mamá, la amistad no se le niega a nadie.

- ¿Por qué no hiciste la tarea ayer? me preguntó respirando con dificultad, mientras corría a mi lado.
- Estuve ocupada en otra cosa.
- ¿En qué?
- Oye, ¡no seai' copuchento! Esas son cosas más le dije, aunque luego me sentí culpable por tratarlo así.
- Después de todo él me salvó de ganarme un castigo.
- Fui a ordeñar vacas.
- ¿Sí? Oye... ¿y sabí' hacer eso?

Sabía que me iba a preguntar eso. ¿Cómo podía decirle que no a un "sabelotodo" como él? Seguramente se iba a reír pero, como decía el Tata, la verdad por delante.

- No, traté, pero no pude.
- Oye pero si querí' yo te enseño.
- ¿Tú? ¿En serio sabí'?
- Sí.
- Ya, vamos.

Pasamos a mi casa a avisarle a mi abuela y seguimos camino a su casa, que no quedaba lejos de allí. Llegamos en poco tiempo, él más cansado que yo, obviamente. Su mamá estaba exprimiendo jugo de naranjas, así que nos dio un vaso a cada uno. La señora Sofía era bastante agradable, parecía ser de esas mamás que nunca se enojan y que siempre andan sonriéndole a todo el mundo.

- Mamá, nosotros con la Telvy vamos a la huerta.
- Bueno, de ahí vienen al almorzar.

Y partimos. Ignacio sacó un balde y caminamos bajo el parrón hacia la huerta de su casa.

- Oye, ¡te dije que no me volverai' a decir "Telvy" nunca más!
- Perdón, se me salió sin querer. Oye y... ¿por qué no te gusta que te llamen así? Mal que mal ese es tu segundo nombre ¿o no?
- No, no me llamo así, pero me dicen así por mi segundo nombre. La verdad es que me llamo "Estelvina", como mi abuela, y me carga ese nombre.
- Es original, a mi me gusta. Y ahí esa mirada de nuevo; yo creo que me ruboricé, porque me hacía sentir incómoda.

Llegamos y él se acercó a la vaca y comenzó a sacar leche con toda confianza.

- ¿Cuándo aprendiste esto?
- Como a los 8 años. Mi papá me enseñó, cuando vivíamos en Conce.
- Oye, ¿y por qué se vinieron a vivir acá?
- Porque mi papá quedó sin pega y acá le ofrecían un buen trabajo. Eso fue hace dos años cuando llegué acá.
- Sí, cuando quedaste repitiendo. Tú que te creiai' tan capo.

Ignacio sonrió.

- Es que... la verdad yo quedé repitiendo porque quise, para quedar en el mismo curso que tú.

Eso me pareció definitivamente extraño.

- ¿Cómo así? ¿Por qué hiciste eso?
- Eso. Que repetí para estar en el mismo curso que tú. Hizo una pausa y luego, mirándome seriamente, me dijo: porque me gustas.

Quedé perpleja. Nunca nadie antes me había dicho algo así. Ahora entendía muchas cosas: ¿por qué me ayudaba con las tareas, por qué me pasaba a buscar todos los días, incluso, por qué me había dado un regalo para mi cumpleaños número 12? ¡Y yo que pensaba que era por molestar solamente! ¿Cómo no me di cuenta? En realidad, yo nunca había pensado en él como el chico lindo de la escuela; de hecho, ni siquiera me había fijado en sus lindas facciones, en sus ojos color pardo, en su piel blanca y en su cabello negro. La verdad es que no pensaba en eso a esa edad. Creo que hasta había jurado que no me enamoraría ni me casaría nunca. Y allí estaba, mirándolo ahora con otros ojos. No era que me gustara, pero me empezaba a agradar.

- Tu turno –dijo de repente-. La vaca es toda tuya. Recordé el motivo de por qué estábamos allí.
- ¿Qué tengo que hacer?, dije nerviosa y ruborizada.
- Tan sólo apriétala hacia abajo.

Así lo hice, aunque sin fe de que pudiese aprender. Me sentía tan nerviosa que no me di cuenta de lo que hacía hasta que él me dijo; ya aprendiste! Aprendiste a ordeñar una vaca. Recién ahí me di cuenta que era cierto. Entonces él tomó el balde y bebió un sorbo de leche “al pie de la vaca”, como se conoce popularmente. Luego me pasó el balde y también la probé; aún estaba tibia y sabía bastante bien.

Fue entonces cuando me besó. Se acercó tan rápido que me di cuenta sólo cuando sus labios estaban junto a los míos. Fue un beso corto pero dulce, de hecho sabía a leche y me resultó algo exquisito.

Al otro día me pasó a buscar como era habitual. Seguimos la misma rutina, yo pedaleaba y él corría. Con el pasar de los días yo dejé la bicicleta y comencé a caminar con él. Nuestra relación no cambió ante los demás, pero cuando nadie nos veía él me tomaba la mano. No nos volvimos a besar excepto el día que llegó a mi casa y me dijo que se iba.

- Tengo que decirte algo. A mi papá le salió pega en otro lado donde gana más plata, parece que en Talca y parece que nos vamos.
- ¿Cuándo?
- Pasado mañana. Al escuchar esto sentí lo que debe sentir un pequeño niño al que le arrebatan un dulce de las manos. Pero no te preocupí, te prometo que te voy a venir a buscar.

No recuerdo bien si lloré delante de él pero me sentí muy mal. Yo sé que para un niño a la edad que teníamos nosotros, el amor es algo que le pasa a los grandes pero, si es

que había algún sentimiento para describir lo que sentíamos, debe haber sido algo parecido al amor.

Recuerdo que antes de salir me dio una flor que traía en un bolsillo y luego me besó. Esta vez no tenía sabor a leche, pero aún así seguía sabiendo bien.

Te quiero, me dijo con los ojos llorosos y salió corriendo sin mirar atrás. Fue la última vez que lo vi.

Los años pasaron, también muchas cosas con ellos. Mi hermano volvió del servicio militar y se casó con su polola. Al poco tiempo el Tata murió llevándose con él gran parte de la vida de mi abuela. En cuanto a mis hermanas, las dos pudieron estudiar después de cuarto medio gracias a la ayuda de las ventas que dejaba la leche. Yo me cambié de colegio y terminé la enseñanza media. Después me gané una beca y pude ir a la universidad con la ayuda de mi familia, que tuvo que vender gran parte de las vacas para financiar mis estudios. Me gradué de veterinaria y conseguí un trabajo en la zona. Nunca olvidé cómo ordeñar una vaca, siempre que podía ordeñaba las que quedaban en la casa lo que inconscientemente me llevaba a recordar a Ignacio. En eso estaba una tarde cuando sentí como si alguien me observara. Me volteé pero no vi a nadie, aunque la sensación seguía. Traté de pensar en otra cosa cuando, de repente, sentí una voz a lo lejos.

- No lo olvidaste –nunca había escuchado esa voz pero se me hacía misteriosamente familiar-. Aunque creo que deberías mejorar tu técnica. Me volteé y lo vi. No era igual que cuando lo conocí, obviamente 11 años no habían pasado en vano y ahora era todo un hombre. Sin embargo, su rostro seguía siendo el mismo.

- ¡Ignacio! Me acerqué a él corriendo y me abrazó. Jamás pensé volver a verlo, pero ahí estaba de nuevo.

- Pensé que no me reconocerías, tenía miedo de que así fuera, me dijo.

Conversamos toda la tarde; me contó cómo su papá había tenido éxito en su trabajo y lo había enviado a estudiar. Era agrónomo y había comprado unas parcelas nada menos que en Puquillay.

- ¿Y por qué aquí?

- Porque tenía que volver. Volví por ti.

- En ese momento me di cuenta de que me había vuelto a enamorar de él.

Hoy ya ha pasado tiempo desde ese día. Nos casamos y tuvimos una hija preciosa.

Vivimos en Puquillay. Él ejerce su profesión y yo le ayudo con los animales. Tenemos una crianza de caballos, aves, algunos cerdos y vacas, muchas vacas. ¿Y cómo no? Si, después de todo, me enamoré de ti mientras ordeñábamos una vaca.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DEL MAULE



PRIMER LUGAR

Carmen Elena García Salamanca

59 años

Profesora

Pelluhue



---

### DOÑA ETELVINA

¡Ahí viene la bruja Telva!, gritaron la Cecilia y sus hermanas y corrieron a esconderse detrás de unos maitenes. Doña Etelvina, morena, alta, huesuda, con una melena canosa que le daba un cierto aire de gringa, atravesaba el puente de madera del río El Molino, erguida y a tranco largo. Se detuvo y miró hacia abajo. El agua se veía tranquila, como era habitual al terminar la primavera. La anciana bajó a la orilla a lavarse el pelo y a enjuagar un canasto lleno de ropa. Cuanto terminó su quehacer, se sentó en un chopo y pensó con desesperación en su hija. Ya no había mejoría para ella. La había llevado a una meica, que después de verle “las aguas”, le recetó una serie de hierbas y le aseguró que todo era un mal de ojo. Afirmaba que desharía el embrujo y la Inés quedaría sana y a salvo de nuevos encantamientos.

Pasaron los meses y su niña seguía igual, hablando sola, riendo sin razón, insultando y agrediendo a su madre y, finalmente, acostada, sin querer comer ni levantarse. Veía horribles “monos”, decía ella, que la asaltaban de noche, la despertaban, le tiraban las frazadas y la perseguían por el dormitorio. Entonces, la Inés despertaba a Doña Telva con sus carreras, gritos y aullidos.

Angustiada, la señora Etelvina había recurrido a la medicina tradicional. El diagnóstico fue esquizofrenia. Ahora, el remedio eran costosas y continuas inyecciones de antipsicóticos y calmantes que pusieron a la Inés a dormir, sin ánimo ni para tomar desayuno. Todo le daba lo mismo. Pasaba horas embobada, mirando las vigas del techo, las cucarachas que se metían entre los hoyos de los adobes y no había forma de reavivarla.

Finalmente, Doña Etelvina se había visto obligada a llevarla a Santiago, al Hospital Psiquiátrico, para que la niña no discontinuara su tratamiento. Allá se le suavizó el genio y parecía relativamente normal, pero apenas volvió al campo, le retornaron los males.

- Quizás serán estas soledades, pensaba Doña Telva. Pobre niña, sin nadie con quien conversar y la radio a pilas mala, que no puede ni escuchar música. Quizás eso era.

Pero en el pueblo, había otras opiniones. Según los que sabían, cuando un brujo se

inicia, tiene que probar sus poderes con alguien de su propia familia y la bruja Etelvina había ojeado a su hija. Don Eduardo, del sitio vecino, contaba que salió una vez a trotar y se encontró con cinco perros oscuros que desaparecieron sin saber él cómo. Al pasar frente a la casa de doña Etelvina, había, contándola a ella, cinco viejos, inclinados bajo el alero, a la orilla del fuego. Otros decían que la habían visto transformarse en tué tué y sobrevolar las casas del vecindario en las noches sin luna. Una parienta contaba que una vez, se encontró a Doña Etelvina en el camino al pueblo. Se saludaron muy amablemente. - ¡Qué lindo su abrigo nuevo! Exclamó con envidia la anciana. Se habían distanciado unos veinte metros, cuando la parienta sintió un fuerte ardor bajo el hombre derecho. Se dio vuelta y vio a la señora Etelvina mirándola fijamente. Al llegar a su casa, descubrió en la espalda del abrigo un hoyo chamuscado por la mirada de la veterana.

En otra ocasión, un joven universitario quedó a cargo de la casa de su hermana. Doña Etelvina quiso pasar a entregar un jarro de leche fresca y espumosa.

- ¡No pase, vieja bruja!, la atajó el joven. La mujer indignada respondió: ¡Si fuera bruja, te sacaba aquí mismo! Antes de pasado un mes, el joven sufrió de una grave afección psíquica que le obligó a congelar sus estudios por largo tiempo.

Sin embargo, había algunos que sólo veían en la señora Etelvina un personaje pintoresco y voluntarioso, muy diferente de sus coterráneos. Siempre caminaba largas distancias a paso decidido, perfectamente aseada y vestida, a pesar del viento y del polvo. Su conversación iba desde las variaciones del clima a entretenidos recuerdos familiares. Le gustaba tocar guitarra y cantar extrañas canciones de “males” y apariciones que quizás ella misma había creado.

Todos estaban de acuerdo en su gran capacidad de trabajo que, junto a una exigua pensión de viudez, le permitía apenas sobrevivir. Últimamente, había estado vendiendo sus vacas y ofreciendo su terreno a un mediero que le ayudara a sembrar trigo. Tenía un pequeño huerto de donde se surtía con verduras de la estación y que regaba con baldes de agua de un estero cercano. Sus más preciados regalos eran manojos de un oloroso cilantro y unos hermosos repollos que repartía entre sus amistades y conocidos. Muchos coincidían en sus aciertos como yerbatera y ella se sentía orgullosa de sus conocimientos de la herbolaria local.

Sentada a la orilla del río, la anciana se alisaba, nerviosa, la melena todavía húmeda, recordando con miedo cómo hasta ella había comenzado a ver los “monos”.

Tomó su canasto con ropa y se encaminó a su casa. Ya lo tenía decidido. Postularía al subsidio en Buin, donde tenía un terrenito, luego se iría a su casita con su niña y ya vería cómo se las arreglaban. Total, eran ellas dos solas. Quizás entonces la Inés se mejoraría. Seguramente...

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DEL MAULE



SEGUNDO LUGAR  
Eglantina Flores Maldonado  
52 años  
Técnico Agrícola  
Talca



---

### PANCRACIO, EL CHOCLO FUGITIVO

Doña Zulema estaba sentada en su silla de mimbre como cada día cuando preparaba el almuerzo: hoy desgranaba los porotos y en el brasero ya tenía una olla con agua hirviendo para cocerlos. Absorta en sus pensamientos, procedió a deshojar los choclos que estaban granados, que daba gusto. Al tomar el último, doña Zulema se llevó una gran sorpresa y llena de espanto exclamó: “¡Ay Jesús!, cómo es esto, dónde se ha visto que un choclo salte de la mesa al suelo”; y se inclinó para recogerlo, pero su espanto fue mayor aún: el choclo salió corriendo al patio y se perdió de vista hacia la huerta del bajo.

Para doña Zulema todo quedó hasta ahí y no se atrevió a contarle a nadie lo sucedido pues, pensó, que tal vez la creerían loca y ya no vendría nadie de su familia a visitarla, especialmente su nieta Panchita a quien quería mucho.

Para Pancracio -así se llamaba el choclo- comenzó una larga travesía. Después de llegar a la huerta del bajo fue donde el jefe de los choclos y le explicó su huida de la cocina de doña Zulema.

- Yo no quiero ser parte del almuerzo hoy, quiero esperar para cuando sea más necesario, dijo Pancracio.

- Pero lo sucedido es una deshonra para nuestra huerta. Un choclo siempre debe comportarse y actuar como todo un miembro de la huerta; servir de alimento para su dueño, contestó el jefe.

- Sí, lo entiendo, pero sucede que yo creo y siento en mi corazón que llegará un momento en el cual yo deberé ser más útil que hoy.

- Siendo así las cosas, dijo el jefe de los choclos, creo que debes pensar muy bien y no causar ningún problema con los demás.

Y con aquello se dio por terminada la conversación entre ambos.

Pancracio fue donde su amigo don Zapallo Amarillo a quien le pidió permiso para quedarse cobijado bajo sus grandes hojas.

- Amigo, dijo, no molestaré en nada sólo quiero quedarme aquí hasta que sea viejito.

- No tengo inconveniente en que así lo hagas, contestó don Zapallo Amarillo, puedes quedarte.

La vida continuó como siempre y el tiempo pasó. Pancracio y don Zapallo conversaban hasta muy tarde y luego cada uno se dormía contando estrellas.

No lejos de allí vivía una familia muy pobre y con muchos hijos. Federico, el papá trabajaba de sol a sol ayudado por su esposa, Juanita. Sin embargo, igual escaseaba la comida de vez en cuando, lo que obligó a que Federico se fuera a conseguir ocupación a otro lugar. Dejando a su familia en mala situación, partió muy preocupado.

Pancracio, por casualidad, se enteró de la situación y pensando y pensando tuvo la idea de colaborar con aquella familia. Visitó a los habitantes de la huerta del bajo y cada cual aportó lo suyo. Doña Llorona Cebolla, don Porotal Verde, don Zapallo Amarillo, en fin, cada uno hizo su aporte. Una vez reunidos los alimentos se los mandaron en secreto con Polo, el perro guardián, a la puerta de la casa de doña Juanita. Cuando amaneció, estuvieron muy felices todos y hasta les alcanzó para sembrar unos surcos con hortalizas surtidas para la alimentación diaria.

Pancracio, ya cada día mas viejito, siguió con su ayuda anónima a todo quien lo necesitara, pero ya no salía mucho de debajo de las hojas. Estaba cansado.

Un día ya no se levantó más y se desgranó en miles de granitos amarillos, hermosos, como rayitos de sol y se esparció en la tierra. Desde entonces, en aquel lugar en la época de siembras, aparece un precioso maizal que está allí para quien lo necesite. Nadie se opone a que saquen choclos; cada cual no lleva más de lo necesario y siempre alcanza para todos.

Y así viene sucediendo desde años y años y continuará existiendo por siempre.

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DEL MAULE



TERCER LUGAR

Catalina del Carmen Morales Márquez

Auténtica campesina

62 años

Profesora Rural

Curepto



---

### LA MUERTE DE CHANCHO

Nací y me crié en “La Rinconada” de Huelón a tres kilómetros de Curepto, Región del Maule

Yo vivía con mi mamá y mis abuelos maternos. Recuerdo como si fuera hoy día a mi abuelito, un hombre muy trabajador, ocurrente y respetuoso, se preocupaba hasta el más pequeño detalle del bienestar de cada uno de sus hijos, que eran once en total.

Todos los años se engordaban, al menos tres chanchos para matarlos durante el año.

Siempre eran muertos en menguantes, que según mis abuelitos, así duraba más la carne, sin echarse a perder.

En ese lugar, no había ni hay todavía hoy luz eléctrica, por lo tanto, en la casa no había refrigerador. La fecha clave para matar uno de los chanchos era el 21 de mayo o el día más próximo a esa fecha, dependía de la menguante

Los preparativos para la muerte del chanco se empezaba como unos dos días antes. Se viajaba a Curepto a comprar los aliños necesarios par la preparación del chanco. Algunos aliños se cosechaban en casa: orégano, cebolla, ajos, ají, etc.

El día de la muerte del chanco era toda un fiesta campesina. Mi abuelito con sus hijos mayores y algunos amigos que entendían de este trabajo, se levantaban muy temprano a calentar agua en grandes fondos para pelar el chanco un vez que lo había muerto.

Una vez pelado el chanco para abrirlo y despresarlo lo colgaban en una viga de un corredor apropiado que tenía el abuelo para este trabajo. El primer día los hombres preparaban los chicharrones, los hacían en grandes olletas de tres patas y de fierro.

También era trabajo de los hombres sacarle un poco la carne a las piernas y se prepa-

raba esta carne en adobos con aliño para preparar los arrollados y longanizas .Mi abuelita Josefina, con algunas vecinas y sus hijas, se preocupaban de que todo esto saliera muy bien preparado, todo. Se ocupaban tres días en preparar todo lo relacionado con la muerte del chanco

El primer día, las mujeres lavaban las tripas, las cuales después las dejaban remojando en agua con ganchos de menta y limón, todo esto se hacía con mucha prolijidad y limpieza. También, en el primer día se hacía un tipo de cocimiento con las panitas, corazón, bofe y algunos pedacitos de carne. Mi abuelita Josefina era como la jefa de esta preparación, todo se lo preguntaban a ella, porque tenía mucha experiencia y le quedaba muy rico todo lo preparado.

El segundo día se preparaban moras o prietas que se hacían con la sangre del chanco, bastante cebollita picada y muchos aliños, las cuales se comían con papas cocidas y ensalada chilena. También en el segundo día se cocía la cabeza del chanco, se molía toda la carnicita, se aliñaba bien, se echaba esta mezcla en un paño limpiquito y se le daba forma de queso, se cargaba con algunos ladrillos o piedras grandes para que estrujara toda la grasa, con la cual al día siguiente, ya se contaba con un rico queso de cabeza.

El tercer día se preparaba longanizas y los arrollados.

Todas las partes del chanco, muy bien preparadas, se compartían con familiares y vecinos del lugar.

Aquí no había maquinita para llenar longanizas, mi abuelito preparaba unos anillos de alambre, el cual se le ponía a la tripa para facilitar el paso de la carne molida y muy bien aliñada

Cuando se cocían las moras y después los arrollados, nos encantaba comer “guañaca”, que es aquella sustancia cocida que se prepara con harina tostada, de ese caldito sustancioso emanaba por las moras cocidas y de los arrollados .Todo esto se tiene que comer bien calentito para que no haga mal según mis abuelitos y su descendencia que después siguieron sus ejemplos tan apetecidos y exquisitos que quedan cuando se preparan bien.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DEL BÍO BÍO



PRIMER LUGAR

Mirta Oriana Faúndez Núñez  
Profesora Educación Gral. Básica  
Los Álamos, Provincia de Arauco



---

### GOLONDRINAS EN NAVIDAD

Mi papá ya hacía tiempo que venía sospechando que en la ciudad las cosas no estaban muy buenas, ya no quedaban animales en el campo, las bodegas de trigo y avena ya no alcanzaban para el año, un ir y venir de personas que venían a buscar cosas a nombre del patrón don Gregorio. Ya no se hacía el rodeo de término de cosechas, en donde el patrón venía con sus hijas en el verano y podíamos jugar a las muñecas y pintarnos con los maquillajes de la patrona

El campo estaba más pequeño, ya que el patrón vendió un pedazo de tierra a la forestal, hacía poco tiempo que los Soler le vendieron a la empresa y don Gregorio dijo que era un buen negocio. Un día, mi papá dijo que si el patrón acababa con el campo no sabría qué hacer: ¡yo nací y me crié en este campo, no podría sobrevivir en otro lugar y con otros patrones! El papá de don Gregorio dijo un día que cuando él se muriera, esto no duraría muchos años. Veinte años es mucho para lo poco que el patrón nos visita, a veces es bueno que las familias sean numerosas, malo fue que el patrón sea hijo único y que tenga puras mujercitas y ellas jamás se harán cargo del campo, yo creo que el negocio en el pueblo solo le está haciendo más problemas que satisfacciones.

Un día, llegó don Gregorio, como siempre, con su manta a telar que le había hecho mi abuela Raquel, en ese viejo telar que siempre estuvo en el corredor y su sombrero de guaso, que aun viviendo en el pueblo siempre lo usaba. Él llegó solo esa vez, no venía la patrona ni las niñitas, solo nos trajo algunos dulces y frutas de esas que se venden en el pueblo, a mi papá, como siempre, le trajo una botella de vino añejo que se desatapaba solo para grandes ocasiones, como cuando venían los patrones. Mi papá le dijo ¡pase, pase, para acá y tomémonos un traguito que parece que está bueno, como ya no nos visita el otro me lo tomé solo! El patrón le dijo: “no, Juan, no lo abras, ya que lo que tengo que decirte no es para celebrar”. Se apretaba las manos y entre cortado le dijo: “¡tenemos que acabar todo en dos años, el campo lo vendí a la forestal y nos dio plazo para sacar todo lo que se pueda, cosechar las papas y cortar las maderas del cerco chico. Trata de no cortar los árboles de las quebradas, ya que la forestal dijo que había que dejarlos para oxígeno, para ayudar a la descontaminación, lo vendí todo a la forestal y ya no hay nada más que hacer. Las deudas me consumieron, lo único que

me quedaba era el campo; la enfermedad de Catalina me ha llevado a la miseria, esta enfermedad maldita me está dejando en al calle!

Mi papá, con palabras entre cortadas, le dijo que él algo estaba sospechando y que pasaría con nosotros. Él, como hombre de campo, no podía llorar frente a los demás, pero se le corrieron las lágrimas por esa acabada cara de poco cuidado. En dos años me moriré juntamente con el fundo, yo no me imagino este campo lleno de bosque de pino, ya no habrá rodeo por los veranos, cosecha de trigo, ni papas, ni mis hijas podrán seguir estudiando como mi mujer quería; antes me muero. Y se fue a esconder y llorar detrás del galpón de los fardos

Fue así como todo se fue acabando, mi papá no quiso salir a recorrer el campo como toda la vida lo había hecho, sentado a la orilla del fuego se enflaqueció y pasaron los meses y nosotras no entendíamos mucho lo que pasaba, pero mi papá se murió de una enfermedad silenciosa que se llamaba depresión.

El patrón nos llevó al pueblo a vivir con ellos. La señora Catalina no presentaba ninguna mejoría, día a día se veía más mal, de pronto nos visitó el cura del pueblo y le dijo a mi mamá: "Solo hay que rezar, porque la señora se está muriendo". El patrón quedó solo. A las niñas se las llevó la hermana de la señora que se veía que vivía muy bien. Mi mamá le preguntó a don Gregorio qué pasaría ahora con nosotras, el patrón le dijo: "Tienes que irte, arrienda una casa para que te vayas con tus hijas, esta casa me la embargó el banco y ya no tengo dónde vivir.

Un día, estábamos jugando en el patio cuando de pronto sentimos un disparo de la escopeta, la que siempre estuvo colgada sobre la chimenea y yo creía que no funcionaba. Mi mamá corrió y don Gregorio estaba muerto y rodeado de fotos del campo y una donde estaba casándose con la patrona. Mi mamá se encargó de todo y le dio santa sepultura a nuestro patrón.

No pasó ni una semana, cuando llegaron los del banco con una orden de desalojo. No nos dejaron sacar nada, ni siquiera nuestras pertenencias.

Ya era diciembre y faltaba poco para Navidad. Mi mamá encontró una casa para arrendar en el segundo piso de una casona antigua. Por una pequeña ventana se veía la ciudad completa, se decía que en la noche de Navidad, el Viejo Pascuero le traía juguetes a los niños que le escribían una carta y que sus papás eran los encargados de entregárselas al Viejito Pascuero. Nosotras no teníamos papá para que le llevara la carta al Viejito Pascuero, ni mucho menos recibiríamos regalos. Pasaron los días y miramos por la ventana y toda la ciudad estaba llena de luces de colores: la plaza, los árboles adornados de miles de luces que al compás del movimiento de las ramas prendían y se apagaban, de pronto sonaron las campanas y mamá dijo: ¡es Navidad!, ¡las campanas nos anuncian que el Niño Dios nació!, ¡Acuéstense, niñas! nos dijo ¡y escuchen el silencio!

Nos acostamos con mis hermanas y había un silencio tan infinito que mi mamá nos dijo: ¡Escuchen niñas el canto de las golondrinas! Era real, era como si estuviéramos en el campo, yo las sentí y mis hermanas también. Nos dormimos en ese, uno de los más hermosos sueños de mi vida. Al otro día, se sentían las risas y la alegría de los niños que jugaban con los regalos que les trajo el Viejo Pascuero, miramos por la ventana, pero nadie sabía que en esa casa también vivían niños, pero jamás nos llegarían juguetes.

Mamá nos dijo: “Vamos a salir a comprar algo rico para celebrar Navidad”. Bajamos las escaleras, corriendo como siempre y grande fue al sorpresa: en la escalera había muchos dulces, juguetes y muñecas hasta una cartera para mi mamá, no lo podíamos creer, no estábamos solas en el mundo: mi papá, la señora Catalina y el patrón se transformaron en golondrinas y nos vinieron a dejar estos regalos.

Ahora que ya soy madre, no solo creo que las golondrinas son pájaros de primavera, sino que también son de diciembre y que su canto es el más hermoso en la noche de Navidad.

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DEL BÍO BÍO



SEGUNDO LUGAR  
Octavio Andrés Abello Segura  
24 años  
Estudiante universitario  
Yumbel



---

### LA ESPERANZA

La noche anterior, mamá había anunciado que papá llegaría al amanecer y me pareció que era una ingenua, pues cuántos amaneceres ya habían vaticinado lo mismo, charlatanes auroras que se iban por el mundo convenciendo a mamá. Más quise confiar y me puse a pensar en cómo sortear la noche espesa, la noche amplia que se extiende en esta zona, la noche estirada como sábana negra y sus estrellas tímidas que no dejan adivinar el rostro que tanto y religiosamente corretea al sol.

Pensé en recoger el sonido de los grillos y almacenarlos en frascos que tenían como destino sabrosas mermeladas, paridas ya del damasco, ya del durazno, ya del guindo; árboles que se recortaban por la vieja ventana de la, a esa hora, silente cocina; sombras frutosas que braceaban, nadando la noche que antecedía la llegada de papá. Finalmente, dispuse una silla de mimbre frente a la ventana y me senté a esperar, observando ya no el paisaje que se explayaba allá afuera, sino la ventana misma y sus razones, el mágico cofre que finalmente es.

Las horas desfilaban lentas, precavidas. La dictadura del tiempo no permite socorrer ningún momento cansado y el azar gobierna imperceptible, el reloj baila y suena, abofetea sus costados con hipnotizador ritmo. Todos duermen, yo espero, no podría dormir sabiendo que el alba me devolverá a papá y con él tantas cosas que quién sabe cómo influirán en mí.

Una luz se proyecta a lo lejos, donde la naturaleza no quiso río y fue camino. Frente ella, los conejos buscan tregua y son, por un momento, como los vampiros; las escopetas hablan fuerte, luego de su sonido otros murmullos se cimbran hasta perderse nuevamente en la autoridad del paisaje. Ya estoy cansado, los ojos se me cierran y forcejamos duramente; mamá despertó y se ha levantado, me observa desde un rincón evidente, comienza a llorar, no disimula; me levanto a consolarla, el sol también se levanta, los dos nos abrazamos y llega la mañana y llega como siempre el color y la esperanza. De papá nada, ya lo sabía: "Mamá, no vale la pena seguir haciendo esto, ya estoy creciendo y el campo ayuda a comprender todo y el campo hace ver todo tan claro", le digo.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DEL BÍO BÍO



TERCER LUGAR  
Alicia del Carmen Obreque López



64 años  
Dueña de Casa  
Tirúa

---

### LA COSECHA DE LAS MACHAS

Cuentan los antiguos habitantes de Tirúa que hace mucho, pero mucho tiempo, cuando yo aún no llegaba a vivir a este pueblo, en la playa que llega hasta el hoyón, existían muchas machas de gran tamaño.

Los tiruanos se dirigían a este lugar cuando había marea baja y sacaban estos mariscos para su sustento. Era una actividad de casi todos los fines de semana ir a la playa a sacar machas; era sólo llegar hasta la orilla y hundir los pies por el talón al ritmo del twist. Era muy entretenido -dicen- ver a familias enteras bailando en el mar.

Las mamás expresaban que eso ayudaba a mantener la figura. ¿Y quién sabe? más sabe el diablo por viejo que por diablo, eso dicen...

Pero no faltó el ingenioso tiruano que, pensando sacar más provecho económico de este molusco y valiéndose del buen tiempo de verano y las mareas bajas, se le ocurrió: ¡cosecharlas! Bien dicho, ¡cosecharlas!

Con un arado y su caballo digno del de "Adiós a Ruibarbo", se dirigió a cosechar machas a esa playa que nace en la desembocadura del río y llega hasta el final del famoso hoyón.

Animó al noble animal a que siguiera por la orilla del mar donde el arado iba sacando hacia arriba las machas y doña Luisa junto a sus hijos las iban recogiendo en un canasto con gran habilidad a cada centímetro que avanzaba, para luego echarlas en sacos. Muy pronto, el carretón de don Gabino se llenó con los sacos de machas, los que dificultaban el avance del noble caballo y su carretón, el cual también servía para otros menesteres, entre ellos, recoger la basura del pequeño poblado.

La noticia viajó rápidamente entre los habitantes de Tirúa. "Gabino está cosechando las machas". Don Héctor, don Leonicio, don Faustino Quintrileo, junto a una muchedumbre fueron a la playa a ver tan inusual evento. Desde lejos, se divisaba el reflejo del arado con los suaves rayos del atardecer.

Fue tanta la avaricia del ingenioso tiruano que no reparaba, no se dio cuenta que no tenía más sacos donde echar las machas. Así que doña Luisa terminó recogiendo solo las machas que no estaban quebradas por el arado y que fueran las más grandes.

Los recién llegados quedaron atónitos al ver la magnitud del daño en esta querida playa en la cual solían pasear los días domingo con sus familias.

El signo de avaricia, la sabia naturaleza no perdonaría.

En el año 1992, don Héctor R. me contó esta inmemorable historia y me explicó que desde aquel entonces, nunca más los tiruanos han podido disfrutar del apetecido marisco: las machas de Tirúa, ya que éstas fueron desapareciendo rápidamente.

Hoy, en aquella playa existen los llamados pozones que cuidan celosamente a las machas. Éstas se adentraron en el mar para multiplicarse silenciosamente.

Hace más menos 12 años que dejó de existir aquel ingenioso tiruano a una edad avanzada, ciento y tantos años. Tiempo antes lo había abandonado su noble caballo, digno de recordar, ya que en sus mejores tiempos era el campeón de las carreras en los sectores de Purén, Tirúa y sus alrededores.

Hoy solo queda la historia de la famosa cosecha de machas con arado y según los entendidos en las cosas del mar, vaticinan que muy pronto las machas retornarán a la orilla de la playa para disfrutar nuevamente de ellas.

Solo nos queda esperar que, con tanto avance tecnológico, no aparezca otro tiruano ingenioso, como don Gabino, y vuelva a cosecharlas.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



PRIMER LUGAR

Sonia del Carmen Huentemil Quezada



36 años

Comerciante

Carahue

---

### DOÑA ELVIRA

La abuela que nada sabía de colesterol ni de animales inmundos, decía que “no había cosa mejor, para San Juan que comerse unas buenas prietas y un asado de costillar de chancho con unas buenas papas cocidas”. Y ¡eso había que hacer! Mi padre y yo, apurados con un buen vino para bajar la repugnancia, en esa ocasión partimos de Carahue el viernes a media tarde en bus con destino a Trovolhue. Así comenzaba la aventura de visitarla; apretujados con los bolsos de los escolares lográbamos descender, después de veinte minutos, en el alto de Cullinco. El airecito nos reconocía como lugareños en el vertiginoso camino a su casa; dependiendo de la prisa, nuestro cansancio y el clima, el viaje a pie podía demorar de cincuenta minutos a una hora y media. A medida que subíamos por las faldas de las pronunciadas colinas, comenzaba a caer la tarde sobre el río Imperial en total majestuosidad y las luces de Tranapuente se mostraban con más nitidez.

No era raro que en junio el camino fuera difícil transitarlo. Con las lluvias, una capa de barro arcilloso se confundía entre el ripio y la subida del canal hacía mejor abandonarlo y hacer huellas entre el bosque. Dos horas más tarde, la abuela nos recibió con mate caliente, tortilla y queso; nos dio unos minutos para secar nuestros zapatos en el fogón y nos mandó a acostar.

Al día siguiente, nos levantamos a las seis de la mañana con las instrucciones que la abuela daba a gritos desde su dormitorio. Ese año, la sacrificada era la chancha del chiquero que colindaba con el fundo de los Landerretche. A pesar de llevar una parición, era la mejor opción. A los chanchos que tenía pensado carnear se les había pasado el tiempo del castrado; la carne quedaba con un intenso olor a varraco difícil de disimular hasta con los mejores aliños; debían venderse lo antes posible para que otros se llevaran la sorpresa.

La chancha era de buen tamaño, no servía para la crianza. Caminó toda una tarde con ella a tiro para ponerle un buen varraco y la “muy bruta” terminó pariendo dos míseros cochinos. El desayuno esperaba hacía rato con una paila de huevos y leche caliente recién ordeñada.

Bajo el cobijo de un manzano, se habilitó una mesa de campaña hecha de tablones. Entre el griterío que daba la chancha con el forcejeo de maniatarla y sujetarla para que no se escapara, la abuela con jabón en mano y toalla procedió a lavarle el pescuezo hasta cuando consideró que estaba limpio. La secó y dio el visto bueno ¡Para unas buenas prietas hay que ser higiénico, decía el finado de mi taita!!. Recibió la sangre en una olla de porcelana, batiéndola enérgicamente para evitar los coágulos, reservándola bien tapada. Después de cerciorarse que en el fogón había suficiente agua hervida para continuar con la limpieza de las cerdas con la ayuda del “cacho”, aquel interesante instrumento cónico afilado hecho para ese fin, en un dos por tres, la tarea estaba hecha. De la panza del animal quitó una lonja. Picada en cuadros y acompañada de cebollas, debía ser el almuerzo: la tapagüata.

La abuela siguió dando órdenes. La tía Berta debía hacer el amasijo para aprovechar las cenizas del fogón con las tortillas y encargarse del almuerzo; mientras, la festejada debía ir a convidar al vecino. De las carnosidades cercanas al riñón, se debía sacar la “muestra” para hacer la revisión. La Juana, antes de salir debía pasar un platillo y limones; era un mero trámite, la cola de la chancha tenía un hermoso espiral y la movía como rebenque, prueba de su buena salud; pero aun así, cortó un trozo en pequeñas hilachas y le echó jugo de limón. Si salía espuma y la carne se deshacía, era mejor quemar entero el animal y quedarse con las ganas de comer tapagüata, costillar ahumado y prietas. Eso no pasó.

Con la ayuda de una sierra, el lomo y los costillares aliñados con orégano, pimentón y un poco de merkén, partieron a ahumarse y reposar cerca del fogón. Los pernils, las patitas y la cabeza serían cocidos más tarde. El cuero sería guardado para hacer unos arrollados, lo mismo que el hígado para el paté.

En la olla de porcelana que guardaba la sangre para las prietas, echó la tela de grasa del estomaguillo picada fina y los aliños: sal, orégano, comino, cebolla, ajo y repollo. Debía permanecer macerándose hasta el otro día.

La falta del repollo y otros encargos, más que la revisión de la carne por el tecnólogo, me hizo partir de vuelta a Carahue. Toda una odisea, en media hora debía llegar al paradero para poder cumplir con el cometido, los buses eran escasos los fines de semana y “las buenas prietas llevaban harto repollo picado, ese era el secreto”.

A mi padre le quedaba la dura tarea de limpiar las tripas y macerarlas con hierbabuena para quitarles el mal olor; guardar en salmuera las tripas para las longanizas y el paté, freír los chicharrones y colar la manteca. Todo esto antes del medio día y a la par de mi regreso con los encargos. ¡Ahí estaba de vuelta!... tal como la abuela lo pedía, para continuar con los preparativos de la fiesta del Santo y para la conformidad de mi padre, que no creía ni en la cola ni en los limones: la chancha estaba apta para el consumo.

La abuela tenía setenta y ocho años. Se mantenía bien parada sobre sus suecas de

madera; su falda larga cubría el refajo de lana con pretina roja en la cintura para el dolor de espalda; su chaleco grueso, debajo de un delantal floreado; arremangada hasta los codos, prueba de ser una mujer alentada; pulseras de cobre en ambas muñecas y el pelo cano, tomado en un moño que la estilizaba. Había sido madre de siete hijos, pero soltera. “No era mujer para ser mandada”. A todos sus hijos los bautizó con el nombre de sus mayores: Gumercindo, Rudecindo, Florentino, Raimundo, Tránsito -mi padre-, salvo sus hijas Berta y Juana “porque se le vino a la mente ese nombre”. Todos la nombraban como doña Elvira, “nada de andarle haciendo mal tercio, mal que mal era soltera”.

La tía Juana regresó con el vecino y su guitarra, cuando la tía Berta estaba a punto de sacar las tortillas. Era el momento para comenzar los primeros brindis de la fiesta con enguindado, aquel licor de guindas hecho de aguardiente, traído especialmente de Santa Juana para ese fin.

A medida que pasaba el tiempo, llegaron uno a uno sus hijos a compartir. La abuela seguía dando órdenes desde la mesa. “Que al Tato le sirvieran en copas chicas para que no se le calentara la trompa, porque quedaba mucho por hacer; que al Gume lo sentaran a orillas de la cocina para que se calentara y calmara el reuma; que al Rude le pasaran un mantel para que no manchara el terno y no lo retara su mujer; que al Florentino le sirvieran después unos mates con malicia para que la vesícula no le hiciera una mala pasada; que al vecino le sirvieran más vino para que aclarara la voz y pudieran salirle mejor las tonadas; que al Raimundo debían disculparlo porque ¡ni Dios sabía dónde andaba ese patiperro!”.

La tarde fue corta entre las tonadas del vecino y las tallas de la abuela. Se picó y aliñó la carne para las longanizas; se cocinaron los pernils y las patitas; con la cabeza se hizo el queso en la vejiga del animal reservada para ese fin; el cuero se coció y se hicieron los arrollados; la pasta del paté quedó preparada y finalmente se asó en el fogón, un costillar para la cena. Faltaba lo menos, llenar el paté y las longanizas, pero eso quedaba para el domingo temprano y las prietas, sin apuro, saldrían a tiempo para el almuerzo.

Me encantaba ir donde la abuela, era una vieja “chora” digna de admiración, no había nada que no supiera. Decía que “había que abrir bien los ojos, porque la vida era mucho más que aprender a sumar y restar”. Recuerdo muy bien esa celebración, porque fue la última vez que la vi.

Los estudios me hicieron emigrar, su enfermedad y su muerte me fue avisada con retardo. Me cuenta mi padre que para su velorio se mató una vaquilla, como ella quería y pese a la tristeza, resultó ser una gran fiesta. Más de alguno escuchó su voz dando órdenes, como siempre: “que la Berta y la Juana se dejaran de andar lloriqueando por los rincones; que el Tato se encargara de la comida y luego se hiciera cargo del campo, era el único que tenía dedos para el piano y que los demás se despabilaran, porque el vecino era el padre de sus siete hijos”...

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



SEGUNDO LUGAR  
Mario Larrachea Castillo



79 años  
Profesor  
Villarrica

---

### EL METRO RUMA

El metro ruma me ha venío como anillo al deo. ¡Qué m' importa'mí que loh campoh se queén pelaos! Ya salrán los renoales, pero por ahora, ¡puchas que'ha solucionao proulema esta custión del metro ruma! Por eso no m' importa ná qu'el delegao' e la Coná me muestre con el deo.

L 'otro día, los juntaron a toos en Loncoche. A mí me citaron por la radio. Me'ijo la Cele:" ahí te nombraron por el arradio, que tenís qu' ir a Loncoche el luneh, hay una riunión d'esas traferenciah".

Las transferencias son los geteté que llaman y hay un ingeniero que los alenciona pa' cómo sembrar mejor y los dá semillas. ¡es re güena onda el gallo!, pero comu' esta güelta los habló el delegao' e la Coná y los dijo qu'estaba muy mal que cortáramoh los árboleh sin su permiso.

¡Habrásé visto! Él, qu' es un impliaucho' e la ciudá, metiéndose en la propedá ajena dí'uno. Si un árbol nace en mi terreno yu' hago lo que quiero con él!

Mis mayores los quema'an y ná que leh'ician. Pero ahora nó, vienen con amenaza si uno corta sin su permiso. ¡Habrásé visto! A mí esto no me gusta ná. Gobierno con esa política nues' ná gueno. ¡Suerte qu'icen que no va' durar mucho mah el Pinocho mandando!

Que si cortan loh árboleh se prouce l'erosión. ¿Qué será eso? ¿Lérosión? Mi compaire Lucho 'ice qu'es la chiva que tienen pa' de pronto cortálos ellos y dejarlo h'e brazos cruzaos a uno.

Pa' mí que la tal erosión es como la despropiación de loh árboleh, así com'uante se despropiaban loh campoh. ¡Puroh abusoh no má' pu ...!

Y ahí, el chute sacó un papel y leyó loh nombreh' e varioh, entre los quale' estaba yo, como que cortamoh sin permiso. ¡Tratandue' ejarloh en desvergüenza adelante'é

toos! ¡Ganas me dieron de rechiflalo ahí mesmo! pero había unos pachos y pa'ir a parar al cuartel no cuesta ná. La cuestión es poér salir dispuéh.

El asunto es que los dijo que no podíamoh cortar un palo máh, y yo ya tengo tratá toa l'avenía d'iojalisto de la dentrá que plantó mi'aguero y el bosquecito'e gualleh de la loma'el fondo.

El Negro guatón de la Forestal Huiscaqui qui' atiende en l'estación de Loncoche me paga a cuatro lucas el metro dí'ocalisto y a cinco lucas, el de gualle. Lo pior, que ya me'aelantó unos pesos y con el Lucho y el Manuel los mandamos unas guenas corriah de combinaoh en la cantina que tiene'l Negro en l'estación y tóo a cuenta e' los palos del metro ruma, y ahora resulta que no le pogré cumplir; pero...igual no máh loh voy a cortar.

Es cierto qu' es lo último que me quea en árboleh en la propedá. Las 45 hestárias no dan pa'máh. ¡Hartazo me'ejaron mih mayores, pero... los tiempoh maloh sí'han venío difíciléh, maloh negocioh y mortandá dí'alimales. Hace doh años con l'epizotia y l'astosa que llaman...y el gobierno que me los mató. ¡No mi'han pagao un peso tuavía. Y vienen con que no los pueo cortar. ¡Habrás visto!.Dispuéh loh cortan elloh con cualquier chiva y no me loh pagan nunca, como loh animaleh. Pura promesa y papeleh, pero plata...ná.

Anteh d'irlos p'al campo de guelta pasamoh donde 'l Rucio. Harto jodío 'stá el hombre dispué de'l último'errame que lo'ejó con el ojo caío. Pero.el pipeño que tenía ¡taba güenazo!!!

Allí, m'encontré con el Manuel y el Pedro y me'ijeron: "oiga cumpa, no se le dé ná con lah prohibiciones del chute ése, haga co'muizo don Anacriote Pinea: regálele su corderito y verá cómo lo sacan de la lista".

Y...así nomáh voy a tenélo qui'hacer.

Pero pa'mih adentroh me digo yo mesmo, aquí hay una contradicción harto re'grande, porque por un lao'el gobierno quere lésporcación y esta maera asegún dice'l Negro van pa'l Japón y, por otro, prohíbe cortar. Entonceh, ¿en qué queamoh?

Voy a d'ir onde'l "Caballito'el Diaulo" y le voy a pe'ir que mi'haga una carta pa'lautoridá haciendo ver esta cuestión. Este gallo como guen tinterillo qu'es, le pega hartazo a l'escritura'e los reclamoh y loh manda a los diarioh tamién.

Nó iñor, yo no me voy a quear ná así nomáh. Nu'aguanto que me vengan a'rriar con lah riendah y menos un chute de ciudá. ¡Qué si'ha creío el chute ése! ¡Yo le voy a enseñar quién es José Segundo Pinilla Matamala por la maire!!!

Y l'estación de Loncoche tá tapá'e maera. Tá la re tirá 'e metroh ruma. Yo mesmo l'ei vendío al Negro más de 50 metros y tóo el tiempo tán los camiones cargando y descargando.

También las despachan por tren. Por algo los avisos: "COMPRO METRO RUMA". "PAGO CONTADO MEJOR PRECIO". Tan por toítos laoh y'es tentaoraza l'oferta.

Es qu' es una platita que dentra dulce y en güena cantidá. ¡Yo con eso m'hei dao gustoh que mi cuerpo no conocía! ¿Cuándo con los alimales y lah cosechah habría podío? ¡ NUNCA!

Y en dispuéh, se muere el cristiano y se va sin conocer esah lindezah. Por eso... ¡Viva l'esportación y el metro ruma, aunque Chilito se quee pelaíto.

¡Ya vendrán tiempos mejores!!!

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



TERCER LUGAR  
Luis H. Huenupi Railén  
Purén



---

### HISTORIA VERDADERA

Al empezar a escribir, quiero decirle que aquí voy a destacar dos cosas como campesino mapuche de la Novena Región y como dirigente campesino por más de 50 años, hoy día con 76 años de edad.

Yo soy miembro de la reducción Ignacio Cheuquenuilla. Esta es una pequeña reducción donde hay mucho que hablar y mucho que pensar y, también, donde ocurre cualquier cosa. Me quiero referir a un caso muy importante, que fue muy publicado por los medios de comunicación tanto la radio, los diarios y revista y la televisión hablaron mucho de ellas. No sé si algún lector se recordará cuando un hombre loco y endemoniado vino a matar a tres personas en esta localidad tan chica. Esto le sucedió a una familia muy modesta, pero vivían felices dentro de su pobreza. El dueño de casa se llamaba Julio Trangulao Cheuquemilla, y su esposa, la señora Erminda Zapata, vivían acompañados de cuatro hijos que entre ellos son Maximiliano de 18 años, Lucía de 16 años, Israelita de 14 años, Catalina de 12 años y una amiga de Catalina, no se sabe cómo se llama, pero es de la edad de Catalina, ésta llegó esa noche de Lumaco. De estas siete personas, "Mario Venega" mató a tres personas en tiempo de una hora, quedaron cuatro sobreviviente con el herido grave y la niña de visita.

Mario Venega llegó a la casa de don Julio como a las seis de la tarde del mes de abril y llamó a la puerta; su amigo. Maximiliano se negó a recibirlo: "Mario con Maxi eran amigo muy querido", en vista de que su hijo no quiso recibir la visita, salió don Julio, pero no ha recibirlo, sino a echarlo de la casa. Mario, cuando se vio ofendido, sacó su escopeta que llevaba bajo su brazo y le disparó un tiro al caballero. Éste cayó y quedó tendido en el suelo, pero luego se recupera y entró para adentro. Ahí, la señora le amarra la herida y ordenó a su hijo para que vaya a la posta a buscar la auxiliar. Entonces, Maxi salió corriendo de la casa con dirección a la posta, Mario le dice: "para dónde vas, huevón" y le dispara otro tiro a la espalda de su amigo. Este muere instantáneamente, pero el hombre loco sigue buscando más gente que pudiera haber en la casa. En eso se encontró con la Lucía; esta niña era la polola de Mario, pero en esos días habían peleado y cuando la encontró, la tomó prisionera, pero éste empezó a buscar más gente. En eso andaba, cuando se encontró con la señora Erminda, que también le dispara y la mata. Ya no encontró a nadie más, las otras niñas se habían escondido debajo de la marqueza de los dormitorios. De esta forma se escapan de este hombre loco. En todo

caso, el Mario lleva dos muertos y un herido grave, que luego serán tres los muertos. En ese momento, sacó a su prisionera y la llevó a un bosque cercano, allí la violó y, luego, le disparó un tiro en todo el corazón y don Julio muere al tiempo después, debido al disparo que le hizo el Mario y desapareció la familia. Hasta la casa hoy día no está. Los hijos vendieron la propiedad y el que compró, demolió la casa.

Amigo lector, aquí a esta familia se le hizo una revelación como un año antes que pasara este caso, revelación de un joven pastor evangélico. Ahí dijo: "Esta casa va a desaparecer, también desaparecerá la familia completa".

Nadie le creyó. Todos dijimos que el pastor estaba loco, todos los reímos de este pastor.

Aquí concluye este episodio...

Quise poner el caso de la revelación para confirmarle a los lectores que este es un caso muy verdadero.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LOS RÍOS



PRIMER LUGAR

Daniel Antonio Carrillo Monsálvez

27 años

Periodista

Valdivia



---

### LA MANTA

Con su larga manta, Rosario parecía protegida de todo, inmune a los fríos y al agua que en Queule, poblado costero fronterizo entre la Novena y la, entonces, Décima Región, acostumbra estremecer casi durante todo el año las tejas o el zinc de los techos.

Lana virgen, trozo de alma robado a las ovejas, cubriéndola desde los hombros a las pantorrillas, robusteciendo su tierna delgadez, la manta había sido la única herencia de su abuelo. En una noche de vigilia para los 20 años del terremoto del 60, el viejo cayó al agua y se ahogó mientras intentaba cruzar el río a caballo por un bajo, con unos cuantos recuerdos y tragos de más.

En Queule, sin embargo, su tata no sería el primero ni el último en dejarse morir por la memoria. Porque grande fue la destrucción dejada por el cataclismo de aquel domingo de mayo, no tanto por los sacudones, sino que por el maremoto que bordeó el Apocalipsis hizo perder las nociones de cielo, mar y tierra y probablemente también la del infierno.

La ola gigante revolvió todas las cosas hasta dejarlas convertidas en nada, arrancando de cuajo las casas y los árboles, llevándose a navegar sin dirección a las vacas, perros y chanchos y, lo peor, haciendo naufragar la vida de familias completas.

Los padres del abuelo de Rosario habían corrido esa suerte. Por eso, el viejo se apenaba tanto durante los aniversarios y terminaba adormeciendo el llanto y la sombra de esa gran ola infame con el cálido consuelo de una chuica de vino.

Podrían pasar muchos años más y el episodio no se olvidaría nunca, a no ser que se repitiera algún día con mayor ferocidad. Incluso las guaguas parecían nacer ya con ese recuerdo en la mente.

Así, los niños del sector y en especial la pequeña Rosario, nacida justo un 22 de mayo, fecha del sismo, crecieron con el fantasma de esa tragedia, conscientes de que en cualquier momento la tierra y el mar podían enojarse de nuevo con los hombres.

Quizás por esta amenaza invisible, los chicos eran en general tranquilos y respetuosos, como había notado de inmediato la nueva profesora de la escuelita, llegada a caballo desde el vecino pueblo de San José de la Mariquina en reemplazo de una casi octogenaria normalista, que ahora descansaba detrás de la iglesia de madera, bajo una cruz de nogal que hicieron sus propios alumnos.

En las siete semanas que llevaba en Queule, la joven maestra no había logrado zafarse tampoco del legendario maremoto y se dormía cada noche con los ojos puestos en el cerrito erguido detrás del colegio, donde pudieron salvarse de las aguas los pocos que sobrevivieron.

Bajo el cálido e inmenso refugio de su manta, la delgaducha Rosario a ratos conseguía olvidarse de esas historias de ahogados y perdidos. Sobre todo, cuando después de una mañana fea y lluviosa, por la tarde, de regreso a su casa al otro lado del río, el sol le alumbraba las pálidas mejillas, haciéndolas enrojecer mientras cruzaba en bote junto a sus hermanos.

Días como aquel en que se movió inquieta de un lado para otro durante toda la clase y habló como nunca, sin poder concentrarse en las lecciones y sin hacer caso a los llamados de atención de su profesora Audolía.

El extraño calor que se dejó caer esa tarde, junto a la inusitada distracción de Rosario, hicieron que finalmente la niña se marchara a casa sin su manta que, café como la tierra seca del verano, quedó colgando al final de la sala.

Al día siguiente, la calidez se marchó y el cielo oscuro invitó a un viento que a ratos interrumpía con su silbatina las lecciones de Audolía, que daba sus primeros pasos en la docencia.

Más inquieta y desordenada que la jornada anterior, Rosario apenas se despidió de su profesora y salió corriendo hacia el embarcadero, donde la esperaban sus hermanos tirando piedras al agua, sentados en el bote.

Sola en la sala y con el barullo de los niños ya evaporado, como si hubiera sido parte de un sueño, la maestra sintió los primeros goterones del aguacero y se percató de que nuevamente su pequeña alumna se había ido sin abrigarse.

Abrazada a la manta, apuró el tranco hasta la orilla del río y vio que los niños aún no dejaban tierra.

Al verla, Rosario corrió a recibirla y le ofreció su cabeza, como una mascota regalona que pide ser acariciada, para que su profesora le colocara la manta.

Dio las gracias y el bote se alejó aguas abajo, en medio de un chaparrón desatado y un viento filoso.

A punto de tocar la otra orilla, la débil embarcación se volcó. Los chicos alcanzaron tierra, pero la pequeña no logró salir a flote por culpa de la lana mojada que adquirió de súbito un peso invencible para ella.

Por la noche, la escena parecía la de una cacería de brujas, pero era un ángel el que todos buscaban. Con antorchas y oraciones, familiares, vecinos y casi toda la comunidad de Queule avanzó en una dolorosa procesión bajo el temporal más triste que hubieran recordado en mucho tiempo.

Gritaron su nombre muchas veces, lloraron, rezaron y recorrieron de orilla a orilla, río abajo y río arriba, una, dos y hasta tres veces, sin resultados.

Semanas más tarde, un 22 de mayo, unos niños que jugaban con piedras en el agua, haciendo tagüitas, divisaron un bulto atrapado entre los matorrales.

Le avisaron a la profesora Audolía, que lloró de nuevo al contemplar el hallazgo.

Era la manta, regalo que otra vez Rosario había dejado olvidado.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LOS RÍOS



SEGUNDO LUGAR  
Iván Osvaldo Espinoza Riesco  
52 años  
Pensionado / Escritor  
Valdivia



---

### TRILLA A YEGUAS

De todos los que fuimos a la trilla yo era el más pequeño. No me explico cómo me dieron permiso. El tío Pato debió pillar volando bajo a mis papis para que accedieran a una solicitud tan descabellada. Y eso que sabían cómo era él: un joven inquieto, rebelde, impulsivo, que siempre se metía en problemas. Lo que no sabían, ciertamente, era que a veces me obligaba a boxear. Debo reconocer que yo era bastante precoz para mis cortos 9 años. A los niños de mi edad los encontraba aburridos, demasiado infantiles. Prefería juntarme con los grandes y salir a correr aventuras con ellos. Aunque a veces abusaban conmigo y me mandaban a todas partes, pero también me protegían, porque era la mascota del grupo.

Bueno, la cosa es que partimos a la trilla súper temprano. Mi tío le había dicho a mamá que no se preocupara de nada, que sólo me diera un chaleco grueso para la noche, que estaba todo arreglado con sus amigos del campo, que allí nos darían comida y alojamiento, que se quedara tranquila. Salimos a la carretera a hacer dedo. Iban el tío Pato, líder de la excursión; su lugarteniente, el guatón Popeye; y el Toño, esos eran los más grandes, de 13 a 15 años, más o menos. El tío Pato tenía 15 recién cumplidos y ya fumaba, también iba el hermano chico del Toño, el Carlos, que tenía como 10 años y era flaco y desgarrado. Los cinco nos subimos en la parte trasera del camión que finalmente nos llevó.

Yo iba contento, me hacía muchas expectativas por lo novedoso de la experiencia. Había oído hablar sobre las trillas a yeguas, pero nunca había estado presente en una de ellas ni en nada parecido. Iba acurrucado en el camión, escuchando a medias las leseras que hablaban los grandes. Los grandes eran inseparables, siempre iban juntos a todas partes, iban a la vermouth del cine, se iban a bañar al río Itata o al estero Gallipavo; los domingo iban al estadio a ver los partidos. A veces, yo también me colaba, nos íbamos por la línea del tren, haciendo equilibrio sobre los rieles o saltando los durmientes. Era divertido. En el estadio gritábamos como locos.

La vida en Bulnes era apacible y entretenida, siempre tenía algo que hacer. Me encantaba ir a la casa de mis abuelos, porque me daban plena libertad. Allí me encaramaba

a los árboles frutales, leía revistas a la sombra del parrón, comía manzanas verdes con sal, buscaba los huevos de las gallinas y, a la hora de onces, tomaba un jarrón de leche acompañada de un pan amasado exquisito. Lo que mis papis no sabían era que, a veces, el tío Pato me sacaba abruptamente de mi placentera vida bucólica y me llevaba a boxear. Incluso, hacía apuestas a mi favor. En la casa del guatón Popeye me ponía unos enormes guantes de box y me obligaba a enfrentarme a otros rivales. Yo no soportaba que alguien me tocara o intentara hacerme daño, así que para terminar pronto con la cruel imposición, me lanzaba enceguecido sobre mi contrincante y le daba tal tupición de sopapos, que tenían que quitármelo de encima antes de noquearlo. Por el estilo desesperado y poco ortodoxo que cultivaba, me bautizaron como “Gallito de pelea”, pero eso no me causaba ninguna gracia. Al pobre Carlos siempre le sacaba la contumelia.

Cuando llegamos al campo, se vivía un ambiente de fiesta, de efervescencia, había un movimiento incesante de personas. Después de saludar a los dueños de casa, nos dedicamos a observar el cerro amarillo que formaba la era con la gavillas; como iban reuniendo los caballos, como se preparaban los arreadores y los horqueteros.

Fue sensacional la trilla. Los caballos sudorosos daban vueltas y vueltas alrededor de la era, como en un gran carrusel, pisoteando las gavillas, separando el grano de la paja. Los arrieros, desde sus caballos, agitando las huascas, gritando a voz en cuello, obligaban a las bestias a correr en círculos. Los horqueteros, desde el centro de la era, arrojaban nuevas espigas a las patas de los caballos hasta que el cerro se fue derrumbando. Todos los demás, desde lejos, participaban de la trilla levantando sus brazos y gritando. Yo, para no ser menos, también lo hacía y gritaba hasta desgañitarme: ¡Ah, yegua! ¡Ah, yegua!

Así dicen que seguí gritando: ¡Ah, yegua! ¡Ah, yegua!, durante la noche, mientras dormía en mi jergón de paja cubierto con una manta. Estaba borracho como una cuba. El tío Pato y sus amigotes tuvieron que turnarse para cuidarme. Ellos habían sido los que me habían dado de beber ese vino pipeño tan rico a la hora del almuerzo.

Al final, no supe qué hicieron con el trigo después que lo separaron de las espigas.

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DE LOS RÍOS



TERCER LUGAR  
Marcos Eugenio González Antillanca  
42 años  
Pescador artesanal  
Corral



---

### UN PAR DE ZAPATOS

(Cuento de mi tierra, que muchas veces fue real)

La vida tiene tanto significado. Un objeto que parece tan sencillo tiene tanta vida, tanta importancia.

La inocencia en el cerebro de un niño es algo tan maravilloso; con melancolía veo evaporarse esa inocencia en un pequeño.

“Entonces la vida me comenzó a saber amarga, por culpa de cosas tan sencillas”.

Cuando alguien mira una vitrina, no se imagina que ahí puede estar el futuro de una persona. Por ejemplo, en un par de zapatos. “Café, como yo los hubiera querido, pero no pude sentir esa estrechez que se siente cuando están nuevos como había escuchado decir a algunas personas mayores”.

Yo quería ser médico, pero no pude por no tener zapatos. ¿Cuánto valía un par de zapatos y cuánto valía mi futuro?

“...Y también quería ser arqueólogo para desenterrar la grandeza de mi pueblo mapuche, mapuche con mucho orgullo”.

Hoy recuerdo mi infancia. Me limpiaba la nariz con la manga y mis pantalones remanados; mis pies desnudos, colorados por el agua helada de invierno y cuando soplaba el viento sur, los talones partidos. Así llegaba al colegio, pero entonces era feliz, feliz porque entonces aún no se evaporaba mi inocencia. Y quería ser médico para gente grande “...porque ellos sí que se enferman de verdad”.

Un par de zapatos.

Luego llegó la época en que me mandaron a estudiar al pueblo, con las mejores ropas que tenía y los viejos zapatos de mi hermano mayor, pero bien remendados por papá.

Aunque bien lustrados, se notaba que no iban a aguantar mucho. ¿O sería que ellos ya sabían que yo no iba a ser medico?

Una lágrima. En ella veo, como en una bola de cristal ese primer día de clases; todos bien presentados, las niñas bien peinadas y los niños con vestones y corbatas azules. ¡Qué hermoso! Yo me miré y me pareció que en el parche de mi rodilla izquierda asomaba una hilachita que se reía de mí. ¡Que lindas sus corbatas! palpé mi cuello y, por primera vez, sentí vergüenza por lo roto que estaba el cuello de mi camisa. No sé, no puedo explicar esa amargura y vergüenza.

Papá: ¿cuánto costaba una camisa y un par de zapatos?

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LOS LAGOS



PRIMER LUGAR

Nelson Antonio Torres Muñoz

51 años

Archivero

Castro



---

### BITÁCORA DE LA TRAVESÍA DE UN PEQUEÑO GOLFO

Un mensaje radial me comunica que debo viajar urgente a la Isla de Quehue. Bajo presuroso por la calle Blanco Encalada hacia el puerto en donde se encuentra una hilera de lanchas atracadas y prestas para partir. La Minerva II, una lancha de lujo comparada con las demás, hará esta vez la travesía. Todos afanados en algún trabajo. Suben y suben bultos, porque la gente del campo viene a la ciudad a buscar sus necesidades del mes. Se suceden ante mi curiosa vista las planchas de zinc, vigas de madera elaborada, tambores de combustible, sacos de trigo y...garrafas de vino, garrafas, garrafas y más garrafas de tinto y blanco. Es gente de los sectores de Chelín, Los Angeles, Peldehue, etc., que calzan botas de goma de caña alta, boinas, sombreros, ropa de lana cruda, pero éstos no están disfrazados como los chilotes de los conjuntos folclóricos: son los auténticos. Y hay muchachas y abuelas de evidentes rasgos chonos o huilliches que portan chales en sus cinturas y pañuelos de seda de vistosos colores amarrados a sus cabezas. En la bodega, debo apiñarme junto a mis coterráneos (bicho raro, yo, entre ellos) en un asiento de madera. Algo raro me sucede, debe ser lo mismo -pienso- que les sucede a los turistas cuando se relacionan con nosotros. Y me recorre a ratos una sensación de satisfacción por estar con los verdaderos exponentes de la cultura chilota y pienso en lo valioso que será aprovechar este viaje para conocer y registrar imágenes, sonidos, gestos, aromas, expresiones y cuanto capten mis sentidos. No bien me siento y me acomodo cuando encienden un televisor, así es que -lamentablemente- debo soportar durante las tres horas que dura el viaje las vicisitudes de la sufrida heroína de la teleserie de turno. Cada diez o quince minutos baja de la cubierta un joven campesino que (deduzco por su ropa) vive en la ciudad. Porta una caja de vino que se despacha en un dos por tres con otros paisanos y luego sube y regresa con otra. Salgo un momento a la cubierta. Tantos años viviendo en Chiloé y jamás había viajado a Quehue. Me dispongo a admirar la belleza de los cerros, con esos cientos de tonos de verde...cientos de balsas de empresas salmoneras...cientos de boyas...cientos de corrales de empresas que contaminan el paisaje chilote. Sería hermoso sacar una fotografía de estos parajes, pienso. Pero tendría que buscar algún resquicio, alguna brecha en este recorrido de tres horas en que no haya alguna salmonera. Imposible.

Regreso a la bodega. Ahora la heroína está a punto de encontrar a su padre, quien la abandonó cuando era niña. Su madre yace en un hospital, olvidada, pero la joven no sabe de su existencia. Un sonoro eructo proveniente de los bebedores (se les acabó el vino y ahora beben cerveza) me devuelve a la lancha. Frente a mí se ha sentado una hermosa muchacha de ojos achinados, pelo negro, muy liso, que cae por sus hombros como alquitrán derretido. Ve a un joven que debe ser algún amigo y echa a volar una sonrisa que revolotea como un pájaro. La miro y la imagino con otra ropa, otro peinado, santiaguinizada casi. Pero la imagen se deshace de imposible: ella es como es y su belleza se sostiene en sus rasgos aborígenes. Dentro de su etnia, sin duda, sería una princesita. Una sonrisa y encaja algo de luz al temporal que desde hace unos minutos se ha venido acrecentando. Los pasajeros parecieran duchos en seguir el bamboleo de la frágil embarcación y, sin perder equilibrio, hasta deambulan de un lado para otro, mientras enormes olas barren la cubierta. Empiezo a preocuparme. Me quito el abrigo. En caso de naufragio puedo mantenerme a flote, pienso. Un ruido atronador en el motor de la lancha me hace acordarme y casi arrepentirme de mis pecados. Sucede que la lancha, en la cresta de la ola, queda con la hélice del motor agarrando sólo aire, así, se produce un ruido espantoso...pero al pasar la ola, todo vuelve a la normalidad. Un calentador a gas encendido se vuelca y ahí yo pienso que se arma el incendio y cunde el pánico. Nada: uno de los paisanos, con voz calmada, ordena a otro que mejor apague el artefacto. Yo me arrimo a la orilla de la puerta de salida a la cubierta, listo para escapar en caso que se necesite. Debe notarse que estoy más asustado que un conejo. A mi lado, dos isleños muy acodados, de rostros sonrientes, charlan de sus faenas en el campo, ni siquiera es tema de conversación el temporal que amenaza darnos vuelta. Eso me calma. Quiere decir -reflexiono- que no pasa nada serio. Una abuela de aros y con pañuelo amarrado a su cabeza, exclama que ya estamos, que pasamos la parte mala, "años pasando por lo mismo -dice- y nunca pasa de unos cuantos bamboleos".

La Minerva II entra en el estero Pindo y las aguas parecen una taza de leche. Atraca en un largo muelle de cemento y unos profesores me saludan desde la orilla, reconociéndome distinto del resto de los isleños en la distancia. Desciendo con mi bolso lleno de libros y ropa para tres o cuatro días. Los abrazo con cariño, como si fueran parientes que no había visto en años, con una efusividad que ellos, hasta el día de hoy tal vez, todavía no acierten a comprender.

# PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

## REGIÓN DE LOS LAGOS



SEGUNDO LUGAR  
Juan Carlos Herrera Solís  
53 años  
Empleado público  
Calbuco



---

### LA PARVA DE PAJA

Hace algunos años, para las Fiestas Patrias, las que por algunos lugares del sur son bastante largas -no sólo se limitan al 18 y 19 de septiembre-, y donde generalmente a los inquilinos se les paga por adelantado; o bien cuando el patrón conoce el comportamiento de su gente les hace un abono en dinero; solo a algunos, de los que hay muy pocos, les dan algún dinero extra. Para estas fiestas, había ramadas en todas partes, Nochaco, Cancura Pichil. Allí, donde la Liebre, una suerte de reina campesina, era esta mujer dueña de una cantina que permanecía abierta casi todo el año, y para ser franco día y noche, ya que bastaba tocarle la puerta y por allí atendía para vender vino o chicha de manzana, de la que tenía no sé cuantos toneles, porque en ese tiempo creo que se bebía más que ahora, los viejos eran capaces de tomar varios días seguidos, con sus noches incluídas, conocí a personas de cincuenta años que se ponían a tomar por espacio de dos meses y, cuando se cansaban -como si nada- volvían a la pega y trabajaban como verdaderos esclavos.

Hoy día, la juventud o los más mayores no son capaces de hacer algo parecido. Creo que si a alguno se le antojara, iría a parar derecho al hospital con una intoxicación alcohólica. Lo rudo de la vida de antaño también se expresaba en la forma de divertirse; para esta ocasión la Liebre tenía en su negocio, al que había adornado como una pequeña ramada, asado de chiporro, como se conoce al cordero nuevo; asado de choncho de los que ella misma criaba a orillas del río Rahue; empanadas fritas y de horno hechas con la carne de vaquillas de su propiedad.

Ese día, varios de los viejos del fundo de Nüsser, se habían quedado hasta la madrugada; eran como ocho personas, cuatro sentados a la mesa y cuatro, en la barra. De los de allí, uno con pinta de mecánico, después supe que era chofer, a media curadera comenzó a contar esta historia; lo curioso fue que cuando esto pasaba, uno que aparentemente estaba borracho, dijo: "Al amigo se le soltó la lengua" y se levantó para irse después de cancelar con un montón de billetes a la Liebre, a la que también se le veía intranquila.

Lo que dijo este chofer fue: “manejaba como todos los días el camión lechero del fundo Los Castaños, el que está cerca de Quilanto, cuando un hombre de aspecto andrajoso me hace dedo. Normalmente, no me detengo para llevar gente así, pero en esta ocasión no sé por qué me detuve; el hombre se me acercó a la puerta y me dijo: jefe, lléveme por favor. Sube le grité, para que se apurara, además, el ruidoso motor diésel no permitía escuchar y todo se hablaba a gritos, incluso en la cabina con los vidrios cerrados. Había que hacerle algunas reparaciones menores al camión y que por eso llegaría hasta Osorno. Entonces, el hombre agregó, “si no le molesta no me bajo en Octal y aprovecho el viaje algo más”, a lo que repliqué, “no tengo problemas, vamos tranquilo no mas”. Lo miraba de repente, porque este tipo era medio pensativo y miraba con atención todo el paraje, como recordando algo o buscando algo que obviamente yo no sabía. Solo después de un rato comentó “las cuestas están bien rebajadas ahora”; noté un interés especial en las cosas del lado norte del camino; durante todo el viaje del lado sur nada le llamó la atención. Le pregunté si era de esos lados, me contestó que sí, pero que eran muchos años los que no andaba por estos lados. “Ahora no tengo a nadie, mis gentes todos murieron, mis amigos ya no están y no sé que habrá sido de ellos, todo hace muchos años”. Guardó silencio más tarde y pensando que estaba recordando no quise preguntar más; así en silencio cruzamos Nochaco, la entrada a la Ñuble Rupanco y cuando estábamos empezando a bajar la cuesta de los Ide, como que no aguantó más y dijo: “allí estaba la parva”. En ese momento el camión estaba frente al fundo de los Nüsser, girando en una curva muy cerrada, lo que no me permitió ver exactamente el lugar, pero lo que sí vi fue una planicie abandonada, porque estaba llena de juncos y murrales; así se ponen los terrenos cuando no se trabajan por varios años; así era el paisaje a la derecha del camino, como de abandono, abandono como el que él representaba. Después de eso como que se arrepintió de haber hablado y nuevamente guardó silencio, no obstante, algunos kilómetros más allá, me dijo: le voy a contar una historia, que he guardado como cincuenta años, todos están muertos, muertos como yo. No sé qué cara me vio que al tiro me dijo no se preocupe, no es nada de brujerías, o algo que se le parezca, hace tantos años que ya no importa. Corría el año 1940 o el 45, no me acuerdo bien en realidad; los estragos de la guerra en Europa también se hacían sentir en nuestro país, aquí en el sur de Chile. La presencia de alemanes, algunos colonos de muchos años y otros desertores de la misma guerra, se había mezclado con los agricultores del sur. En aquel entonces, la agricultura era rudimentaria en su máxima expresión, ni siquiera existía una vaga idea de lo que podría haber sido en un futuro; la mayor parte la fuimos conociendo como verdaderos núcleos feudales, los que eran mejor representados en los fundos de la región. Nadie se oponía a las órdenes del patrón, solo había que obedecer de manera ciega, sin derecho a réplica, ni modificación, ni nada. Tal vez los vestigios de la guerra, las órdenes militares, la prepotencia o que una cabeza era rubia y la otra negra, aún no lo sé, pero en ese ambiente, vivía el cholo Efraín Oñate Loncomilla, que le prendió fuego a la parva y por eso tuvo que irse de Cancura, un lugar a orillas del río Rahue en la provincia de Osorno, allá por la década del cuarenta.

“Donde lo pille, lo mato”, dijo el patrón Nüsser en esos tiempos en que la justicia era una idea que trataba de prender en la sociedad chilena. La justicia de ese entonces era tirones entre la iglesia, el poder del Estado y los que tenían la plata. Corrieron muchos rumores relacionados con la guerra que se libraba en Europa y su relación con Chile; los cholos se nutrían de información por las empleadas de las casas y gente que trabajaba cerca de ellas. Corroboraba el hecho, el estado de ánimo del patrón, el que iba cambiando según cómo iba el conflicto, igual que el tiempo.

Alemania estaba con la guerra casi perdida a un año en que se habían celebrado algunos éxitos de sus campañas militares. Esta situación tenía a muchos intranquilos; a los alemanes desertores, cuya situación obviamente se les complicaría si la guerra se ganaba, pero también en ese escenario se les complicaba para los cholos, por toda suerte de rumores que estaban circulando por espacio de muchos meses. La cuadrilla donde trabajaba Efraín no estaba ajena a los acontecimientos; éstos trabajaban donde Nüsser y donde Ide, el fundo que colindaba con el anterior.

Un día, la empleada más joven de Nüsser le contó a Efraín que lo estaban vigilando, no sabía por qué, pero que se cuidara, esto ya desde algún tiempo. Efraín siempre tuvo interés en ella, pero ella siempre tenía “algo” que hacer aunque no le era indiferente. Efraín era trabajador y valiente para la pega del campo; la única entretención diferente eran las tertulias que siempre terminaban en borracheras donde la Liebre en Pichil. Allí el Efraín iba a parar para su felicidad y también para su desgracia, porque de allí salió el dato cuando hicimos la embarrada. Solo se salvaron los que se metieron al monte cuando llegaron los pacos de Osorno y apalearon a cuanto inocente. Algunos nunca regresaron, otros, por temor, denunciaban a campesinos que no tenían ninguna participación, campesinos que la propia vida de perros los castigaba a diario; todos vivíamos en la pobreza, el pauperismo, la pobreza solemne como le llaman hoy día; casas que eran ranchas de tablas aplastadas, ni siquiera clavadas, fogón en el centro y piso de tierra, jergones de paja alrededor, una olla y una tetera eran el menaje más importante de que se disponía. Los cholos a pata pelada, pantalones de pana, una tela rústica que las textiles hacían con el desecho del algodón -que ya no servía ni para hacer colchones- de los que aún se pueden encontrar de tarde en tarde; colchones duros, duros como la vida que teníamos. A veces, se usaban ojotas, una planta de cuero de animal amarrada con cordones de cuero del mismo animal, animal que en vida era tratado mejor que cualquiera de nosotros.

Ese verano se cosechó trigo como nunca y la parva que quedó en la planicie fue enorme, un verdadero muelle. Una noche, Efraín fue a tomarse una de sus tantas garrafas de chicha cerca de la planicie y no lo podía creer: la parva se había movido del lugar. Fue donde sus amigos de siempre a contar lo que había observado, pero solo uno de ellos le acompañó. Era efectivo lo que Efraín contaba, los rumores eran tantos que no había a quién creer. Esa noche, Efraín no

aguantó más, solo bajo a la planicie y prendió fuego a la parva, era dantesco el espectáculo, el cielo se iluminó y las chispas adornaban como estrellas fugaces.

A Efraín lo culparon realmente porque solo él desapareció, nada podían probar. Cuando se apagó el fuego al día siguiente, entre los rescoldos había el fuselaje de un avión y de dos cañones de esos que usaban los españoles o algo parecido. Nunca se explicó cómo llegaron hasta allí, ni por qué. Nada sacaron en limpio, salvo culpar a Efraín; lo buscaron como si fuera una vela bendita, pero éste se hizo humo.

Dijeron que se fue para Argentina, que se murió en Santiago, lo cierto es que nadie lo vio más. El tiempo se encargó de ir borrando de a poco esta tragedia; poco a poco estos pobres apaleados volvieron a sus trabajos, total no tenían adonde ir y así quedó para siempre.

A esta altura de su relato estábamos llegando a Osorno y aunque le ofrecí entrar a la ciudad, me dijo que no. Muchas gracias, pero por aquí me quedo; me detuve en el cruce de la entrada sur, le dije que siempre pasaba por esos lados con el camión lechero y que cuando quisiera lo traigo amigo. Me miró y me dijo “muy agradecido jefe” y me extendió la mano para despedirse al momento de decir: Efraín Oñate Loncomilla para servirle.

Nunca más lo volví a ver. Esta vez creo que se perdió para siempre.

*A la memoria de mamá:  
Teresa Solís Astudillo.  
(1936-1998)*

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LOS LAGOS



TERCER LUGAR

Nancy Beatriz Cárdenas Godoy

34 años

Asistente costos y personal

Puyehue



---

### TRAMPA PARA ZORROS

La llovizna incesante de la cordillera le cubrió rápidamente el sombrero de cuero cuando bajó de su camión, llegando a las faenas del camino que se iniciaban en aquel apartado lugar fronterizo conocido entonces como Aduana Pajaritos, en la comuna de Puyehue.

Subió las solapas de su chaqueta y simultáneamente con una de sus gruesas cejas, ladeó levemente el ángulo de su sombrero. No podía perder su galantería, aunque no hubiera ninguna presa a la vista.

Por ahí le dieron el dato que en la casa de don Artemio Gutiérrez daban pensión y se encontraba ahora en la tranca, con un colihue en las manos, ya que los perros se abalanzaban desde el patio, hechos unos demonios.

- Turnio, Pantera...¡¡jestesen quietos;¡¡¡... vocifera don Artemio a sus corpulentos perros, alimentados seguro con suero de la pequeña lechería y restos de las contundentes comidas hechas por las manos de doña Sonia, la dueña de casa.

- ¡Buena máquina, amigo! fueron las primeras palabras que don Artemio alzó hacia Rubén y que rompieron rápidamente el hielo entre ambos.

- Algo usada, pero harto fiel me salió Mercedes, le responde Rubén con una sonrisa amplia y entradora que dejó entrever un encandilante diente de oro. Vengo a trabajar en la faena del camino y me contaron que da pensión.

- Así no más es y tiene suerte porque queda una sola pieza. Pero de todas formas haga el trato con la patrona, mire que yo mando de la cocina para afuera.

Don Artemio lo convidó a pasar a su casa. Desde la tranca se apreciaba el gran corredor de madera labrada, decorada torpemente con maderos de leña, baldes, mantas y un sinnúmero de botas que evidenciaban la cantidad de gente que había dentro.

Mientras avanzaban a la entrada de la casa y en tanto don Artemio le comentaba sobre el mal tiempo de los últimos días, Rubén pensaba en lo aburrido que serían sus tardes en este alejado lugar. Que tal vez no lograría pasar un mes entero, sin alguna emoción mejor que esquivar los hoyos del indómito camino.

- ¡Alicia!, llama a la vieja, que le llegó un cliente.

El grito ronco y repentino de don Artemio lo sacó abruptamente de sus pensamientos y levantó la cabeza hacia el umbral de la puerta. Algo alcanzó a ver que lo descolocó. Una cascada de fuego se desparramaba sobre los hombros de una figura de gacela. Su sangre dio la alerta del inicio de la cacería.

- ¡Oiga hombre! ¡le pregunto que cuál es su nombre! le habla Artemio algo molesto al notar el estado de bobedad en que quedó Rubén al ver a Alicia, su hija menor.

- Ah...perdón, estaba pensando si le puse freno de mano al Meche... Soy Rubén Neira, para servirle.

La enorme mano, áspera y torpe de Artemio le sacudió el brazo completo.

- Oiga, antes de que hable con la doña, le digo algo de hombre a hombre.

- ¡Mande, don Artemio!

Lo mira fijamente a los ojos y sin soltarle la mano le dice: "Esta no es la pensión Soto, ¿me entiende?"

Hubo un eterno segundo de silencio entre ambos en donde cupieron miles de palabras de filosas advertencias.

Ambos leyeron en silencio los mensajes ocultos de aquella popular frase.

Rubén palideció y tragó un buen sorbo de saliva.

La abrupta carcajada de Artemio y un gran manotazo por la escuálida espalda del joven lo hizo recuperar su latido normal.

- ¡Es broma, amigo! así le digo a todos los futres que llegan, por si le echan el ojo al ganado, pero usted se ve harto serio.

- No se preocupe por eso, don Artemio.

En tanto, desde la cocina viene doña Sonia, secándose las regordetas manos en la esquina del florido delantal.

- ¿Cómo le va caballero, anda en busca de una pieza?
- En eso ando, ya hablé con el jefe y me dio el trabajo del ripio.
- Pase y tome asiento, le invitó la dueña de casa.

Rubén echó un vistazo al decorado de la casa, mientras la doña enumeraba las características y reglas de la pensión que ofrecía. Dos hermosos cuadros bordados con lana teñida presidían la pequeña sala.

Seguro que la colorina los hace con sus delicadas manos, pensó como soñando con el futuro a su lado.

Mientras doña Sonia continuaba con su monólogo Rubén recorrió disimuladamente el extenso perímetro de la figura de la señora. Otra vez voló al futuro con la colorina de esposa y con 50 kilos de más. Entonces palideció.

- ¿Le parece mal el precio?
- Ehh...ahh... ¿el precio? no, me parece perfecto.
- Venga, le voy a mostrar la pieza.

Rubén siguió en silencio la enorme silueta de Sonia, que ocupaba casi todo el diámetro del pasillo.

- Mija...¿está lista la pieza del joven? entra diciendo Sonia al pequeño cuarto.

Rubén quedó petrificado en el umbral de la puerta... allí estaba ella, la de cabellos de fuego. Un vestido celeste, de suaves amapolas trataba de ocultar la curvilínea figura de la joven.

Ambos cruzaron una furtiva mirada y las mejillas de Alicia se encendieron como dos farolas.

- Anda a ver la leche, Alicia, que estaba a punto de subir y puede manchar la estufa, la manda su madre como olfateando el peligro.
- Sí... voy, permiso joven, le habla tímidamente a Rubén sin poder levantar su cándida

mirada. Al pasar junto a él, sintió un extraño perfume, tal vez a menta, tal vez a flores, quizá a miel. Lo cierto es que inundó su pecho como un mágico elixir.

- Y bien ¿Qué le parece?, pregunta Sonia refiriéndose al cuarto.

- Es lo más lindo que he visto hasta ahora, suspiró Rubén pensando en Alicia.

- ¡Ya! no le ponga tanto tampoco, si no es nada del otro mundo. ¿Se queda entonces?

- Por supuesto, aquí me quedo.

Al instante corrió Rubén a buscar su único bolso y después de colgar sus coquetas camisas, abrió la ventana para dejar escapar el leve olor a humedad. Un enorme y viejo cerezo se erguía casi en frente de él. Sacó la cabeza para ver hasta dónde llegaba la copa y en ese instante una lluvia plomiza y espesa le cubrió toda la cara.

- ¡Disculpe joven, no sabía que se iba a asomar...; trataba de excusarse Alicia, sosteniendo en sus manos un pesado choapino de lana, que colgaba desde su ventana en el segundo piso.

- No te preocupes, lo bueno es que era solo algo de polvo y no de otras cosas que suelen arrojar por las ventanas. Ambos rieron de buena gana.

Este pequeño incidente entre ambos, abrió sutilmente la puerta del corazón de Alicia.

En los días posteriores, Rubén buscaba una y mil formas de poder acercarse a ella, cosa que era prácticamente imposible, ya que todo el día estaba vigilada por su familia, por ser la única hija mujer y además por la cantidad de hombres que había ahora en casa.

Analizó muchas estrategias de caza en el silencio de su cuarto y había finalmente una que no podría fallar.

Escribió un corto mensaje: "no puedo dejar de pensar en ti. Si sientes lo mismo que yo, espérame esta tarde a la entrada del camino viejo (inventa una excusa). Firma: El Empolvado.

Dobló cuidadosamente el papel y puso una pequeña piedra en su interior. Al salir al trabajo lo arrojó al interior de una de las botas de la joven; sabía que sólo ella lo encontraría cuando saliera a la huerta o al gallinero.

Ya en la tarde, cuando ya casi era la hora de la verdad, sacó su pequeña peineta de bolsillo y se peinó en el espejo retrovisor del camión. Pensó que debía dejar lejos su máquina y caminar al lugar de la cita para evitar sospechas y así lo hizo. Confiaba tanto en su experiencia de zorro que estaba seguro que era correspondido y que, por ende, su bella dama estaría esperándolo muerta de nervios.

Sintió un murmullo entre los árboles cerca del lugar, su instinto le advirtió que algo andaba mal y prefirió esconderse un rato. Después de largos e incómodos minutos, bajo las ramas goteantes y espinudas, salieron más allá nada menos que los dos hermanos mayores de Alicia.

Ya no creo que venga el infeliz. Se salvó en esta, pero ya vamos a cazar al zorro, se alejaron sentenciando. En tanto Rubén se acababa de percatar que, para su desgracia, se había equivocado de botas.

Volvió a la pensión con su cola de zorro entre las piernas. Este error le pudo haber costado muy caro. Abelardo y Juan, los hermanos mayores de Alicia, fueron criados en los duros trabajos del campo, sus espaldas y fuerza eran la de una yunta de bueyes. Ciertamente debía buscar otro método.

Aquella noche durante la cena, Rubén no musitó palabra alguna. Ni siquiera intentó mirar a Alicia de soslayo como lo hacía siempre. Se limitó a acabar pronto su cena para encerrarse en su cuarto y en sus pensamientos.

Mientras, en la cocina Abelardo dispararía el primer dardo.

Oiga papá...va a tener que poner más ojo con la Alicia porque el zorro anda rondando la casa. Denunció a su padre en tanto desmenuzaba un trozo de costillar ahumado.

La joven frunció el ceño y se apresuró en salir de allí.

A ver señorita, ¿quién la está correteando de aquí? ¿No me diga que le anda arrastrando el poncho a algún futre? la increpa su padre.

Las cosas que dice, papá, respondió escuetamente sin poder evitar sonrojarse. A pesar de que no había una relación entre ambos ella se había dejado seducir por las insinuantes miradas de Rubén y sabía muy bien de qué le hablaba su padre.

Después de unas semanas, se cortaron inesperadamente las faenas debido a los feroces temporales que ocasionaron el desborde del río Gol Gol. Rubén debía marcharse al pueblo hasta nuevo aviso y no podía convencerse de que, por primera vez, le fallaran sus aguzadas garras.

Era su última noche en casa de los Gutiérrez, se encontraba sin poder dormir, recostado en la ventana, con los ojos perdidos en la oscuridad. Paradójicamente, la solución estaba justo frente a él. Era ahora o nunca; pondría a prueba todo su arrojo y astucia.

La familia dormía ahora y la noche era como boca de zorro (en este caso). Era el momento propicio de atacar sin ser descubierto.

Abrió suavemente su ventana y comenzó a trepar el viejo cerezo que lo dejaría justo allí. Nada peor podía suceder más que estropear el engominado peinado.

Sus ojos brillaron de pronto en los cristales, no podía echar pie atrás. Todo estaba de su lado, puesto que la ventana de Alicia estaba sin seguro.

Así logró entrar en la habitación sin problemas. Ahora se aproximaba en penumbras a su hermosa gacela pelirroja, que yacía ahí como un delicioso bocado. No quiso hablarle para evitar hacer ruido y sólo se dispuso a avanzar sigilosamente en puntillas.

Todo hubiera sido diferente, se repetía Rubén, unos días después, postrado en su cama en el pueblo con una pierna enyesada y unas cuantas costillas traspuestas, después de resbalar del cerezo tratando de huir de la golpiza.

La experiencia y olfato de Artemio superó a la de este zorro. Ciertamente no había cortado el viejo y estéril cerezo porque era el camino a la tentación. Jamás le hubiera permitido a su querida Alicia quedarse con alguien que entra por la ventana como un ladrón. Hacía tiempo que ponía en la habitación de Alicia una cuerda amarrada en una pata de la cama y que atravesaba hasta la puerta del dormitorio. Por cierto, el zorro cayó en la trampa.

“Por donde pecas, pagas”, fue la última frase que Rubén recuerda de Artemio, mientras éste lo miraba desde la ventana del segundo piso.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE AYSÉN



PRIMER LUGAR  
Julián Patricio Vásquez Villarroel



34 años  
Profesor Rural  
Coyhaique

---

### HISTORIA DE EMPLEADOS FISCALES

¡¡ VEN ACÁ, EMPLEA'O FISCAL!! Gritaba a todo pulmón el Gringo Leberatt, en su alemán castellanizado... EMPLEA'O FISCAL!!

El muy desgraciado llamaba así a un gigantesco chancho que criaba desde hacía dos años y que, por continuar la burla hacia los pocos empleados públicos que trabajamos en esa lejana localidad del austral Aysén, se había negado a carnear.

Se la teníamos prometida... el día que se descuide un poco, nos íbamos encima del dichoso porcino y entre los cuatro lo comíamos entero, aunque se nos fuera la vida en ello.

Empleados públicos en Bahía Murta, localidad distante 200 kilómetros de Coyhaique, Región de Aysén, y cuyo único punto de entrada era el gran lago General Carrera. Éramos cuatro locos solitarios, tratando de hacer patria en estos rincones... sin caminos, sin electricidad, sin agua potable... Una vez al mes, llegaba por estos lados, desde Chile Chico y tras once horas de navegación, una lancha reacondicionada que con pretensión llamábamos "La Barcaza". Ahí recibíamos los pocos diarios que nos enviaban los familiares, los documentos de las jefaturas centrales y las órdenes del mes.

El grupo era un lujo... Carlos Cayún, el Indio, funcionario de la ECA, el almacén del pueblo que tenía todo lo necesario para vivir en estas soledades: desde una aguja hasta los preciados cigarros y la yerba para acompañar las largas noches patagónicas. César Contreras, el Chico, paramédico, "funcionario de salud", como le gustaba presentarse... y en eso tenía razón, nunca le faltaba excusa para hacer "salud". Mario Garrido, único carabinero en 500 kilómetros a la redonda; todos le decíamos "el Mala", un cariñoso diminutivo de "Mala Cueva", el tipo con más mala suerte que he conocido en mi vida. Todo lo que hacía (incluso lo que pretendía hacer) le salía mal, no había caso... y el último del grupo era yo, el más joven, profesor de Estado, director de la Escuela (bueno, el único profesor), me decían y todavía me dicen, "el Sordo", apodo heredado de mi abuelo, quien realmente tenía sordera total, no como yo que ahora

que estoy viejo empiezo a escuchar menos (o como dice mi señora... “escucha cuando le conviene”).

El gringo era un personaje de novela, verlo era ver un dibujo de caricatura de un alemán viejo: alto, gordo, la cara rosada, escaso cabello rubio y un acento tan gracioso que no podías conversar con él sin reírte, todas las frases las terminaba con un sonoro YIAH!

- Ta’ malo el lago, YIAH!

- Sí, don Leberatt

- No va llega na’ la barcaza, YIAH

- Yo creo que igual llega.

- ¿Ta’ govón?... con ete clima no llega na’, YIAH. Voy a buca’ mi chancho mejo’. Y empezaba por todo el pueblo con su famoso gritito.

- ¡¡ EMPLEA’O FISCAL!!... EMPLEA’O FISCAL!!

Nosotros, los verdaderos empleados fiscales, lo mirábamos con rabia y lo peor era que el maldito chancho entendía su llamado y se venía trotando de donde estuviera. Cuando llegaba al lado del gringo se le pegaba a las piernas como un perrito faldero, restregando sus 150 kilos contra la humanidad del gordo alemán.

- Ese es mi EMPLEA’O FISCAL. Engorda y engorda y no hace na’... Yiah!, decía en voz muy alta mientras acariciaba el lomo de su mascota, con la clara intención de que lo escucharan todos en el pueblo.

Se la teníamos prometida al cerdo aquel (al animal, no al gringo...) pero no encontrábamos la oportunidad propicia; el gringo no se alejaba por nada del mundo de su motivo de orgullo. En las largas noches de invierno nos juntábamos los cuatro a comer, jugar cartas e idear los más macabros planes para separar al chancho de su amo y darle el noble faenamamiento que el porcino merecía, hasta sacábamos cuentas de lo que podríamos hacer con tanta carne... los costillares se iban derecho a un asado... las piernas para hacer longaniza, el lomo con espinazo a una parrillada... Ya nos imaginábamos, comiendo toda una semana con el animalito aquel. La cabeza era el trofeo más preciado... estábamos juramentados para jugar una pichanga de fútbol con ella... Gringo desgraciado... le habíamos aguantado dos años de burlas...una pichanguita dos contra dos en la plaza del pueblo (si es que a un peladero con tres árboles se le puede llamar así) con toda la gente gritando por un equipo u otro... Nos imaginábamos tantas leseras para matar el aburrimiento. A veces nos arrepentíamos

y nos prometíamos mutuamente no hablar más del chancho, pero no había caso... bastaba una copa de vino para que alguno se acordara... chancho desgraciado... y ahí mismo que comenzaban las confabulaciones...

En mayo de ese año ('72 o '73 creo) estábamos como siempre en el muelle el día que llegaba la barcaza; todo el pueblo reunido ("todo el pueblo" éramos unos 30 adultos y los 11 niños de la escuela) ante el acontecimiento tradicional. Los mayores, como siempre, ayudaron en la faena de atraque, los demás esperábamos nuestros envíos que el capitán, el viejo Gallardo, iba entregando uno a uno con fingida y ampulosa ceremonia:

- Del Ministerio de Salud para el Sr. César Contreras, funcionario de esa repartición... y le entregaba la caja de remedios y uno o dos sobres...

- Del Ministerio de Educación para el Sr. Julián Vásquez, distinguido Director de la Escuela G-42 de Bahía Murta...y me pasaba una caja de libros, más los diarios que me enviaba mi madre desde Coyhaique.

Así era todos los meses, pero ese mes escuchamos un nombre nuevo en la entrega.

- Del Banco del Estado de Chile para el Sr. Otto Wolfand Leberatt von Bischoffshausen. Notamos enseguida que debió practicar todo el viaje para pronunciar tamaño nombre. Y le entregó un sobre muy pequeño al gringo. Por su rostro se veía que el más sorprendido era él mismo... en los cuatro años que yo llevaba viviendo en estas lejanías era la primera vez que recibía un encargo...una novedad...

Cuando se terminaba de entregar hasta el último paquete, toda la comunidad se retiraba... como procesión... de vuelta al pueblo. Yo caminaba a duras penas con mi caja al hombro, cada tanto debía descansar un poco. En una de esas paradas se me acercó el gringo (por supuesto acompañado de su chancho) con el sobre en la mano y con una sonrisa pícaro me dijo.

- Oye, díretog... me podí leeg la cagta yiah, tengo problema con el castellano, yiah. Yo te llevo la cajita.

- Aliviado le traspasé la carga, que en sus inmensos hombros se veía bastante menos imponente que en los míos. Bueno amigo Leberatt, veamos. Abrí el sobre, lo leí y le explique el contenido.

- Tiene que viajar urgente, Sr. Leberatt, el banco le pide que se presente en las oficinas de Chile Chico para la firma de unos papeles de su campo.

- Ah! Muy bien, muy bien... vamos a conseguir pasaje entonces' con el govón de la Bagcaza, yiah.

A mí se me iluminaron los ojos con esa noticia, aunque no le di a entender nada al alemán... no bien se pierda de vista en el horizonte... asadito de chancho... pensé con malicia para mis adentros. Apenas dejé la caja en la escuela partí corriendo con la noticia donde el indio Cayún. El indio cerró el boliche y se fue corriendo donde el Chico; yo me encargué de avisarle al Mala, que como siempre, dormitaba en el retén.

Nos juntamos esa noche, lo más sigilosamente posible, para que el gringo ni sospechara de nuestras intenciones. El Chico, como siempre, sacó de su maletín de médico un botellón de vino y una vez en los vasos brindamos por este triunfo que tanto habíamos esperado... Mañana al amanecer, apenas salga la barcaza, EMPLEA'O FISCAL seguiría el noble destino para el que, según nuestra particular forma de ver las cosas, estaba destinado: servir de comida para estos sacrificados funcionarios públicos... La segunda botella corrió por cuenta del Indio, que a pesar de su reconocida tacañería, de puro contento y casi saboreando las chuletas del porcino, tuvo a bien abrir la bodega para seguir brindando... ¡Qué noche aquella! nos agasajamos por adelantando y aprovechamos, ya un poco mareados, de preparar todo para el otro día: cuchillos afilados, una fuente para poner las achuras, un viejo balde de lata para juntar la sangre... todo listo... nada falta... A dormir muchachos, mañana es un día especial, dictaminó el Indio y cada uno tomó su linterna para irse a casa. Por mi parte y a pesar del vino, casi no pude dormir de la emoción... ¡¡POR FIN!!...pensaba en la soledad de mi dormitorio.

A las seis ya estaba en pie, miré por la ventana y el Mala también se había levantado; bastó un silbido y con el uniforme a medio poner, atravesó la calle para venir a los mates...

- ¿¿Y??...

- Casi no dormí, pensando en el chancho, dijo con una sonrisa.

- Yo tampoco...Mate...?

- Mate...

- ¡A que hora sale la barcaza?

- A las siete siempre... Tomemos unos pocos y vamos pa'l muelle.

- Vale...

A eso de las seis y media ya estábamos de punto fijo en el muelle. ayudando al viejo Gallardo a subir los encargos que iban para Chile Chico. Nos reíamos solos pensando en EMPLEA'O FISCAL y en los asados que nos daría. Un poco más tarde llegaron el Indio y el Chico, se pararon en la playa, como quien no quiere la cosa... esperando.

Cinco minutos faltaban para el zarpe cuando se vio llegar al gringo Leberatt, con un bolsito en la mano, su sombrero tirolés, una manta de castilla y el infaltable chancho a su lado. Nosotros nos miramos con sonrisa cómplice. El capitán Gallardo, con sus faenas listas comenzó a soltar amarras y le preguntó al gringo, el único pasajero visible en el muelle:

- ¿Un pasaje, Sr. Leberatt?

- No, dijo el gringo y haciendo una pausa socarrona nos miró uno a uno. Dos pasajes... viajamo' con EMPLEA'O FISCAL... y en un salto coordinado, gringo y chancho abordaron la barcaza... El otro mes volvimos – nos dijo - si quiegen nos echan de menos...yiah...

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE AYSÉN



SEGUNDO LUGAR

Juan Carlos Bahamonde Gómez

53 años

Contador general / Técnico en Administración  
Coyhaique



---

### EL SERVICIO MILITAR

En el Hogar Estudiantil “Augusto Grosse” que alberga a niños, niñas y jóvenes del mundo rural que llegan hasta Coyhaique para completar sus estudios de enseñanza media, era frecuente escuchar las historias y relatos que hacían acortar los días, sobre todo para aquellos de menores recursos que no podían ir todos los fines de semana a sus casas por distancia, considerando que la Región de Aysén por vía terrestre tiene rutas por más de 1.000 kilómetros, incluidos los límites norte sector La Junta-Lago Verde y sur hasta Villa O’Higgins, sin considerar las tremendas aventuras que deben vivir quienes se trasladan hasta el litoral aysenino en barcazas, lanchas y botes, algunos todavía a vela y remo. Por tanto debían permanecer en el Hogar.

Así, un buen día, compartíamos unos mates en el salón comedor, donde el cebador tiraba unos cortos para las damas y los más largos para los hombres, no faltando en este interludio los dichos populares del amigo Aguayo, cuando ya se hace propicio el cambio de la yerba; otros preguntan por el Sr. Lavados refiriéndose al mismo tenor. En aquella oportunidad un par de hermanos recordaron a sus tíos cuando les tocó presentarse al servicio militar en tiempos de los años 80 aproximadamente. Patricio Augusto era el menor y Juan Gilberto el mayor de los Chacanos provenientes de la Villa Cerro Castillo como sector, ya que en realidad viven como a un día de camino hacia las montañas, donde deben cruzar un par de lagos en bote y si las condiciones están malas simplemente rodear a caballo todo el territorio, para llegar a ayudar en el campo a sus mayores.

Juan Gilberto relataba que sus tíos consideraban una verdadera proeza ser llamados al servicio militar, trámite que se iniciaba con la inscripción en el Cantón de Reclutamiento de Coyhaique, hasta donde se trasladaban algunos saliendo por primera vez “al pueblo” con 17 años de edad. Como es lógico correspondía empilcharse para llegar bien presentados donde los milicos.

Uno de sus tíos por parte del papá asistió junto a un primo a cumplir con el proceso de inscripción; en este caso ambos residían en el sector Las Ardillas, en uno de los lagos cercanos a la Villa Cerro Castillo, comuna de Río Ibáñez, lo cual obliga inicialmente a

las madres a confeccionar las prendas que cada cual elabora, según sus capacidades artesanales. Así un buen chaleco tejido a palillos con lana de la temporada era lo primordial para aguantar el frío otoñal; un par de medias de lanas debían ser de la partida para no enfriarse los pies, ya que para salir de las montañas debían portar botas de goma para enfrentar cualquier emergencia de embarrialados, pantanos, rocas, arroyos que cruzar en este primer día que les llevaría llegar hasta la Villa para que al día siguiente buscaran medios que los trasladasen hasta la capital de Coyhaique, donde debían comprar el resto de pilchas. Por ejemplo una buena camisa, paletó y una gorra o sombrero que les cubriera parte de la cabellera, la cual estaría recién esquilada con el clásico corte militar para comenzar a familiarizarse con lo que sería su futuro.

El trayecto desde la Villa a Coyhaique no estuvo exento de anomalías, ya que se dejaban caer las primeras nevazones, siendo su primer escollo la “cuesta del diablo”, lugar donde antes de comenzar el ascenso cualquier vehículo en esos años debía portar cadenas rompehielos que le permitiera llegar a la cima sin dificultades. No hacerlo significaba arriesgar innecesariamente no sólo la pérdida del vehículo, que podría desbarrancarse por alguna de las curvas y contra curvas con pendientes en su gran mayoría sobre los 45 grados, que respetaban en aquellos años todos los conductores. Hasta los más avezados tomaban los resguardos para asegurarse llegar a destino. En esta oportunidad, los tíos cuentan que llegaron sin novedad hasta el sector de los Mallines ya sobre el plano de la montaña, pero el esfuerzo para la máquina debió haber sido muy fuerte, ya que a poco andar en terreno que se suponía seguro se soltó un amortiguador que obligó a su detención, para proveerse de la mejor abrazadera chilensis que amarrara lo más firme posible el paquete de resortes trasero izquierdo; el peso sobre ese lado era el mayor problema ante una mole como de 150 kilos que iba de pasajero en esa parte del vehículo. Así es que la primera medida era trasladar al guatón desgraciado, bolsa de guano y otros epítetos de todo calibre que cada persona emitía, por tener que bajarse en plena montaña como a las 10 de la noche, con más de 15 grados bajo cero.

El chofer solicita ayudantes voluntarios de inmediato. Grita a sus pasajeros en medio de la montaña: “esta hay que hacerla corta muchachos, así es que aquí tengo un par de alicates; hay que hacerla corta, necesito que alguien vaya a cortar alambre al cerco donde estoy alumbrando, mientras yo desarmo la rueda para hacerle una güena abrazadera con alambre dulce y acerado. Me cortan de las dos clases por favor” pidió urgido aquel hombre, ante lo cual los primos consideraron que esta era la primera misión importante a la que ellos estaban llamados. Así, raudos toman sus herramientas y corren para tomar vuelo y saltar desde la huella hacia el cerco. Pero grande es la sorpresa de los demás pasajeros cuando ven desaparecer a los dos valientes soldados con la nieve hasta el cogote, ya que nadie se percató que la huella dejada por la máquina de vialidad que limpiaba aquel sector de la región, no había podido ingresar al sector, siendo la altura aproximada de más de dos metros de altura apisonada. Por tal razón el lugar donde habían caído los muchachos estaba intacto, obligando por añadidura a

sacar las palas para despejar y hacer camino para ir en auxilio de los ágiles voluntarios, a quienes se les veía las puras gorras enterradas en la nieve, junto a dos pequeñas humaredas de vapor que salían desde sus congeladas narices.

Al salir luego de la rápida acción de los demás pasajeros se recriminan uno al otro: pensar que esto nunca nos ha pasado cuando andamos colocando huaches y nos viene a pasar justo ahora, delante de los caballeros. Qué dirán de nosotros el par de huasos pa' brutos, cómo no fijarse dónde van a pisar. Y cómo estarán por Coyhaique responde otro personaje que hacía de ayudante del micrero; parece que no es el único que viene con la escopeta cargada.

Los trabajos se hacen con toda la agilidad posible a esa temperatura; primero para llegar hasta el cerco que debe ser encontrado, previa revisión de niveles donde se estaba pisando para no quedar nuevamente enterrados en la nieve, utilizando ramas, trozos de árboles que se recogen para tantear a ciegas dónde cresta está el alambrado, ya que por aquellas circunstancias los genios ya no eran de los mejores, ocupando gran parte del diccionario garabatos que iban y venían para dar o recibir órdenes que permitieran encontrar alambres, cortarlos, llevarlos al chofer mecánico, que junto a su ayudante ya hacía rato tenían la rueda afuera esperando poder levantar al máximo la carrocería para elaborar la famosa abrazadera chilena, que permitirá continuar el viaje hasta nuestro destino final en la ciudad de Coyhaique.

Recuperado el viaje, a poco andar se quedó sin calefacción, razón por la que para cubrir los más de 80 kilómetros faltantes, comenzaron a salir los copetes, desde las de pisco puro pa'l frío no más decían sedientos, hasta un par de cajitas de esas para la caspa, más conocidas como tres tiritones. Total que el resto del viaje significó para algunos llegar más cocidos que botón de oro, pero la experiencia bien valió saber que a pesar del frío y las dificultades del camino, igual el hombre le ganó a la ruta una vez más.

Llega el día de la presentación al Regimiento Nº 14 Aysén. Junto con entregar los documentos de rigor, el primer trámite es un examen físico donde cada joven debe quedar solo en calzoncillos; pero uno de ellos no usaba esta prenda (no vamos a decir quién de los dos para no herir susceptibilidades). Ante el hecho elocuente de que había que salvar la situación, uno expresa a su amigo, el primo hermano que se veía afligido en demasía pidiendo ayuda, que el problema se resuelve si pasa uno primero, mientras el otro espera turno en medio del grupo, donde se desvisten para luego pasar al salón grande con el doctor. Dicho y hecho, compañero aprueban casi al unísono. Al regreso se percatan de que el calzoncillo que portaba uno de los Chacanos era de confección propia de la madre del futuro soldado, cuya materia prima provenía de un quintal de harina, previo lavado y remojado en cloro para el blanco albo como diría un colocolino de sepa. Se notaban los 40 kilos que quedaban en la parte delantera del seudo calzoncillo artesano abotonado para poder dar salida a la evacuación de líquidos del popular niño; un par de estampados del molino en la parte trasera, hacían lucir ciertos colores

aún vigentes en la susodicha prenda: Molinos TG, La Unión, Chile, duración seis meses a partir de la fecha de elaboración. Al parecer la tela no era de muy buena calidad porque con un par de lavados las presas quedarían en absoluta libertad de movimientos.

En la antesala de revisión se juntan para que uno cubra al otro como buen hermano y amigo, ya que deben desvestirse para quedar en pampas e instalarse el calzoncillo lo más rápido posible para que de inmediato pueda trasladarse frente al doctor, en la sala contigua. Pero aún queda un problema terrible para este joven quien nunca había utilizado esta prenda. Por tal razón pregunta entre nervioso y preocupado: ¿cómo se pone esta cuestión?, ante lo cual recibe como respuesta “con lo cagado pa’ tras hermanito apúrate que viene gente” e ingresa raudo a la gran sala para ser examinado, en cumplimiento a sus obligaciones de chileno bien nacido, ya que es muy válido decir que en este Chile querido, el servicio militar lo hacen yendo a alguna escuela militar aquellos que pueden financiar los gastos propios de esta carrera, quedando los voluntarios del pueblo y sobre todo del mundo rural campesino que ven al servicio militar para cumplir la meta de hacerse hombre. Como si en el campo fuera muy fácil la vida ¿no es cierto? Aquí un apartado especial para aquellos hijos de chilenos que vienen desde la pampa a cumplir con su deber militar; esos jóvenes son dos veces chilenos en esta Patagonia chilena.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS  
**REGIÓN DE AYSÉN**



TERCER LUGAR  
Carlos Nicolás Castillo Levicoy



30 años  
Ingeniero Forestal  
Coyhaique

---

KEIPÜN; ALMA CURIOSA Y SILENCIOSA  
EN LOS BOSQUES DE LENGA  
(NOTHOFAGUS PUMILIO) DE AYSÉN

El bosque, mi hogar, se ha ido transformando en forma abrupta, producto de la llegada de los hombres. Mi especie ha vivido por generaciones en estos parajes; nos gusta estar cerca de los arroyos, donde hay humedad, pues ahí se encuentra más abundante el alimento. Cada vez se hace más difícil nuestra vida, todo está cambiando, los otoños e inviernos, la primavera y los veranos. Mis amigos, los árboles, también desaparecen.

Mi madre me aconseja siempre estar cerca de ella, pues los depredadores siempre merodean. Cada vez que el peligro acecha, los árboles, amigos fieles, constantemente avisan. Tras escarbar y escarbar la hojarasca del suelo en busca del alimento, un día noté ruidos distintos y desconocidos. Mi curiosidad característica, me llevó a observar qué era lo que estaba ocurriendo. La sorpresa fue grande: eran madereros con herramientas extrañas, que habían llegado para cortar los árboles.

Me acerqué lenta y silenciosamente, mientras seguía revolviendo la hojarasca muy disimuladamente.

- ¡Güete, Güete!

- ¿Quién me habla?

- Soy yo, mira al lado.

- Ah, eres tú, amigo árbol.

- No me llamo Güete, mi nombre es Keipün!

- ¿Y cómo te llamas tú?, ¿te dicen árbol o tienes otro nombre?

- Disculpa, mi nombre es Afmatufaln<sup>2</sup>. Soy uno de los Aliwen<sup>3</sup> más grandes de este sector.

- Eres joven, no te había visto por este lugar.

- Sí, soy hija de Ayüfal<sup>4</sup>, una Güete muy conocida por estos parajes.

- Ella me había hablado de ti. Me dijo que eras uno de los árboles más viejos de este bosque.

- Bueno sí, eso es cierto. A tu madre Ayüfal, la conozco desde muy pequeña.

- ¿Qué estás haciendo Keipün, en este lugar? ¿Por qué has venido? ¿No te dan miedo los hombres?

- Sólo curiosidad, estoy en busca de gusanos y otros bichitos que son mi comida favorita.

- Los hombres ¿son seres malos?

- Por lo que he visto, hay buenos y malos.

- Ojalá no sea uno de sus árboles favoritos para cortar. Uf, me han puesto muy nervioso, en cuanto los sentí llegar.

Afmatufaln me contó que muchos de sus hermanos e hijos, han sido cortados y extraídos por los hombres madereros. Fueron diversos los productos que ellos sacaron en aquellos años. Prueba de ello son los aserraderos abandonados que hay actualmente en el bosque. He conocido algunos de ellos. Me asusta ver sus tamaños; existen muchos restos de árboles abandonados y de las enormes máquinas que utilizaron. No me hubiera gustado estar en aquella época, tuvo que ser muy triste.

- Afmatufaln, me voy a acercar para ver qué están haciendo. Y no te preocupes que tendré cuidado.

- Si piensan en cortarte, yo te aviso.

- Bueno te lo agradezco amiga Keipün.

Mientras escarba la hojarasca, Keipün se acerca silenciosa y disimuladamente. Los madereros llegados al bosque, tratan de colocarse de acuerdo para ver quién estará a car-

go de recorrerlo en busca de los mejores árboles para ser cortados. Los otros terminan de armar el campamento que les servirá para pernoctar el tiempo que se queden en el bosque.

Estos seres hablan en un idioma desconocido y extraño, inentendible para Keipün y los demás habitantes del bosque.

Uno de los hombres se aleja, con una herramienta en la mano, es un hacha. Con ella marcará los árboles que encuentre en el bosque y que sirvan a sus propósitos. Keipün, toma la decisión de seguirlo, su curiosidad le indica que debe ver lo que este humano hará.

Sucede algo repentino, Keipün, emite un ruido muy característico mientras sigue al hombre.

- Güed, güed-güed, güed-güed.

Ella trata de preguntarle al hombre adónde se dirige y qué es lo que hará con esa herramienta extraña. Pero el humano solo oye un ruido de un pájaro común de estos bosques. Se da vuelta y logra verla; está en una rama de un árbol de lenga a media altura, no le da mayor importancia y sigue su camino.

Silbido tras silbido, el hombre llega a una hondonada y encuentra un par de árboles grandes, sanos y derechos. Con el hacha procede a golpearlos uno por uno. Es un golpe seco que les da y se queda escuchando. A través del sonido que se emite con el golpe, el maderero sabe si el árbol está sano o si posee alguna pudrición interna.

- Parece que estamos de suerte. Estos árboles están sanos y buenos para madera. Voy a sacarles un escuspe5 para marcarlos y luego me vuelvo al rancho. Con los árboles que hay en este sector tendremos para unos cuantos días de duro trabajo.

- Mmm, qué bien. Mi padre estará contento con la noticia.

El hombre mira a su alrededor para recordarse bien del lugar. Nuevamente divisa a Pewüngen, la queda mirando un buen rato, mientras la Güete lo mira y escarba de un lado a otro.

- Creo que me has traído suerte, avecilla.

- ¿No me tienes miedo? estás muy cerca. De todas maneras, no te voy a hacer daño.

- Me voy, se me va hacer tarde.

Tomó su hacha, se la echó al hombro y regresó al rancho. Keipün, luego de mirar al extraño hombre, conversa con los árboles que el maderero dejó marcados.

- Amigos árboles. ¿Qué fue lo que les hizo este hombre con su herramienta extraña? Cuéntenme. Sentí ruidos fuertes.

- Hola amiga.

- ¿Keipün, es tu nombre?

- Sí ¿cómo supieron?

- Los árboles nos comunicamos las cosas que pasan en el bosque, muy rápidamente a través del aire y del suelo con nuestras raíces.

- Afmatufaln, nos avisó que eres nueva en el bosque. Eres hija de Ayüfal.

- ¿A mi madre la conocen?

- Sí. La conocemos desde que era una avecita nueva, le encantaba jugar, escarbar la hojarasca y conversar con todas las especies que habitan este bosque de lenga.

- ¡Aaaah!

- Yo traté de hablar con aquel hombre extraño, pero no pude. Tienen una forma desconocida de comunicarse entre ellos.

- Sí, amiga. Los habitantes del bosque no podemos comunicarnos con ellos, ni ellos con nosotros.

- Ellos llegan a los bosques, nos eligen, luego nos marcan con sus herramientas, para volver y cortarnos.

- Es muy triste, pero es así. Nuestro Aliwen más antiguo, nos ha dicho que muchos de los árboles que están en los bosques, han sido creados para ser cortados y servir al hombre con su madera.

- Amigos, lo que me cuentan es triste.

- Y ¿con quién conversaré, después que ustedes no estén en este bosque?

- No te preocupes Keipün, quedan otros árboles. Además tienes otras especies que estarán muy contentas de saber que hay una nueva avecilla en el bosque.
- Nosotros nos encargaremos de hacerles saber, antes de ser cortados.
- No estés triste.
- Sabíamos que llegaría este día para servir al hombre.
- Esperemos que sólo saquen lo que necesiten del bosque y no actúen indiscriminadamente con nuestro entorno.
- Te decimos esto Keipün, ya que cada cosa mala que se le hace a nuestro hogar, todas las especies se ven afectadas, incluso tú.
- Bueno amigos, me voy, quiero seguir a aquel hombre de cerca.
- Hazlo Keipün, y ten mucho cuidado.

Keipün dejó a sus amigos y se dirigió rumbo al sector donde los hombres habían levantado su campamento. Ella estaba preocupada por lo que le contaron los árboles. Debía estar cerca de los madereros para observar su actuar y Afmatufaln debía enterarse de lo que había ocurrido, además debía responder a varias preguntas que se hacía Keipün.

**1 Keipün:** escarbar.

**2 Afmatufaln:** admirable.

**3 Aliwen:** árbol de grandes dimensiones.

**4 Ayüfal:** amable, agradable.

**5 Escuspe:** pedazo de madera que los madereros le sacan a los árboles al marcarlos o probarlos con el hacha.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE MAGALLANES



PRIMER LUGAR  
Julia Ester Roehrs Mata  
66 años  
Punta Arenas



### LAS TIERRAS QUE NO FUERON MÍAS

Me sumergí en la inmensidad silenciosa del paisaje paradisíaco, de fiordos y canales, nunca antes visto por el hombre. El lago, como un espejo de plata al pie de los cerros, reflejaban con esa intensidad sus verdes follajes encantados de musgo y árboles.

Para cruzar los canales, me había pertrechado de un caballo adquirido por un viejo que vivía en una choza solitaria en esas regiones tan inhóspitas, desamparadas.

- Una vez que usted cruce, le va a ser reíficil regresar patrón. Naiden se atreve a cruzar..., esos paisajes están embrujao's –me había dicho el ermitaño- A lo más, que lo puedo allegar con mi lancha... y de ahí pos..., tendrá que cruzar la marejá y eso es toito lo que pueo' hacer por usted, patrón.

- Estaré de vuelta para que me venga a buscar en este punto, donde nos encontramos., y ¡Gracias, amigo!

- ¡Que Dios lo guarde, patrón! –me respondió el hombre, mientras me hundía con mi caballo en las frías aguas, para cruzar a las tierras adyacentes.

No era joven para estas aventuras y... ¡sí que las había tenido! Pero la juventud la llevaba en el alma y mi sueño había sido siempre poseer mis propias tierras.

Por motivos que no es dable explicar, había abandonado a mi mujer y, por ende, el sufrimiento de perder a mis hijos. Como así también la oportunidad en una repartición de lotes que se estaba adjudicando a los ganadores, en ese entonces. Até mis bártulos llenos de añoranza y soledad y dirigí mis pasos a la Argentina.

Cuando regresé a Punta Arenas, después de mis avatares por la vida, me enteré que el gobierno estaba otorgando otras tierras. Eran éstas entonces, las oportunidades que se me estaban dando. Decidí conversarlo con mi hermano, que era el socio capitalista. Con él aunamos los esfuerzos para adquirirlas y, por lo pronto, necesitaba conocerlas en el terreno mismo y él fue partícipe directo de esta temeraria aventura.

- ... Atravesaré el cerro hasta el llano, según el mapa adjunto a mis pertrechos –me dije- despojándome de algunos para el regreso y aligerar la carga.

El trayecto se hacía lento hacia los cerros y de noche descansaba con mi trotón, que se había transformado en un fiel compañero. A él contaba mis cuitas, mientras me miraba con sus grandes ojos como entendiendo mis penas.

- Tengo una mujer que me espera. Es joven y quiero luchar por ella – le decía al potrero- No puedes defraudarme amigo y él asentía golpeteando su cabeza. – La soledad o me afecta –continuaba hablándole- he trabajado en un faro durante meses y eso no trastornó mi vida.

Desde el último cerro a mi vista, se alzaba una planicie verde, rodeada de tierras altas, con abruptas montañas y me detuve a contemplar... ¿Cuáles serían las verdaderas perspectivas...? Según el mapa y las cábalas, a sabiendas que eran las únicas posibilidades que se me ofrecían, de acuerdo con mi anhelante corazón, no eran las tierras más óptimas y en el terreno comprobé que se presentarían dificultades, sobre todo en el traslado de animales.

Tuve que reconocer que me había obcecado con esas tierras a toda costa.

Después de estas cavilaciones, emprendí el retorno por el mismo camino, calculando llegar el día prevista con el ermitaño. Pero, al regreso, noté que los terrenos estaban blandos y resbaladizos a la orilla del río correntoso. Traté de vadear la orilla, alejándome del lugar, buscando tierra firme. Repentinamente, la maleza se hundió a nuestros pies e instintivamente me aferré al cabestro del caballo, que comenzó a dar saltos, pero éste fue impulsado por la fuerza de la corriente.

Con todo el ímpetu de mis fuerzas, con la brida enredada a mi muñeca, azuzándolo violentamente con el látigo, traté de llevarlo a la orilla.

Fue un momento inenarrable, en el cual el animal comenzó a hundirse en las aguas, donde ambos quedamos sumergidos. Sólo una fracción de segundo y pensé que llegaba a mi fin. Era el fin, no sólo de mis sueños, sino que el fin de ésta, mi vida terrenal... ¿Adónde iría después de mi vida terrena?... ¿Dónde iría a pedir perdón por mis pecados y mis equivocaciones...? En esa vorágine de angustia y muerte, sólo me aferré al cuerpo corpulento del animal, del cual sentí que en cualquier momento me desprendería, convertidos en dos cuerpos flotantes.

El animal logró saltar sobre el agua y con él volvieron mis bríos, castigando a la bestia, que logró llegar a tierra firme, quedando con la mitad de su cuerpo en el agua, sin moverse como un tronco inerte... y frío.

Exhausto, sin fuerzas, empapado, botando agua, me abracé al cuello del animal. Ambos, agradecidos mutuamente estar con vida, unidos hombre-bestia en el paisaje más indómito, de esa inconmesurable, gigante naturaleza.

Comprendiendo al fin, que el animal tiene mucho de humano y el ser humano mucho de bestia.

Maltrecho, herido, regresé lentamente al lugar frente a la península grande, donde me esperaba el solitario hombre. Pero se hizo de noche y decidí acampar en el sitio indicado, esperando, tal vez, el milagro de un nuevo día, sin más rostro que las estrellas, en la oscuridad de un paisaje que me acusaba, por la osadía de profanar su silencio.

Desperté con la luz del día en mi dolorido rostro, sin saber la hora. Había perdido el reloj, tenía una muñeca dislocada y una pierna herida.

Caminé por la orilla, buscando el horizonte, colocando la mano cóncava, a modo de visera, para observar a la distancia.

Tal vez, había equivocado el día estipulado – pensé. Busqué ramas y encendí una fogata. Luego, pasó otra noche y un buen día, comprobé que tenía una crecida barba.

- Me estoy transformando en uno de esos seres primigenios –le hablé al caballo.

- Tal vez, si encontráramos una caverna, pasaríamos a la prehistoria... o tal vez, sería un "Robinson Crusoe"... , "pero con caballo" –poniéndole una nota cómica a la difícil situación. Siempre actuaba con ingenio en las etapas más inverosímiles de mi vida ¿por qué no ahora, que lo ameritaba la ocasión?... –mientras hincaba el diente a los alimentos que restaban.

Comencé a recorrer la zona, buscando algo que me indicara una señal.

- Mañana comeré ave –pensé- mirándolas sobrevolar mi cabeza, mientras cascaba la corteza de un tronco de un árbol con mi cortaplumas, indicando que había estado allí.

Pero nadie volvió en dos días, ni en tres. La barba seguía creciendo... y mi estado anímico, decayendo cada día.

Decidí instalarme en el extremo oriente de la isla; lugar que estaba más protegido y allí armé una bucólica toltería, recorriendo, cada día, la orilla de un extremo a otro a la espera del viajero.

Cayó la lluvia, vinieron las nieves, soplaron los vientos y un buen día, se derrumbó estrepitosamente el ramaje de la toltería. En ese momento recordé el salmo de Mateo 7.24. Nadie puede olvidar la parábola de “las dos casas”. Comencé a recoger y a amarrazar el ramaje de mi ingeniosa y aunque no soy religioso, me puse a orar...

Estaba una tarde mirando el horizonte, me sentía lleno de antiguas añoranzas... “como a una ventana, llena de lejanías.., donde ella me espera con su cara dormida... con el pan de las mañanas... con el caldero encendido...”

Los últimos haces de luz se reflejaban en la danza rítmica de las olas, con un golpeteo cíclico y monótono en mis oídos.

Un punto borroso a lo lejos se iba agrandando ante mi vista, hasta convertirse en el perfil nebuloso de un hombre... ¡Un hombre! –exclamé- sin creer en mis propias palabras, que brotaban de mis labios incrédulos... Y comencé a gritar -¡¡Es él... es el hombre... es él...!! ¡el ermitaño! Gritaba a todo pulmón, olvidando todas mis dolencias y saltaba, levantando mi enclenque bastón.

Cuando el viajero abordó la orilla, se encontró con un cuadro lamentable. A su vista, un hombre de barba, cojeaba, apoyado en un rústico bastón. Sus ropas estaban rasgadas y sucias y, a su lado, caminaba un enflaquecido caballo. Parecía un guerrero vuelto de la batalla. Y si el viajero hubiera conocido la historia del Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes; seguro que lo estaría viendo en persona, en ese momento, con su magro “Rocinante”.

La mujer joven de mis sueños no me esperó. Se había ido con otro hombre. Hoy vivo en mis propias tierras de Quellón, en la Isla Grande de Chiloé, con mis animales y con mi casa, levantada con mis propias manos y sólidas bases. Tengo setenta años. Me casé con una buena mujer que me acompaña.

Hoy pueden caer las lluvias y los vientos y yo siempre recordaré la parábola del Señor.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE MAGALLANES



SEGUNDO LUGAR  
José Rubén Loncón Pérez



72 años  
Jubilado  
Punta Arenas

---

### A BUSCAR UN MEJOR FUTURO EN TIERRA DEL FUEGO

Eso fue lo que le dije a mi madre, cuando decidí salir a trabajar, tenía sólo 16 años pero no le tenía miedo al trabajo, así fue que me embarque en Achao, en el Puyehue que me trajo hasta Punta Arenas, después de ocho días de travesía, con escalas en Puerto Edén e isla Guarelo.

Llegué a otro mundo, era agosto de 1952, desembarqué en un muelle enorme, cubierto de nieve. Ahí, un carro de dos ruedas tirado por caballos me llevó a mi pensión, me llamó la atención que las calles estaban pavimentadas con piedras, ésta era una técnica que fue aplicada por los Croatas según supe más tarde.

Dos días más tarde partí hacia Puerto Porvenir, me embarqué en la goleta Gaviota, ésta era una embarcación relativamente pequeña que cruzaba el estrecho de Magallanes en busca de carga y pasajeros, para variar nos sorprendió el viento y el cruce se demoró alrededor de 6 horas. Finalmente, llegué a TIERRA DEL FUEGO, donde me esperaba mi padre en Bahía Chilota. Me llevó a su lugar de trabajo una estancia cercana, allí aprendí lo necesario para trabajar y una vez que estuve preparado partí a la estancia Fortuna, esa vez anduve 35 kilómetros a caballo para llegar.

Mi primer trabajo fue como ayudante de esquilador, debía levantarme a las 5 de la mañana y guardar en los corrales los piños de ovejas que iban a ser esquiladas, era un trabajo arduo pero como yo era joven pronto me acostumbre.

La alimentación era bastante buena. A las 6 de la mañana se tomaba sólo café, a las 9 se desayunaba café con leche, pan, chuletas y quaker con leche; a las 12 se almorzaba; a las 4 de la tarde se tomaba un café y a las 6 de la tarde se cenaba, este horario era sólo para la época de esquila.

Cuando terminó la temporada de esquila, quedé como ayudante del cocinero, me levantaba a las 5 de la mañana a encender la estufa a leña, para después preparar el

desayuno y todas las otras comidas del día, ayudaba en todo lo que podía. Un día estando en la estancia me ocurrió una anécdota. Después del almuerzo se preparaba un amasijo para hacer el pan y estábamos en eso cuando llegó un pasajero, como no había pan el cocinero me dijo que le haga chapaleles, porque eran más rápidos y bueno para cumplir la orden yo saqué masa de la que ya teníamos que era para pan e hice los chapaleles, puse el agua a hervir y cuando estuvo lista los comencé a colocar a la olla, todo iba bien hasta que la levadura comenzó a leudar, primero saltó la tapa de la olla por falta de espacio, luego comenzaron a subir los enormes trozos de masa. Yo estaba tan asustado que no hallaba qué hacer así que comencé a sacarlos con una espumadera y a tirarlos para afuera, crecían y crecían, solo tres o cuatro pudieron cocinar, después fue causa de risas para todos.

Continué trabajando en la estancia, pero ahora de arriero, con otros dos compañeros nos tocó la misión de llevar 1500 animales, desde el cordón Baquedano hasta las cercanías de la estancia Cameron, ya era el mes de abril y comenzaba a escarchar en el cordón, demoramos 8 días, fue una labor difícil, pues manejar una cantidad así de animales es complicado, cada uno de nosotros llevaba tres perros ovejeros, ellos fueron parte fundamental en esta faena, ya que estos animales son muy inteligentes y colaboraban bastante.

Tuve por primera vez la experiencia de dormir realmente entre el cielo y el silencio, ya que la pampa es tan vasta que sólo ves mata negra y coirón, no se ven árboles hasta llegar a Cameron, en la noche me cubría con mis aperos los que llevaba en el caballo y me tapaba con una lona. El frío se siente porque generalmente hay viento y eso ayuda a que el aire se torne más helado, nuestra comida consistía en café o mate y carne de cordero asada, y cuando nos acercábamos a alguna estancia conseguíamos pan, la carne la proveían las ovejas y era la mitad para nosotros y la otra parte para los perros ovejeros.

La finalidad de bajar las ovejas del cordón era para protegerlas del invierno y así asegurarles el pasto, ya que cuando caía la nieve después venía la escarcha y congelaba el pasto y el agua que es lo que necesitan para vivir.

De a poco fui ganando experiencia en la Patagonia. Poco después fui a trabajar como puestero, esto es cuidar animales de un cierto territorio y vivir en una pequeña casita que cuenta con lo más básico como cama, cocina y alimentos que le dejan los patrones a uno para que pase los meses que tenga que estar trabajando ahí, el trabajo consiste en salir a recorrer el campo todo los días y verificar que no hayan animales muertos, ya sea por los zorros o por acción del hombre, ya que de pronto aparecían los cuatreros y se llevaban varios animales.

Una noche estaba dormido en mi puesto, eran como las tres de la mañana, desperté

abruptamente cuando se quebró un vidrio de la ventana de la cocina, el miedo que se apoderó de mí fue terrible pero me calme y busqué el rifle que tenía para defenderme de los maleantes, me vestí y salí temblando pensando que me encontraría con alguna pandilla, pero cual sería mi sorpresa cuando en el pasillo de la entrada encontré muerto un carancho, pájaro típico de la zona, se había encandilado seguramente con la luz de la luna que esa noche estaba espectacular, no lo podía creer, me costó mucho reponerme del susto.



Ese año de 1953 fui testigo de una gran plaga de conejos que hubo en Tierra del Fuego, fue catastrófica. Habían tantos conejos que se comían todo lo que encontraban a su paso, hasta los troncos de los árboles se comían para saciar el hambre.

Los ganaderos tuvieron grandes pérdidas de animales, ya que éstos morían enflaquecidos por falta de pasto, sin embargo hubo gente que ganó mucha plata con las pieles de conejos, colocaban trampas y si no los mataban a palo, pero había tantos que era fácil sacarlos de sus cuevas y atraparlos. Sin embargo, todo esto no era suficiente, por lo que se les aplicó una sustancia que ponía rojo los ojos del conejo, creo que les provocaba algo así como una conjuntivitis infecciosa, esto hacía que se contagiaran unos con otros y así lograron que fueran muriendo y por lo tanto mermando la población de conejos en la isla.

Muchas experiencias adquirí en la pampa indómita, muchas veces me cobije bajos sus matorrales cuidando mis animales, viaje varias veces hasta Chiloé y volvía de nuevo a Tierra de Fuego a trabajar, es más me casé y con mi familia seguí trabajando en las estancias, hasta que un día tuve un accidente y tuve que dejarla porque me afectó un pulmón, estuve mucho tiempo en reposo y aún cuando tuve ganas de volver, ya no fue posible porque mis hijos debían asistir al colegio y allá era difícil, así es que tuve que aprender otro oficio, el de carpintero y establecerme en Punta Arenas. Hoy tengo 72 años, estoy jubilado, pero todavía trabajo en carpintería porque me gusta y me ayuda a sentirme bien y lo seguiré haciendo hasta que la salud me acompañe y en varias oportunidades he tenido que regresar a las estancias pero ahora a prestar mis servicios como carpintero.

La inmensidad de la pampa me trae muchos recuerdos de juventud, cuando cabalgaba detrás de mis ovejas, cuando dormía sobre el coirón al lado de una gran fogata y bajo el cielo austral, teniendo solamente a Dios como testigo.

## PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE MAGALLANES

 TERCER LUGAR   
Iván Rojel Figueroa  
40 años  
Licenciado en Gestión Ambiental  
Punta Arenas

---

### LA BICICLETA

En aquellos tiempos, Natales era un pueblo chico con calles de tierra que se veían de continuo trilladas por carros y carretas leñeras que bajaban del Cerro Dorotea y por caballos con jinetes, que llegaban de las estancias cercanas en busca del calor de un trago o de una mujer, a los abundantes boliches y prostíbulos del lugar.

Uno de estos personajes era don Pascual Cárdenas que solía “dejarse caer” los fines de semana por “El Tranquilo”, un boliche con un nombre francamente irónico, ya que no había día en que no se armara alguna gresca entre sus paredes ahumadas, cosa justificada considerando la mezcla de oficios y tipos humanos que lo frecuentaba, entre los cuales se hallaban ovejeros y gauchos solitarios, mineros que trabajaban en el Turbio, esquiladores, cuatrerros, pescadores y hasta descendientes de indígenas de los canales, enormes y toscos. Sin embargo, estas peleas no eran del tipo campal y generalmente se arreglaban entre los interesados, sean cuales fueran las consecuencias finales.

Aquel que no se metía en problemas ajenos podía perfectamente tomarse un trago sin ser molestado por nadie.

De carácter bonachón e ingenuo, don Pascual era muy apreciado en el boliche y era uno de los pocos que podía llegar cuando quisiera, con o sin dinero. A veces llegaba con medio cordero de regalo para el bolichero y eso le significaba una larga noche de tomatera, ya que el hombre era de tiro largo.

Precisamente una mañana, en que como tantas otras veces don Pascual recién salía del boliche y partía para el campo prácticamente con la “mona viva”, montado en su confiable Picaso particular, un grupo de niños que vociferaban agrupados en una calle lateral llamó su atención y a pesar de la urgencia por volver a su rancho, ya que los ojos se le cerraban con la modorra, detuvo su caballo cerca de ellos para ver qué sucedía. Los mocosos gesticulaban y se empujaban entre sí, rodeando a otro que se hallaba montado en un gran armatoste de fierros ensamblados geométricamente encima de dos ruedas polvorientas y finas. El motivo de la discordia era aquel artefacto cargado de maravilla para los niños, ya que en esos tiempos y, entre tanta humildad, las bicicle-

tas no eran para nada abundantes. Todos se disputaban una vuelta. Y “no que ahora me toca” y “no, que me toca a mí”. Don Pascual fue a girar el caballo para marcharse, pero uno de los niños lo detuvo diciéndole:

- Oiga señor ¿me prestaría su caballo para dar una vuelta?

Don Pascual negó con la cabeza y mientras sonreía se dispuso a continuar su camino, pero otra vez el mocosito se le puso enfrente, casi gritándole de entusiasmo.

¡Si me deja dar una vuelta, le presto mi bicicleta!

Don Pascual primero se sintió tentado de reírse, pero luego la ridícula alternativa fue tomando forma, moldeada tal vez un poco por el efecto alcohólico que aún le rondaba por la sangre. Esto se unió a una repentina y cursi evocación de la infancia, que le hizo humedecer un poco los ojos, ya que se acordó que de niño él nunca había tenido juguetes, ni tiempo para jugar, mucho menos una bici. En ese momento, pensaba dramáticamente que su vida rural le había matado la niñez, entre caballos y monturas, y que nunca era tarde para cobrarse revancha con el destino.

Con esta visión de su realidad clarísima como quien mira a través del cristal de una botella de ginebra Bols (de color café oscuro), don Pascual desmontó resueltamente del caballo, diciendo:

- Faltaba más, carajo.

Los niños aplaudieron y dejaron que don Pascual tomara posición sobre la bicicleta y comenzara a practicar. Ellos empezaron de nuevo con los tirones y empujones, esta vez para ver quién se subía primero al caballo.

Luego de un rato en que algunos transeúntes pasaban y sacudían la cabeza ante la escena, los progresos de don Pascual no eran muchos y reiteradamente se desequilibraba y debía bajar el pie para no caerse. Sin embargo, mientras más le costaba, más se obsesionaba.

A uno de los niños se le ocurrió que para que mantuviera el equilibrio era necesario darle un poco de vuelo.

- Si así aprendí yo, poh, decía el chico arrugando su pecosa nariz en un continuo sorbeteo.

Y así fue que lo empujaron calle abajo entre cuatro.

Don Pascual no tuvo tiempo de protestar.

A nadie se le ocurrió decirle que la porquería no tenía frenos y, por otra parte, don Pascual pensaba que para detenerla, solo debía tirar el manubrio hacia atrás, como quien tira las riendas de un caballo.

Los brazos se le alargaron intentándolo, pero el artefacto no obedeció a los tirones, ni tampoco a sus gritos campesinos. Las casas de los costados comenzaron a pasar muy rápidamente para don Pascual que decidió lanzarse sobre andando del vehículo, ya que al final de la empinada calle se veía el oscuro tajo de una ancha zanja, evidencia indesmentible de trabajos urbanos a medio hacer. Pero tampoco pudo. Justo cuando se preparaba para saltar hacia un costado, vio con pavor cómo sus anchos pantalones bombachos eran devorados por la cadena de la bicicleta, por ambos lados al mismo tiempo, y sus piernas se apretaban y se ajustaban cada vez más impidiéndole por último, cualquier movimiento de la cintura para abajo. Mientras tanto, había alcanzado una velocidad desaforada flameándole el pañuelito de cuello con el viento de la carrera.

Sin otra alternativa, como quien se inmola ante una situación irreversible, don Pascual abrió los brazos y lanzando un grito criollo, se dejó tragar por la zanja. La bicicleta, luego que la rueda delantera se clavara en un reborde, se dio vuelta "de carnero", con don Pascual atornillado arriba y levantando una nube de polvo desapareció en el fondo del abismo.

Cuando los niños llegaron corriendo al borde de la zanja, vieron a don Pascual en el fondo, aún enredado entre los fierros, muy revolcado y muy golpeado, que al verlos, sólo atinó a decir:

- ¡Bellaca salió la desgraciá... ¿no?!



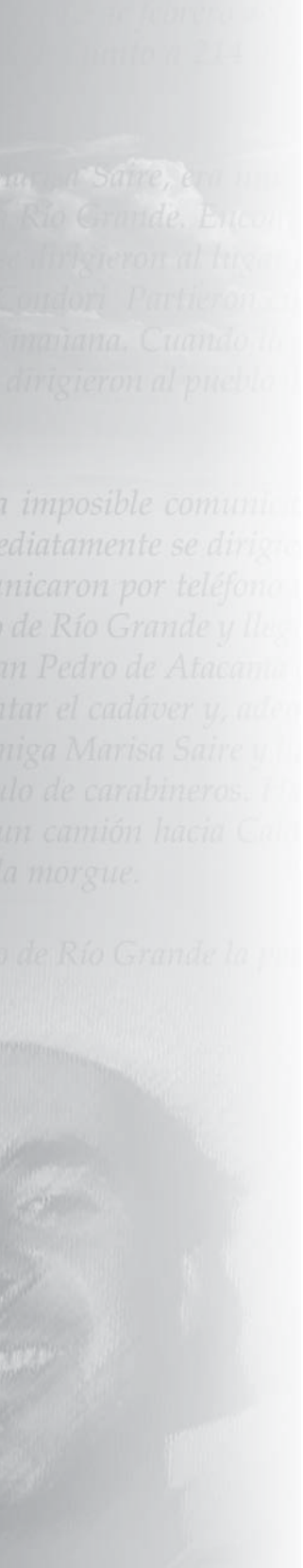
... años en el pueblo de Santiago de Río Grande.  
 electrocutada por un rayo la joven Rosa Tito  
 y sus vecinas.

... en el pueblo de Río Grande...  
 una virgen, dirigiéndose río abajo...  
 lo, que eran los hermanos de Rosa...  
 acompañados de su cuñado llamado...  
 llegaron al lugar...  
 sin vida de Rosa Tito... y se  
 a las cuatro de la mañana.

... pasaron la noticia a los vecinos del pueblo, pero era  
 teléfono a San Pedro ni tampoco a Calama, así que inme-  
 Calama a las cuatro y media de la mañana donde se comu-  
 carabineros de San Pedro de Atacama regresaron al pueblo  
 las once de la mañana. A las tres llegó el cobinero de Sa-  
 se regresaron al lugar acompañado de carabineros a levar  
 que Isabel Tito Cruz, que era su hermana, y se dio a fue la a-  
 al hacer en la mañana hasta cierta parte de la mañana llegó al vehículo  
 los acompañados los vecinos del pueblo. Después lo llevó a  
 llegaron a las seis de la tarde y del día el cadáver en l-

... miércoles en la mañana fue sepultado en el cementerio  
 de 15 años.





## SEGUNDA PARTE

# “ME LO CONTÓ MI ABUELITO”

(CATEGORÍA JÓVENES)





unos años, en el pueblo de Santiago de Río Grande, fue electrocutada por un rayo la joven Rosa Tito Cruz y ovejas.

La noticia al pueblo de Río Grande gracias a un vecino se encontraba, dirigiéndose rápidamente al pueblo de Río Grande. Tito y Esteban, que eran los hermanos de Rosa Tito y fueron acompañados de su cuñado llamado Esteban. Salieron de la tarde y llegaron al lugar a la una de la mañana con el cuerpo sin vida de Rosa Tito Cruz y sus ovejas al día de la mañana.

La noticia a los vecinos del pueblo, pero no a San Pedro ni tampoco a Calama, así que iniciaron el camino a las cuatro y media de la mañana donde se comunicaron con San Pedro de Atacama y regresaron al pueblo de Río Grande.

El día de febrero del año 1970, cuando a 214 animales.

El Saire, era una de las ovejas de Río Grande. Encontró a Rosa Tito Cruz y llegaron al lugar de la electrocución. Partieron cuando ya era tarde. Cuando llegaron al pueblo de Río Grande.

Es imposible comunicarse con San Pedro de Atacama por teléfono con San Pedro de Atacama y llegaron al pueblo de Río Grande.

PREMIOS NACIONALES  
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"



**PRIMER LUGAR**

Maribel Virginia Tito Terán

10 años



5° Básico / Colegio Nuestra Señora de la Candelaria  
Caspana, Región de Antofagasta

---

LA TRISTE VIDA  
DE MI TÍA ROSA TELEBRA TITO CRUZ

Hace muchos años, en el pueblo de Santiago de Río Grande, un 15 de febrero del año 1987, muere electrocutada por un rayo la joven Rosa Tito Cruz junto a 214 animales entre cabras y ovejas.

Luego, llegó la noticia al pueblo de Río Grande gracias a Marisa Saire, era una de las amigas con quien se encontraba, dirigiéndose rápidamente a Río Grande. Encontró a Juan y a Isabel Tito, que eran los hermanos de Rosa Tito y se dirigieron al lugar de los hechos y eran acompañados de su cuñado llamado Esteban Condori Partieron cuando eran las seis de la tarde y llegaron al lugar a la una de la mañana. Cuando llegaron se encontraron con el cuerpo sin vida de Rosa Tito Cruz y se dirigieron al pueblo de Río Grande a las cuatro de la mañana.

Luego pasaron la noticia a los vecinos del pueblo, pero era imposible comunicarse por teléfono a San Pedro ni tampoco a Calama, así que inmediatamente se dirigieron a Calama a las cuatro y media de la mañana donde se comunicaron por teléfono con carabineros de San Pedro de Atacama y regresaron al pueblo de Río Grande y llegaron a las once de la mañana. El día lunes llegó carabineros de San Pedro de Atacama donde se regresaron al lugar acompañado de carabineros a levantar el cadáver y, además fue Isabel Tito Cruz, que era su hermana, y también fue la amiga Marisa Saire y llevaron el cadáver en burros hasta cierta parte donde llegó el vehículo de carabineros. Hasta ahí acompañaron los vecinos del pueblo y después lo llevó un camión hacia Calama donde llegaron a las seis de la tarde y dejaron el cadáver en la morgue.

El día miércoles en la mañana fue sepultada en el cementerio de Río Grande la pastorcita de 15 años.

PREMIOS NACIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”



**PREMIO ESPECIAL PUEBLOS ORIGINARIOS**



Katherine Marilyn Chincolf Toledo

17 años

4º Medio

Liceo Agrícola y Forestal People Help People  
Panguipulli, Región de Los Ríos

---

## NO HAY CABALLO NI MONTURA

Se dice que Nicanor tenía un viaje al pueblo, pero no tenía caballo ni montura; por eso fue a ver a uno de sus vecinos para conseguirle un caballo. El vecino le prestó con mucho gusto uno, pero tampoco tenía montura.

No habiendo otra alternativa, Nicanor se acordó de su viejo tío Lingkoñan para conseguirle la montura. Lo encontró en su casa. En seguida, le dijo que andaba consiguiéndose montura para viajar al pueblo.

Con mucha humildad, le rogaba a su viejo tío, diciéndole: “tío, hágame el favor de prestarme su montura, porque tengo que ir al pueblo”.

Entonces Lingkoñan dijo, respondiéndole a su sobrino: “¡Ah! ¿por qué intentas hacerte el mal a ti mismo, sobrino? Suponte que ese día te vaya mal y llegues a perder la montura, ¿qué harías tú? Y además, si no tienes cómo pagarla, sería peor para ti. Yo, por otra parte quedaría sin montura. ¿Quién me prestaría a mí?, dice Lingkoñan, hablando seriamente.

“Una palabra más”, dice: “ahora, si tuviera que prestarte, es evidente que no te preocuparías de comprar una montura y además te acostumbrarías a vivir con cosas prestadas. Por eso, me niego a hacerte el favor”, le dijo a Nicanor.

Entonces, Nicanor, trató de meditar en buena forma y reflexionó con la palabra de su tío, sin sentirse ofendido. Pensó: “el consejo de mi tío no es malo”, dijo “en realidad es bueno y correcto”.

Bueno, se dice que Nicanor tenía un novillo y que lo vendió para comprarse una montura. Por el novillo le dieron ochenta pesos. Así es como al otro día partió al pueblo y se compró una montura, pero no tenía caballo.

Después que hizo el viaje al pueblo a comprar su montura quedó muy contento.

Al otro día fue a contarle a su tío. Llegó allá, después de saludarle, le contó la compra que había hecho.

Entonces, Lingkoñan, al oír esto, felicita a su sobrino, diciéndole: “bien sobrino, es muy bueno que se haya comprado una montura ¡Bien! usted ha hecho lo mejor”, le dijo a su sobrino Nicanor.

Lingkoñan agrega una palabra más para su sobrino y le dice: “sobrino, en este momento no tienes caballo, pero tu viejo padre tenía un palo largo de barón. Coloca tu montura encima y monta todos los días, como si fuera un caballo”. Pero a Nicanor no le gustó nada lo que le dijo su tío y exclamando de buen ánimo dijo: “este viejo malvado se sigue burlando de mí. Se negó a prestarme su montura; pero, no importa, también me compraré un caballo”.

## NGLAY KAWELLU KA NGELAY CHILLA

Fey meu piam Nicanor amurkeafulu waria meu, welu nialay kawellu ka chilla rume nialay, fey meu amurkey kiñe karukatu wenuy meu, fey meu aretumey kawellu, fey arelengerkey, welu nielay chilla.

Fey meu Nicanor duamturkeyn ñi futa malle Lingkañan aretuaflu chilla, fey meu peurkefi ñi ruka meu. Fey entuduampurkey ñi aretupen chilla tañi wariatuam. Fey meu lli-llipudungurkey ñi futa malle. “Fureneaen, arelaen chilla anay malle, amuafula waria meu iñche”, pirkey.

Fey meu nga Lingkoñan feypirkey ni lloudungun. ¡We! ¿Chumngelu am ta kisuta kupa wedalkawimi ta tufey malla? feychi antu ñamumrumelmi, fey chumafuyumi, ka nielayumi chumngechi mi kulliam rume, fey doyeluwaymi .Iñche ka niewetulayafun chilla, iñey afetuafuiñ, pirkey Lingkoñan, illkun dungurkey.

Ka chilla, re aretun meu muten wariatuafuyumi Kom fey meu arel-layaeyu malle, pin-gerkey Nicanor.

Fe mey Nicanor rakiduamurkey wula tañi faypingen meu, welu illkurkelay rume. Fey tufa eda faypilaeneu tañi futa malle, kume ngulan elueneu, pirkey.Fey meu Nicanor nierkey kiñe pichi mansun, fey welukafi tañi ngillayam chilla, elungerkey pura Mari pesu. Fey ka antu meu muten anurkey waria meu, fey ngillamerkey chilla, welu niclay kawellu.

Fey deu wiñomelu waria meu, ngillamerkey chilla rume ayuwi piam Nicanor. Ka antu meub muten amurkey tañi futa malle meu. Fey puulu chalipuy ni malle. Ka purum

feypifi tañi wiñomen waria meu ka ni ngillamen chilla. Fey meu Lingkoñan feypirkey ñi malle. “fey malle, fey, kumey tami ngillan chilla, kumey, kumey, feulallechi malle”, pingerkey ñi sakingen Nicanor.

Fey meu ka feypirkey Lingkiñan, malle feula peta nielaymi kawellu, wellu tami futa chau nga kununiey kiñe futa mamull, fey meu puramnieaymi tami chilla, fey fillantu kawellutuleaymi malle, pingerkey Nicanor. Fey meu Nicanor feypirkey, elme weda futa wuentru, fey rume petu ayetueneu, feyngellelu ñi uñfiueteu welu ka ngillayan kawellu, pirkey Nicanor.

Fentepun tafachi epeu

Tufachi epeu chaftulafilu kangelu epue.

PREMIOS REGIONALES  
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"  
**REGIÓN ARICA Y PARINACOTA**



PRIMER LUGAR  
Mauricio Bravo  
16 años  
2° Medio  
Putre



---

## EL ZORRO Y LA ALPACA

Érase una vez una alpaca que iba caminando en busca de comida, al pasar por una cueva se dio cuenta de que alguien gritaba en el interior. Al entrar a observar, grata fue su sorpresa al darse cuenta de que era un pequeño zorro acompañado de sus fallecidos padres, asesinados por un cazador. Al ver esto le dio mucha pena y se quedó pensando que si lo dejaba así no sobreviviría mucho tiempo antes de que lo encontrara otro zorro y se lo comiera o se muriera de hambre. Ella tomó la decisión de criarlo con sus dos otros hijos, hasta que tuviera edad suficiente para sobrevivir. Se lo llevó encima de su espalda hasta su manada; al llegar ahí sus compañeros le preguntaron: ¿qué llevas en la espalda? Ella les respondió: "Es una pequeña cría de zorro". Los demás al oír esto se espantaron y le dijeron que se lo llevara lejos de la manada antes de que vinieran sus padres. La alpaca les dijo: "Este pequeño que traigo encima de mi espalda es huérfano, ya que sus padres fueron asesinados por un cazador". Al escuchar esto, los demás se apiadaron de él y decidieron que podía quedarse en la manada hasta que dejara de amamantar, pero hubo algunos que se opusieron a que se quedara, ya que era un riesgo para sus hijos y para la manada, así que los que se negaban a que se quedara, se fueron lejos de la manada.

Muchos años pasaron y el pequeño zorro iba creciendo más y más. Al ver esto los demás empezaron a mirarlo con desprecio, hasta que una noche se reunieron todos y decidieron que el zorro ya tenía edad suficiente para sobrevivir y tenía que irse de la manada antes de que asesinara a uno de sus hijos. Al escuchar esto, a la alpaca que había cuidado tantos años del zorro le dio mucha pena, ya que se había encariñado con él y sus hijos estaban muy contentos con su nuevo hermanito; ella les pidió que si él se podía quedar sólo hasta que amaneciera. Todos aceptaron su propuesta, pero le dijeron que si no lo echaba, ellos mismos lo iban a hacer.

Al día siguiente, el zorro muy contento jugaba con sus hermanos (los hijos de su madre adoptiva) hasta que llegó la alpaca y le dijo que ella lo sentía mucho, pero él se tenía que ir lejos de la manada. Al escuchar esto, el zorro se puso muy triste y le dijo: ¿por qué me tengo que ir, mamá? Ella muy triste le dijo: "es por tu aspecto". No has

visto que eres diferente a nosotros, tú eres un zorro así que muy pronto empezarás a cazar para alimentarte y sobrevivir. Él, al escuchar esto, muy dolido por las palabras de la alpaca salió corriendo fuera de la manada, ella estaba muy triste por lo que le había dicho, pero era lo correcto.

Varios meses habían pasado desde que el pequeño zorro se fue de la manada y ya casi nadie lo recordaba, excepto su mamá y sus hermanos (adoptivos). Un día, mientras la manada pastaba, apareció de pronto un puma, todos salieron corriendo menos la alpaca, ya que se había quedado atrapada en una enredadera, sus hijos se quedaron a defenderla.

Pero ya era tarde, el puma estaba demasiado cerca. De pronto, vieron a alguien que se abalanzó arriba del puma: era el zorro que los venía a defender. El pequeño alcanzó a hacerle daño y espantarlo, pero no salió ileso, ya que el puma lo había mordido en el cuello. El zorro, casi débil y a punto de morir, se acercó a la alpaca y le dijo que en todos estos meses no había matado a nadie, lo único que comía era carroña y que su mamá verdadera siempre había sido ella. En ese momento, el pequeño zorro dejó de existir.

Al regresar la manada, encontraron a la alpaca encima del zorro muy triste. Le preguntaron lo que había pasado, ella les contó lo sucedido y les dijo que él se había sacrificado por ella y por sus hijos. Al escuchar esto, aquellos que habían echado al pequeño se pusieron muy tristes y culpables y le propusieron enterrarlo en el monte más alto de donde ellos pastaban; la alpaca aceptó. Al día siguiente, cuando fueron a visitarlo, grata fue su sorpresa al ver que aquel cerro había tomado la forma de un zorro, observando el lugar donde ellos pastaban.

Este cerro siempre los protegió de cualquier peligro, ya que por su altura la manada podía ver de lejos si se acercaba algún depredador y, además, el espíritu del zorro se encontraba siempre ahí.....

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTO MI ABUELITO”  
**REGIÓN DE TARAPACÁ**



PRIMER LUGAR  
Denis Nelly Esteban Challapa



14 años  
8° Básico  
Escuela D-66 Cariquima  
Colchane

---

## PUMAS Y ZORROS ATACAN AL GANADO

Estando en la biblioteca de mi escuela, hace ya algunos días, pude leer en un diario de circulación regional el siguiente titular: “PUMAS Y ZORROS ATACAN AL GANADO”

Aquella noticia me causó mucha curiosidad. ¿Dónde podría estar ocurriendo algo así?

Solicité el periódico, cuidadosamente busqué la información y la leí, párrafo por párrafo, para no perder ningún detalle; grande fue mi sorpresa cuando descubrí que allí se hacía referencia a mi pueblo de Cariquima. La curiosidad del primer momento se transformó en inquietud y, luego, en mucho temor. ¿Qué pasaría si aquella tarde me encontraba con el puma? Esa pregunta estuvo pegada casi todo el día en mi cabeza.

Cuando llegué a casa, me preparé muy bien para ir a guardar el ganado; si el zorro o el puma querían llevarse a uno de ellos, ¡no les iba a dar en el gusto!, no dejaría que eso ocurriera.

Recogí mi honda; calcé mis ojotas, porque con ellas puedo correr mejor en el potrero: le saqué los fósforos a la abuela para prender fuego si la ocasión lo requería y los guardé dentro de mi rebozo.

Salí acompañada de mi fiel perro el “Oso”. Él también debería estar alerta. Caminamos muy atentos ante cualquier cosa extraña que viéramos: no pasó nada, el día estuvo tranquilo, como siempre, sólo el ruido del viento entre los pajonales nos inquietaba un poquito.

Llegamos a casa cuando el sol entregaba sus últimos rayos; la abuela me esperaba con un mate de rica-rica y muquna calientita para abrigar el cuerpo. Estando en el calor de la cocina, le comenté aquella noticia que tanto me inquietaba, me escuchó muy atentamente y luego respondió:

- "El zorro sólo ha venido a cobrar la deuda que tiene con el hombre".

- "¿Cómo es eso abuela? ¿El zorro alguna vez hizo tratos con el hombre?"

- "Se dice que antiguamente nuestros antepasados hacían pactos con la naturaleza y comprendían el lenguaje de los animales. En esos tiempos, también ellos sufrían con los ataques del puma, que atrapaban a sus animales y se los comían, no sabían cómo detenerlo. Su pena los llevó al cerro donde habitaba el señor zorro, pensando que su astucia les daría una solución al problema".

Después de escucharlos atentamente, el zorro dijo: "Lo único que puede detener al puma es el fuego."

"Para poder atraparlo, deberán cavar unas trampas en el suelo y llenarlas de leña seca, apenas aparezca el puma, yo les avisaré y ustedes prenderán las fogatas". Por prestar su ayuda a los pobladores, el zorro les cobró a cada lugareño una cabeza de ganado y el pueblo aceptó.

Al llegar la noche, el puma salió a merodear en busca de alguna cría para su cena, al verlo, el zorro corrió velozmente al pueblo a dar aviso. Los lugareños prendieron las trampas y el puma cayó en una de ellas quemándose el cogote; logró huir, pero desde aquel día el pescuezo del puma parece que estuviera quemado.

El zorro cobró su trabajo; como no sabía pastorear, les pidió a los pobladores que por favor le cuidaran sus animalitos, cada vez que tuviese hambre él vendría a llevarse uno, como ha estado ocurriendo hasta nuestros días.

Desde aquella noche, comprendí por qué el zorro viene cada cierto tiempo a nuestro pueblo y se lleva parte de su deuda.....

PREMIOS REGIONALES  
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"  
**REGIÓN DE ANTOFAGASTA**



PRIMER LUGAR

Mackarena Elizabeth Maizares Sobarzo

12 años

6° Básico

Colegio Nuestra Señora de Ayquina

Calama



---

## CARBÓN Y NIEVE

Carbón y Nieve eran dos pequeñas llamitas, que pertenecían a una misma tropa. Carbón, como su nombre lo indica, era totalmente negra y Nieve, totalmente blanca; ambas eran como hermanas, aún cuando pertenecían a dos familias distintas.

Un día de madrugada en el corral en que se encontraban, se escuchó un extraño sonido, que alertó y puso muy nerviosas a las llamas. Todas trataban de descubrir de dónde venía el ruido y qué lo causaba. Carbón buscó a Nieve entre el remolino de llamas que se movilizaban de un lado hacia otro, hasta que la encontró:

- ¿Por qué se agitan tanto los adultos? preguntó.
- Porque son miedosos y cobardes, yo creo que no es para tanto.
- ¿Pero tendrán algún motivo?
- Claro que hay un motivo, todos son miedosos, todos son cobardes, no como nosotras, que aun cuando escuchamos lo mismo, no hacemos tanto escándalo y, lo más probable, es que haya sido una pequeña lagartija que se debe estar riendo de nosotras.
- En esta ocasión tienes razón, mientras más viejos más miedo parecen tener, mientras más crecen más se les achica el valor, aunque yo creo que las lagartijas a esta hora deben estar algo congeladas.
- Por eso a mí no me gustaría crecer, me volvería tan tonta y miedosa como ellos. Míralos, parecen unos bebés.

La conversación de Carbón y Nieve se extendió por largo rato, encontrando que el comportamiento de los mayores era, por decir lo menos, injustificado. No entendían

cómo grandes machos y hembras, de tamaño imponente, pudieran sentir temor de seres más pequeños.

Mientras conversaban, salían del corral para alimentarse en los bofedales cercanos, saltaban entre las piedras y disfrutaban del aire limpio del altiplano, estiraban el cuello, levantaban la nariz como queriendo alcanzar un poco de aire mucho más fresco aún, no había preocupaciones, no había temores, todo era tranquilidad. Entre tanto brinco, se fueron alejando del grupo, jugaban a esconderse entre las piedras que rodeaban una pequeña poza de agua, todo era felicidad para Carbón y Nieve. Sin darse cuenta, fueron a dar a una pequeña quebrada, donde no hubo dificultad en entrar, más cuando intentaron salir no pudieron hacerlo, por más intento que hicieron.

Al comienzo, se reían hasta más no poder, una de la otra, al ver los intentos fallidos por salir. Así pasó un largo rato, luego decidieron descansar un momento y así fue llegando la tarde; la desesperanza se reflejaba en los ojos tanto de Carbón como de Nieve, pero ninguna reconocía aquello que estaban sintiendo.

- ¿Qué haremos? finalmente dijo Carbón.

Nieve no respondió y giró su cabeza para no mirar a Carbón.

Carbón se dio cuenta y le pareció ver que Nieve estaba llorando. Se acercó a ella y confirmó lo que imaginaba. Nieve presentaba un rostro totalmente angustiado, no había ni un leve rastro de la alegría con que habían comenzado el día.

Carbón estuvo a punto de ponerse a llorar al igual que Nieve, pero ella era unos meses mayor y no podía demostrar en esa y en cualquiera situación algo de temor. Consoló como pudo a Nieve y le devolvió algo de tranquilidad, pero la noche llegó de manera casi imperceptible; era una noche oscura, oscura y fría, sólo el calor de ellas hacía que supieran que estaban juntas.

Se escuchó un leve sonido que desconcertó a ambas, juntaron aún más sus cuerpos y empezaron sin darse cuenta a movilizarse en pequeños círculos como sus padres.

¿Qué será lo que produjo ese ruido? se atrevió a decir Nieve casi susurrando, como intentando no ser escuchada por ese algo o ese alguien.

Carbón no respondió, parecía que la voz la hubiese abandonado y por más esfuerzo que hizo, nada salió de su boca.

De nuevo se hizo escuchar un ruido, un poco más claro, pareció como si algo se arrasrase y junto con ello un pequeño respiro entrecortado, como cuando se tiene mucho frío y se tiritita.

El corazón de Carbón y Nieve parecía no caber dentro de ellas y el ruido de su palpitar parecía escucharse en el aire de la noche. Sin querer, ambas se atropellaban y sus pensamientos eran uno solo, había algo que las invadía, algo que era nuevo, ¿acaso sus padres sentían lo mismo cuando se movían en el corral? ¿Acaso estaban creciendo?

El ruido, cada vez, se hizo más cercano y algo les rozó las patas. En ese momento, ya no hubo espacio entre la razón, el valor y el temor contenido y las llamitas gritaron al mismo tiempo, como quizás nunca habían gritado. Junto con el grito de ellas también había otro grito, algo más pequeño y agudo. Luego del griterío inicial, hubo un espacio de silencio. Después, el tiempo necesario para intentar saber qué era lo que les había tocado las extremidades.

Sintieron que algo se movió y por sus movimientos se dieron cuenta de que era algo mucho más pequeño que ellas.

¿Quién eres preguntó Carbón? Parecía que la voz le volvió de repente.

Lo que se arrastró emitió un pequeño sonido: “soy un zorro” dijo y agregó “un pequeño zorro, que tiene mucho frío” y se puso a llorar.

Las llamitas se agacharon y en la oscura noche cobijaron al pequeño zorro, pero al parecer no era malo, pues lloraba al igual que ellas.

Se quedaron dormidas y sin darse cuenta, despertaron con los primeros rayos del sol que cayeron sobre sus cuerpos.

Carbón y Nieve despertaron antes que el zorrillo y cual acto mágico de la naturaleza, encontraron a aquel indefenso ser, hermoso por decir lo menos, lo acariciaron y lo cubrieron hasta que éste despertó.

El zorrillo les contó como llegó allí. Las había visto pastar junto a su tropa y él andaba con su madre siguiéndolas. Él no entendía para qué, él lo encontraba entretenido, le parecía un juego, que intentó hacer solo, siguiendo a las llamitas y así fue que se perdió de la madre.

“Te perdiste al parecer por la misma razón que nosotras, pero bueno, nos hiciste pasar un susto enorme”, dijo Nieve.

Con la cabeza asintió Carbón, al final los tres rieron.

En ese momento, una vizcacha ubicada al borde de la quebrada silbó de manera majestuosa y profunda. Al ver a los tres bebés, bajó rápidamente para saber qué ocurría. Las llamitas y el zorro le contaron qué les había pasado; entonces se propusieron entre

los cuatro encontrar una solución. Ahora, era necesario salir de allí, pero no sabían cómo hacerlo, lo más simple que resolvieron fue gritar con todos sus pulmones.

La vizcacha les dijo, “yo subiré hasta lo alto de la quebrada, si veo que vienen sus padres les silbaré una vez y me iré a casa con mis hijos y si silbo dos veces es porque están en peligro y busquen protección” La vizcacha se despidió de cada uno de ellos afectuosamente, deseándoles buena suerte.

Los gritos se escucharon varios kilómetros a la redonda, las llamas adultas escucharon y la zorra adulta también escuchó.

La vizcacha silbó una vez y agitó sus manos y su cola, en señal de despedida.

Las llamas adultas y la zorra madre acudieron al llamado de sus hijos y sin darse cuenta se encontraron en el mismo lugar. Vieron desde arriba a Carbón, Nieve y al zorrillo, haciendo un grupo sin distingos de nada; eran tres pequeños infantes que pedían ayuda.

Olvidándose de la enemistad entre llamas y zorros, las mamás todas se pusieron a trabajar para sacar de donde estaban a cada uno de sus hijos.

Al finalizar la jornada, luego que mamá zorra acunaba a su hijo y Carbón y Nieve retornaban junto a la tropa, se escuchó un gran ruido. Luego, hubo silencio, después volvió la calma y las miradas de Carbón y Nieve se cruzaron, por primera vez, sintieron lo mismo que sus padres: ¿habían crecido quizás?

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”  
**REGIÓN DE ATACAMA**



PRIMER LUGAR

Luis Antonio Escobar Cortés



11 años

6° Básico

Escuela Alejandro Noemí Huerta  
Freirina

---

## EL FANTASMA

Esta es la historia de la supuesta fantasma que ocurrió años y años atrás. Cuentan los abuelos de mi abuelito que años atrás, cuando Freirina era una ciudad muy pequeña, de pocos habitantes, donde todavía no existía la luz eléctrica, en esas noches oscuras, salía un fantasma a eso de las 23 horas en adelante; casi siempre le salía a los hombres, sobre todo cuando era fin de semana, ya que todos eran mineros y en esos días recibían su pago por la venta de algunos sacos o costales de mineral ya fueran de oro o cobre. Algunos de ellos trabajaban de manera independiente y tenían más dinero que los que trabajaban apatronados.

La historia es así: salía el fantasma y asustaba a los hombres con un grito feo que daba más miedo aún. Además tenía una pistola y les robaba todo lo que traían puesto. En esos años, casi todos tenían relojes de bolsillo y anillos de oro y como la gente era inocente no había maldad, entregaban todo sin resistencia, así todo lo que el fantasma les pedía ellos lo entregaban.

Como Freirina era una ciudad pequeña, solo se alumbraban con faroles, velas, antorchas, chonchón y lámparas de carburo y por eso salía el fantasma, ya que era poca la luz para que la gente lo pudiera ver, nadie sabía de donde podía venir. Algunos comentaban que venía del cementerio y otros decían que salía desde el río. Fue así que nació este fantasma, la gente solo tenía que acostarse temprano, porque no podían salir siquiera a dar una vuelta a la plaza.

La gente comentaba en el día lo que transcurría en la noche anterior y hacían planes por lo que podían hacer para capturar el fantasma. Cuando había mucho comentario durante el día, había noches que el fantasma no salía, pasaron unos cuantos días que el fantasma estaba ausente. La gente comentaba, “debe ser una persona no más”, ya que se dieron cuenta que cuando ellos hacían los comentarios sobre la captura, el fantasma no aparecía.

Hasta que una noche, el fantasma apareció y no se dio cuenta que en el lugar que salió había un caballo con una persona que lo montaba. Esta persona era un paco, apodo antiguamente usado hacia los carabineros, pacos o guardianes.

La cosa fue que cuando el fantasma salió del cementerio en esos momentos andaba este paco a caballo haciendo la ronda y más aun que venía de su casa, ya que vivía a la salida de Freirina y cuando él se venía, siempre lo hacía por el sector alto que es cerca del cementerio y como todos los caminos eran de tierra, así que él pasaba por cualquier parte.

Así fue como se encontró y al momento de ver al fantasma lo siguió sin que éste se diera cuenta. Eso sí, lo hizo a pie, ya que el caballo hacía mucho ruido y cuando el fantasma se ocultó para atacar a una persona que venía subiendo por la glorieta, el paco (Carabinero) lo hizo también para observar la manera de actuar que tenía el supuesto fantasma, aunque tenía un poco de miedo para enfrentarlo, no sabía cómo iba a reaccionar este fantasma.

La acción ocurrió de inmediato y al parecer no fue tan difícil la captura del fantasma según los relatos de mis abuelos, pero este carabinero se llevó una gran sorpresa al momento de la captura, nunca se imaginó ni tampoco se le pasó por la mente quién podía ser este fantasma.

Así actuó el carabinero. ¡Alto, ahí! sinvergüenza, que vas a ser un fantasma. De inmediato, el carabinero perdió el miedo y la persona que estaba siendo asaltada por el fantasma reaccionó y se defendió, ya que algunas personas que anteriormente habían sido asaltadas llegaban a desmayarse. El fantasma quiso huir, pero el carabinero actuó lanzando unos tiros al aire por lo que no tuvo más opción que quedarse quieto, aunque todos sabían que andaba armado.

Cuando el carabinero se acercó para detenerlo y desenmascararlo, la sorpresa fue grande al darse cuenta que era una mujer mayor, de unos 40 años, y la pistola que llevaba era falsa, se encontraba mala.

La captura del fantasma fue comentario para mucho tiempo y alivio para muchas personas.

Al momento de la interrogación que por qué lo hacía, ya que su esposo trabajaba bien y no tenía ninguna necesidad para hacer lo que hacía, ella no supo qué responder. La fantasma era de estatura alta, de carácter fuerte y mala con los niños que buscaba para que le hicieran trabajo de jardín, de aseo, limpiar corrales de chanchos, cuidar cabras y otros. Era casada, tenía varios hijos, su nombre era Flora Guerrero T. Ella contaba que fue muy maltratada por su padre cuando pequeña, fue criada en el campo con otras hermanas, su mamá falleció cuando era muy niña y conoció a su esposo cuando pas-



toreaba las cabras cerca de una mina. Luego se arrancó con él a Freirina, dejando a su papá botado junto a sus hermanas que aún eran menores.

Cuando el carabinero la interrogó, le preguntó por qué lo hacía, a lo que ella contestó que las personas que ella asaltaba tenían suficiente y lo que ella les quitaba lo guardaba para sus hijos, ya que cuando era pequeña pasaba mucha miseria, aunque su esposo trabajaba bien.

El carabinero no la detuvo, pero sí la aconsejó. Ella optó por encerrarse en su casa, ya que la gente siempre la estaba criticando y nunca la perdonó por lo que había hecho. Sentía vergüenza y con el pasar de los años se enfermó y a la edad de 53 años falleció de muerte natural, dejando sus hijos hombres y señoritas.

Esta fue la historia de la fantasma...

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”  
**REGIÓN DE COQUIMBO**

 **PRIMER LUGAR**   
Isadora Venturin Blu  
2° Medio  
Scuola Italiana Alcide de Gasperi  
La Serena

---

## LA LUCECILLA DE PLATA

Todas las noches en el campamento, una lucecilla pasaba por ahí. Los adultos, por seguridad de los niños, les decían que si despertaban en la noche y veían aquella luz, no salieran de sus chozas, porque ésta podría ser algún espíritu con malas intenciones.

Todos los niños obedecían a excepción de uno, que se llamaba Kuref. Kuref tenía diez veranos (o diez años), se distinguía por ser listo, valiente...y también algo desobediente. Él no hizo caso a sus padres y cuando anocheció simuló estar dormido para engañarles y cuando éstos se durmieran, él podría salir a ver esa tan famosa lucecilla.

Justo cuando yacían todos dormidos, Kuref vio un resplandor fuera de su choza. Salió con cuidado para no despertar a nadie y ahí estaba un reluciente haz de luz que se encontraba revoloteando en medio del campamento. Su brillo era hermoso, tan cálido....como la plata....o la luna.

- ¿Quién eres?, preguntó el niño inocentemente, la luz no le causaba temor alguno. ¿Por qué vienes aquí cada noche?

En ese momento, cuando Kuref terminó de hablar, la lucecilla dejó de revolotear tanto, incluso, detuvo su movimiento por completo, luego soltó un suave sonido, como un canto....o un lamento.

“Zwaaah....” se escuchó, después se agitó un poco y se alejó volando.

A la mañana siguiente nadie creyó lo que Kuref dijo; los otros niños se reían de él, mientras que los adultos le regañaban. Él no debía salir, no tenía permiso. Y víctima de risas y burlas, el niño enojado gritó:

- ¡Voy a traer un poco de esa luz! ¡Y todos me creerán! -pero eso solo aumentó las mofas.

Cuando se hizo de noche, Kuref no lograba engañar a sus padres, ya que éstos decidieron dormirse de los últimos. El tiempo pasaba, pero ellos no dormían. El joven ya se daba por vencido cuando de repente, una especie de polvo, brillante y blanco, entró a la choza. Éste se dirigió directamente a los rostros de los adultos y en el momento en que el polvillo rozó sus narices, cayeron en un profundo sueño; lo cual significó la oportunidad perfecta de Kuref para salir.

Ahí afuera estaba ella, la lucecilla plateada, pero no estaba revoloteando como antes, sino que estaba inmóvil frente a la choza del niño.

- ¿Por qué vienes cada noche? ¿Estás buscando algo?

- “Zwaaah...” cantó la luz, mientras comenzaba a alejarse de nuevo, pero esta vez iba más lento, para que Kuref pudiera seguirle. Ambos entendieron sus mensajes. Kuref quería un poco del resplandor de la lucecilla, mientras que ella quería que le siguiera. Anduvieron mucho tiempo juntos, cruzaron praderas, bosques y quebradas, más ellos no se detenían.

¿Cuánto tiempo viajaron? ¿Cuántas lunas pasaron? No lo sabía, pero mientras se lo preguntaba, el niño se sobresaltó al escuchar un fuerte golpe, parecían truenos y eran continuos, como siguiendo un patrón. El aire dulce del bosque se tornó salado y los árboles desaparecían, mientras que unos arbustos gruesos, pobres de hojas, pero llenos de espina emergían de la tierra, que se volvía blanda y fina... La lucecilla había guiado a Kuref hasta el mar. El joven estaba atónito, solo había oído de él de parte de los ancianos y adultos del campamento, decían que era tan enorme que los ojos de la gente no podían ver donde terminaba y, también, que ése era el hogar de una malvada serpiente que descansaba en las profundidades.

Cuando volvió en sí, notó que la lucecilla estaba volando hacia algo que Kuref no se había percatado; una isla estaba asomándose en medio del mar.

“¡Espera!” gritó corriendo tras ella, pero se detuvo de golpe, el mar y las olas impedían su paso, “¡no te alejes, no puedo seguirte!”.

No se atrevía a avanzar, ¿y si esa malvada serpiente intentaba atacarle? Pero si no alcanzaba a esa luz, ¿cómo iba Kuref a conseguir un poco del brillo de la lucecilla, para así demostrar lo que pasó? En ese momento, un sendero se alzó entre la costa y la isla, justo en frente de él. Era algo angosto, pero podía cruzar. Rápidamente emprendió su marcha para alcanzar el haz de luz.

“¡Espera! ¡Necesito algo de tu luz!” , más la lucecilla no parecía escucharle. Incluso daba la impresión de que volaba más rápido. Kuref siguió corriendo, no se detuvo nunca, a pesar de que el trecho era muy largo. No se dio cuenta de que había llegado a la cima

de la isla hasta que logró alcanzar el haz de luz, que estaba volando en círculos, muy rápido.

“Zwaaah...”, cantaba...mientras volaba sobre una extraña planta. Sus hojas tenían muchas espinas y todas se dejaban caer cubriendo así su base, pareciera que protegían algo.

Kuref observó con más atención, justo en la base de la planta se veía un... fruto, rojo y algo ovalado.

“Zwaaah...” Insistía la luz, cada vez se agitaba más.

Al intentar recoger uno de esos frutos, el joven se lastimó sus manos, la planta no quería compartirlas. Pero él se dio cuenta de que lo que la lucecilla anhelaba era una de esas frutas. Volvió a intentar sin importarle las espinas. Estiró su brazo, su mano, sus dedos... hasta que lo alcanzó. Extrajo la preciada fruta, efectivamente era de color rojo y se tornaba algo violeta con la luz de la luna. Tendió su mano lastimada con el fruto en su palma a la luz y ésta la absorbió. Apenas su brillo tocó el objeto, comenzó a cambiar de forma, a aumentar de tamaño... hasta que finalmente, la lucecilla quedó convertida en una joven mujer, su piel blanca y pura, sus ojos y cabellos eran del color de la plata. Todo en ella era hermoso.

- Kuref, me has ayudado a romper el maleficio, jamás hubiera podido hacerlo sola, te estoy muy agradecida...

El niño estaba sorprendido, pero su curiosidad era más grande:

- ¿Qué te sucedió?, preguntó intentando mostrar valentía.

- La malvada serpiente de los mares sentía rencor contra mí y en una sucia trampa me transformó en un ave de plata. Sólo la fruta de esta planta podía salvarme, pero no podía cogerla por mi misma. Volé por todo el mundo, buscando ayuda pero todos huían de mí, excepto tú. Tú fuiste el único que salió a mi encuentro, yo soy la hija de la luna, Lien. Y ahora, libre del maleficio puedo agradecerte.

Con un suave movimiento de sus manos dejó flotar en el aire un polvo blanquecino y brillante.... Y en un instante Kuref cayó en un profundo sueño. Al abrir los ojos se dio cuenta de que estaba de vuelta en casa, dentro de su choza, acostado. Sus padres y todo el campamento ya estaban levantados, o sea, ya era de día.

“Todo... fue un sueño...” dijo decepcionado. Iba a levantarse justo cuando sintió algo en su mano; estaba intacta, sin ningún rasguño, pero la tenía cerrada. Abrió su mano, y en ella sostenía una reluciente pluma de plata, suave y fina. En su rostro se dibujó una gran sonrisa, se paró rápidamente y salió a contar a todos como él, Kuref, salvó a la hija de la luna, Lien.

PREMIOS REGIONALES  
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"  
**REGIÓN DE VALPARAÍSO**



PRIMER LUGAR  
Sebastián Santibáñez C.



11 años  
6° Básico

Escuela Aurelio Durán Almendro  
Zapallar

---

## LA BURRA MILAGROSA

Esta historia me la contaron y ahora yo se las cuento a ustedes. Este era un hombre muy trabajador que vivía en el sur, pero ahí no había trabajo; tuvo que abandonar a su familia y salir a buscar trabajo de pueblo en pueblo.

Era muy difícil encontrar trabajo, donde él llegaba nadie lo recibía, porque lo miraban como un desconocido. Muchas veces hasta hambre pasaba, también frío, nadie le tenía la mano.

El decidió cambiar de ruta, se dirigió al norte mochila al hombro, varios días agotado bajo el sol y sediento bajo el desierto. Caminó día y noche por las pampas nortinas sin tener un destino.

Lo pilló la noche y el cansancio, se cobijó entre las dunas y las estrellas fueron su compañía y ahí durmió hasta el amanecer.

Al día siguiente continuó su marcha hacia los minerales y después de un largo trayecto se encontró con una cruz cerca de donde pasaba. Se detuvo y se arrodilló frente a ella, pidiéndole con mucha fe que cuando él llegara al primer pueblo, la gente lo recibiera y le diera trabajo, prometiéndole a esa animita que cuando regresara del norte le iba hacer una linda gruta por agradecimiento. Como en el norte se demoró mucho tiempo en volver, porque ahí sí encontró trabajo y él seguía recordando su promesa que le hizo a la animita. Por falta de tiempo él no iba a cumplir lo prometido, él se sentía en deuda y así pasó largo tiempo.

Hasta que llegó el día de cumplir su promesa pendiente. Se vino caminando nuevamente por el desierto hasta llegar donde estaba la cruz; ahí se detuvo y comenzó a trabajar, a hacer la gruta por agradecimiento. En eso estaba, cuando llegó un arriero donde él estaba y le dijo ¿qué está haciendo amigo tan afamado? Entonces el hombre responde y le dice: ¡estoy pagando una manda a esta animita que para mí es muy

milagrosa, me ayudó a encontrar trabajo! El arriero se echa a reír y dice ¡amigo no es ninguna animita es una burra vieja que se me murió y aquí la enterré cuando pasé con mi ganado hacia el norte!

- No importa que sea su burra que la enterró aquí, pero de milagrosa, pucha que es milagrosa, porque a mí me consiguió un gran trabajo después de tanto andar.

Esta es la historia de un humilde y agradecido de la vida de la burra.

Aquí termina mi historia o anécdota como ustedes quieran leerla y entenderla.

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”  
**REGIÓN METROPOLITANA**

PRIMER LUGAR

Alejandra Giselle Silva Troncoso

15 años

2° Medio

Escuela Técnica Santa María Micaela  
Talagante

---

## EL HUASO PANCHO

Esta es la historia del capataz de la hacienda de Los Domínguez, que era el fundo más grande y millonario de la comuna de Isla de Maipo.

Este capataz, apodado el Huaso Pancho, era un hombre solitario que no tenía familia, ya que trabajaba todo el día y no dejaba tiempo para su vida personal. Él era una persona esforzada, muy buen amigo, valiente y orgullosamente huaso.

El Huaso Pancho se encargaba en el fundo de darles órdenes a los otros trabajadores, del cuidado de los animales, de las producciones que se hacían en la hacienda y de cuidar ésta con su vida. Si algo pasaba se le atribuía a él.

Como su deber era cuidar el fundo y los animales, el Huaso Pancho, un día en la silenciosa noche, desde su casa ubicada cerca de las pesebreras y en absoluta oscuridad, sintió un fuerte ruido muy similar a la caída de una lata o un pizarreño. El hombre asustado tomó su escopeta y fue a ver qué había ocurrido. Con linterna llegó hasta los animales y ahí sorprendido se encontró con un hombre idéntico a él, que vestía un largo abrigo y botas. Apuntando al misterioso hombre con su escopeta, le preguntó qué hacía en la hacienda y el hombre con la misma voz del Huaso Pancho le respondió: ¡no te das cuenta que he venido por ti, ya es hora de que descansemos!

El Huaso descolocado le respondió: ¿eres la muerte?, ¡porque yo no te temo! Y el raro hombre le dice, ¡No! Yo soy tu cuerpo y he venido a buscar mi alma que eres tú.

El Huaso Pancho no entendía nada, pero su propio cuerpo le explicó lo que le había sucedido. El Huaso Pancho había muerto en un extraño accidente a caballo en la hacienda de los Domínguez, la pena para los dueños y trabajadores de ésta había sido muy grande y la gran hacienda de Los Domínguez había quedado sin su excelente capataz. El cuerpo del hombre contó con detalles lo sucedido y doloroso que fue el accidente.

El Huaso Pancho llorando y dándose cuenta de lo ocurrido, se resignó a aceptar que durante los últimos 10 años había estado muerto y lo que cuidaba y rondaba el fundo no era nada más que su alma. Aceptando con dolor su muerte, hizo su último recorrido por el fundo y se marchó dejando atrás lo que él había creído su hogar hasta el mismo día en el cual se dio cuenta que él estaba muerto.

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”  
**REGIÓN DE O’HIGGINS**



PRIMER LUGAR

María Soledad Becerra Castro

12 años

7° Básico

Escuela Octavio Mujica Valenzuela

Lolol



---

## LA NOCHE DE SAN JUAN

En el cerro de Los Robles, hubo un caballero llamado Pifano Muñoz, que en la noche de San Juan se le ocurrió ir en busca de la flor de la higuera. Este caballero llegó allí un poco antes de las 12 de la noche y como tuvo que esperar, le pasó una serie de cosas. Unos toros negros y con los ojos rojos lo toreaban para que él se fuera de allí y no tomara la flor de la higuera, pero él en vez de salir huyendo, escaló por el árbol, afirmado muy bien de las ramas, pero él no bajó hasta que los toros se fueron; luego aparecieron unos culebrones y se le enrollaron en brazos y cuello, pero él no desistió y esperó hasta que se hizo la hora.

Llegó la medianoche y el árbol floreció. Don Pifano trató de tomar una flor de higuera y cayó. El golpe fue tan fuerte que lo dejó inconsciente por mucho tiempo.

Cuando despertó, grande fue su asombro al ver que lo estaban velando en su casa, pues al estar inconsciente por más de 24 horas lo habían creído muerto y las personas que lo velaban estuvieron muy sorprendidas al verlo vivo.

Don Pifano estaba sentado dentro del ataúd, gritando pues pensó que todo había sido un sueño. Su madre muy asustada lo abrazó y le dio un gran beso en su frente.

PREMIOS REGIONALES  
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"  
**REGIÓN DEL MAULE**



PRIMER LUGAR

Nicol Catalina Ávila Bobadilla

8 años

3° Básico

Escuela Pablo Correa Montt

Pelarco



---

## LAS ESCOBAS DE MI ABUELO

Cuenta mi abuelito que cuando él era chico su papá hacía escobas y las salía a vender en el pueblo. Mi papá dice que él se acuerda cuando lo acompañaba a vender las escobas y las gritaba: "¡Ya llegaron las escobas, muy buenas las escobas, mi caserita, buenas, bonitas y baratas!"

Entonces dice que las señoras salían a su encuentro y les decía: "pero, casero, sus escobas son tan buenas que mire, todavía tengo la del otro mes", y así luego donde otra casera también le decía "pero, mire, casero, para qué quiero otra escoba, mire como está, no necesito otra". Sí, les duraban mucho las escobas, porque mi papá dice que su abuelito las hacía tan perfectas y con los mejores materiales que tenía a su alcance, y eso que la gente en esos tiempos solo barría con escobas, los inmensos patios que tenían en sus casas. Porque yo recuerdo que mi abuelita barría un tremendo patio y siempre permanecía bien limpio y barrido, daba gusto estar ahí.

Si hasta tomaba onces mirando el campo. Entonces después que pasaba, el abuelito de mi papá comenzó a pensar qué podía hacer para vender más escobas, porque con esa plata él tenía para comer y otras necesidades. Entonces se le ocurrió hacer escobas, pero con otros materiales para que no les durara tanto tiempo a sus caseras y así le pudieran comprar escobas más seguido y poder tener dinero para sus necesidades.

Entonces comenzó a vender sus nuevas escobas y la gente ahora le compraba más que antes, porque no les duraba tanto tiempo como las otras. Y así el abuelito de mi papá les pudo dar estudios a sus otros hijos que aún estudiaban. Mi papá, cuando me contó esta historia, se puso un poco triste de recordar esos momentos tan felices que pasaba junto a su abuelito cuando era chico.

Y este es el cuento de mi abuelito.

PREMIOS REGIONALES  
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"  
**REGIÓN DEL BÍO BÍO**



PRIMER LUGAR  
Scarlett Ferrada Godoy  
16 años  
3° Medio  
Colegio Santa Luisa  
Concepción



---

## UN ENCUENTRO POCO COMÚN

Mi abuelo dice que en el campo habitan hermosas hadas que ayudan a los forasteros a pasar la noche, asegura que si no fuera por ellas él no estaría acá para contarlo...

"Yo era fabricante de zapatos y salía con mi citroneta bien cargada al sur. En ese entonces, nadie iba a vender allá, los zapatos eran oro, los guasos pagaban en billetes, nada de créditos como en la ciudad, recorrí todo el sur con los zapatos Franklin. Una noche de esas, donde desaparece la luna y a los alrededores no hay más que vegetación, mi infallible citroneta en pana se quedó, empujé tratando de avivarla pero nada sirvió, me las traté de dar de mecánico pero me salió peor, de repente la cuestión estaba echando humo y era bien difícil que eso pasara, porque a esos fierros tú les dabai una pata' y encendía.

No importaba, en esos tiempos no existía el medio, yo era joven, hermoso y valiente, sobre todo lo segundo; si a las mujeres tenían que sacármelas de encima, aparte que tenía mi propio negocio, si la platita me sobraba ¡Uf, vieras tú! A todas mis chiquillas las sacaba a pasear.

Como te decía, estaba ahí, solo contra la naturaleza, cara a cara, decidí caminar en busca de alguna casa donde hospedarme; la gente en el sur es bien gentil. Por ese entonces, no había tanta maldad así que la gente te recibía. Empezó a nortear lo que me trajo mala espina y efectivamente se largó a llover como si el agua la hubiesen tenido contenida hace siglos. Si era ver botar un balde de agua, así caía la lluvia. Me refugié en un enorme sauce llorón. De repente de la nada, dejó de llover, automáticamente se despejaron los cielos, como si nada hubiese pasado, inclusive aparecieron estrellas ¡todas las estrellas y constelaciones! Se alumbraba todo el paisaje con las luces del cielo. Seguí caminando. Sorpresivamente apareció un animal, de ojos rojos brillantes, con cuerpo de perro y cabeza de jabalí. Algunos dicen que es el diablo, y ahí estaba yo, sin saber qué hacer...mientras la bestia me miraba respirando como furiosa; cuando saltó para atacarme, yo no atiné más que cubrirme y claro, si "taba" que me meaba del

puro susto. Cuando pensé que hasta aquí llegaba... apareció una luz que me cegaba y se posó por delante mío. La bestia salió corriendo, ese ser disminuyó toda la luz que lo rodeaba, tenía cuerpo de mujer y unas alas plateadas. Me sonrió e indicó con la mano hacia delante y se fue. Como ya me había salvado la vida, no me quedaba más que hacerle caso. Por si las moscas, agarré un madero; en una de esas... se me aparecía cualquier otra cuestión, tal como me lo indicó ella, que bien pudo ser un ángel..., pero no creo, yo ahí había pecado re' harto como para que el de arriba me pegara tremenda salva'.



Se divisaba una casa a pocas cuadras; al llegar toqué la puerta, me abrió una hermosa jovencita, me sonrojé entero y le dí mis explicaciones, pasé a su modesto hogar, no había mucho adentro, me explicó que eran seis hermanas y su padre había muerto. Una a una fueron llegando, cada una más bella que la anterior, ahí si que pensé que el de arriba me estaba "echando una manito", la última que llegó te aseguro que era igual a la muchacha que me había salvado, sin alas por supuesto.

Nos sentamos en la mesa, yo con descaro no podía dejar de mirarla, en cambio ella estaba indiferente, la hermana que me recibió llegó con un fondo de comida, mientras que las otras ponían los platos. No sé qué fue lo que me dieron yo no había probado nunca el "estofado de Colo Colo", más encima quedé como bruto cuando se me cayó la sopa en la camisa. En fin, terminamos de comer y mandaron a Angélica, mi salvadora, a mostrarme mi cuarto, ella como si nada me guió, al dejarme se volteó y miró con secreta complicidad, entendí todo... era ella.

A la mañana siguiente, desperté en mi cascabel, pensé que todo había sido un sueño, me miré la camisa y con asombro descubrí que aún tenía la mancha del estofado, busqué desesperadamente la casa, nunca la pude encontrar.

Mi abuelo solía contarme historias del campo, como cuando estuvo dos semanas en el cerro comiendo de lo silvestre o cuando tenía cuatro años y lo mandaban a buscar las vacas. Ahora que le quedan unos últimos respiros, guardo estas historias como el tesoro más grande en mi corazón.

PREMIOS REGIONALES  
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"  
**REGIÓN DE LA ARAUCANÍA**

 PRIMER LUGAR   
José Pablo González Llancapán  
11 años  
6° Básico  
Escuela P-38 Apocalipsis  
Quillem Bajo, Carahue

---

## EL TRISTE RECUERDO DE MI ABUELITA

Me contó mi abuelita que cuando ella era joven se fue a trabajar a la ciudad de Carahue, porque ella era del campo, del sector Quillem Alto.

Un 21 de mayo de 1960, sintieron unos movimientos muy fuertes, golpes, caían casas, la gente corría de un lado para otro, nadie sabía qué pasaba. De pronto se dieron cuenta: el mar salía allá en Puerto Saavedra, el pueblo de Carahue estaba desesperado. Si bien es cierto que todo sucedía unos kilómetros más allá, era difícil no pensar que todo podía ser aún más grande; era así como los habitantes corrían a los cerros, hacia donde ahora está la población Las Raíces. Todo era campo por ahí, en aquel tiempo nadie dormía, toda la gente en la calle. La desesperación era muy grande, el mar salió de su lecho arrasando con todo allá en Puerto Saavedra, luego se recogió y hasta el día de hoy ha seguido en su lugar aunque muchas veces se han sentido ruidos y empieza la preocupación de la gente.

Los recuerdos de mi abuelita surgen pasados dos días de aquella desgracia que enlutó a muchas familias. Ella nos cuenta que una Machi y su gente fueron a hacer una rogativa para que nunca más hubiera un maremoto; fue así como ofrecieron en sacrificio a una inocente bebé, la cual fue lanzada al mar para que lo pedido fuera cumplido, a orillas del mar tenían canelo y laurel. A los días después, la madre de aquel bebé denunció a las autoridades lo ocurrido y fue así como el Lonco y la Machi fueron detenidos por las autoridades por aquel horrible crimen.

Mi abuelita nos cuenta esta historia siempre con una gran tristeza, todo esto quedó grabado en la memoria de muchas personas.

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”  
**REGIÓN DE LOS RÍOS**



PRIMER LUGAR  
Sergio Emir Huala Barría  
12 años  
7° Básico  
Escuela Rural Chaihuín  
Corral



---

## LA SOMBRA INEXPLICABLE

Fue un 24 de junio, noche de San Juan, mi padre caminaba por el patio de la casa y cuenta que al mirar hacia una ventana vio una gran luminosidad que se movía de un lugar a otro. Teníamos de visita en mi casa a un familiar de mi padre que venía a pasar la fiesta de San Juan. Mi papá al ver esto se asustó, porque pensó que podría ser un incendio, así que llamó al tío para que salga y vea lo que estaba ocurriendo. Lamentablemente, cuando ya todos estaban afuera la luz había desaparecido. Ellos se imaginaron miles de cosas y para estar más seguros se acercaron bien al lugar y sólo vieron una ventana quebrada y que unos rastros de persona a pies pelados se veían como algo extraño.

Al día siguiente, junto a otro vecino se dedicaron a seguir la huella y decidieron regresar. Al darse vuelta, se les apareció una sombra negra que de manera muy rápida se llevó a uno de ellos. Muy desesperados empezaron a buscar a su compañero, no lo pudieron encontrar por ninguna parte, así que decidieron salir todos al otro día. Se dirigieron a una casa vieja que estaba cerca del bosque. Allí pudieron ver al tío que estaba muy asustado atado de pies y manos y con la boca atada con un paño. Sacaron como pudieron al tío, todos muy asustados porque les contó que esa sombra había ya matado a muchas personas, las pintaba para finalmente convertirlos en muñecos. Empezaron a buscar a la sombra nuevamente para matarla y que no sobreviva nunca más. Sus sueños se les cumplieron a todos realidad por algunos días. La familia saltaba contenta sin saber que la sombra estaba viva.

Entonces, a la mañana siguiente mi padre se levantó a hacer fuego. Cuando tenía hecho el fuego, sintió un golpe en la despensa, fue muy asustado a despertar a sus padres y con sus hermanos se levantaron todos muy callados a ver a la despensa y vieron a la sombra nuevamente. Salieron todos corriendo, mi padre tomó un cuchillo muy grande. Con sus hermanos le atravesaban el cuchillo pero no le pasaba nada. La sombra desaparecía a cada rato, cuando de pronto desapareció por última vez, pero se

llevó al padre de mi papá. Fueron todos a esa casa oscura y no lo pillaron por ninguna parte. Cuando venían de vuelta, muy tristes, les pilló la noche; por suerte que andaban con linternas. Pasaron por una cueva muy oscura, vieron a su padre que estaba ahí adentro, la sombra ya lo estaba inventando.

Había mucha gente que quería matar a la malvada sombra, porque les mató a sus hijos. Andaban como cincuenta personas; se les tiraron todos detrás de ella, después que estaba atada decía que era inocente, todas las otras personas la querían matar.

Finalmente la mataron ellos, quedaron muy tristes porque su padre no estaba muy bien, él estaba en el hospital y después de que se recuperara iban a celebrar todos juntos la muerte de esa famosa sombra.

Ellos quedaron muy contentos y felices por el fin que tuvieron por esa malvada sombra.

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”  
**REGIÓN DE LOS LAGOS**



PRIMER LUGAR

Paola Johanna Godoy Nahuelquín

14 años

1° Medio

Liceo Inmaculada Concepción de Ancud  
Quellón



---

## EL ENTIERRO

Hace mucho tiempo atrás, en un sector llamado Coi-Coi en la comuna de Quellón comenzaron a suceder cosas extrañas, como por ejemplo: se comentaba que por las noches mientras todos dormían en sus casas, en el camino del sector trajinaba un caballo llamando la atención de los habitantes del lugar, ya que en ese sector no habían caballos.

Pasaron varias noches, todo se mantenía en absoluta calma, hasta que una noche los perros comenzaron a aullar, de forma extraña y los frailes a gritar muy asustados. Dos hermanos que se encontraban salieron a las afueras de su casa a ver por qué los animales se comportaban de forma extraña y se percataron que por las pampas iba una luz de color rojo. Al día siguiente, todos hablaban de lo sucedido, no había explicación, ya que esto no era habitual en el sector.

Los días siguientes por la noche parecían un infierno, ya que no se podía dormir por los ruidos.

Una mañana, la abuelita Josefina con su nieta Carmen se dirigían al monte a buscar unas hierbas para hacer remedios. En ese momento la niña comenzó a escuchar un ruido de cadena por debajo de la tierra.

Ella, cuando regresó a su casa, le contó a su abuelito lo que le había pasado. Su abuelo le comentó que en ese lugar había un entierro y quizás por eso escuchó los ruidos de las cadenas.

Los días siguientes en el sector fueron de mucha tranquilidad. Los animales se calmaron y la gente estaba tranquila y disfrutaba con sus familias.

Una noche de muy mal tiempo, las familias se durmieron temprano. Un hombre que

solo vive con su hijo comenzó a escuchar ruidos extraños, como el balido de un corde-ro pero esto le llamó la atención... ya que en ese tiempo las ovejas no estaban paridas. Lo primero que pensó fue que era el mal cristiano; al rato siguiente, él escucha que su perro intentaba ladrar pero no podía. Él se levantó silenciosamente y asomó la mirada por la ventana; mira hacia el camino y ve a un hombre de negro que subía por el cami-no, pero lo que a él le llamó la atención fue que este hombre que vestía de negro no caminaba en el camino, si no es que flotaba en el aire ya que no tenía pies.

Al día siguiente, se lo comentó a su hermano y él le dijo que le habían golpeado la ventana. La única explicación fue que en esa noche había andado el mal cristiano.

El comentario se extendió por todo el sector; el padre de los dos hermanos les contó que hace mucho tiempo atrás en el lugar había sucedido lo mismo debido a que había un entierro y estaba apurado por salir y nadie lo encontraba.

Hace tiempo atrás unos habitantes se sacaron la suerte con una gitana y ésta les dijo que el que encontrara aquel entierro sería una persona de estas características.

Tendría que ser bajo, de apellidos mestizos, que siempre usaba un gorro y que no sería del sector.

Por supuesto este hombre nunca llegó. Esto fue lo que el padre les comentó a sus hijos.

Por esto nuevamente en el sector comenzaron a suceder cosas.

Por las tardes de este año se aparece un hombre con un sombrero en una casa que está siendo construida. Por las noches, sienten ruidos extraños, dicen que esto está sucediendo, ya que aquel entierro nuevamente está apurado por salir, por eso se ven aquellas visiones.

Hasta los días de hoy, nadie ha sabido quién encontrará el entierro y por mientras seguirán sucediendo cosas extrañas.

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”  
**REGIÓN DE AYSÉN**



PRIMER LUGAR  
Nicolás Gabriel Ruiz Ruiz  
6° Básico  
Valle Simpson  
Coyhaique



---

## EL TERNERO DE DOS CABEZAS

Había una vez una estancia que se llamaba “La Minita”. En ella había un puestero que se llamaba Eduardo. Él acostumbraba madrugar, a levantarse a tomar mate, a ordeñar las vacas y a ir a forrajear.

Un día cuando estaba por irse a acostar sintió un bramido muy fuerte. Salió a mirar afuera con una linterna, de repente vio un toro que su pelaje brillaba con la luz de la linterna.

El toro al ver que los perros le ladraban salió corriendo y se dirigió a un lago que está en medio de un mallín. Don Eduardo al otro día fue a las estancias vecinas a preguntar si el toro era de ellos, pero no era de ninguna de las estancias. Él, preocupado, se fue a su casa y salió a recorrer el campo y vio una vaca del mismo cuadro donde vio al toro que se comportaba muy extraño. Pasaron meses y a la vaca le empezó a crecer la panza.

El puestero habló con el patrón que la vaca estaba preñada; el patrón buscó un veterinario, el veterinario fue a la estancia, revisó a la vaca y le dijo al patrón que la vaca estaba preñada.

Iban pasando los meses y la vaca ya no salía ni a pastar. Cuando ya pasaron 10 meses aproximadamente la vaca dio a luz al ternero; cuando sacaron al ternero se dieron cuenta que el ternero tenía dos cabezas.

Ellos se sorprendieron al ver que el ternero era deforme, entonces el patrón le dijo a don Eduardo que quemara al ternero. Él había quedado indignado porque en toda la temporada de parición le había ido mal; unos se morían al nacer, otros morían con la madre, etc.... Don Eduardo al ver al ternero recién nacido sintió pena matarlo, así que fue donde un amigo le habló sobre lo ocurrido y le dijo si él podría cuidar al ternero, ya que si el patrón lo veía no dudaría en matar al ternero y en despedirlo a él.

Iban pasando los años. Don Eduardo iba envejeciendo y el ternero crecía, hasta que un día decidió soltarlo para que se vaya y así pudiera ser feliz, pero el pobre ternero no se podía acostumbrar a la idea de ser libre. Él iba todos los días a ver a don Eduardo, él le daba de comer, lo acariciaba y también lo hacía dormir.

Un día de esos, cuando el ternero estaba por quedarse dormido llegó el patrón de don Eduardo y viendo al ternero sacó su arma. Don Eduardo despertó al ternero inmediatamente, el patrón disparó su arma, pero don Eduardo se puso por delante llegándole la bala a él y murió. El patrón se asustó mucho al ver a don Eduardo en el suelo, entonces vio al ternero que iba huyendo y no dudó en dispararle de nuevo, dio tres disparos pero ninguno le dio al ternero.

El patrón subió a don Eduardo a su camioneta y lo llevó al hospital. Después de unas horas don Eduardo falleció y el patrón furioso mandó a matar al ternero, pero cuando los cazadores llegaron a la estancia el ternero ya no estaba.

Luego sintieron unos bramidos muy fuertes y lamentosos, fueron a mirar y era el ternero que se había encontrado con su madre y su padre, los cazadores vieron que se dirigían hasta un lago que había y se adentraron en él.

En ese mismo día cuando ya era de noche, el patrón volvió a su campo, se bajó de su camioneta, miró hacia el lago y vio al ternero deforme y tanta fue su sorpresa que se desmayó y falleció en su mismo campo.

PREMIOS REGIONALES  
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”  
**REGIÓN DE MAGALLANES**



PRIMER LUGAR  
Lucía Andrea Daniela Demangel Velásquez



14 años  
8° Básico  
Colegio Alemán  
Punta Arenas

---

## LA VIDA DE UN GATO

Soy un gato y me llamó Bartolo, pero como Bartolo no es un nombre para un gato me dicen Pancita que es más corto y me acomoda mejor. Mi vida empezó hace unos pocos años ya que no soy tan viejo.

Todo comenzó un 11 de agosto de 2005 en Puerto Natales cuando por primera vez vi el mundo con mis propios ojos. Al poco tiempo de haber nacido nos regalaron a mí y a mis cuatro hermanos. La familia que me adoptó no era muy buena conmigo, me trataba mal, me alimentaban cuando se acordaban y no se preocupaban por lo que me pasara.

Por las noches me sacaban de la casa y tenía que arreglármelas para dormir en las noches heladas de invierno para protegerme de la nieve y la lluvia que duraba toda la noche y sin parar ni por un pequeñísimo instante.

Cuando por la mañana me entraban a la casa, era para hacer compañía a una ancianita, la cual era la que mejor me cuidaba y era a la persona de esa casa que yo más quería, y por la noche cuando llegaban mis amos de su trabajo mi compañía ya no era necesaria y de vuelta para afuera.

Ya cansado por el mal trato que me daban salí a caminar para despejarme, con tan mala suerte que fui sorprendido por una jauría de perros callejeros que me salieron persiguiendo para mordirme pero, yo mucho más astuto y ágil que ellos me subí a un árbol y espere unas horas a que se fueran y luego cuando me baje del árbol me di cuenta de que estaba perdido y no sabía cómo regresar a mi casa, así que empecé a recorrer las calles de Puerto Natales. Al poco rato que empecé a caminar me doy cuenta de que empieza a oscurecer, me pongo muy inquieto y empiezo a buscar un lugar donde pasar la noche.

Pero cansado y pensando dónde iba a dormir, diviso en la esquina de la calle una casa no muy grande, pero tampoco muy pequeña, donde se ve en la entrada un lugar seco donde podría dormir. Muy cansado, me echo en la entrada de la casa, me acurruco bien y me

quedo profundamente dormido. Por la mañana me desperté gracias a que la dueña de la casa abre la puerta para salir a buscar el periódico. Se sorprende mucho al verme ahí y muy preocupada por mí, que aún era pequeño, pasa a ser mi segunda ama.

Al poco rato me empiezo a dar cuenta de que ésta sí iba a ser una buena familia, porque no me fue tan difícil acostumbrarme, ya que por primera vez me sentía tan querido.

Tan contento me sentía en esa casa. Transcurrió un año de mi llegada a ella, aprendí mucho sobre mi nueva familia, aprendí sus nombres, sus edades y muchas otras cosas. Mi ama se llamaba Teodora y su marido se llamaba Lorenzo. Confieso que realmente era un poco loca y divertida, ya que todos los días por la tarde me entretenía verla cantar distintas canciones y ya que no sabía los pasos de algunas canciones ella misma los inventaba. Pasaba horas inventando pasos para todas las canciones que salían en la radio.

Los viernes por la tarde no era muy habitual verla bailar porque se colocaba a ordenar, pues llegaba su esposo Lorenzo.

Lorenzo, el marido de mi ama trabajaba hasta los días de hoy como encargado de una estancia y mi ama me ha contado que trabaja 30 años en ella. El empezó a trabajar de muy joven, desde los 23 años, en la estancia Berta, después de haberse venido de Chiloé.

Realmente creo que Lorenzo no está muy convencido de adoptarme ya que al parecer es un poco tacaño con las platas y yo creo que si no fuera por Teodora mi ama, no estaría vivo, pero sé que Lorenzo lo hubiese tenido que pensar mucho para adoptarme.

Poco a poco me he incorporado a la familia y ya me dejan dormir en el sofá que está en la cocina al lado de la estufa.

Tres días después despierto muy asustado y miro a mis amos y veo que están haciendo sus maletas, yo no entendía nada.

Luego escucho a Lorenzo y a Teodora hablar qué iba a pasar conmigo y mi ama dice: déjemelo dentro de la casa y con suficiente comida para unos tres días. Yo sin saber me pregunto ¿por qué me van a dejar comida para unos tres días? ¿dónde van a ir? Y luego escucho a Lorenzo que dice y por qué no lo llevamos a la estancia con nosotros y así no ensucia la casa.

En esa ocasión me dio tanta rabia lo que dijo Lorenzo que yo iba a ensuciar la casa ¿Cómo puede decir eso? ¿Me ha visto ensuciar la casa? No, nunca me ha visto y tampoco ha visto que yo le deje pelos en el sofá, entonces ¿por qué dice esas cosas de mí?

Volviendo al tema: Teodora, mi ama, no está muy convencida de llevarme, ya que dice

que me puedo perder en un lugar tan grande como una estancia. Mi ama dice que las estancias son muy grandes, por eso tiene miedo de perderme.

En fin deciden entre los dos llevarme a conocer la estancia. Cuando llegamos, yo estaba muy asustado que no me despegaba de la pierna de mi ama, pero después empiezo a conocer el lugar y me doy cuenta que el lugar me encanta y lo único que hacía era comer y jugar todo el día.

Un día con mis juegos locos llego hasta la casa de los patrones de mi amo, ellos tienen tres hijos, los conocí cuando paseaba por ahí y los encontré súper buenos y me dejaron entrar a su casa a conocerla y ahora dentro del período en que mis amos se van a Natales, ya que desde que vine no me han vuelto a llevar, me quedo durmiendo en la casa de los patrones de mi amo que por cierto se llaman Marina y Andrés y sus hijos se llaman Lucía, Jorge y Marina.

Un día en que no estaban mis amos ni sus patrones, me castraron cruelmente, ya que era muy coqueto y enamoradizo. Por suerte alcancé a ser padre de tres hermosos hijos.

Lo malo es que no alcancé a ver quién fue el que lo hizo. Yo creo que debe haber sido uno de los amos de mis pololas ¿Quién sabe? Desde ese día pasé a ser parte de una tercera familia que me adoptó: los patrones de mis ex amos pasaron a ser mis nuevos amos, ya que gracias a ellos estoy vivo porque me llevaron al veterinario y estuve tres días en la UCI porque me estaba muriendo. Después de dos meses me sané y ahora estoy feliz, viajo con mis amos de Punta Arenas a Natales, ya que las estancias de ellos están cerca de Natales y mis amitos estudian en Punta Arenas, así que viajo todos los fines de semana con ellos.

En la semana duermo cómodamente en la cama de mi amita Lucía que es la que más me malcría, me alimenta, me peina, me acaricia y es con la que más juego a tirarla de la cama y por los fines de semana que dormimos en la estancia, duermo con mis amos porque a veces hace mucho frío y duermo cómodamente en su cama, ya que me acuesto entre los dos y ni siquiera me doy cuenta cuando se levantan. Sigo durmiendo profundamente en ella.

Donde más me gusta ir de paseo, es donde la mamá de mi ama Marina que igual se llama Marina, ya que duermo todo el día sin ser molestado y como muchísimo ya que las abuelitas demuestran su cariño con la comida y en la noche puedo jugar con las pelotas de las lanas que ella tiene, porque teje y me entretengo mucho molestándola mientras trabaja la muerdo y le tiro la lana.

Ahora vivo una vida muy feliz con la familia que tengo. Me entretengo mucho con ellos y me encanta que me lleven a todos. Me tratan como otra persona dentro de la familia, ellos me quieren, y yo lo sé, por eso yo igual los quiero y lo único que espero es que, cuando sea más viejito y muera, me tengan en su mente y corazón como yo los voy a recordar de igual modo en el paraíso de los gatos.






...esta maratón en la cordillera  
...una ciudad que  
...misteriosa mano  
...nuestros m  
...lo narraban los Mu  
...que entre los vientos fe  
...como truenos y tamb  
...donde nacen los fulg  
...- aunque parezca tom  
...una urbe reverber  
...llena de luz y miste  
...se encuentra, lo digo en  
...dicen que en la cord  
...mi tatarabu  
...antes del P  
...amonde Qu  
...y sin ra  
...bajo un  
...tam  
...y al salir ya a media  
...de borra  
...de la m  
...marat

Otros que también vol  
...cabezas

...era  
...illa,  
...e brilla  
...era.  
...ayores,  
...iones,  
...roces  
...ores,  
...ores  
...tera -  
...ra,  
...erio;  
...e serio,  
...illera.  
...elo  
...iuchén  
...inchen  
...celo,  
...n velo  
...illa,  
...milla,  
...monde  
...donde  
...illa.  
...vieron,  
...os,

TERCERA PARTE  
POESÍA  
DEL MUNDO RURAL





*Dicen que en la cordillera  
se oculta esta maravilla,  
luz de una ciudad que brilla  
de misteriosa manera.*

*Lo cuentan nuestros mayores,  
lo narraban los Muñones,  
que entre los vientos feroces  
como truenos y tambores,  
donde nacen los fulgores  
- aunque parezca temera -  
una urbe nevada,  
llena de luz y misterio;  
se encuentra, digo en serio,  
dicen que en la cordillera.*

*Dicen mi tatarabuelo  
en los montes del Piuchén  
al Bahamonde Quinchén,  
descansado y sin recelo,  
que se ocultó bajo un velo  
de quilineja y lamilla,  
y al salir ya a media milla,  
le buscaron al Bahamonde  
de la mente el sitio en donde  
se oculta esta maravilla.*

*Los que también volvieron,  
los que nunca se olvidaron*

# PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL



## PRIMER LUGAR



Nelson Antonio Torres Cruz

51 años

Archivero

Castro, Chiloé, Región de Los Lagos

---

## DÉCIMAS A LA CIUDAD DE LOS CÉSARES

Primera parte: Con espinel

Dicen que en la cordillera  
se oculta esta maravilla,  
luz de una ciudad que brilla  
de misteriosa manera.

Lo cuentan nuestros mayores,  
lo narraban los Muñones,  
que entre los vientos feroces  
como truenos y tambores,  
donde nacen los fulgores  
- aunque parezca tontera -  
una urbe reverbera,  
llena de luz y misterio;  
se encuentra, lo digo en serio,  
dicen que en la cordillera.

Dice mi tatarabuelo  
que en los montes del Piuchén  
un tal Bahamonde Quinchén  
fue ingresado y sin recelo,  
aunque oculto bajo un velo  
de quilineja y lamilla,  
y al salir ya a media milla,  
le borraron al Bahamonde  
de la mente el sitio en donde  
se oculta esta maravilla.

Otros que también volvieron,  
a rezos, a cabezazos,

oraciones y palmazos  
recordarlo consiguieron;  
de ese modo revivieron  
- según juran los Mansilla -  
cerca de un río en su orilla,  
vieron la ciudad dorada  
de fulgores adornada  
luz de una ciudad que brilla.

Se me ocurre de repente  
que el actual hombre chilote,  
aunque casi no se note,  
proviene de aquesta gente;  
tal vez se hagan presente  
en nosotros o en cualquiera,  
porque quiera uno o no quiera  
se presenta el gen viajero  
o de minga o el estanciero  
de misteriosa manera

## DESPEDIDA

Yo nunca pude encontrar  
tanpreciado monumento  
debo decir al momento  
que me supe tropezar,  
sin quererlo y por azar,  
con una tremenda mina  
de nombrecito Cristina,  
la que luego resultó  
- según lo que confesó -  
ser oriunda cesarina.

Segunda parte: sin espinel (décimas futuristas)

Césares fue descubierta  
cerca de un río congelado,  
quedando así inaugurado  
como catarata abierta,

la modernidad encubierta  
bajo el nombre de turismo;  
contaminación y sismo,  
"Parque Ciudad Encantada:  
visite la urbe soñada,  
maravilla y paroxismo".

Japoneses e italianos,  
turcos y marroquíes  
parecían maniqués,  
vil procesión de insanos  
echándole pies y manos  
a esta maravilla ardiente  
que iba ya de reluciente  
a opaca y pisoteada,  
muerta su raíz, gastada,  
sin pasado ni presente.

Difícil nos fue aceptar,  
a nosotros los chilotes,  
que vinieran tantos jotes  
a Césares a acampar  
como si fuera un lugar  
para puro esparcimiento;  
de verdad, yo no les miento,  
defecaban los jardines,  
las calles llenas de orines,  
terrible acontecimiento.

Ya para el dos mil cuarenta  
Césares volvió a las sombras,  
un musgo como de alfombras  
- casi sin darnos ni cuenta -  
fue cubriendo tanta afrenta  
que la globalización,  
como violenta explosión,  
asoló nuestra cultura,  
aplastando la frescura  
de su primera versión.

## DÉCIMA FINAL

En Césares yo encontré  
al amor de mis amores  
y eran tantos los ardores  
que al punto me arrebaté,  
quise tener un bebé,  
mas mi linda cesarina  
hizo de mi corazón harina,  
se perdió en la oscuridad  
que invadiera esa ciudad  
como una ceniza fina.

## PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL



### SEGUNDO LUGAR

Aliro Caupolicán Flores

76 años

Profesor Rural

Combarbalá, Región de Coquimbo



---

## DÉCIMAS POR EL TRABAJADOR RURAL

Escribo esta poesía  
por el hombre de mi tierra,  
el que con ansias se aferra  
y una serena alegría  
a la perfecta armonía  
de cielo, tierra y de pan  
en este y otro lugar  
que en el ave, cabra o trigo  
Materializa el “conmigo”  
para llevarlo a su hogar.

Digo del bravo minero  
que en el honor de la mina  
la esperanza lo transmina  
cuando busca el derrotero:  
el que revienta en venero  
de cobre, plata o de oro  
donde el futuro es un coro  
de ternura y de pasión  
que acelera el corazón  
con el ansiado tesoro.

¡Ved al recio campesino  
tras la huella del arado  
que besa el tajo morado  
donde descansa su sino!  
Aquél de harina o de vino,  
de pastos en el corral,  
de quesos en el morral,  
de flores para la miel

siendo el entorno un vergel  
del trabajo y del cantar.

Dice mi voz de poeta  
por el maestro rural  
que sabe del verbo amar  
tras las huellas de su meta.  
Que también busca la veta  
y la enseña a conocer  
cumpliendo con su deber:  
ora en la carita ansiosa  
o en la mano cariñosa  
del corro, que es su vergel.

Sé de la senda serrana  
que cruza el carabinero  
rural, con su compañero  
mientras el pingo se afana.  
Va en busca de la campana  
que suena en la cordillera  
y que dice de frontera,  
de cielo, roca y de viento  
estampando el sentimiento  
del amor a su bandera.

Sé del huaso que en la aldea  
va tras el piño pujante  
y el horizonte anhelante  
gran desafío plantea:  
aquel que en la hierba sea  
pronto leche nutritiva,  
surtidor del agua viva,  
rumor de cuajo en el queso,  
¿por qué no decirlo?... ¡beso,  
que el labio jamás esquiva!

O del bravo temporero  
que casi nunca descansa,  
pues minuto y hora transa  
para aumentar el dinero;  
aquel que será su fuero  
por los sudores del día

o la aciaga noche fría.  
Él recuerda su promesa:  
le traigo pan a la mesa  
familiar. ¡Toda tan mía!

Al obrero recordar  
de chuzo, picota y pala  
y que en su músculo exhala  
la esencia del trabajar.  
Su fuerza abriéndose va  
Para trazar el camino,  
mientras el beso del trino  
es su alegre camarada  
abreviando la jornada  
y llegar a su destino.

En ésta y aquella esfera,  
con presencia singular,  
siempre lo va a acompañar  
su dulce y fiel compañera:  
ora tejiendo la espera  
con la hebra del corazón;  
ora amasando el dolor  
en sus hijos y en el trigo;  
ora rezando el "contigo"  
y ser uno en el amor.

Perdonen todos aquellos  
ausentes de poesía,  
igual mi melancolía  
está junto a todos ellos;  
porque también portan sellos  
de nuestro Chile ancestral.  
En éste y otro lugar  
Enfrenta los desafíos  
de piedras, vientos y ríos  
¡NUESTRO GRAN HOMBRE RURAL!

## PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL



### TERCER LUGAR



Tránsito Salvador Quimen Pichunman

52 años

Temporero

Combarbalá, Región de Coquimbo

---

### HIJOS DE MI PUEBLO

Somos hombres de la tierra,  
del arado, de la azada  
y por mi frente sudada  
mi pan lo gané en la guerra.  
Del día a día que encierra  
la epopeya del labriego,  
con rayos el sol de fuego  
hizo mi surco fecundo  
como la pena, profundo,  
y dio respuesta a mi ruego.

Somos pámpano en las vides,  
luego en las mesas, primores,  
en tierra de agricultores  
lo que el clima no divide  
ni permite que se olvide  
las bondades de esta zona  
pues, a veces, no perdona  
Y desata la tragedia.  
No mata, pero te asedia  
si la lluvia te abandona.

Somos gestor de una historia  
Ligada a ferrocarriles  
donde está escrito por miles  
en una estoica memoria;  
días pasados de gloria,  
sin renegar del presente,  
pues de trenes mucha gente  
siente nostalgia pasada,  
más, al alzar la mirada,  
lo hacemos serenamente.

Somos visión del mañana,  
sin olvidar lo vivido  
ni el camino recorrido  
que al recordar nos afana;  
pues existe la ventana  
-promesa azul de un camino-  
que se abre a nuestro destino  
para sembrar la esperanza.  
¡Labrador a su labranza  
sobre estos suelos andinos!

Somos los hombres rurales  
de nuestra tierra chilena  
tan soberana y tan plena  
de cordilleras murales.  
Esquivamos como tales,  
a veces grande dolor,  
pues nace la inspiración  
en dulce melancolía  
brotando pan y alegría  
¡del chileno corazón!

## PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL



### PRIMERA MENCIÓN HONROSA



Sergio Rubén Treuquil Catalán

44 años

Educador Tradicional Mapuche Huilliche

Río Negro, Osorno, Región de Los Lagos

---

## GENKO ZUGÚN

“Gillatun mew, re mapuzungolu, ta iñchin re  
Zugun, anay” – feypi ñi lonko chao  
Femuechi, iñchiñ ñi iñchiñ, Gen ko  
mvley rakizuam mew.

Namuntu amutuain, epe wun antv mew  
meli futa leufu trekaletuain.

Pikun pvle mew, mapocho mvley laku  
Adkintuenew fucha leufu.

Lladkvn leufu, ngvman leufutvfa wvla mew

Pvllv kuifike leufu, ntramkaenew inche.

Mari Mari peñi anay, wvñotuy pikunge,

Newen ko, Wvle peñi wvle.

Treka treka amutuan, epe kon antv mew, Lonkimay trayen inche

Choyvge tvfa Bío Bío pigelu.

Bío Bío trepeñe, wentru pvllv, zomo pvllv

Vlcha, weche, fucha, kuse pvllv leufu.

Guillatun inchin, feypi ñegpin.

Femuechi rayen pvllv, Bio Bio anay.

Niean rayen pewun Nicolasa.

Treka treka peñi anay, Namuntu amuan, Temuko mew

Leufun pu temo mollfun

Wvni Cautin mu, manpvle leufu mew wesakaley wesa.

Petu lay leufu, gen ko lay laku.

Witralen fewla, wente pu wangulen, Cautin newen ko.

Trekaletuan futa willi mapu mew feula.

Namuntu, amuan Raqhue leufu,

Chauracahuin pigelu, mvley ti leufu  
Kuifi ta kalfu malgen, seumafuy rali, metawe, menkue.  
Genko mvley, fachante pos leufu mvley  
Acui winka che tvfa.  
Acui puken, nagita magun, fachante Acui we tripatu.

---

## LA PALABRA DEL DUEÑO DEL AGUA (traducción GENKO ZUGUN)

Cuando hablamos en lengua en el guillatún, dice el gran lonko  
nos comunicamos con genko en nuestra lengua  
en nuestro pensamiento.  
Partiremos antes que la claridad se anuncie  
a cuatro ríos iremos.

Hacia el norte vive el Mapocho abuelo.  
Me mira este río, este anciano río  
que está lleno de nostalgia y dolor.  
Por aquí pasaron los winkas pienso  
su espíritu antiguo me dice “hermano, hermano”  
ha regresado la fuerza del agua del norte.  
Y brotará mi hermano mañana.

Antes del atardecer llegaré a la vertiente del Lonquimay  
nace allá el Bío Bío.  
Despierta Bío Bío, espíritu hombre y  
espíritu hembra, joven y anciano a la vez.  
Cuando hacemos rogativa, dice el ñenpin,  
entonces sí florece el espíritu del Bío Bío  
y tendré el brote de la flor de Nicolás.

Camino ahora hacia Temuko.  
Sangre de temo en el río,  
estoy de pie sobre el Cautín.  
Amanece en el Cautín a su derecha hay basura,  
se muere el río, muere el dueño del agua.  
Despertará sobre las estrellas la fuerza del Cautín.

Camino para llegar al gran sur de la tierra  
voy de vuelta al río Rakhue, lugar de la greda

en lo que hoy se llama Osorno, donde  
más de alguna niña pura hizo hermosos platos, jarros y jarrones  
el dueño del agua vive en el Rakhue pero hoy  
está sucio el río por la contaminación winka.  
Llegó el invierno baja la lluvia y ahora comienza un nuevo año.

# PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL



## SEGUNDA MENCIÓN HONROSA

Rubén Jorge Gacitúa Chú-Hán

46 años

Magíster en Gestión Cultural  
San Bernardo, Región Metropolitana



---

## HOJAS PARA EL OTOÑO

*Si me pidieran recordar  
algo más allá de las calles donde di los primeros pasos  
no sabría mucho que decir  
Jorge Teillier*

### I

Condenado a la luz y a la nostalgia por un libro de versos  
escribo a orillas de un pueblo en el cual me he abandonado  
bajo un cielo visitado de nubes cardadas  
por el grueso viento costino.

La visión de garzas y caballos me aleja aún más de esa ciudad  
a la cual amo profundamente  
a pesar de estar condenada al fracaso.

Y no importa si fue por azar o por designios  
pero nos tocó habitar el tiempo de relojes que nunca se detienen  
y el calendario no es más que una triste paloma mensajera.

Escribo a tientas como el ciego  
que trata de clavar una estrella en el firmamento  
abrazado a una botella de ginebra  
como la agenda que no traerá nuevas angustias.  
Nada más que por amor a la derrota  
escribo como si pudiera publicarlo en el cielo  
que ni yo ni los míos nos rendimos ante el Leviatán de Acero  
a pesar que nacimos cuando la institución del ángel de la guarda  
ya había sido abolida por los expulsados del templo  
y porque ningún dragón ha velado nuestro sueño.

Escribo por la misma razón de los que nos antecedieron:  
para perpetuar el amor y conjurar la muerte  
para que la trascendencia nos pueda ser desentrañada  
para justificar toda una vida hablando de uno mismo  
y porque de algo tendrá que vivir mi corazón  
cuando yo muera

Escribo para poder encontrar ese tiempo  
que me auguraron como una tarde taciturna  
estacionada entre una y otra espera  
y que podré reconocer por la música triste y sus connotaciones...

Una breve eternidad entre la memoria y el olvido.  
Una copia fallida de un cuadro para la posteridad.  
Una hoja caída de una estación irreal.

Ese espacio donde mueren los hercúleos héroes ficticios  
los románticos personajes victorianos  
los poetas alcoholizados  
los virtuosos entes celestiales  
y los viejos vaqueros del oeste.

## II

Cuando los últimos rayos de la tarde  
iluminan el paisaje en el que me solazo  
- como una manera de recuperar los días perdidos -  
vuelan las mariposas para un ocaso magnífico y sencillo  
bajo las campanadas que se hacen aún más nítidas  
traídas por el viento solitario.

También en este pueblo atardecer rima con vino  
las panaderías arrían sus blancas banderas  
la escuela se llena de silencio  
la tarde exhala un último suspiro  
que hace golpear las batientes de las ventanas

El sol mira para atrás anunciándonos buen tiempo.  
Sobre un prado más enorme que nuestra mirada  
las garzas ofrecen su blanco vuelo  
un perro rehace su camino

por entre los árboles de la quinta  
la vecina recoge la ropa tendida en la cerca  
mientras la tetera hierve en la cocina.

Las luces del alumbrado público se encienden en cascada  
como si llegara un coro de ladridos lejanos  
y ante estos anuncios no me queda mas remedio  
que encaminar mis pasos hacia el andén de veleros sin bitácora.

En este pueblo todo me recuerda tu mirada  
cuando me dices que el futuro será mío  
que debo seguir soñando y escribiendo  
regando el árbol de la memoria.

De las charcas llega un canto furtivo inmemorial  
surgen luciérnagas que no buscan marquesinas  
se refugia el matapijos de tus recuerdos  
el día se termina y no tienes nada que expresar  
nada que proponerle a la noche  
ningún amigo te busca o te recuerda.

Esta será tu única felicidad:  
maravillarte ante carretas cargadas de verdura  
bajo la renovación del alba  
admirar un prado espumándose en blancas flores de trébol  
reflejando el vuelo de las garzas  
encender el fuego antes de iniciar la pesca  
y tomar fotografías tratando de retratar nuestra amistad  
para luego beber algo de vino y reír sin motivo.

Todas las preguntas que rondan tu cabeza  
se harán una sola respuesta.

La verdad nos será ofrecida como un cáliz  
a la hora de nuestra partida.

### III

Llueve sobre los cardos secos  
sobre caminos polvorientos entre vastedades de heno  
y sobre la tumba de un amigo al que extraño demasiado.

Llueve sobre las labranzas tempranas  
sobre el solar y el sombreadero  
y sobre las últimas sandías del verano.

Nos aconseja nuestra estrella peregrina  
que viajemos hacia el norte  
o hacia el pueblo que siempre nos acogerá.

Allí como Rip Van Winkle quisiera dormir largamente  
para despertar cuando ya nadie me reconociese  
porque carabineros, amigos y parientes  
siguen empeñados en encontrarme  
mientras yo estropeo mi hígado y mi vida  
acodado en bares que jamás me harán rendir exámenes.

Pero me fue dado el amor  
y me fue dado el recuerdo  
un puñado de semillas que nunca sembraré ...

## PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL



### TERCERA MENCIÓN HONROSA



Paulina Henríquez Mostacero

49 años

Representante Comunitaria

La Tirana, Pozo Almonte, Región de Tarapacá

---

## DESDE LA ESPALDA DE MAMITA

En refugio de paja y adobe  
entre lana de llamas y cordero  
te han parido con valentía  
mi tierno angelito moreno.

La montaña se ha estremecido  
y las parinas han volado,  
a contarle al mundo entero  
que una bendición ha llegado.

Ojitos picarones en piel morena  
que miran desde un awuayo multicolor,  
acurrucado en la espalda de tu madre  
regalo bendito de protección y amor.

Tus piecitos no han tocado la tierra  
tus manitos no la han acariciado  
pero conoces de su aroma, y de lo  
que en ella se ha sembrado.

Conoces el cocinar de la quinua,  
de la calapurca y del pan amasado.  
Ya sabes de oraciones y rituales  
legado de tu sangre, de tus antepasados.

Aún no das un primer pasito  
y por quebradas has pastoreado.  
Cansado de contar llamas y alpacas  
te duermes bajo un cielo estrellado.

Despiertas con música de sikuris.  
¡El carnaval ha llegado!  
Y danzas alegre por tu pueblo.  
La wipala flamea a tu lado.

Hoy todo se ve diferente  
no hay pastoreo ni sembrado.  
El agua tiene un aroma distinto  
la beben y se ponen alborotados.

Desde la espalda de mamita  
has amasado, sembrado y danzado.  
Desde la espalda de mamita  
por montes has pastoreado.

Desde tu refugio de colores  
seguirás creciendo y aprendiendo  
que aunque seas una carguita  
nadie te está reprendiendo.

Jesucristo por amor cargó la cruz  
por amor te están cargando.  
Ámela siempre mi niño y aproveche,  
que luego lo van a ir bajando.

Hace muchos años, en el pueblo de San Antonio de Río Grande, un 15 de febrero del año 1987, muere electo un campesino rayolero, Rosa Tito Cruz junto a 214 animales entre cabras y ovejas.

Luego, llegó la noticia al pueblo de Río Grande que Rosa Marisa Saire, era una de las amigas con quienes se encontraba, dirigiéndose rápidamente a Río Grande. Encontró a Juan y a sus hijos, que eran los hermanos de Rosa Tito Cruz, y se dirigieron al lugar donde había ocurrido el suceso acompañados de su cuñado llamado Esteban Solori. Partieron cuando ya eran casi las cuatro de la tarde y llegaron al lugar a las once y media de la mañana. Cuando llegaron se encontraron con el cuerpo sin vida de Rosa Tito Cruz y se trasladaron al pueblo de Calama a las cuatro de la mañana.

Luego, pasaron la noticia a los vecinos del pueblo, pero no pudieron comunicarse por teléfono a San Pedro ni tampoco a Calama, así que se dirigieron a Calama a las cuatro y media de la mañana donde se comunicaron por teléfono con el pueblo de San Pedro de Atacama y regresaron a Río Grande y llegaron a las once y media de la mañana. El día lunes llegó un camión desde el pueblo de Atacama donde se regresó al lugar acompañado de carabineros para retirar el cadáver y, además, fue Isabel Tilos, que era su hermana, y también una amiga Marisa Saire y llevaron el cadáver en bulto a una cierta parte donde se encontraba el vehículo de carabineros. Hasta ahí acompañaron los vecinos del pueblo y después lo llevó un camión hacia Calama donde llegaron a las once de la tarde y depositaron el cadáver en la morgue.

El día miércoles, en la mañana fue sepultada en el cementerio de Río Grande la pastora de 15 años.



Editado por la Fundación de Comunicaciones,  
Capacitación y Cultura del Agro FUCOA.  
Ministerio de Agricultura

Diseño y diagramación:  
Unidad de Diseño de FUCOA.

2009